

MONS, DUPANLOUP

EL NIÑO

GUSTAVO GILI,—EDITOR
BARCELONA

Dupanloup

EL
NIÑO

LB1115

D8

1905

c.1

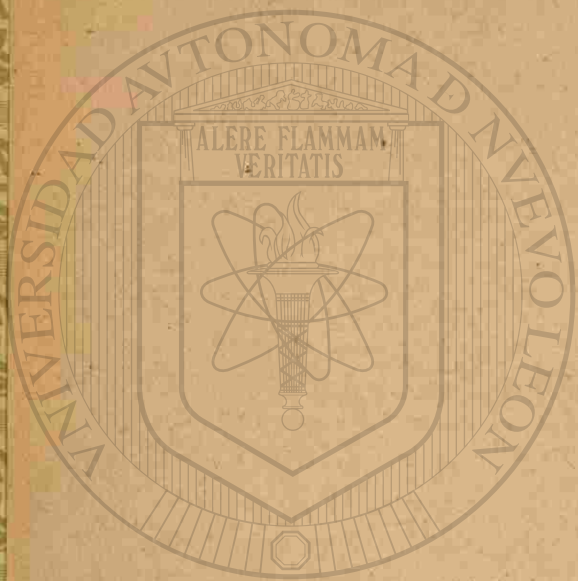
A 6 1



1080100215

A-61

UNIVERSIDAD ATENEA MADRILEÑA
BIBLIOTECA GENERAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(158)

\$ 4.00

Puebla, Julio 23 de 1915

Eliseo Villanueva

EL NIÑO



®

0092-73760 22802

EL NIÑO

POR

Mons. Félix Dupanloup

OBISPO DE ORLEANS

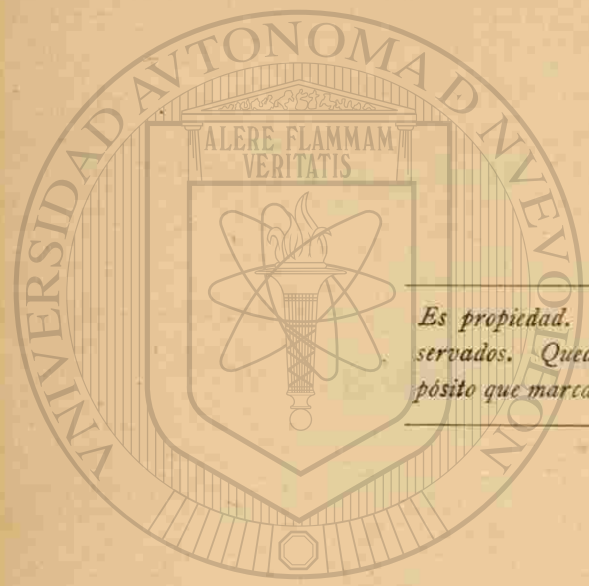
TRADUCCIÓN

POR EL

R. P. Antolín S. Fernández

MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

CON LICENCIA



Es propiedad. Derechos reservados. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA EDICIÓN



BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR

45, UNIVERSIDAD, 45

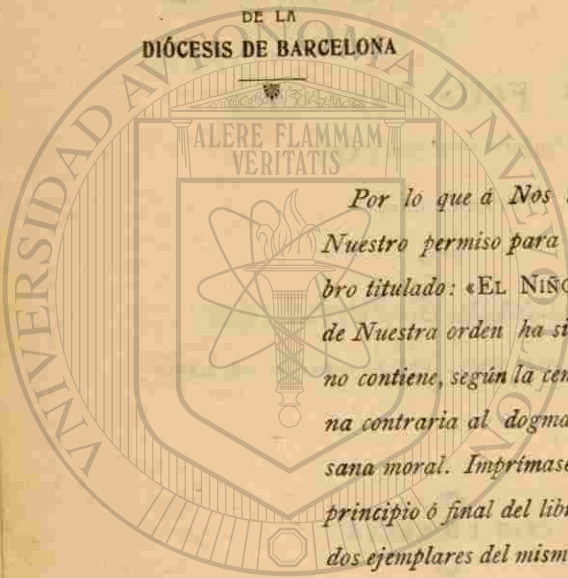
BARCELONA. — Fidel Giró, impresor. Calle Valencia, 233

LB1115

D8
1905

VICARIATO GENERAL

DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA



*Por lo que á Nos toca, concedemos
Nuestro permiso para publicarse el li-
bro titulado: «EL NIÑO» mediante que
de Nuestra orden ha sido examinado y
no contiene, según la censura, cosa alg-
na contraria al dogma católico y á
sana moral. Imprimase esta licencia en
principio ó final del libro, y entreguense
dos ejemplares del mismo, rubricados por
el Censor, en la Curia de Nuestro Vi-
cariato.*

Barcelona, 4 de Julio de 1905.

EL VICARIO GENERAL,

Ricardo, Obispo de Eudoxia



Por mandado de Su Señoría

Lic. José M. de Ros, Pbro.

SRIO. CAN.

UANL
FONDO
HUMBERTO RAMOS
LOZANO

EL NIÑO

Cuando, tras prolijos estudios y trabajosa experien-
cia, me he propuesto investigar, por medio de refle-
xión más profunda, cuáles fueran los dos puntos car-
dinales en la Educación, he hallado no ser otros que
la *autoridad* y el *respeto*.

He ahí por qué juzgué debía escribir ante todo
estas dos graves palabras, y comenzar por aquí.

Ya sé que las primeras páginas de mi libro no han
de bastar para la plena demostración de lo que aquí
doy por adelantado: el libro entero es el que se encar-
gará de probarlo cabalmente y á la clara. Pero tam-
poco tengo reparo en afirmar que quizás no se hallará
en él página donde no brille esta verdad con vivo y
apacible resplandor. Ni me cabe la menor duda que,
desde muy luego, la penetrante mirada de ciertas per-
sonas avisadas y discretas ha de descubrir, sin mucho
esfuerzo, el por qué las dos más grandes y más santas
cosas que hay aquí abajo entre los hombres, es decir,
la *autoridad* y el *respeto*, se hallan también en la
Educación, y en ella aparecen como su propio fondo,
y como los más eficaces medios de ayudar á la obra
que se trata de llevar á cumplimiento.

Y si no, veamos: ¿qué es Educación? ¿cuál es su

noción más alta y más profunda á la vez, la más general y la más sencilla? Hela aquí:

Educación es: — Cultivar, ejercitar, desarrollar, robustecer y aquilatar todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas, que constituyen en el niño la naturaleza y la dignidad humanas; dar á estas facultades su perfecta integridad, establecerlas en el pleno ejercicio de sus energías y de sus operaciones;

Mediante esto, formar al hombre y prepararlo para servir á la patria en las varias funciones sociales que será llamado á desempeñar á su paso por la tierra;

Y, alzando más el pensamiento, preparar la vida eterna, mejorando la presente:

Ésa es la obra de la Educación, ése el blanco á donde asesta.

Ésa es la obligación del padre y de la madre, cuando Dios, asociándolos á su Providencia suprema, da, por medio de ellos, vida á nobles criaturas, y les encarga proseguir su obra y acudir á esta obligación enteramente divina, encaminando á la felicidad, por medio de la verdad y de la virtud, á esos niños que un día se dignará el Señor admitir á su propia eterna bienaventuranza.

Ése es también el deber de aquellas personas á quienes honrosa elección ó formal vocación, ó consagración generosa, asocian á la autoridad y á las solicitudes del padre y de la madre; ésa es la santa misión de los educadores de la juventud; y en todas partes fué así, lo mismo entre las naciones más sabias y civilizadoras, que entre los pueblos más olvidados y menos cultos.

La Educación privada lo mismo que la Educación pública, la más vulgar Educación tanto como la Edu-

cación más esmerada, la Educación de las hijas lo propio que la Educación de los hijos; en una palabra, la Educación humana no existe sino con estas condiciones y á este solo precio. De lo contrario, no hay Educación posible. Es ley de la naturaleza, ley impuesta por la divina Providencia.

¿De qué se trata, pues? Desde el principio importa conocerlo bien. — Mirad ese niño: hay que educarle. Y bien: con eso ¿qué queremos decir? ¿quién es ese niño? Este niño es el género humano, es la humanidad entera; es el hombre: ni más ni menos. Tan niño como es, tiene derecho á la solicitud de toda autoridad, á la acción y á los beneficios de todos los poderes de la tierra. Tiene derecho á todas las consideraciones, como también á su vez debe él á todo el mundo. Toda autoridad divina y humana: príncipes, sacerdotes, padres, madres, magistrados, familia, sociedad, Iglesia, todo ha sido establecido para él. La disciplina moral, la educación, las letras, las ciencias, la religión, todos los productos del trabajo y de la virtud, hasta la Providencia divina, todo, en fin, cuanto aquí bajo existe, es para él; porque también él es de Dios y para Dios. Ahí tenéis la razón de por qué todo en el mundo debe trabajar en su Educación; todo debe contribuir á su formación; todo debe ayudar, ó, cuando menos, favorecer esa grandiosa obra.

Por último, la hermosa etimología, que es el fondo del lenguaje adoptado por el género humano para expresar la Educación, basta á demostrar cómo lo que llevamos dicho no es sutil y vana teoría, magnífico discurso sin realidad posible.

Aquí, en hecho de verdad, el solo enunciar los términos destella clara luz de incontestable verdad: para

lograr en este punto más clara evidencia, bastaría puntualizar el sentido vulgar é incontrastable de cada expresión, y aquilatar la nobleza, la elevación y el valor práctico de altísimas ideas que revela el lenguaje de la humanidad al hablar sobre la Educación.

Entremos en pormenores.

¡Educación! ¡qué nobles ideas, qué valentía de conceptos despiertan aquí las etimologías! Educar es algo así como sacar de la nada, es punto menos que crear; cuando no, es sacar del sueño y del adormecimiento las facultades dormidas; es dar vida, movimiento y acción á la existencia todavía imperfecta.

En este sentido la Educación intelectual, moral y religiosa es la más sublime empresa que los hombres pueden llevar á cabo. Es continuación de la obra divina en lo que ésta tiene de más noble y más elevado: la creación de las almas.

Por esta misma razón es también obra de sublime autoridad.

Dios es fuente y razón de la autoridad y del respeto, de los derechos y de los deberes que á todos son esenciales: es modelo, imagen y prototipo de la obra que intentamos realizar; es su primer y más diestro artífice.

Desde cualquier punto de vista en que me sitúe para estudiar la Educación, siempre se ofrece á mis ojos como uno de los más admirables reflejos del poder, de la bondad y la sabiduría divinas.

La Educación toma el fondo, la materia que le confía la primera creación; y se encarga de modelarla; allí imprime belleza, elevación, finura, grandiosidad: es una como inspiración de vida, de fuerza, de gracia, de luz.

Cuando el inmortal arzobispo de Cambray tomó á

su cargo la educación del duque de Borgoña, aplicóse — dice su biógrafo — (y lo consiguió tanto como puede conseguirse), aplicóse, digo, á formar, á realizar en su regio alumno el bello ideal de la virtud, bien así como los artistas de la antigüedad siempre trataron de imprimir en sus obras aquella suprema belleza que da á los humanos contornos celeste y sobrenatural inspiración. Bien dijo quien afirmó ser el duque de Borgoña una de las más valientes creaciones de la sabiduría y del genio.

A los romanos, á su lengua tan majestuosa como varonil, es á quien debemos esta palabra de tan profundo sentido, de tan enérgica expresión.

Los franceses enriquecieron su lenguaje, y expresaron la acción de Educar por medio de un término cuya nobleza y cuyo brillo disputan su brillo y su nobleza al vocablo latino. Decimos: Elevar (*élever*) la juventud. ¡Rica palabra! y si el sentido que le es peculiar parece menos profundo y no expresa tan vivamente la acción, la autoridad, creadoras en la Educación, á esta idea fundamental añade belleza, galanura y grandiosidad; y en el fondo de las cosas ¿es por ventura otra cosa la acción creadora de la Educación?

Si; *élever* es muy graciosa palabra, muy castiza para un francés: tiene dignidad, tiene honor; nos suena bien, estuvimos felices al inventarla (1).

Estudiad asimismo cuántas nobles acepciones ha to-

(1) Más felices estuvimos los españoles al tomar para nuestra lengua el *educar* de los latinos (*ducere ex*), con su inmensa fuerza significativa (*sacar de*): la Creación saca de la nada; la Educación saca de donde no había más que gérmenes: es la única creación propia del hombre. (N. del T.)

mado esta palabra; mirad cómo rodea la Educación con el natural cortejo de las hermosas ideas que están con ella enlazadas. En fuerza de este vocablo, *eleva* el alma, *eleva* el espíritu, *eleva* los sentimientos y los pensamientos, *eleva* el carácter, son para nosotros ideas naturales, ideas francesas, los deberes y el fin de la Educación.

El mérito de nuestra lengua está en haber comprendido de pronto todo esto, y en haberse prestado con dignidad á expresarlo; y la gloria del talento francés está en haberlo instintivamente adoptado, conociendo que le convenía este lenguaje, y que una Educación, expresada y llevada á cabo de esta suerte, se hallaba á la altura de sus tradiciones y de su historia.

Alemania é Inglaterra no tuvieron igual inspiración, y á fe que nos lo envidian, porque es ésta una de aquellas expresiones que honran á una nación; y, aplicada á la Educación, basta por sí sola para mostrar toda la fecundidad y energía que tienen determinados vocablos, y cómo pueden despertar, aunque de pasada, útiles y nobles sentimientos, los cuales, sin ellas, habrían quedado oscuros é ignorados. Es una de tantas palabras que, no sólo enriquecen el idioma de un pueblo, sino que enriquecen y vigorizan sus costumbres, y elevan una idea á su más alto grado de esplendor.

Y, cuando esa idea es la Educación de la juventud, y cuando esa lengua ha dado además al mundo el *Genio* y el *Carácter*, dos palabras francesas como ellas solas, y que en su sentido absoluto se hallaron por primera vez en nuestro diccionario nacional, ¿no tendré razón para sincerarme si me permito decir que nuestra lengua posee en su enérgica nobleza palabras feliz-

mente inspiradas de lo alto, que serán para siempre la fortuna de Francia?

La Educación, pues, forma, eleva, y, en cierto sentido, crea; y, para lograrlo, *CULTIVA* y *EJERCITA*, *obra* y *hace obrar*; he ahí por qué, juntamente con ser obra de encumbrada autoridad, reclama del educando constante cooperación por medio de una docilidad respetuosa.

Cultiva por medio de sus cuidados físicos, por medio de la instrucción intelectual, de la disciplina moral y de las lecciones religiosas.

Cual diestro é inteligente jardinero, coloca en buena tierra la planta que le regalaron; riégala con puras aguas, cércala con abono generoso, y la nutre con jugos que secunden el trabajo interior de la naturaleza, favoreciendo una vegetación activa y haciéndola crecer para dar, en tiempo conveniente, flores y frutos.

La Educación *cultiva*, pues; y éste es el trabajo especial del instructor: cultivar.

Pero no está ahí todo: la Educación *ejercita* y *hace obrar*; exige concurso activo, concurso dócil, ejercicio personal, espontáneo, animoso, por parte del alumno que ha de ser educado.

Como el amo de joven y brioso corcel, ora le obliga á volar por el espacio, ora á trepar colinas, ó á arrastrar cargas, ó á luchar con las fatigas, y así le hace adquirir toda la agilidad y todo el vigor de que es capaz, de la misma manera el maestro, proponiendo al alumno determinados estudios, determinados esfuerzos y ejercicios; excitándole á ellos con energía, y dirigiéndole en ellos con prudencia, le hace trabajar como conviene y concurrir por sí mismo á su propia Educación.

He dicho: *como conviene*. Hubiera podido decir: como es necesario; porque tal es el designio de Dios y la ley de su Providencia: el niño es un ser moral, dotado de libertad y capaz de obrar; es preciso que trabajé para desarrollarse, para ennoblecerse, para educarse á sí propio: de lo contrario, no se llegará á realizar su Educación.

La ley del trabajo es la gran ley de la humana Educación. Nadie fué criado para no hacer nada. Toda criatura inteligente y libre está esencialmente destinada á la acción. La actividad nutre, ejercita, constituye la fuerza y la vida. La ociosidad, el no hacer nada (*far niente*) es el aniquilamiento, es la muerte.

Así que no vacilo en afirmarlo: el principal talento del maestro consiste en hacer entrar animosamente á su discípulo por las veredas del trabajo y de la aplicación personal: *trabajo ó ejercicio del cuerpo*, que da vigor á sus miembros; *trabajo del alma*, que en el niño desarrollará el juicio, el gusto, el raciocinio, la memoria, la imaginación; *trabajo del corazón, de la voluntad, de la conciencia*, que formará el carácter y hará brotar las inclinaciones honestas, los hábitos virtuosos.

Obra del maestro y trabajo del alumno, la Educación es, por lo tanto, á la vez cultura y ejercicio, enseñanza y estudio: el maestro cultiva, instruye, trabaja por defuera; pero es de toda necesidad necesario que haya interiormente *ejercicio, aplicación y trabajo*. Hay que entenderlo bien.

En la Educación lo que hace el pedagogo por sí mismo es poca cosa; lo que hace hacer es el todo. Quien eso no ha entendido, hágase cuenta que no sabe letra en punto á Educación.

La Educación, por cualquier lado que se la mire, es

esencialmente *acción* y acción creadora; el instructor y el alumno, ambos á dos, tienen aquí parte esencial: el maestro, con su autoridad y su sacrificio; el alumno, con su docilidad y con su respeto. Al primero pertenece esa acción poderosa y fecunda sobre el niño, esa autoridad real que le da el derecho y le impone la obligación de obrar como maestro. En la Educación, como en cualquier otra cosa, sin autoridad real no hay acción legítima.

Pero esta acción es por todo extremo bienhechora; porque la Educación es servicio esencialmente paternal; el maestro reemplaza y representa el padre; haya, pues, en el maestro sacrificio generoso que inspire y aliente sus esfuerzos; haya bondad, afecto y ternura, que sean el fondo y el alma de su sacrificio; y en el alumno haya docilidad cariñosa, haya animosos esfuerzos, haya profundo é inviolable respeto hacia una acción que es para él favor inapreciable; hacia una autoridad inspirada por el amor y el sacrificio.

He hablado de Dios, del padre, de la madre, del maestro, del niño: debo hablar también del *condiscípulo*.

¡El condiscípulo! es decir, la sociedad que principia: la vida social, con sus deberes y con sus derechos, la noble emulación, la eficacia del ejemplo, la comunicación de alegrías y dolores, de trabajos y prosperidades; la franca amistad, el apoyo, el mutuo socorro, la fraternidad... porque el condiscípulo es un hermano, cuando la Educación es lo que debe ser: una familia.

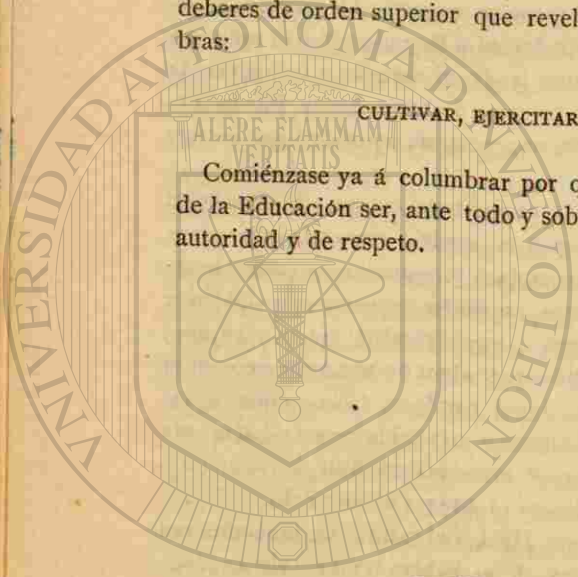
Con el condiscípulo se tienen roces recíprocos, y, en consecuencia, la útil enseñanza del sufrimiento mutuo, de la paciencia, de la sabia y verdadera igualdad, del respeto al prójimo: ¡cosas tan preciosas! No, no hay

Educación, ó, á lo menos, será bien mezquina, sin discípulos

Éstas son las primeras ideas; éstos los derechos y los deberes de orden superior que revelan aquellas palabras:

CULTIVAR, EJERCITAR.

Comiézase ya á columbrar por qué hemos dicho de la Educación ser, ante todo y sobre todo, obra de autoridad y de respeto.



CAPÍTULO PRIMERO

El niño: sus cualidades, sus defectos, sus recursos.

Cultivar, ejercitar, desarrollar, robustecer y pulir todas las facultades físicas, morales y religiosas, que en el niño constituyen la naturaleza y la dignidad humanas...

Ésa es la obra de la Educación.

El sujeto personal de la Educación es, por lo tanto, el niño.

Importa estudiarle á fondo, y ver de cerca lo que hay en él de grande, y los recursos que ofrece, y en nombre de qué noble naturaleza, de qué superiores facultades reclama las más esmeradas, á la vez que las más tiernas solicitudes, todos los cuidados, en fin, de un *religioso miramiento*.

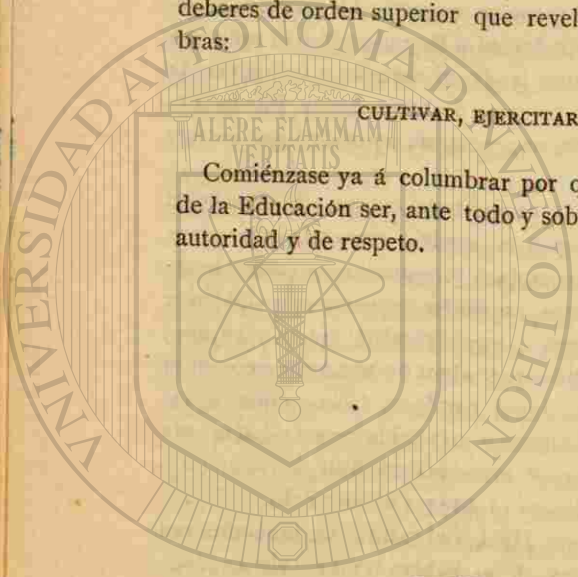
Si este libro viniera á caer en manos de alguno de aquéllos á quienes tuve la dicha de educar, á buen seguro que no le sorprenderá mi lenguaje. En los tiempos de su Educación, hablábales yo de mi cariño con más frecuencia que no de las atenciones y respetos que debían tener para conmigo. No temía revelarles durante aquel tiempo feliz, que pasó como un ensueño, el secreto de mis más delicados deberes para con sus almas; gozaba yo en explicarles el misterio del respeto

Educación, ó, á lo menos, será bien mezquina, sin discípulos

Éstas son las primeras ideas; éstos los derechos y los deberes de orden superior que revelan aquellas palabras:

CULTIVAR, EJERCITAR.

Comiézase ya á columbrar por qué hemos dicho de la Educación ser, ante todo y sobre todo, obra de autoridad y de respeto.



CAPÍTULO PRIMERO

El niño: sus cualidades, sus defectos, sus recursos.

Cultivar, ejercitar, desarrollar, robustecer y pulir todas las facultades físicas, morales y religiosas, que en el niño constituyen la naturaleza y la dignidad humanas...

Ésa es la obra de la Educación.

El sujeto personal de la Educación es, por lo tanto, el niño.

Importa estudiarle á fondo, y ver de cerca lo que hay en él de grande, y los recursos que ofrece, y en nombre de qué noble naturaleza, de qué superiores facultades reclama las más esmeradas, á la vez que las más tiernas solicitudes, todos los cuidados, en fin, de un *religioso miramiento*.

Si este libro viniera á caer en manos de alguno de aquéllos á quienes tuve la dicha de educar, á buen seguro que no le sorprenderá mi lenguaje. En los tiempos de su Educación, hablábales yo de mi cariño con más frecuencia que no de las atenciones y respetos que debían tener para conmigo. No temía revelarles durante aquel tiempo feliz, que pasó como un ensueño, el secreto de mis más delicados deberes para con sus almas; gozaba yo en explicarles el misterio del respeto

con que los más piadosos instructores de la juventud creían que se los debía educar. Aquellos jóvenes amados comprendían mis lecciones; y es éste un homenaje que me complazco en tributarles, como será para ellos glorioso recibirlo; siempre se mostraron dignos de ser educados en la escuela del respeto.

Pero veamos: ¿qué es el niño, para que sea acreedor á tan religioso miramiento?

¡El niño! Pues es el hombre con todo su porvenir, encerrado en los primeros años; ¡el niño! es la esperanza de la familia y de la sociedad; es el linaje humano que renace; es la patria que se perpetúa; es como la renovación de la humanidad en su misma flor.

¡El niño! es una criatura amable, cuyo candor, cuya franca sencillez, cuya confiada docilidad se cautivan el afecto, y hacen concebir los más felices presentimientos: es la bendición de Dios; depósito del cielo, alma inocente cuyo apacible sueño aún no han turbado las pasiones, cuya rectitud no ha sido torcida por los halagos de la mentira ni por las fascinadoras ilusiones del mundo corruptor.

¡El niño! es un corazón sencillo y puro, al que puede la religión presentarse confiada, porque no tiene secretos intereses en resistirse á sus enseñanzas, sino que de buen grado se dejará enternecer por su voz y acento maternal.

Es la primera edad de la vida, tan dulce para vista, tan amable para cultivada, frecuentemente tan cómoda para instruída, tan dócil para formada en los más santos deberes, y siempre tan interesante para estudiada y contemplada de cerca. ¡Ah, sí, ya comprendo por qué la niñez fué tan querida del Dios del Evangelio! En ella todo respira gracia é inocencia. Hay en esta

primera edad algo como recién caído del cielo, que atrae todas las bendiciones de la divina mano, y que nos representa aquí abajo los más vivos encantos de la inocencia y de la virtud.

Quizás me dirá alguno: — Ya se ve, usted se saborea en hablar aquí de aquellos hijos de bendición que son la inocencia personificada, la pura docilidad, la mismísima discreción; á los que la naturaleza y la gracia parecen haber formado á competencia, y que semejan nacidos para ser el encanto del cielo y las delicias de la tierra.

— Pues no: aquí hablo de todos los niños, sean cuales fueren; tomo esta edad en su más amplia generalidad, y digo que hay en ella cierta gracia, cierta dignidad, cierta nobleza que le es peculiar: no sé qué reflejos de cielo, que delatan su origen divino y que no se hallan en el común de los hombres; en ese niño, tal como yo me lo represento, todavía no se ha ajado ni marchitado nada. Jamás ha cometido con reflexión una bajeza; jamás ha mentido con astucia; jamás, á sabiendas, ha despreciado ni odiado la virtud; la justicia, la equidad natural y la buena fe están vivas y enteras en él. Yo no lo niego: es cierto que consigo lleva, junto con la original mancilla, la inclinación al mal, — triste gaje de nuestra corrompida naturaleza; pero es un germen soterrado en las profundidades de su alma, el cual no ha tenido aún desarrollo ninguno.

Mejor que muchos conozco los defectos de la primera edad; y de repente verá cualquiera que ni quiero ni necesito disimularlos. Los largos años que al cuidado de los niños he dedicado, han sido para mí los más dulces de toda mi vida, pero también los más atareados; y si, antes de tiempo, han encanecido mis ca-

bellos, en el servicio de los niños ha sido. ¿Quién jamás trató con niños sin conocer, sin palpar cuánto hay que corregir y reformar en ellos por medio de la Educación? Así es la verdad, y lo diré sin empacho: en esta edad se hallan no pocas veces, á vueltas de las más felices inclinaciones, los instintos más perversos, la obstinación, la ira, los celos, la mentira, y — ¿por qué no decirlo? — la mismísima ingratitud, negra y todo como es; en esta edad sobre todo, el egoísmo, irreflexivo por su naturaleza, se muestra furioso, caprichoso, ardiente. En ninguna parte he hallado amor propio más metido en las entrañas que en los niños.

Si en sus primeros años fueron educados en la molición, ¿con qué secreta repugnancia rechazan cualquiera verdad que los lastime! ¿con qué deplorable instinto se asen á todo lo falso y á lo malo, con tal que los lisonjee!

Es además la niñez edad curiosa, tornadiza, bullidora, ávida de pasatiempos, enemiga de sujeción; es la edad en que con tan dañoso empeño se abren los ojos á la vida, para descubrir todos sus encantos; es la edad que pasea con inquietud sus ávidas miradas por el riente escenario del mundo, para ver sus fementidas bellezas; es la edad, en fin, donde el corazón, aunque tan joven todavía, se avieja, y, abriéndose por primera vez á cuanto le rodea, solicita con ardor el alimento que ansía su instinto, y se apresura á gustar los vanos goces que quizás marchitarán muy pronto su inocencia.

Reconozco todo esto, y no tengo por qué disimularlo. Precisamente la inexperiencia, la debilidad, los incontables peligros, y, sobre todo, los defectos de esta primera edad son los que sobresaltan y alarman mi

ternura, y los que reclaman, aun de los más indiferentes, solicitud y cuidados paternos.

Lo repito, pues; ligera es la niñez, desaplicada, presuntuosa, violenta, obstinada: es edad de disipación, de arrebatos y de goces, edad de mil ilusiones; de ahí nacen casi todos los desvaríos de ella; de ahí se derivan los cuidados solícitos que pide su Educación; pero también — añadía Fenelón — es la única edad en la cual el hombre tiene completo dominio sobre sí mismo para corregirse. Ahora pregunto yo: ¿hay cosa más atractiva, y — estoy por añadir — más merecedora de respeto, que un ser tan joven, que hace esfuerzos por tornarse cada día mejor? ¿No veis en esto uno de los más gloriosos y más enternecedores privilegios de la niñez?

La edad madura, y, sobre todo, la vejez, casi carecen de todo recurso contra sus defectos; no pueden desposeerse del hábito fatal que han contraído, ni desarraigarse el mal que en ellos ha envejecido. De ordinario no les queda más que una naturaleza débil y estragada por la mala costumbre.

Pero los niños tienen, sí, como los hombres, defectos propios de sus cualidades, pero, cuando menos, no tienen todavía esos otros defectos adquiridos, que el proceso del tiempo, la influencia de las costumbres y la fuerza fatal de la naturaleza, plenamente desarrollada para el mal, hacen llamar con justicia: vicios.

En ellos todo es flexible, todo es nuevo: fácil es enderezar estas tiernecitas plantas y elevarlas hacia el cielo. Nada se ha gastado, nada ha envejecido en estas jóvenes y vivarachas criaturas.

Y ved por qué, aun en medio de sus defectos, no hay cosa más amable para vista que el despuntar de

la razón y de la virtud en un niño, — *lilium inter spinas*, dice la Escritura; — nada más conmovedor que observar los primeros esfuerzos que hace contra sí mismo para corregirse. ¡Cuán necesario es entonces exhortarle y animarle! ¡con qué afecto hay que hacerle comprender y hacerle sentir que bendecimos á Dios al ver su valor, que nos felicitamos por ello! Persuadámonos de esto: nunca habrá demasía en alentar tíernameute al niño que trabaja por dominar y vencer su mal humor, que se duele de sus faltas, que se las reprende, que las confiesa de grado, que ama á los que le corrigen, y se pone á trabajar alegremente en el gran negocio de su perfeccionamiento.

Nunca se pondrán en ello demasiados cuidados: porque es frecuente equivocarse, sí; es muy ordinario el espantarse sin razón por los defectos de la primera edad. Bajo la más áspera corteza, muchas veces hay un tronco vivo y lleno de savia que ha de producir exquisitos frutos; como también, una superficie apacible y pulida oculta fondo engañoso y malhadados principios de corrupción. Sobre todo, hay que desconfiar muy mucho de los que se ha dado en llamar *guapos chicos*; y no digo que deba uno prevenirse en contra de ellos; pero sí que debe recatarse mucho de los mismos, porque raras veces dan lo que prometen.

Al contrario, á pesar de las apariencias de ligereza, y á pesar de su vivísima inclinación al placer, puede un niño ser discreto, juicioso y sensible á la virtud. Muchas veces he hallado jóvenes de éstos, que bajo el bullicio exterior de su edad ocultaban un juicio y una cordura precoz, que tenían alma pura, carácter firme y decidido, aun en medio de la movilidad de sus impresiones; y he de confesar que estos niños eran los que

más interesaban mi corazón, tanto que había de ponerme en guardia contra las preferencias de mi afecto para con ellos.

Ninguna dificultad tengo en reconocerlo y proclamarlo: el niño, aun aquél que recibió del cielo el más hermoso carácter, es un sér ligero, veleidoso, que vaga de deseo en deseo, á merced de su propia inconstancia. Parece que ninguna cosa le puede fijar, que es incapaz de aplicar á nada su corazón, de tomar una resolución formal, de seguir un partido serio: en cualquier cosa parece que no sabe seguir más que sus gustos, sus más frívolos caprichos, y que no está fijo más que en su eterna agitación. Pero, permítanme los maestros que se lo diga con llaneza: la más meritoria alabanza, la gloria más genuina de la Educación está en vencer esa ligereza, en fijar esa inconstancia; ahí está también el principal trabajo y la gloria principal de la juventud.

Yo — ¡gracias sean dadas á Dios! — he asistido á este triunfo y he disfrutado de él: he visto niños, antes de los doce años, fieles á las horas de silencio, atentos á las lecciones de ciencia y de virtud, diligentes en el trabajo, ardientes en las lides de la emulación, recogidos en los rezos; y, al verlos, me dije más de una vez: ¡Qué gozo tan puro, qué dicha para los que educaron á estos niños, y llegaron á formar espíritus tan juiciosos, corazones tan firmes, almas tan formales en tan temprana edad! ¿Y cómo no amar á niños tan decididos y tan amables? ¡Qué dicha consagrar á su formación el amor y todos los cuidados de que uno es capaz! ¿cómo no admirar niñez tan noble, niñez tan pura, tan generosa y tan dócil?

Perdónenseme mis prevenciones en favor de esta

edad; pero — quiero decirlo francamente — tengo todo mi empeño en persuadir á los instructores de la juventud que los defectos naturales del niño, esos defectos de los cuales tanto se espantan muchos, son los que deben alentar su celo, su cariño, y — estaba por decir — su respeto para con la niñez.

Mírenlo de cerca, y verán que el niño más revoltoso, el más bullidor y travieso tiene, á vueltas de sus defectos, mucho de verdadero, de ingenuo, de natural; lo cual es de inestimable precio y merece todas nuestras atenciones. En edad más crecida, ¡ay! nuestras buenas cualidades tienen ciertas sutilezas que las adulteran: el niño es naturalmente recto y sincero; aun no tiene nada de disimulado, ni de fingido; á veces parece rebelde, enemigo de la sujeción y despreocupado; y francamente, nos dolemos de ello. Por lo que á mi hace, yo no me dolía más que á medias; porque siempre le vi sin afectadas y pretenciosas reservas, sin celos, y, á pesar de su instintivo egoísmo, le vi sin inquietas ó arteras miras sobre sí mismo, sin reservadas preocupaciones.

Sencillo y expansivo, libre en sus carreras, el niño no cuida de disfrazarse ni de componer sus modales con artificio; y en los preciosos momentos en que gusta de sentarse á vuestro lado, de escucharos con atención, os maravillaráis de ver lo que cien veces he visto yo, cuán digno es de la más dulce, de la más íntima familiaridad; cómo vuestro cultivo ha penetrado en esta tierra virgen; con qué facilidad se halla la senda de su corazón, para grabar en él con rapidez las más hondas impresiones.

Si: el niño más atolondrado, iba á decir, el más violento, es el que más pronto muestra á los que saben

hacerse amar, cierto dejo de candor y de sinceridad que arrebatan; es el que hace sentir muy luego en el corazón, cuando se ha sabido enternecerle, no sé qué dulzuras, inocencia, alegría y paz que conmueven hasta lo más hondo de nuestra alma. De propósito insisto sobre este pensamiento: sea cual fuere la aspereza de su carácter y aun la violencia de sus pasiones, cuando un niño se ve libre de ruindades, cuando conserva la rectitud, cuando tiene ánimo, fondo de verdadera sensibilidad, sentimiento religioso, no hay para qué descorazonarse.

Fenelón habla, y no recuerdo dónde, de cierto niño que pusieron á su cuidado durante una buena temporada, y que, jovencito y todo, era muy despierto, atrevidillo, y tenía labia que le sobraba para no callarse nunca; era además de natural violento, hasta llegar á ser terco inclusive, de vivísimas pasiones, de caprichos violentos, de impetuoso humor, y sin reflexión bastante para saberse reprimir. Una vez que se hubiera enojado, poco que le costaba volver en sí; jamás se lograba hacerle reconocer su yerro. Manteníase tieso, duro, con toda su sangre fría, y menospreciaba toda corrección.

Y ¡quién lo creyera! estos mismos defectos eran los que á Fenelón daban grandes esperanzas para el porvenir de nuestro joven. *Sus defectos, decía, nacen del temperamento y de la edad. Motivos fundados tengo para creer que la buena Educación y una razón más asentada los han de convertir en preciosos talentos. Es un vino cuyo verdor se trocará en fuerza. Es un natural muy fuerte; no hay más que suavizarlo. No temáis: la edad que robustece la razón, el ejemplo, la instrucción, la autoridad, templarán esta impetuosidad infantil.*

Mucha dulzura, mucha paciencia y mucha firmeza se necesitan con él...

Es preciso llevarle con dulce, paciente y tranquila firmeza (1). Hay aquí un fondo de juicio y de energía, del que se puede esperar mucho; como poquito á poco se le vaya acostumbrando á moderarse, este niño ha de poseer cualidades, pero ventajosísimas.

Aquí descubre Fenelón uno de los más profundos secretos de la naturaleza humana y de la moral cristiana, y el que más importa comprender á los que se dedican á la Educación de la juventud.

Los naturales muy vivos, los más fuertes y felices no son, efectivamente, los que carecen de todo defecto, sin pasiones y sin combates. ¿Quién no sabe las luchas y las victorias de San Pablo, de San Agustín, de Santa Teresa, de San Jerónimo, de San Francisco Javier y de tantos otros?

Jamás pensó nadie en educar niños bonachones, sin pasiones y sin defecto ninguno. Estaba por decirlo, no

(1) Fenelón amaba mucho á los niños. Y ¡vaya si los amaba! A los 64 años tomó á su cargo, durante un otoño, el cuidar de la educación de los hijitos del duque de Chaulnes, en su propio palacio de Cambrai; no acertaba á tratar de ellos más que con ternísimas palabras.

No olvide S. S., escribía al padre de aquellos niños, que me ha prometido sus hijos para la hermosa estación del otoño. ¡Qué gusto voy á tener en estarme con ellos!

Y en otra ocasión: Le pido á S. S. sus queridos hijos, que lo son también míos. No crea S. S. que me estorbarán poco ni mucho; me pienso extasiar con ellos; yo seré su primer preceptor, á las órdenes de M. Gallet.

Déjeme S. S. la niñez; me darán mucho placer, y yo procuraré no serles inútil.

Otra vez escribía á la madre de los mismos: Por lo que hace á la familia, estoy muy contento de tenerla aquí; los amo tiernamente. Me alegran mucho. No me estorban nada.

hay cosa peor que semejantes niños... ni hay cosa más problemática que el resultado de su Educación. Por lo que á mí hace, siempre tuve este presentimiento; y así solía decirlo: *¡Son aguas dormidas y engañosas; de ahí nos ha de salir más mal que no bien!*

Valen más, pero mucho más, los naturales vivos, impetuosos, ardientes, apasionados. Sin duda, tienen necesidad de ser corregidos y enérgicamente gobernados; pero también ofrecen poderosos resortes para grandes cosas.

En efecto, ¿qué entienden por pasión los maestros de moral? Entienden y dicen que son poderosos acicates, impetuosos movimientos del alma que la arrastran hacia el amor ó hacia el odio. ¿A qué las han comparado? Las han comparado á generosos corceles que arrastran y precipitan el alma ó en el sumo bien, en el heroísmo, ó en el mayor mal, según que lleve las bridas una mano firme ú otra débil é indolente.

Así, pues, que los niños sean ardientes, que arrebatados, que fogosos, que tengan imaginación ardorosa y soñadora, espíritu altivo, carácter irritable, sensibilidad extrema: es cosa que no me espanta por lo que mira á su Educación; éstos siquiera no languidecerán en lastimosa medianía sin defectos ni correcciones, sí; pero también sin verdadera virtud: no pido para ellos más que una mano capaz de tomar las riendas y de dirigir hábilmente su valiente y generoso natural.

Estos niños que tantos disgustos me causaban, tenían en el fondo un corazón de oro, espíritu levantado, alma noblota. Siempre los hallé veraces, sensibles, sinceros; de ordinario eran los más agradecidos entre todos, y, en el fondo, eran los más dóciles, los que más denodadamente se acostumbraban á la obe-

diencia, al trabajo, al amor de las letras y al respeto para con sus maestros: siempre los vi más prontos al entusiasmo por el bien, que al resentimiento por el mal que creyeran haberseles inferido. Y cuando, á la postre, el feliz natural que en ellos había, triunfando de los defectos y de las flaquezas de la edad, mediante la gracia de Dios y una buena Educación, se afianzaba en la sabiduría y en la virtud, llegaban á ser en realidad niños que para los veinte años prometían ser *los más amables y los más generosos entre los hombres* (1).

(1) Rousseau.

CAPÍTULO II

El Niño: mis experiencias.

Muy cierta cosa es que para ser útil á los niños, para no descorazonarse por sus defectos, para descubrir todas sus hermosas cualidades, se hace necesario amarlos; hay que sentir la felicidad de ser amado de ellos; hay que tomar interés por ellos; hay que poner el contento en verlos y tratarlos de cerca; hay que estudiarlos con inteligencia y amor; hay que tomar gusto en conversar familiarmente con ellos: su natural, su humor se temple y se suaviza con tales conversaciones. Entonces desaparece de ellos toda altivez, toda aspereza; no solamente se tornan finos, urbanos, tratables, complacientes, sinceros, joviales, reconocidos y tiernos; sino que su espíritu se eleva, ábrese su corazón y se expansionan y dejan vislumbrar en aquellas profundidades cosas, pero ¡qué tiernas! Su alma se franquea de par en par; á través de aquella carita fresca y risueña, como un capullo, y en el fondo de aquella inquieta criatura, descúbrese un no sé qué grandioso y divino, que por de pronto se admira, y más tarde se venera con ternura.

Cuando habla Fenelón de este maravilloso encanto, que hemos dado en llamar sencillez, ingenuidad, dice

diencia, al trabajo, al amor de las letras y al respeto para con sus maestros: siempre los vi más prontos al entusiasmo por el bien, que al resentimiento por el mal que creyeran haberseles inferido. Y cuando, á la postre, el feliz natural que en ellos había, triunfando de los defectos y de las flaquezas de la edad, mediante la gracia de Dios y una buena Educación, se afianzaba en la sabiduría y en la virtud, llegaban á ser en realidad niños que para los veinte años prometían ser *los más amables y los más generosos entre los hombres* (1).

(1) Rousseau.

CAPÍTULO II

El Niño: mis experiencias.

Muy cierta cosa es que para ser útil á los niños, para no descorazonarse por sus defectos, para descubrir todas sus hermosas cualidades, se hace necesario amarlos; hay que sentir la felicidad de ser amado de ellos; hay que tomar interés por ellos; hay que poner el contento en verlos y tratarlos de cerca; hay que estudiarlos con inteligencia y amor; hay que tomar gusto en conversar familiarmente con ellos: su natural, su humor se temple y se suaviza con tales conversaciones. Entonces desaparece de ellos toda altivez, toda aspereza; no solamente se tornan finos, urbanos, tratables, complacientes, sinceros, joviales, reconocidos y tiernos; sino que su espíritu se eleva, ábrese su corazón y se expansionan y dejan vislumbrar en aquellas profundidades cosas, pero ¡qué tiernas! Su alma se franquea de par en par; á través de aquella carita fresca y risueña, como un capullo, y en el fondo de aquella inquieta criatura, descúbrese un no sé qué grandioso y divino, que por de pronto se admira, y más tarde se venera con ternura.

Cuando habla Fenelón de este maravilloso encanto, que hemos dado en llamar sencillez, ingenuidad, dice

de ella que es la perla de que nos habla el Evangelio, digna de ser buscada en las regiones más apartadas. Es un diamante de tan puras aguas, que refleja las más hermosas claridades.

Las orillas del Ganges, que nos envían las perlas del oriente, no nos han enviado la sencillez: yo, sin embargo, la he hallado en el corazón del niño.

Sin duda, el candor de su frente, el inquieto brillo de sus miradas, aquel colorido tan puro, aquella tan graciosa sonrisa, aquellas palabras tan ingenuas y tan cariñosas, todas las inocentes bellezas y los exteriores atractivos de esta edad, tienen grande eficacia; mas, poder como tienen los encantos de su corazón, no lo he conocido jamás. ¡Mirad cómo esta nativa sencillez inspira al niño, sin darse de ello cuenta, las más sublimes virtudes! De él pudiera decirse lo que el Apóstol dice de la caridad: todo lo cree, todo lo espera, busca todo lo amable y bueno, admira todo lo grande y noble, ni sospecha el mal ni se entristece del bien. Se regocija de cualquier acontecimiento feliz. Si le amáis, os ama; si ante él os presentáis virtuoso, os venera. Obra sin ambiciones, sin amarguras, sin desabrimientos. Al oír el relato de alguna acción generosa, le palpita el corazón, inflámase su mirada, corren por sus mejillas hilo á hilo las lágrimas; no ha menester que se le pinten las necesidades de la miseria: las adivina. Su vista se halla siempre dispuesta para mirar al pobrecito que se le acerca tiritando de frío; su mano es siempre la primera en abrirse para socorrerle. No: ya no me maravillo de que Jesucristo, oyendo cierto día á sus discípulos disputar sobre quién iba á ser el mayor en el reino de los cielos, llamara á un niño, y, después de abrazarlo con tierna efusión, le colocara

en medio de la atenta muchedumbre y les dijera: *Os aseguro á fe mía que, si no os tornáis como este pequeño, no tenéis que esperar el entrar en el reino de los cielos* (1).

Ya se ve: aquí no cuento los ensueños de mi cariño para con la niñez y la juventud. Desde Jesucristo, que quiso ser el primer preceptor y amigo de la infancia, ¿qué instructor, digno de su divina misión, no ha probado lo que acabo de decir? ¿Quién muchas veces no ha visto con profundo enternecimiento, en estos corazones jóvenes, aquel tan hermoso ardor, aquella docilidad tan animosa, aquella generosidad tan confiada, aquellas vivas y fuertes inspiraciones, y, en su día, aquel gusto sublime, aquellos entusiasmos de admiración por la verdad y por la virtud que los arrebatava y los sacaba de sí, sin que fueran dueños de contener su emoción? ¡Ahl! ¡cuánto se engañan los que en tan bajo concepto tienen la niñez y la juventud!

¡Edad pura y brillante! ¡edad noble y sincera! ¡tiempos heroicos de la vidal! ¡edad admirable, siempre que una Educación religiosa inspira sus afectos, dirige sus esfuerzos, consagra su juvenil ardor, modera sus pasiones, corrige sus defectos, previene sus extravíos y ennoblece sus virtudes! Es la edad de los más puros pensamientos, de los afectos más nobles, de las más fieles amistades, — así lo he experimentado yo, dos veces sobre todo, — edad del ardor intrépido para el bien, y, si conviene, ¡hasta de magnánimos sacrificios!

He aquí los felices privilegios que hacen de la niñez y de la juventud dos edades merecedoras de cuidados asiduos y del más acendrado cariño; y estoy seguro

(1) San Mateo, cap. XVIII.

que el piadoso maestro siempre fijará en la niñez sus miradas con inexplicable consuelo y con cierto dulce respeto, ó repasará en su memoria las virtudes de la primera edad, tan verdaderas y á veces tan robustas, tan ingenuas, tan sencillas, tan encantadoras.

Perdonésemme algunos recuerdos personales: es que les debo la poquísima autoridad que acompaña á mis palabras; les debo las dulces emociones de antigua amistad, que todavía no se ha extinguido en mi alma, y que probablemente no se extinguirá jamás: confío que se me ha de permitir esta mirada hacia el pasado, que para mí siempre es presente.

Durante los santos y felices años por mí consagrados á la Educación, gustaba yo muchas veces de ver á los niños que me estaban encomendados, y de dirigir hacia ellos mis miradas: era uno de mis más puros deleites en las horas de recreo bajar á sus patios y jardines, mezclarme en sus diversiones y aun á veces tomar en ellas parte: ellos mismos lo podrán recordar.

Ó bien, si el cansancio no me consentía la agitación de sus juegos, para mí un tantico violenta, gustaba de convertirme en espectador tranquilo y silencioso, de pasearme sonriendo por en medio de ellos, entre la bulliciosa efervescencia de sus diversiones; disfrutaba yo allí de paz, de dulzura inexplicables. ¡Cuántas veces, obligado por mi santo ministerio á lanzarme por algunos instantes en medio del mundo y de sus negocios, y apesarado por las tristes escenas de la vida, volvía á entrar en nuestro Seminario Menor con secreta y profundísima satisfacción! Media hora de recreo con mis colegiales bastaba para disipar todos aquellos nublados de tristeza y desazón; junto á ellos olvidaba las

dificultades, los punzantes cuidados, los torcedores, los acerbos menosprecios.

Otras veces también, aun sin bajar entre ellos, desde lejos, la algazara de sus juegos, los gritos de su alegría, sus francos altercados, sus prontas reconciliaciones, la viveza de sus impresiones, — ¿por qué no confesarlo? — su contento por verme, aunque de lejos; el redoblado acrecentamiento de su ardor, cuando me tenían por juez y testigo de sus jubilosos trasportes y de sus triunfos..., todo esto proporcionaba á mi alma suavísimo refrigerio, por el cual daba gracias á Dios, rogándole que prosiguiera bendiciendo á esta multitud amable y fiel, á este naciente pueblecito, á este depósito precioso, confiado á mi celo y á mis cuidados, esperanza de la religión, esperanza de la patria.

Hombres de mundo he visto yo, que hacía largos años intervenían con honra en los más importantes negocios de su nación, experimentar las mismas impresiones á vista de nuestros jóvenes; los he visto enternecidos hasta derramar lágrimas, cuando contemplaban á la fresca sombra de nuestra casa de Gentilly (1) á esta numerosa juventud repartida en juguetones corrillos, y disfrutando en medio de sus juegos delicias purísimas y embriagadoras.

Y ¡cómo disfrutaba yo en ser testigo de sus trabajos! ¡Cuántas veces interrumpía de pronto mis ocupaciones por ir á sorprenderlos en el estudio! Sí; era para mí un encanto, un espectáculo gracioso ver á todos aquellos jóvenes recogidos y silenciosos! Sí; aquellas docenas de jóvenes inteligencias aplicadas al estudio, aten-

(1) Pueblecito á una legua de París, donde el Seminario Menor de San Nicolás tenía una casa de campo.

tas para comprender, agudas para penetrar y admirar los más notables modelos de las principales literaturas humanas, arrebatában mis ojos y ensanchaban mi corazón.

Pero, en punto á esto, nada igualaba al placer que me proporcionaba el presenciar sus exámenes.

Quando los oía recitar con soltura, explicar con *do-naire*, interpretar fielmente, con calor, con entusiasmo, los más bellos pasajes de Virgilio, de Homero, de Cicerón, de Tito Livio, de Fenelón, de Bossuet... no sé qué tan puros, tan íntimos gozos experimentaba yo! ¿Qué podía haber para nosotros más halagüeño y consolador, que verlos tan felizmente sensibles á los nobles placeres del espíritu? Su naciente corazón se esclarecía con la luz que irradian aquellas luminosas inteligencias, y á veces hasta llegaba á inflamarse en la hoguera donde se inflaman los genios.

Hallaba yo, en verdad, admirable el que, á través de tantos siglos, el genio de Homero, de Virgilio, de Bossuet, de San Juan Crisóstomo viniese á trabar alianza con estos talentos niños, á calentarlos, á fecundarlos, á levantarlos hasta su nivel.

Si sus juegos, si sus estudios me causaban tanto placer, ¡qué os diré de su piedad! Eso, ni contarse puede.

¡Qué emoción tan dulce para mí verlos reunidos en su recogido oratorio! ¡Qué fe tan viva! ¡qué fervor en sus plegarias! Los días de fiesta, y en esas celestes mañanas, cuyo recuerdo yo fto que no perderán jamás, el ángel del Señor semejava cobijarlos y esconderlos bajo sus niveas alas.

En esos venturosos días era cuando, sobre todo, disfrutaba yo en acercarme á ellos, en conversar con

ellos, en contemplar más de cerca su corazón. Parecíame respirar allí la dicha, la paz de la inocencia, todos los aromas del cielo.

No negaré yo que de vez en cuando venían á turbar estos goces de la inocencia y de la gracia, vagas nubecillas, propias de la humana condición; pero, una vez desvanecidas aquellas nubecillas de la niñez, descubríase allí, en el fondo de sus almas jóvenes, uno como cielo azul, donde Dios hacía brillar, en horizontes de infinita pureza, claridades de divino resplandor.

Entonces era cuando cierto noble y amable pudor, virtud que á sí propia no se conoce, daba nuevo y escondido realce á todo cuanto hacían. Sus más insignificantes discursos, sus palabras más sencillas, tenían encantos secretos é inefables, contra los cuales era imposible defenderse. ¡Cuántas veces, en estas sabrosas é íntimas conversaciones, recogí de labios de la niñez ingenuidades sublimes!

Mi ternura para con ellos era grande; y, sin embargo, no les revelaba sino muy imperfectamente los sentimientos de mi corazón, sobre todo para con aquéllos cuyo natural veía yo irse transformando poquito á poco, suavizándose, purificándose y ennobleciéndose por la gracia.

¡Cuántos hay entre ellos de quienes podría yo decir que he reconocido, que he amado á Dios en ellos, presente y personificado con sus más hermosos caracteres! Su infancia era la del Salvador: como *El, crecían en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.*

Con frecuencia me dirigía esta pregunta: ¿de dónde nacerán estos inexplicables encantos de la niñez y de

la juventud? ¿Por qué tiene esta primera edad cierta indefinible gracia que hechiza, que enternece, que no cansa jamás? Un amigo á quien venero, respondiome cierto día: «Sin duda, la infancia es la sencillez, es el candor, es la inocencia; pero lo que añade á todo esto indefinibles encantos, irresistible atractivo... es ¡que el niño es la esperanza! No cabe dudarle, es el gozo del presente; però, sobre todo, ¡es la esperanza del porvenir!»

Esta idea me conmovió, y me trajo á la memoria aquellas palabras dirigidas á Luis XV por una dama, testigo de su consagración. Era la marquesa de Pisieux: ¡Ah! Señor — le dijo — *era preciso veros en aquel entonces... ¡S. M. era bello, bello como la esperanza!*

Aquí estaba dicho todo. Un joven príncipe no podía recibir elogio más lisonjero, ni lección más delicada. Pero siempre, sea cual fuere su condición, es el niño la riente, la bella, la dulce y pura esperanza.

Tratando de este asunto han prodigado las divinas Escrituras las más graciosas imágenes.

El niño es tierno renuevo, débil planta, es verdad; pero en su día será frondoso árbol que se cuajará de frutos de virtudes y que proyectará en su derredor bienhechora sombra.

Es una flor á punto de abrirse y desplegarse en rica y hermosísima corola. Si tan bella parece en sus primeras horas, ¿qué será el día en que, ataviada con todos sus encantos y embellecida con todos los dones del cielo, alzarase para engalanar la tierra?

El niño es al presente diminuto arroyuelo, manantial naciente; pero quizás más adelante se tornará río majestuoso. El maestro es el hábil fontanero de que nos hablan las sagradas Letras; su mano dirige aque-

llas dóciles aguas, llévalas á donde le place, y jamás permite que otras aguas extrañas, impuras ó amargas, vengan á entorpecer su curso.

Si, el niño es la esperanza, la esperanza del mismo cielo: porque heredero es de las palmas eternas, objeto de las divinas complacencias, amigo y hermanito de los ángeles!

Es la esperanza de la tierra, cuya riqueza y cuyo tesoro es al presente, y cuya fuerza y cuya gloria será en lo porvenir. Es la esperanza de la patria y de la humanidad entera, las cuales en él se renuevan y rejuvenecen. Es aquí bajo, sobre todo, la esperanza de la familia, cuyo gozo y cuyas delicias forma ya, y cuya corona y cuya honra habrá de ser algún día.

¡Amable criatural Su primera aparición en el mundo, su sonrisa primera, su primera mirada es emblema de paz, presagio de bonanza para todos. ¿Le veis? en su frente no asoma ni siquiera fugaz nubecilla; desconoce lo pasado, sonrío ante el presente, se lanza hacia el porvenir, y consigo parece arrastrar hacia allí al universo entero.

Muchas veces me he puesto á considerar por qué el niño formará sobre todo las delicias de sus ancianos padres. Ellos no pueden cansarse de estárselo mirando, de bendecirlo, de escucharlo, de admirar su valor, su agilidad, su donaire, sus gracias. El brillo y la dulzura de su sonrisa; la pureza y transparencia de su frente; la limpidez, la llama de su mirada... todo esto les trae á la memoria que envejecemos, que palidecemos, que cada día morimos; pero también les sugiere que no debíamos palidecer, ni envejecer, ni morir: y el niño está ante sus ojos como un recuerdo, como un

reflejo de esa inmortal juventud que fué la primitiva herencia de nuestra naturaleza.

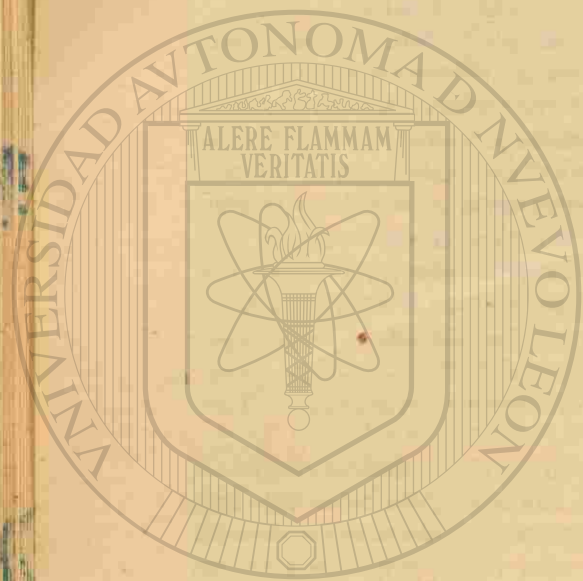
Cierto, cuanto más en ello reflexiono — y lo diré aun á riesgo de repetirme, — cuanto más en ello reflexiono, menos me admiro de que el Hijo de Dios, á su paso por la tierra, amase tanto á la niñez y tuviera tanto gusto en bendecir á los niños. Jesucristo amaba á los hombres y á todos bendecía al bendecir á la infancia, esperanza de la familia humana. ¿Quién no conocé las escenas evangélicas? Nuestro Señor recorría pueblos y villares, curando enfermos y haciendo bien á todos. Las madres, con su celestial instinto para adivinar los corazones dignos de ellas, corrían á su encuentro y le traían sus hijitos, pidiéndole que se los bendijera. Tan numerosos eran los niños y las madres, que los Apóstoles, fastidiados, se hubieron de quejar, y querían desviarlos. Pero el divino Maestro ordenó que les hicieran lugar, diciendo: *Dejad que vengan á mí los niños, que para ellos y para los que se les parecen es el reino de los cielos.*

Aquí estaba dicho todo: ya está revelado el precio de la vida eterna; la necesidad de la regeneración y de una nueva inocencia está ya proclamada; en adelante, las puertas del reino de los cielos deberán estar cerradas á cualquiera que rehusare bajarse hasta esa edad.

Aun cuando el Hijo de Dios no hubiera descendido del cielo más que para decir esta palabra, ella sola bastaría para su gloria y para la dicha de la humanidad. ¿Quién, antes que El, la había proferido? ó ¿quién había pensado y sentido de esta suerte? Durante cuatro mil años, fuera de algunas palabras escapadas á la sofística razón de algún filósofo, la infancia era en la

tierra objeto del menosprecio de los sabios y de la cruel indiferencia de los legisladores. Mas, en medio de la corrupción universal, formaba las delicias y los únicos amores del cielo, y, cuando el padre de familia vino á buscar á sus hijos, cuando el Criador se quiso hacer conocer de los suyos, no se declaró á fe por medio de fastuosas palabras. No; antes de darse por maestro y doctor del mundo, plúgole revelarse bajo más conmovedor aspecto, y con más regalado nombre. Bien se le echaba de ver la grandeza y el poderío de rey de los cielos, pero era sobre todo Padre tierno; antes que otra cosa se advertía en Él su amor, y, cuando dijo: *Dejad que vengan á mí los niños; el reino de los cielos será de los que se les parecen...* padres y madres enternecidos, prosternándose á sus pies, le adoraron.

¡Ah! ya comprendo por qué los profetas pregonaron con tan magníficos loores la gloria de los patriarcas y el noble orgullo de la fecundidad maternal. También yo, para concluir estas líneas, voy á exclamar con ellos y á repetir la bendición evangélica: ¡Bienaventuradas las madres cuyas entrañas santamente fecundas dieron á la tierra y al cielo numerosos hijos! ¡Bienaventurados los pechos que los amamantaron! ¡Jamás puso una madre más preciosas joyas sobre su corazón; jamás ciñó su frente más esplendente coronal!



CAPÍTULO III

El niño mimado.

¡El niño mimado! Hubiera deseado no tener que tratar este enojoso asunto; mas no había manera de evitarlo, sobre todo, en un libro en que se trata de la autoridad y del respeto.

Enemigo mortal de la autoridad y del respeto es el niño mimado.

Y además, mimar á un niño es faltar tan dolorosamente como se puede al respeto debido á la dignidad de su naturaleza, al interés que reclaman sus destinos y su honor.

Algunos, al hablar de estos niños mimados, se ríen: jamás he podido reirme yo; jamás ha podido arrancarme una sonrisa la vista de un niño mimado. Nada me es menos placentero, nada tan antipático. Es para mí una cosa horrible, horrible para el presente y horrible para el porvenir.

Aun en la ligereza de las palabras del mundo déjase á veces entrever la justicia y la verdad: *¡qué terrible es ese niño!* se dice en ocasiones con cierta graciosa indiferencia y hasta con cierta satisfacción de vanidad. — Sí, *terrible*, y ¡más de lo que algún día querremos que lo sea! Porque del niño mimado se puede decir aque-

lla terrible palabra de las santas Escrituras: *El leoncillo llegará á ser león y en su día aprenderá á devorar los hombres* (Ezeq. 19-6).

¿Qué hace usted en todo el santo día de Dios?—preguntó cierta persona á una joven madre. — *Me entretengo en mimar á mis hijos*, respondió aquélla. En su pensamiento no había, al parecer, más que una agudeza más ó menos fina; pero esta palabra era más seria de lo que ella se figuraba. Con eso condenaba amargamente á tantas madres imprudentes que, en realidad de verdad, no parecen tener otra ocupación que la de mimar á sus hijos en los primeros años de su vida; también se condenaba duramente á sí propia. Súpolo más adelante por cruel y dolorosa experiencia.

— Pero ¡si son tan jóvenes los muchachos! ¿qué mal hay en mimarlos un poquillo? no es cosa de consecuencia; será cuestión de algunos años. — ¡Que no! que es obra de toda la vida. La eterna Verdad pronunció sobre esto un oráculo formal: *El joven será en su edad avanzada lo que hubiere sido en la infancia*. (Prov. XX. 6.)

Mil maneras hay de mimar á los niños: se mima su talento con la inconsiderada exageración en los elogios.

Se mima su carácter, dejándole satisfacer todos sus gustos y caprichos; se mima su corazón, hablando mucho de él, adorándole, idolatrándole.

Todos estos modos de mimar á los niños, esta funestísima arte de corromper una edad, esperanza de la vida entera, pueden reducirse al desarrollo de dos funestos principios, origen manantial de toda la humana perversidad: la molicie y el orgullo.

Nada puede darnos idea cabal de lo que vienen á

ser los niños mimados en la molicie, niños que están mimados porque se les hacen demasiadas caricias, porque se les muestra ternura sobrado sensible, porque se concede á sus gustos, á su apetito, á sus ojos, á su pereza, á sus deseos, todo lo que apetecen.

Son muchas veces, de todo en todo, animalitos salvajes. Parecen, y ordinariamente lo son, lo que se ha dado en llamar *guapos chicos*, graciosos, complacientes, halagadores. No hay manejo insinuante, ni bajezas agradables, cuyo secreto no tengan, á fin de obtener lo que desean; los halláis encantadores si no los miráis de cerca; pero si de pronto os dais cuenta de sus tretas y de vuestra debilidad, si intentáis alguna resistencia, si exigís de ellos el menor trabajo, la más ligera aplicación, inmediatamente el mal humor, el silencio huraño y desazonado, ó hasta la grosería brutal y violenta, os revelan que esos niños tan amables son niños fingidos; que en el fondo y en hecho de verdad, como animales domesticados, no son sensibles más que al cebo que los amansa, pero que se tornan fieros y salvajes, que muerden y desgarran luego como se les niega cualquier cosa á su apetito.

Quizás exagero. — Pero ¿cómo? ¿Edad tan tierna va á ser capaz de tamaña ruindad?— Oíd lo que sobre el particular pensaban Fenelón y San Agustín, y contad que hablaban de la infancia: «Considerad, decía Fenelón, cómo desde esta edad buscan los niños á aquéllos que los halagan, y huyen de los que los cohiben; cómo saben gritar unas veces y enmudecer otras para obtener lo que desean; cómo tienen ya sus artimañas, sus celos y sus enviduelas!»

«Vi yo, dice San Agustín, un niño celoso; aun no sabía hablar, y ya con la carilla pálida y los ojos

enojados miraba hurafío á otro niño que mamaba junto con él.»

Confieso que á mí no me gustan los niños secos, duros y altaneros; pero los niños ternerones, insinuantes, blandos, pegajosos, no por ser á primera vista más amables, son menos temibles á mis ojos, y afirmo que hacen correr mayores riesgos á su Educación; y lo que más acrecienta el peligro es que uno queda más fácilmente prendido y engañado. Aun los más hábiles se dejan con frecuencia fascinar.

«Preciso es observar, dice Fenelón, que entre los niños hay naturales con los que uno se equivoca mucho. A primera vista parecen sin lunar, porque las primeras gracias de la niñez tienen cierto lustre que todo lo encubre: se advierte allí no sé qué de tierno y de amable que impide examinar de cerca y minuciosamente los trazos de la fisonomía.»

Y después ¿qué sucede? ¿que uno se divierte con ellos y quizás se gloria de ellos; se los halaga y se deja que todo el mundo los halague; las amas de cría y los criados, que buscan insinuarse con ellos por medio de bajas y dañosas complacencias, siguen todos sus caprichos y alimentan como por entretenimiento sus más aviesas pasioncillas.

Bien pronto se esfuman las engañosas gracias de la niñez, extínguese la vivacidad, piérdese la aparente ternura de corazón; muy luego se descubre en ellos con pavor una dolorosa sequedad de alma, una muy profunda depravación, y, — para terminar, — aquellos guapos chicos vienen á ser en hecho de verdad terribles; entonces se cae en la cuenta, pero ¡ay! es muy tarde, se cae en la cuenta de que no hay seres más duos, ni peores, ni más altivos, ni más violentos, ni más

egoístas, ni más ingratos, ni más injustos, ni más odiosos que los niños mimados en la moliciel

Perdóneseme que insista en tan penosa materia. No hay otra que tenga para mí menos encantos. Hágolo por compasión, por deber, por caridad, por ahorrar á los padres, á las familias, á los mismos niños, las tremendas calamidades que son necesaria consecuencia del mal que deploro.

Los padres débiles é inconsiderados que se ríen con los caprichos y con las nacientes pasioncillas de sus hijos y de sus hijas, que no buscan más que divertirse con ellos durante la niñez, llegando hasta permitirles toda suerte de excesos, de seguro que no han meditado en esto, ni han previsto lo que un día habrán de sufrir de la licencia, de la ingratitud y de las osadías de estos malaventurados hijos. A lo menos hoy piensen en ello, y permítanme llamar toda su atención sobre este gravísimo asunto.

Hasta los paganos comprendieron toda la importancia de este aviso: «Ante todas cosas, — decía un antiguo filósofo, — ante todas cosas procúrese que la vida de los niños sea frugal; sus vestidos sencillos y uniformes con los de sus condiscípulos (1). No se los

(1) No hay cosa peor para los niños y que más dolorosamente y más pronto los eche á perder que la vanidad en el vestir. Hay que inspirarles desde muy luego desprecio hacia el vestido. Por lo que á mí se refiere, en el Seminario Menor de París, perseguía sin piedad cualquier vano deseo de lucir. No permitía jamás, por ejemplo, la ostentación de relojes y cadenas de oro. Decíales: «Llevarán ustedes cadena de oro cuando se la merezcan. Sean ustedes los primeros en la clase. Será ésa justa y honrosa distinción: la distinción del talento, del trabajo, de la ciencia.»

En cuanto á los que se daban cosméticos y á los que se perfumaban, afrentábalos sin compasión. Decíales y les repetía

deje caer en la pereza ni en la ociosidad. Apártese-los sobre todo de las acometidas de la molicie: *nada dispone tanto á la cólera, como una educación muelle y afeminada*. La indulgencia que se tiene con el hijo único, y la libertad de que gozan los pupilos son *ine-*

en caso necesario el dicho de los antiguos: *Hoc mihi suspectum est quod oles bene... non bene olet, qui bene semper olet*.

A los que se peinaban con rizos y alifios afectados repetían crudamente esta palabra que un hombre experimentado me dijo cierto día: «Esté usted seguro que un estudiante que empiece á peinarse con afectación — ó afeminación (!) — y á cuidar con esmero de su corbata, viene á ser mal escolar, y lo más común es que sus costumbres estén á punto de corromperse, ¡si ya no están corrompidas!»

Quizás muchos hallarán severo cuanto llevo dicho: es la severidad de la experiencia. ¿Se me consentirá volver á los relojes y á las cadenas de oro, y añadir que jamás he aprobado la religión de aquellos padres que prometen á sus hijos, como recompensa, para el día de su primera Comunión, vanidades y chucherías de este jaez? El día de la primera Comunión no tiene necesidad de otro precio que el suyo propio. Además, ahí se oculta un peligro verdadero para la naciente piedad de los niños. He visto á veces en este gran día más adorado un reloj que Dios mismo.

Los padres, aun los religiosos y discretos, con frecuencia se forjan extraña ilusión sobre este particular, imaginándose que las cosas de Dios han de tratarse con tales medios.

Acuérdome entre otros de un muy honrado señor, á quien creía yo deber quejarme de su hijo. Era éste un chico disipadote, indócil, bullidor, sin rastro ninguno de piedad. Creí para mí un deber avisar al padre, estando presente el mismo niño, de que si no se advertía pronta, formal y completa mudanza, me vería en la dura necesidad de negarle la primera Comunión. El padre estaba muy conmovido; mas el chico permanecía insensible. Mi hombre pónese á llorar, y viendo que era cuestión de no perdonar medio ninguno de enternecer al muchacho y decidirle á hacer un supremo esfuerzo sobre sí mismo, volviósse á él con acento de vivísima emoción y le dijo: *¡Si supieras qué pena me causas, hijo mío!... Mira: si haces la primera Comunión te voy á comprar un CABALLO (!)*. Era un anciano militar muy amigo de la caza. ¡Bonita ayuda la que me prestó su caballerosa exhortación!...

vitables fuentes de corrupción. ¿Qué puede llegar á ser un niño á quien no se le ha negado nada, cuya solícita madre ha siempre enjugado sus lágrimas, y que frente á sus maestros siempre le ha dado la razón?...

«Hay que alejar de los niños toda adulación; preciso es que conozcan la verdad, que á veces conozcan el temor, y siempre practiquen el respeto; que tengan deferencia para con los superiores, y que no consigan nada por enfados ni berrinches. Lo que les hayáis negado cuando lloraban, dádselo después que se hayan calmado.» (Séneca, t. VII, p. 162.)

Insisto sobre estas dolorosas observaciones; hágolas hasta por compasión á los educadores de la juventud, á fin de ahorrarles lo más ingrato de su oficio. Todas estas observaciones son experiencias, y son recuerdos:

Non ignara mali, miseris succurere disco.

En las laboriosas funciones de la Educación pública nada he hallado más doloroso para visto, ni más penoso para educado que los niños mimados; y debo paladinamente confesar que todos mis empeños, todos mis esfuerzos casi siempre fracasaron aquí: hablo sobre todo de los niños mimados en la molicie; éstos casi siempre los he hallado incurables.

Los niños mimados en el orgullo nos daban á veces durante largos años las más recias torturas; pero, merced al concurso, á los sacrificios, á las luces de los maestros; gracias á la robusta educación que nos habíamos propuesto como norma, al cabo lográbamos feliz resultado.

Los niños mimados en el orgullo ofrecen, sin duda, un espectáculo doloroso; pero es todavía menos horri-

ble que el que presentan los niños mimados en la molicie. El orgullo del niño, merced á la franqueza de su edad, no ha podido depravar aún profundamente todas sus hermosas y nobles cualidades. Quedan á lo menos en estos arrogantes naturales grandes recursos de Educación; al paso que en los niños mimados en la molicie no queda más que corrupción, vicio, fiero y sensual egoísmo.

En hecho de verdad es el aniquilamiento intelectual, moral y físico. Ahí no se ve más que un abismo de muelle flojedad, en cuyo suelo germina espontáneamente todo mal, toda ignominia, toda miseria moral.

En mi compasión para con ellos, comparábalos frecuentemente á los arbustillos que un suelo pérfido alimentó con emponzoñados jugos; tienen algunas florecitas ajadas por aires malsanos, cuyo natural perfume se ha trocado en hedor de corrupción y de muerte.

Para educar tales niños, se hace forzosa una nueva creación. No solamente es preciso corregir, sino rehacer la naturaleza: ¡empresa de titanes! Necesarios son tiempo, constancia, paciencia, firmeza, inteligencia, que rara vez se hallan en el grado necesario, y que siempre serán insuficientes sin gracia de Dios muy extraordinaria. Sólo una muy poderosa y misericordiosa acción sobrenatural pueden llevar á cabo el milagro de esta renovación.

Así es que, antes de la primera Comunión, aun tenía yo mis esperanzas; después, ya no.

¡Cuán cierto es que estaba divinamente inspirado el Sabio al pronunciar estas graves máximas, que me gozo en poner ante los ojos de los padres!

« El que ama á sus hijos no se cansa de corregirlos, esperando por este medio encontrar en ellos la felicidad al fin de sus días, y que no los ha de ver mendigar de puerta en puerta. (Eccli. XXX, 1.)

« ¿Tenéis hijos? Dadles buena Educación, y acostumbra los desde sus primeros años al yugo de la obediencia. (*Id.*, VII, 25.)

« No es amar á su hijo el ahorrarle castigos: cuando de verdad se le ama, trátase de corregirlo. (Proverbios, XIII, 24.)

« Castigad á vuestros hijos, sin nunca desalentaros; no sea que después os veáis reducidos á la triste necesidad de desear su muerte. (*Id.*, XIX, 18.)

« El caballo que no se acostumbra al freno hácese indomable, y el niño entregado á sus caprichos desconoce todo freno. (Eccli., XXX, 8.)

« ¡Halagad á vuestro hijo, y se os hará temible; jugad con él, que después os entristecerá... (*Id.*, XXX, 9.)

« No te familiarices demasiado con él, no sea que muy luego te pese de ello, y á la postre vengas á deseperarte. (*Id.*, XXX, 10.)

« No le des libertad en la juventud, no le dejes dueño de sus actos; vigila hasta en sus pensamientos. (*Id.*, XXX, 11.)

« Dóblale la cerviz y sométele en la juventud: castígalo severamente mientras es niño, no sea que se endurezca y no quiera obedecerte, y entonces se convierta para ti en materia de dolor. (*Id.*, XXX, 12.)

« Instruye á tu hijo y trabaja en formar lo, para que no te deshonre con una vida afrentosa. (*Id.*, XXX, 13.)

« No dejes á tus hijos vivir sin disciplina y sin regla. (Prov., XXIII, 13.)

« Si con firmeza lo educas, librarás de la muerte su alma. (Prov., XXIII, 14.) »

« La necedad está como pegada al corazón del niño: la vara de la disciplina es la que la quitará de allí. »

« Educa bien á tu hijo, y él te recreará, y formará las delicias de tu alma. (Prov., XXIX, 17.) »

A estas admirables máximas tan sólo añadiré una observación que reclama la justicia, en favor de cierta clase de niños mimados: los pobrecillos son dignísimos de toda compasión; y, sin embargo, ¡con cuántísima cautela conviene tratarlos! Hablo de los niños mimados so pretexto de enfermedad, dolencia ó delicadeza de complexión.

Los cuidados que á los niños enfermos se les consagran, se les prodigan, y de los cuales constantemente se los rodea, los miman, los corrompen frecuentemente de manera deplorable. Nada tan funesto para un niño como el ser de esta suerte, durante largos años, el tierno y único objeto, el blanco constante de todos los cuidados, de todos los agasajos, de todas las preocupaciones del padre, de la madre y demás personas de la casa.

No se acierta á negarles cosa ninguna; todos los pensamientos, todas las miradas de continuo se vuelven hacia él: él es el centro de todas las ternuras, de todos los cariños.

Lo repito, no hay cosa más digna de compasión, porque es mal casi inevitable, y, sin embargo, es gravísimo mal: y ¡cuántos años de buena salud y de buena Educación serán necesarios para reparar tamaña desgracia!

A lo menos es preciso vivir alerta contra ese riesgo,

y evitarlo en cuanto pueda evitarse. Es preciso cuidar mucho de no servirle sin necesidad al enfermito, y de no concederle nada sino con real necesidad, con sabia ternura, con justa solicitud. No vacilo en afirmar que en el mundo ninguna Educación exige de padres y madres mayor sabiduría, más previsión, más habilidad, más perspicacia que la Educación de estos niños endebles.

— Y ahora voy á hablar de los niños mimados en el orgullo: muy de ordinario son buenos y ricos naturales: pero ¡qué peligros hallamos aquí mismo para su Educación!

No se puede decir á dónde llegan con harta frecuencia su indocilidad, su impertinencia, su vanidad, su ostentación, su terquedad, su altivez, y... ¿por qué no decirlo? su insolencia. Si la Educación, en lugar de corregir á tiempo esas viciosas disposiciones, viene á fomentarlas y á robustecerlas, un día harán sentir á sus padres todo el horror de este orgullo fomentado con fatales é imprudentes complacencias.

¡Ay! fuerza es confesarlo: el orgullo de los padres es en mil ocasiones el que excita, el que desarrolla, el que forma el orgullo de los hijos. Eso es lo que en su tiempo había ya observado Fenelón, y así nos trazaba de mano maestra el cuadro de un niño mimado en el orgullo.

« Su madre habíalo educado en una altivez y orgullo que desuistraban cuanto en él habla de más amable; bueno y sincero era su natural, pero muy poco cariñoso; no se cuidaba para nada de lo que podía agradar á los otros; no sabía dar de sí con noble y bondadoso corazón; no parecía ni complaciente, ni sensible á la amistad, ni dadivoso, ni reconocido ante

los cuidados que por él se tomaban los otros, ni atento á reconocer y distinguir el mérito donde lo hubiera; sin reflexión ni cordura, seguía en todo sus gustos. La felicidad de servirle era — á su modo de ver — sobrada recompensa para los que le servían. Era preciso no hallar nada imposible, en tratándose de darle contento, y *las menores tardanzas irritaban su natural ardiente.*

« Su madre le había halagado con exceso desde la cuna, y era triste ejemplo para los que nacen en la cumbre de la elevación. Los rigores de la fortuna, que hubo de sentir desde los primeros años, no habían podido moderar aquella su impetuosidad y altivez. Su orgullo se sublevaba siempre, como la flexible palma se yergue, sean cuales fueren los esfuerzos que se hagan para humillarla. »

Nunca se lo repetiré bastante ni á padres ni á maestros: ¡Muchísimo cuidado! cuánto más rico y hermoso natural haya heredado el niño que tratáis de educar, más deberéis cuidar no lo deprave el orgullo. Si este bello natural es un natural fuerte, ardoroso, de ese hombre que pudiera llegar á ser personaje distinguido, y quizás hombre superior, haréis un tirano, un sér odioso. Tendráse él como de distinta especie que los demás hombres; llegará á imaginarse que los otros han sido puestos en el mundo para complacerle y para servirle, para prevenir todos sus quereres, para adorar todos sus caprichos y para referirlo todo á él como á una deidad. Así era aquel duque de Borgoña, de quien nos cuenta el duque de Saint-Simón que « desde la edad de siete años era duro, colérico hasta enfurecerse aun contra los seres inanimados, impetuoso, furioso, incapaz de sufrir la menor oposición, ni aun de las

horas ni de los elementos sin caer en arrebatos tales que hacían creer que todo se descomponía en su cuerpo; terco hasta el exceso, apasionado por todos los placeres, por la buena mesa y por la caza, por la música hacia la cual sentía frenesí, y hasta por el juego, donde no podía sufrir que le ganaran, y donde corría grave riesgo quien se las había con él; en suma, entregado á todas las pasiones y arrebatado por todos los placeres; con mucha frecuencia irritado; naturalmente propenso á la crueldad; bárbaro en sus chanzas, ridiculizaba con pasmosa seriedad. Y desde las alturas olímpicas donde se había situado, no miraba á los hombres, cualesquiera fuesen, más que como átomos, con los cuales no tenía parecido ninguno. »

Eso es lo que de aquel niño había hecho la primera Educación; y de quien la Educación del Arzobispo de Cambrai formó después un admirable príncipe cuyo elogio hacia Voltaire con aquellas palabras:

Sous son règne la France eût été trop heureuse. Bajo su reinado Francia hubiera sido sobrado feliz.

Si este bello natural, á pesar de su riqueza, no pasa de ser un natural *flojo y débil*, la Educación orgullosa hará de él un tonto, un impertinente, un sér vil y falso, que despoticará á troche y moche sobre cualquier materia, incapaz de estudios serios, incapaz de llevar á cabo acción ninguna caballerosa; cuando más llegará á ser uno de esos á quien se ha dado en llamar *pisaverdes, caballeritos, gomosos*, es decir, un presumido, un ente inútil para sí y para los demás, y que, si se ve favorecido por las circunstancias, á los veinticinco años concluirá por deshonorarse y por deshorrar á su familia.

Fenelón, famoso maestro en cuestiones de Educa-

ción, quería que se previniera tamaña desgracia ya desde la más tierna infancia; y á fin de que no resultaran los niños lo que llamaríamos *leones* bravos, ved cómo enseñaba á no hacerlos primero impertinentes y necios. Sin duda me agradecerán mis lectores el que ponga ante sus ojos tan atinadas y tan profundas observaciones: «Con harta frecuencia — solía decir — el placer que se quiere tomar con esos *guapos chicos* es lo que los mimas; acostúmbraseles á que digan todo cuanto se les viene á las mientes, á platicar de cosas que no entienden clara y distintamente; para toda su vida les quedará ya ese hábito de juzgar con precipitación, y de hablar sobre cosas de las cuales no tienen ideas claras: lo cual contribuye á formar un talento de muy mal género.

«Este deleite que se quiere recibir de los niños, produce además perniciosos efectos. Danse ellos cuenta de que se les mira con complacencia, de que se observa todo lo que hacen, de que se les escucha con placer. Y así vienen á creer que el mundo entero se ocupará siempre en ellos.

«En esa edad en que se ve uno aplaudido y en que no se ha experimentado la menor contradicción, concíbense utópicas esperanzas, que preparan un sin fin de desencantos para toda la vida. Niños he visto que creían se hablaba de ellos, siempre que veían hablar quedo, porque habían observado que muchas veces así había sucedido; imaginábanse que en ellos no había cosa que no fuera extraordinaria y muy digna de admiración. Hay que cuidar, pues, de los niños, sin dejarles ver que se piensa mucho en ellos. Dadles á entender que si os fijáis en su conducta, es

por amor, y por la necesidad que ellos tienen, no porque admiréis su peregrino talento.»

Aun más, decía Fenelón: «Cualquiera vislumbre de talento que en ellos se advierta, nos sorprende, porque no se espera semejante cosa de aquella edad. Se les perdona cualquier defecto de juicio, si aun tienen el encanto de la ingenuidad; se toma por viveza de talento cierta vivacidad de cuerpo, que casi nunca deja de notarse en los niños. De ahí proviene que la infancia parece prometer tanto, y que dé tan poco. A los cinco años Fulano de Tal era un prodigio por su talento; y ha caído en la obscuridad y en el menosprecio, á medida que se le ha visto crecer y desarrollarse.»

Otra clase de *niños prodigiosos* hay, contra la cual también es necesario ponerse en guardia: permídeseme lo que voy á decir, y nadie se sorprenda de mis palabras; es punto tan delicado y de tanta importancia, que no puedo callar lo que pienso y lo que he aprendido sobre el particular. Voy á hablar de los prodigios de sabiduría y virtud en miniatura, de los niños que nacieron correctos, prudentes y reservados, que siempre aparecen sin mancha, y que crecen sin lunar.

En el Seminario Menor de París experimentaba yo secreto miedo y uno como terror involuntario, siempre que algún padre ó alguna madre, al presentarme su hijo, me decían: «Jamás hemos tenido que dirigirle la más mínima reprensión: es una bendición de Dios este hijo nuestro.» Nunca me permití contradecirles: ¡me habría sido absolutamente imposible por entonces! mas para mis adentros me decía yo: ¡Rudo trabajo el que nos espera! ¡Buena paciencia con el niño y con los padres habremos menester!

Quizás os causen extrañeza mis palabras: cesará la admiración cuando haya añadido lo que me falta por decir en este gravísimo y trascendental asunto. Entre las observaciones que en veinticinco años de experiencia he podido formular, he aquí la más profunda, la más seria y — ¿por qué callarlo? — la más dolorosa también.

No sólo me quedaba como asustado y aterrado cuando algunos padres, al encomendarme sus hijos, me decían no haber tenido que reprenderle jamás la más ligera falta, sino que me espantaba todavía más cuando, tras muchos años de Educación en nuestro Seminario Menor, y á pesar de toda nuestra solicitud y vigilancia, tampoco nosotros habíamos tenido que dirigir ninguna reprensión á aquel privilegiado niño, cuando nosotros mismos nos veíamos precisados á decir: «es un ángel», y cuando, encantados de aquel hombre perfecto en miniatura y de sus tan felices disposiciones, veíamos como arrastrados á tratar como hombre maduro aquel joven, aquel niño.

Y ¿qué sucedía? Pues que el amor propio crecía y se robustecía en él silenciosamente, llegando á hacerse gigantesco, descomunal, monstruoso.

Nuestro niño ni era flojo, ni vano, ni ligero, ni delicado. Érase un talento serio, formalote, un entendimiento estudioso y trabajador, un corazón firme, un carácter sabio. Á las veces tenía no sólo gusto, sino pasión inclusive por el trabajo. Aquella exuberante naturaleza, atenta á sí misma por conciencia, y también por el deseo de alabanza mezclado con sutilísimo orgullo, jamás tenía que reprenderse á sí propia, jamás hubo de recibir ninguna reconvención de parte de sus maestros, y se cuidaba muy mucho de evitar toda

alta, las graves lo mismo que las ligeras; y entre tanto ¡quién lo dijera! el mal iba echando en él profundísimas raíces.

Va esto unido á uno de los más dolorosos secretos de la humana naturaleza. El hábito de la virtud y la honra que consigo trae, la misma paz que proporciona, tienen su peligro: el peligro de mimar el corazón con grande y secreta satisfacción de sí propio, lo cual lo hace muy sensible á todo lo que turba esa interior satisfacción, subleva además el ánimo y lo exaspera á vista de los desprecios, y de repente trueca en cólera la dulzura, si la virtud no es sólida y si no ha sido sometida á la prueba de las contradicciones. Añadamos que quizás no hay virtud que no encubra algún defecto, el cual crece y se desarrolla á su sombra, y aun sin ella conocerlo, como acaece con las plantas parásitas que crecen al pie y á expensas de frondoso árbol, las cuales, si cae el árbol, se quedan solas, amenazadoras, erizadas de espinas.

Muchos años estuve sin entender el riesgo que corrían estas prematuras perfecciones, pero, cuando la experiencia me hubo adocinado, cuando hube descubierto en aquellas exuberantes naturalezas las profundidades y á veces los abismos de orgullo que allí se ocultaban, no hubo niño á quien prodigase más cuidados ni más exquisitas atenciones. Y se concibe: eran la ruina de nuestra obra en sus más felices resultados, la ruina de la Educación en sus más bellos sujetos, el desmoronamiento del más vistoso edificio.

Aunque lo extrañéis, no vacilo en afirmarlo: falta algo á la Educación cuando no ha habido ni faltas ni reprensiones.

¡Cuántas veces habré dicho yo para mis adentros al

ver á ciertos niños, al observarlos silenciosamente: ¡ojalá pudiera darte una justa reprimenda, y sondar la llaga que quizás se va formando en tu alma; la úlcera que corroe y al cabo de cierto número de años habrá acabado con todas tus buenas cualidades!

Pero ¿cuán necesario es que esta operación se haga á la vez con fortaleza y con ternura! *Con fortaleza*; porque de lo contrario se topan insuperables resistencias. Parapetado en un exterior y aparente respeto, el niño rechaza en sus adentros todos vuestros avisos y vuestras instrucciones todas. La resistencia se pinta en su extrañeza, en el juego de expresiones y matices que toma su semblante, en los colores que en él se suceden, en cierto aire frío y de persona ofendida, y hasta en el silencio, el cual le sirve para dar á conocer que su dignidad se halla lastimada. Entonces es cuando, sublevado el orgullo, alzáse despechado y muge en su corazón, como el vacío, sin que podáis obtener de él más que insolente desdén, indomable rebeldía; entonces es cuando necesitáis valor para sajar por lo sano..., ó está todo perdido...

Pero contad que también he dicho *con ternura*; porque, después que hayáis quebrantado su orgullo, si el niño no se llega á convencer que quien os inspira es un ternísimo y generoso afecto para con él, afecto paternal, más diré, afecto sobrenatural y divino; si de esto no se persuade, retraeráse lastimado; pero muy pronto se sublevará en su interior y os aborrecerá, y no pocas veces habrá odio y desprecio todo junto; y entonces ¡ay! lo habéis perdido todo.

Réstanos hacer algunas observaciones sobre este punto. Los aludidos niños se daban á conocer muy de ordinario, y su pretendida perfección despeñábase en

alguna falta hacia los diecisiete ó los dieciocho años, y aun alguna vez un poquito más adelante; y mirad con qué ocasiones solían manifestarse:

Si, al pasar á una clase superior, llegaban á faltarles sus acostumbrados felices resultados; si, al cambiar de catedrático, topaban con uno que les fuera menos favorable, ó no tan simpático, ó que no los contemplara tanto, entonces era cuando *la llaga de su corazón, plaga cordis*, que dice la Escritura, se descubría en todo su horror á los maestros y á los mismos alumnos. Nuestro joven experimentaba muy luego extraña aversión hacia la nueva asignatura, profundo disgusto contra el nuevo profesor; evitaba su trato, huía de encontrarse con él en la recreación; desviaba de él su vista, ó bien le miraba de lejos con ojos que revelaban inquietud y resentimiento.

Otras veces aquel cambio se debía al despertar de un sentimiento que estaba como dormido en el corazón, y que, merced á las activas é incesantes tareas propias del estudiante, había estado desconocido para él mismo en los candorosos días de la niñez: me refiero al sentimiento de la condición social. El aspecto de discípulos de familia más desahogada, más linajuda y más rica que la suya, principió cierto día por hacerle formar comparaciones llenas de amargos pesares y de impotentes deseos; en la negra desazón de su orgullo irritado y de sus culpables celos, experimentó embarazo al tratar con sus padres; era menos feliz cuando los veía; y, para ocultar á sus discípulos esta interior turbación, para ocultársela á sí propio, tomó nuevas trazas: la desazón que amargaba su alma retratóse en el humor, en el lenguaje, en la frente del joven; aquel detestable sentimiento habíale cam-

biado en todo su exterior; no se sabía á qué atribuir esta rara y pésima transformación: pero ¡yo sí que lo sabía! ¿No veis que se ha enseñoreado de él el orgullo, pero el más vil de todos los orgullos? Este fenómeno de perversión, se manifiesta entre los quince y los dieciocho años, y aun, — según ya he insinuado, — en jóvenes á quienes no se habrá tenido que dar ninguna corrección hasta aquel preciso momento.

¡Oh! ¡qué tan profunda y tan sabia ternura es menester entonces para volver á ganar aquellas infelices almas, para sacarlas á flote en esta pavorosa crisis! Ahí tenéis el más hermoso esfuerzo del don de educar la juventud, y también el más digno empeño de nuestra santa misión.

Todo medio es entonces bueno, como lo inspiren el corazón y el sacrificio. Uno de los más dulces, y aun quizá de los más eficaces — á lo menos, así lo he probado yo, — es ir derecho al bulto, ir directamente al corazón del niño. Me acaeció hartas veces llamarlos á mi cuarto. Hablábales con ternura paternal; deciales: «Me parece que estás triste, hijo mío: yo creo que debes estar mal — le decía poniéndole la mano sobre su corazón. — Se me figura que de un tiempo á esta parte no eres tan feliz como antes. ¿Qué te pasa? Cuéntamelo sin reparo. Es que te has hecho un poquito..., un poquito peor... ¿No es así? Mira, eso á veces acontece, aun sin darse cuenta de ello. Por lo que á mí toca ya sabes que no tengo que dirigirte la más ligera repreñión; estoy satisfecho de ti: pero tú ¿estás igualmente contento de ti mismo y de los otros? Vamos, háblame en el seno de la confianza: ¿te ha lastimado algún compañero, algún profesor ó alguna cosilla que te haya sucedido? Dímelo con franqueza; busquemos

la causa, busquemos al que tiene la culpa de esta desazón: ¿está fuera de tí ó dentro de tí mismo? ¿Es por ventura el orgullo quien te turba? En este disgusto que no sabes definir, ¿no es cierto que exiges algo de Dios y de su Providencia, que exiges algo de todo el mundo? Yo me figuro que á tu alrededor no ha cambiado nada: tus padres, tus maestros son los mismos que antes para contigo: ¿no es verdad que eres tú quien has cambiado un poquito para con ellos? Pon la mano sobre tu conciencia, hijo mío; deja que hablen clarito tu razón, tu corazón, tu religión, tu buen natural; con la mayor ingenuidad, como que estás delante de Dios, delante de tu mejor amigo, vamos á ver, dímelo llanamente.»

En estas ocasiones he visto algunos pobres niños romper en llanto, quedárseme mirando confusos y enternecidos, arrojarse entre mis brazos. ¡Todo se había salvado! Es que en el fondo del alma hay tristezas y vergüenzas de mal género, que es preciso saber manejar: basta sacarlas á la luz.

¡Qué reflexiones podrían hacerse aquí, no solamente sobre las tristes enfermedades de nuestra naturaleza, sino también sobre los recursos que ofrece, cuando viene en su ayuda la religión, y cuando la gracia de Dios la conmueve y la esclarece!

Hay una observación, sobrado común por desgracia y muy incontrastable: por ella voy á terminar este capítulo: el pecado original cambió los más naturales sentimientos y las más nobles funciones del humano corazón.

Acabo de hablar de los niños mimados y de los padres que los miman; los niños mimados son no pocas veces ejemplo de la primera de estas alteraciones; los

padres, son ejemplo de la segunda. ¡Cuántos niños vemos, por nuestra mala suerte, desamorados para con sus padres, sin afecto, sin respeto para con aquéllos de quienes recibieron vida, alimento, los infinitos cuidados ¡ay! por todo extremo solícitos, de una Educación saturada de vanidad y de moliciel

Forzoso es repetirlo, para concluir: si los niños son frecuentemente tan culpables, ¿no lo serán en primer lugar los padres? ¿No lo prueba así toda la materia que acabamos de tratar en el presente capítulo? ¿No basta para convencerse de ello el trabajo que tienen el padre y la madre para no mimar á sus hijos, y los esfuerzos que necesitan hacer contra sí mismos para evitar tamaña desgracia? ¿No basta ver hasta qué punto se extravía en ellos el buen sentido y la rectitud, y cómo van á caer en palpable y profunda ceguera? La irreflexión, la ligereza de los padres jóvenes ejercen aquí funestísimo influjo. En efecto, desde los primeros años convendría haber reflexionado acerca de los principios que se deben seguir en la Educación de los hijos. Y sin embargo, ¡cuántas amistades inconvenientes ó peligrosas se han contraído ya! ¡Cuántos jóvenes han crecido sin que se les hayan pasado por el pensamiento á su padre ni á su madre los deberes de la Educación! ¡Cuántas familias en que las faltas, las imprudencias cotidianas muestran bien á las claras que hay no pocos padres de todo punto desconocedores de las obligaciones que deben cumplir! ¡Qué de lamentables errores, qué de viciosas direcciones, qué de dañosos extravíos! Y ¿cómo se podrá esperar de tales instructores un proceder regular, un sistema de Educación basado en principios justos y acomodado á las necesidades que se pueden presentar? Y ¿qué va á ser del

niño abandonado á sí mismo, asentado en falso su primer desarrollo, ó privado de santa educación moral?

Esto es lo que se preguntaba Fenelón al apuntar las formidables consecuencias de esa malhadada negligencia y funestísima ceguera. «¿Qué serán los niños, decía él, qué serán los niños, que han de formar después todo el linaje humano, si las madres los miman en sus primeros años? Los desórdenes de los hombres proceden casi siempre de la mala Educación que de su madre recibieron...»

¿Qué convendrá, pues, hacer? Necesario sería reflexionar, prever, obrar con energía, constancia y perseverancia: pero eso es costoso. Vanse pasando los días uno tras otro; no hay nada que sufrir de niños de cinco y seis años: ¡clarol ¡son tan amables! nos refinos de sus defectos como de sus donaires; nos divierten con sus graciosas impertinencias, y no queremos pensar que esos niños de cinco ó seis años, luego tendrán veinte ó treinta, y que harán pagar caro á sus padres la desgracia de haberlos *mimado*, que vale tanto como decir de haberlos echado á perder!

«El verdadero y bien regulado afecto debería nacer y acrecentarse con el conocimiento que de sí nos dan los niños, escribía Montaigne; y entonces, si así les place, caminando la inclinación natural al paso de la razón, sería tiempo de quererlos con amor verdaderamente paternal: pero muy frecuentemente sucede todo al revés, que nos sentimos más conmovidos por los pataleos, juegos y pueriles simplezas de nuestros hijos, que no más adelante por sus acciones ya formadas y varoniles, cual si los hubiéramos amado por

puro pasatiempo, como á micos, no como á hombres.» (1)

Amarga es la expresión de Montaigne; pero no carece de justicia. Por lo que á mí respecta, siempre que me vi condenado á ser testigo de la ceguera y debilidad de estos padres, que no saben más que mimar á sus hijos; siempre que los vi jugar con defectos que más tarde habían de ser pasiones quizás formidables y cruelesimas, repetía con insistencia la palabra de la Escritura: *¡el leoncillo se tornará león: el que juega con sus hijos, algún día llorará!*

Esto es lo que con energía más aterradora expresaba cierta madre.—Referíanle que una señora joven, hablando de la educación de sus hijos y de las solitudes que entraña, solía decir: *Total son veinte años de suplicio.—Se equivoca*, respondió aquella madre, alumbrada por larguísima experiencia: **Á LOS VEINTE AÑOS ES CUANDO EMPIEZA EL SUPPLICIO.**

(1) MONTAIGNE, *Essais*, libro III, cap. VII^o.

CAPÍTULO IV

El niño: algunos consejos para su primera Educación.

No quiero detenerme por más tiempo en tan pavorosos pensamientos. No escribo para contristar el corazón de las madres, sino para ayudarlas en la dulce, pero difícil tarea que les ha impuesto la divina Providencia. Si entre ellas hay algunas á quienes falta valor,—no me atrevo á decir talento,—para cumplir sin dificultad tan sublimes obligaciones, hay muchas más á las cuales la religión y el amor materno han revelado el maravilloso arte de educar á sus hijos, según el corazón de Dios y conforme á las exigencias de la naturaleza. A estas mujeres, en verdad bendecidas del cielo, querría yo pedir en estos momentos algunos consejos prácticos, cuya luz y autoridad podría entonces presentar con mayor confianza á todas las otras madres.

Harto se comprende que no pretendo ofrecerles un tratado de Educación elemental, sino solamente—vuelvo á repetirlo—algunos consejos, ciertas observaciones, cuyo alcance y aplicación sabrá buscar el exquisito tacto de las mismas.

La Educación principia con el nacimiento del niño. Todos los sabios, todos los hombres experimentados,

puro pasatiempo, como á micos, no como á hombres.» (1)

Amarga es la expresión de Montaigne; pero no carece de justicia. Por lo que á mí respecta, siempre que me vi condenado á ser testigo de la ceguera y debilidad de estos padres, que no saben más que mimar á sus hijos; siempre que los vi jugar con defectos que más tarde habían de ser pasiones quizás formidables y cruelesimas, repetía con insistencia la palabra de la Escritura: *¡el leoncillo se tornará león: el que juega con sus hijos, algún día llorará!*

Esto es lo que con energía más aterradora expresaba cierta madre.—Referíanle que una señora joven, hablando de la educación de sus hijos y de las solitudes que entraña, solía decir: *Total son veinte años de suplicio.—Se equivoca*, respondió aquella madre, alumbrada por larguísima experiencia: **Á LOS VEINTE AÑOS ES CUANDO EMPIEZA EL SUPPLICIO.**

(1) MONTAIGNE, *Essais*, libro III, cap. VII^o.

CAPÍTULO IV

El niño: algunos consejos para su primera Educación.

No quiero detenerme por más tiempo en tan pavorosos pensamientos. No escribo para contristar el corazón de las madres, sino para ayudarlas en la dulce, pero difícil tarea que les ha impuesto la divina Providencia. Si entre ellas hay algunas á quienes falta valor,—no me atrevo á decir talento,—para cumplir sin dificultad tan sublimes obligaciones, hay muchas más á las cuales la religión y el amor materno han revelado el maravilloso arte de educar á sus hijos, según el corazón de Dios y conforme á las exigencias de la naturaleza. A estas mujeres, en verdad bendicidas del cielo, querría yo pedir en estos momentos algunos consejos prácticos, cuya luz y autoridad podría entonces presentar con mayor confianza á todas las otras madres.

Harto se comprende que no pretendo ofrecerles un tratado de Educación elemental, sino solamente—vuelvo á repetirlo—algunos consejos, ciertas observaciones, cuyo alcance y aplicación sabrá buscar el exquisito tacto de las mismas.

La Educación principia con el nacimiento del niño. Todos los sabios, todos los hombres experimentados,

todos los maestros de moral, hasta los paganos, así lo han proclamado: el día en que el niño abre por primera vez sus ojos á la vida, y deja oír sus primeros vagidos, se les impone á cuantos le rodean una serie de deberes concernientes á su Educación.

La Educación de estos primeros tiempos y en esto nadie se engañe—es el fondo, es la base de todo lo que más adelante recibirá desarrollo en una Educación más ampliada, y que ha de tener aplicación para durante todo el curso de su vida. En cualquier negocio ó empresa, el todo depende de los comienzos: es una verdad trivial á fuerza de ser verdadera; pero sobre todo tratándose de Educación, es preciso tener esmeradísimo cuidado y atenerse á los mejores y más sólidos principios, sentarlos fijamente desde muy luego, y seguirlos después con perseverancia.

Ofd en qué términos hacía notar el gran Bossuet la decisiva importancia de estos comienzos:

«Si desde muy luego y con esmerado empeño nos ocupamos en los niños, yo fio que han de poder muchísimo la acción paternal y las buenas enseñanzas. Por el contrario, si se dejan entrar en el alma funestas y corruptoras doctrinas, entonces la tiranía del hábito tornárase invencible y no habrá remedio que pueda curar el mal. Para impedir que éste se haga incurable, es preciso prevenirlo» (1).

Mas, por desgracia, ¿qué es lo que sucede hoy día? ¿Qué se hace de esta primera edad de la vida? *Se la abandona*—diría Fenelón—*á mujeres indiscretas, y tal vez desenvueltas. Y jeso que es la edad en que se reciben*

(1) De la Educación del Delfín.

las impresiones más profundas, y que por lo mismo ejercen mayor influjo sobre todo el porvenir del niño!

Este mismo lenguaje habló la sabiduría antigua.

«No desconoces, decía Platón, que en cualesquier asuntos el principal quehacer está en el comenzar, sobre todo tratándose de seres niños y tiernos; porque entonces es cuando se modelan y reciben cualquier sello que se les quiera imprimir. Si es así, como lo es, ¿á qué consentir que los niños escuchen toda suerte de fábulas por calenturienta imaginación soñadas, y que su alma se forme en opiniones en su mayor parte contrarias á aquellas de que habrán menester en la edad madura? (PLATÓN, *Republ.*, lib. II, t. IX, p. 105-106). Conjuramos, pues, á las nodrizas á no referir á los niños más que cuentos escogidísimos y á servirse de ellos para formar las almas de aquéllos con más cuidado del que ponen en formar sus cuerpecitos».

Los padres, aun los cristianos y piadosos, muchas veces son —¡qué duro es confesarlo!—tan ignorantes de sus obligaciones; los hay tan ciegos en lo concerniente á la primera Educación de sus hijos, y sobre todo tan imprudentes, tan inconsiderados en la elección de aquéllos y de aquéllas que habrán de consagrar sus cuidados á estos primeros años, que, por desgracia, es necesario de toda necesidad insistir sobre este punto, y hasta creo utilísimo poner ante sus ojos lo que decía sobre el particular la mismísima antigüedad pagana.

Plutarco, en un tratado escrito expresamente sobre la Educación de los niños, aun se expresa con más energía que Platón:

«Hay que poner todo esmero y atención en escoger nodrizas que se encarguen de la primera Educación.

Efectivamente: si es necesario modelar los miembros de los niños, luego después de venidos á este mundo, para que no contraigan ninguna deformidad física, *nunca será demasiado pronto para formar su carácter y sus costumbres.*

«El espíritu de los niños es como pasta moldeable, que recibe sin resistencia cualquier forma que se le quiera imprimir; la cual, una vez endurecida por la edad, difícilmente se abandona. Los sellos grábanse pronto en blanda cera; de la misma manera, los preceptos que se dieren á los alumnos, todavía tiernos, se graban en ellos fácilmente, y dejan profunda huella.

«Por eso el divino Platón recomienda tan ahincadamente á las nodrizas el no entretener á los niños con cuentos ridículos que llenen su tierna inteligencia de ideas falsas y absurdas.

«Por la misma razón se deben escoger también cuidadosamente los jóvenes que han de rozarse con el niño para servirle, *ó para ser educados, juntamente con él.* Es muy particularmente necesario *que tengan costumbres puras;* en segundo lugar que sepan bien su lengua nativa y que la hablen con corrección. **CRIADOS CORROMPIDOS PRESTO COMUNICARÍAN AL NIÑO LOS VICIOS DE SU LENGUAJE Y LOS DE SUS COSTUMBRES».**

El sabio Quintiliano dedicó también hermosas páginas á este trascendental asunto. Me haría prolijo si quisiera citarlas todas.

Ya lo he dicho: los cuidados consagrados á estos primeros años son el comienzo de lo que más adelante ha de recibir aplicación ó desarrollo. Todo reclama, pues, que aquí se ponga la más seria atención. Ni la *Educación física*, la *Educación intelectual*, la *Educación*

moral, la *Educación religiosa*, deben dejarse al azar, ó encomendarse á la ventura.

La *Educación física* es importantísima para esta edad, que comprende, como ya dejamos dicho, poco más ó poco menos los ocho ó diez primeros años de la vida.

Muchos autores han dado en este punto infinitos consejos, donde se hallarán cosas más ó menos sabias, á vueltas de mil extraños pormenores y pensamientos que nos es imposible aprobar.

Nos limitaremos á desear é inculcar que esta primera Educación no sea ni *muy muelle*: porque desarrollaría desmedidamente el principio de mollicie y sensualidad que más tarde resiste á todos los esfuerzos de una Educación seria, y aun de la misma gracia divina; ni tampoco sea *muy dura*: ¡son tan delicados la existencia y los órganos del niño!

«Lo más importante para entonces—dice Fenelón—es no apurar á los niños, dejar que sus órganos tomen consistencia, mirar por su salud y formarlos poco á poco según las ocasiones naturalmente se fueren presentando».

Y, aunque parezca extraño, ya desde entonces debemos aplicar preferentemente nuestra atención á su *Educación intelectual*.

En estos primeros años es cuando el alma adquiere extraordinario número de conocimientos no solamente en el lenguaje usual y en la percepción de los objetos sensibles, sino que también en el idioma y conocimiento de cosas puramente espirituales.

Sabemos que este hecho ha llamado poderosamente la atención de los observadores prudentes, los cuales han reconocido en este trabajo secreto y casi del todo

espontáneo, uno de los más profundos beneficios de la divina Providencia.

Entre los niños mimados en la primera Educación intelectual, los hay de dos clases:

Hay unos á quienes no se les obliga á hacer nada; y otros hay á los que se les fuerza á trabajar demasiado.

Si la primera Educación es sabia y previsora, no cabe duda, que se aprovechará de las admirables disposiciones de la infancia y de aquel maravilloso abrirse el alma á todas las cosas, para infiltrarle desde luego ideas sencillas, justas, claras y precisas.

Pero desconfiará de la manía de crear prodigios en miniatura, de seis ú ocho años, que á los quince ó á los veinte no pasan de ser jóvenes muy medianos.

Si es real y verdadera, se aplicará constantemente á formar la palabra del niño, y sobre todo su lenguaje, en la debida pureza; pero á buen seguro que dará poca importancia al prurito de hacerle aprender dos ó tres lenguas extrañas, cuyo uso no podrá conservar después, durante el período de su Educación pública, y cuyas confusas nociones bastan así y todo para detener el sublime anhelo del alma hacia otros más serios estudios.

El defecto que aquí apunto no es insignificante que digamos. No negaré que pueda haber grandes ventajas en aprender y hablar desde luego varios idiomas extraños: pero este estudio mal principiado, mal continuado, mal hecho, puede igualmente originar gravísimos inconvenientes.

Hablando Fenelón de la manía que en su tiempo reinaba, de hacer aprender á los muchachos el italia-

no y el español, llegó á decir que *en aquel estudio había más pérdida que ganancia.*

«Aun cuando—decía también—pudieras desarrollar mucho el talento del niño sin oprimirle, aun entonces deberías recelarte de hacerlo; porque el peligro de la presunción y de la vanidad es siempre mayor que el fruto de estas Educaciones prematuras, que tanto ruido meten: en tan diminuto y precioso relicario no deben depositarse sino muy exquisitas joyas».

Claro es que todo esto reclama grande atención y raro discernimiento.

Niños he visto yo condenados á no hacer nada durante los más hermosos años de la juventud,—de los catorce á los dieciocho años,—porque de los seis á los diez se los había abrumado de trabajo: se habían agotado.

Mas por otro lado, so pretexto de no fatigar á los niños, hay que tener cuidado de no dejarlos ociosos, de no acostumbrarlos á vivir en la holganza y sin ley. Cuando el niño ha llegado á cierta edad sin haberse aplicado á cosa ninguna seria, no se puede lograr inspirarle ni estima hacia el estudio, ni gusto á cosa sólida. Lo serio le parece triste; lo que pide atención seguida le molesta; la inclinación á los placeres, que tan fogosa y desapoderada es en la juventud, el ejemplo de los muchachos de su misma edad, que no saben ocuparse más que en pasatiempos y diversiones, todo sirve para hacerle temer y huir la aplicación de una vida regular y laboriosa.

Eso sí, los primeros estudios de que hablo sean muy llanos; estaba por decir que nunca lo serán bastante. Habrán de consistir en la lectura, escritura, primeros elementos del cálculo, algunas nocioncillas de

historia y geografía. Esto basta y sobra para los primeros años: lo importante es que todo vaya bien enseñado, bien entendido y mejor sabido. *Poco y bien; muy poco y muy bien*: ahí tenéis el principio fundamental.

La historia de los primeros años del Duque de Borgoña nos muestra lo que puede y debe hacer la *Educación intelectual* en provecho del hombre durante esta edad, y los resortes que en él encuentra para formarle y mejorarle.

Sábase que Fenelón, para adornar la inteligencia de su regio alumno, al mismo tiempo que para hacerle notar sus defectos, compuso una serie de *Fábulas* y de *Diálogos*: «Por la sencillez, precisión y claridad de algunas de estas fábulas, se nota, dice M. de Bausset, que van enderezadas á un niño *cuya inteligencia era preciso no fatigar más que lo que podía entender y conservar*. Estas fábulas van tomando gradualmente un carácter tanto más elevado; encierran alusiones á la historia y á la mitología, á medida que los progresos de la instrucción ponen al joven príncipe en disposición de comprenderlos».

Al desarrollar la inteligencia de su discípulo, Fenelón tenía gran cuidado de no oprimirle bajo la balumba de conocimientos sobrado fuertes para su edad; y sin embargo, sabía aprovecharse hábilmente de todos los medios posibles para educar todas las facultades del niño, y prepararlas convenientemente á los más altos y delicados estudios de la carrera literaria.

Este sabio temperamento es rarísimo en nuestros días: por un lado vense niños ahitos—por así decirlo—de indigesta erudición, en los cuales la mnemotecnia ha agotado el tesoro de sus datos y de sus nomen-

claturas; ó que se ven condenados á leer ridículos tratadillos morales escritos con sequedad desesperante, ó con empalagosa sensiblería, y casi siempre con odioso pedantismo, de lo cual son absolutamente incapaces de comprender y de saber pizca ni migaja: esto es lo que hacía decir saladamente á una dama de mucha trastienda: «*Que los niños educados en la lectura de Piel de Asno, el príncipe Tity y Barba-Azul, tentan más imaginación y verdadero desarrollo intelectual que todas estos pobretes educados en las lecturas de tratadillos pedantes*».

Por otro lado, ¡cuántos niños, aun entre los destinados á recibir esmeradísima Educación literaria, se quedan sin asomo de cultura intelectual hasta la época en que se los pone á primera enseñanza! Todas sus facultades están como en barbecho, si se permite la frase. A veces son menester varios años para sacarlos de este miserable estado: casos hay en que ni bastan para ello los más asiduos y solícitos cuidados; y el maestro se ha de tener por dichosísimo si logra hacerlos capaces de aprender algo una vez llegados á los quince ó dieciséis años.

Réstanos hablar, por último, de la *Educación moral y religiosa*, que á padres y madres dignos de este nombre, corresponde dar por sí mismos al niño desde los primeros albores de su inteligencia y de su razón. Dícese con frecuencia que semejante Educación no es para la tierna edad; y con ese pretexto, que en puridad es gravísimo error, se descuida dar al niño, en la preciosa hora en que principia á ser posible, la más bella é importante cultura, de la cual es muy capaz.

Porque ya desde entonces su inteligencia es á la vez blanda cera que recibe las impresiones que se la gra-

ban, y facultad activa que principia á indagar: desde entonces se revelan las inclinaciones del corazón; el hombre da sus primeros pasos y se manifiesta tal cual es; se delinean los rasgos de su carácter, de su fisonomía moral; ejercitase la voluntad y se forma la conciencia: desde entonces el niño puede adquirir las primeras nociones del bien y del mal, el primer amor de las verdades y de las virtudes cristianas.

Que tal sea el progresar de la naturaleza, es cuestión que nadie ha puesto en tela de juicio. ¿Por qué, pues, no se ha de obrar en consonancia con ese modo de juzgar? ¿Por qué con harta frecuencia el trabajo de los maestros que saben su obligación únicamente consiste en combatir y desarraigar los groseros defectos nacidos y alimentados en esta primera edad? Y cuenta que aquí lo más ordinario es no lograr favorable resultado.

En esta materia dió Fenelón sapientísimos avisos: «Ya desde su tierna edad, dice, por muy poco buen natural que tengan los niños, se los puede formar dóciles, sufridos, constantes, alegres, pacíficos, juiciosos: cuando por el contrario, si se descuida esta primera edad, tórnanse bullidores é inquietos para toda la vida; enciéndeseles la sangre, se forman y se consolidan sus hábitos; el cuerpo, todavía tierno, y el alma que carece de inclinación por determinado objeto, se doblegan hacia el mal: *engéndrase en ellos unos como segundo pecado original, manantial de mil desórdenes, para cuando llegan á mayor edad.*»

Entre los admirables consejos que da Fenelón á los encargados de la Educación moral de la juventud, hay dos, si caben, más importantes, que quiero registrar aquí: es el primero el de vigilar desde muy temprano en el corazón de los niños la *sensibilidad*.

«Desde el momento en que el niño se siente capaz de amistad, debe tratarse de dirigir su corazón hacia las personas cuya amistad le haya de ser provechosa. La amistad le arrastrará suavemente á cuanto queramos conseguir de él: ahí tenemos labrado un lazo de oro para atraer los niños hacia el bien, como sepamos valernos de él; lo único de temer es el exceso ó la mala elección en sus cariños y afectos.»

«Es necesario,—decía también Fenelón,—tratar de hacer gustar á los niños, antes que hayan perdido esta sencillez de los más delicados movimientos, el placer engendrado por la amistad recíproca y cordial. Nada ayudará para esto tanto como el poner desde luego junto á ellos personas que no les muestren jamás ni sombra de dureza, de ruindad, de falsía ó de interés. Valdría más rodearlos de personas que tuvieran otros defectos, pero que se hallaran libres de los mencionados. Conviene asimismo loar en los niños todo aquello que la amistad los obligue á practicar, a menos que sea desarreglado ó muy impetuoso. Es preciso también que los padres se les presenten llenos de sincera amistad para con ellos; porque muchas veces, de sus padres aprenden los niños á no amar nada». (FENELÓN, *Educ. de las jóvenes*).

Otro consejo dado por Fenelón, y que también es de muchísima importancia, consiste en prevenir en los niños la manía y los peligros de la *imitación*.

«Preciso, es, dice el citado Fenelón, prohibirles severamente el remedar á las personas ridículas; porque estas maneras cómicas ó burlescas tienen mucho de bajo y de contrario á los honestos sentimientos; y es muy de temer que adquieran tales hábitos los jóvenes, porque el calor de la imaginación y la flexibilidad de su cuer-

po, junto con su jovialidad y genio festivos, les hacen tomar toda suerte de formas grotescas para remedar lo ridículo que ven.

«Esta inclinación á remedar, que tiene todo niño, produce infinitos males cuando vienen á caer en manos de gente sin virtud, que no saben recatarse delante de ellos. Dios, empero, ha puesto en esta inclinación del niño, un medio para fácilmente habituarse á todo lo bueno que se le quiera enseñar.»

¡Cuán útil y decisiva influencia sobre la Educación de la primera edad tendrían estos sabios pensamientos de Fenelón, estas observaciones tan finas y tan discretas, si fueran bien meditadas y comprendidas, y religiosamente practicadas!

Efectivamente: que las impresiones de estos primeros años, que los hábitos en esta edad adquiridos sean los más fuertes y duraderos, cosa es que nadie jamás puso en duda, pero cuyas prácticas consecuencias no se tratan de sacar.

De ahí debería nacer una ley severísima para las costumbres públicas, ley de sabiduría y de circunspección impuesta á todos los que se acercan á la niñez y le deben ejemplos y lecciones. Desde que la infancia comienza á pensar y á sentir, su talento y su corazón han menester alimento que los nutra: este manjar, sea el que fuere, se lo asimilarán en propia sustancia.

Las ideas y las imágenes que al niño se le presentan, forman poquito á poco el temple de su carácter, y, por decirlo así, el fondo de su alma. Sus sentidos y su imaginación vanse impregnando de lo que ve y de lo que oye, y en silencio vase el niño preparando la regla de sus juicios y el móvil de sus acciones. ¡He ahí por qué tienen increíble fuerza los prejuicios de la infanciam

Escoger con severa discreción los objetos que han de ser los primeros en herir sus ojos y en atraer su atención, y aquéllos en los que se ha de ejercitar la sensibilidad de su corazón, debería constituir el empeño de la Educación doméstica, y eso es lo que por desgracia no siempre se procura entre nosotros. Mucho nos hemos ejercitado en despreciarlo todo, en profanarlo todo, para que vayamos á respetar la infancia! Y ya se sabe: en las costumbres públicas hay un grado de corrupción, en llegando al cual se hace muy dificultoso conservar ni siquiera la decencia en las costumbres privadas.

¡Ayl! ¡Cuántos niños ni aun hallan seguridad en la casa paterna, donde sus ojos, sus oídos, sus sentidos todos no reciben otro alimento que sutil y mortífero veneno, que se inocular en los pobrecillos sin casi sentirlo, y que tiende á matar en su corazón todo germen de virtud! Así es como se estragan los dones de la naturaleza: y en más de una ocasión almas que la naturaleza hizo capaces de grandes cosas, degeneran por una viciosa Educación, y no pueden subir allí sino tras penosos esfuerzos.

Sobre todo, al tratarse de la pureza de costumbres, es cuando la Educación de la primera edad debe redoblar su celo, y rodear á los niños con las más atentas precauciones y con la más severa vigilancia.

Quería Fenelón que del todo se evitaran los *espectáculos públicos* y *cualesquier otras diversiones apasionadas*, que no sirven más que para encender en los niños el gusto de cosas dañosas, y que, fuera de eso, no pueden menos de hacerles hallar insípidos otros placeres inocentes. Motejaba sin compasión la culpable imprudencia de tantos padres que acostumbran el cora-

zón todavía tierno, y la imaginación de sus hijos, tan viva y tan ligera, á las violentas conmociones de las representaciones teatrales, á los tonos lánguidos de una música afeminada, que no es buena más que para enervar las fuerzas del alma, para tornar muelles y voluptuosas las costumbres del niño, y que no causan tanto placer sino porque el alma se entrega al atractivo de los sentidos hasta embriagarse con él.

Fenelón iba más adelante y llegaba hasta querer que se inspirase á los niños HORROR—es la expresión de que usa—HORROR á todas estas emponzoñadas diversiones y á otras mil vanidades corruptoras, á las desnudeces de garganta y pecho, á los escotes y á cualquier otra inmodestia, que algunos con tanta frecuencia se permiten delante de los niños ó que tal vez se les consienten á los mismos. «Ni ante Dios ni ante los hombres (1), se puede justificar en los padres, proceder tan temerario, tan escandaloso y tan contagioso para los niños».

En el actual estado de nuestras costumbres, sería de desear para la infancia, ya que no se la deje crecer y desarrollarse en la santa y dichosa ignorancia del vicio, que se pudiera hacer con estas facultades uno como pacto que suspendiera su progreso, y las contuviera como adormecidas y estacionadas, hasta tanto que, pudiesen desarrollarse sin riesgo de ningún géne-

(1) Escuchad lo que, no hace mucho tiempo, me escribía un señor muy virtuoso y de mucha experiencia: *Como médico que soy, estoy cansado de ver á diario, que desde la edad de uno á dos años, la mayoría de los niños contraen detestables hábitos, funestos más adelante para su inocencia y para su salud. Y casi siempre las observaciones hechas sobre este particular á padres, muy cristianos, se reciben con visible menosprecio.*

ro. Las almas niñas, sin experiencia y del todo vacías, se hallarían mucho menos apartadas de la verdadera sabiduría que aquellas otras que han escogido y llevan en sí depositadas pérfidas semillas. Entonces, cuando menos, no se emplearía casi por entero la segunda Educación en combatir y en destruir las viciosas impresiones de la primera, ni nos veríamos reducidos á felicitarnos, como de venturoso hallazgo, si conseguimos curar el mal anteriormente causado.

Sin embargo, con satisfacción lo digo,—yo mismo fui testigo de lo que voy á decir—entre nosotros, en las familias cristianas, esta primera Educación está las más de las veces muy bien comenzada, admirablemente continuada y sabiamente dirigida.

Dios, en efecto, dió al hombre, en los comienzos de su vida, un instinto natural, que nadie podrá cumplidamente reemplazar: ¡cuántas veces una buena madre, una madre piadosa, ha encontrado en su corazón y en las inspiraciones de su piedad secretos de Educación mil veces más eficaces que todas las teorías pedagógicas! Permitírfame el placer de hablar de ello minuciosamente, si tratara de los deberes y derechos de la autoridad materna. Por ahora me limitaré á decir que no sólo son necesarios estos cuidados maternos para los dos ó tres primeros años de la vida, sino que lo son para mucho más adelante (1).

Sobre todo, nunca jamás aprobaré el que se confíen á la Educación pública niños de cuatro ó cinco años, en los cuales nada puede reemplazar á la solicitud materna.

(1) Ya se comprenderá que con esto no pretendemos condenar las casas-asilo ni aun las casas-cunas.

Oficio es de la madre despertar en el niño los primeros esplendores de la inteligencia y el primer amor del bien, poner en sus labios las primeras palabras de la fe y de la virtud, levantar sus primeras miradas hacia el cielo; á la madre toca, en suma, dotarle de alma cristiana como le ha dado cuerpo humano; y si no hay nada tan horrible como el ejemplo, ¡muy raro, por fortunal de una madre que inocular la irreligión en el corazón de su hijo, nada tampoco es más tierno ni más hermoso que el espectáculo de una madre cristiana que á su hijo bajado del cielo, le da las primeras instrucciones de la fe, refiriéndole las conmovedoras historias de la Religión, enseñándole á juntar sus manecitas para orar, y haciéndole balbucear con infantil boca nombres sacratísimos y venerandos.

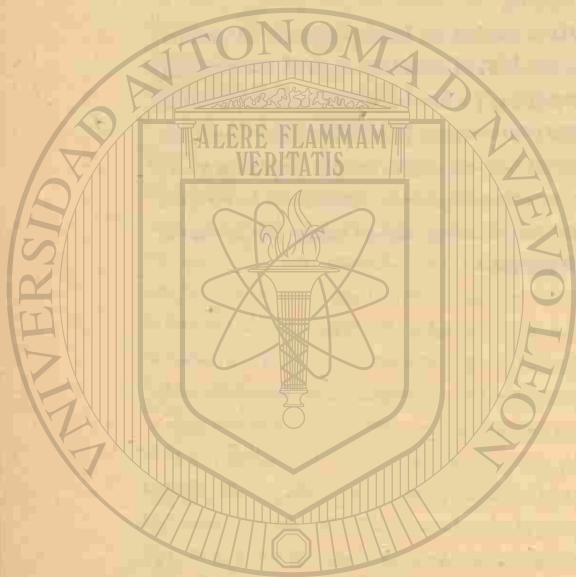
Tal debe ser la *primera Educación*: yo por mí la llamaría *Educación maternal*. Y ha de pasarse precisamente en el doméstico hogar: sólo que es indispensable que la casa paterna sea siempre para el niño, que aprende á vivir, escuela de pureza, de justicia, de bondad, de virtud, de sabiduría, de dulzura que nada venga aquí á mimar su corazón ni su inteligencia en estos primeros años en que principian á formarse en el niño el pensamiento, la razón, la palabra, la conciencia; en que se preparan los primeros elementos de su vida intelectual y moral.

No quiero terminar este capítulo sin exhortar á mis lectores á que consulten sobre este punto el *Tratado sobre la Educación de las jóvenes* (1), escrito por Fene-

(1) FENELÓN, *La educación de las jóvenes*, traducción por D.^a Luisa Repollés de Jus, Barcelona 1905, Gustavo Gili, editor.

lón. Es un libro incomparable: quería dar de él un extracto, y después me he percatado que estaba compendiando la obra entera.

En ella modela Fenelón la Educación de los niños, y sobre todo la de los maestros y la de las madres. Los pastores de almas, y aun los catequistas, hallarán allí altísimas, importantísimas y fecundísimas enseñanzas, mayormente en los capítulos sexto, séptimo y octavo, que tratan sobre *el uso de cuentos é historietas para hacer entrar en el alma de los niños los primeros elementos de la Religión*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO V

El respeto debido á los niños es respeto religioso.

Si el niño, á los ojos de la Filosofía esclarecida por la Fe, parece digno de religioso respeto, es porque, por encima de las naturales gracias y prerrogativas de su edad, se vislumbra algo más levantado, más divino, que debe inspirar este respeto y elevarlo hasta Dios mismo.

En efecto, el creador, el padre, el modelo de aquel niño es Dios. Todas sus gracias naturales, sobre las que hemos fijado nuestra vista con tanta complacencia, reflejos son de la misma divina gracia; y si su Educación ha de remontarse tan alto y ha de llevarse á cabo con tan religioso cuidado, es porque esa sublime criatura lleva en el fondo de su naturaleza, en la nobleza, en el vigor, en la armonía de sus facultades, la semblanza del mismo Dios.

Este niño, tan humilde como le veis, está destinado á poseer un doble reino. Si lleva con dignidad su corona sobre la tierra, algún día se le franqueará el reino de los cielos; y si, aunque inferior á los ángeles aquí abajo, muchas veces se le aplica este dictado, es porque Dios le prodigó como al ángel, vida, inteligencia y amor, y, con esta naturaleza celestial, dotóle de

todas las ricas facultades, de todos los dones, de todos los maravillosos atributos que de la misma se derivan.

Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza: admirables palabras, dice Bossuet, que nos revelan cómo Dios, al crear al hombre, no se propuso otro modelo que á sí mismo, y que quiso irradiar magníficamente en la humana criatura los destellos de su perfección y de su gloria.

No me quiero alargar más sobre este para mí sabroso y elevadísimo asunto; pero no puedo menos de hacer notar aquí cierta maravillosa trinidad que se encuentra en la unidad de esta naturaleza creada é imperfecta, donde se nos deja entrever una imagen vivísima y cabal, y una pasmosa semejanza de nuestro altísimo y soberano Dios.

Dios es vida, inteligencia, amor sin límites.

Dios es suprema verdad, bondad y belleza.

Pues bien, ha placido á nuestro Dios y Señor que estas perfecciones consiguientes á su propia esencia, fueran el fondo mismo del sér en este niño. Dios ha querido que las más altas potencias de su naturaleza divina se reflejaran en las nacientes facultades de esta humildísima criatura.

El niño vive, piensa, ama, como Dios ama, piensa y vive! Lo verdadero, lo bello, lo bueno, serán el objeto esencial y único de la instrucción intelectual y moral en su Educación.

Y en la perfecta consonancia de las grandes facultades humanas con lo verdadero, lo bello y lo bueno, con la verdad, la belleza y la bondad supremas, es donde hallará el principio de la armonía, del reposo, de la plenitud, del vigor y desarrollo de sus facultades: ¡no es otra cosa educar!

Esta sublime teoría sobre las facultades del hombre, que me limito á indicar por ahora, y que desarrollaré más adelante, es raíz, principio y fundamento de la teoría de la misma Educación. Esta teoría preside al desarrollo y al ejercicio de las humanas facultades, ella sola descubre su juego, su naturaleza y su acción en el hombre ya formado, lo mismo que en el niño. Y á la vez, ella sola es la que esclarece las ciencias, las lenguas, las literaturas, la poesía y las artes que al niño se le enseñan. En todo esto aparece, desde luego, Dios; su nombre, su esplendor destellan por doquiera y hacen resplandecer como en un día divino todas las bellezas de la humana naturaleza, todas las riquezas que Dios ha depositado en ella. La divina perfección, á cuya imagen fué criado el niño, es el fin, es la forma, es la pauta, es el tipo esencial de la Educación que ha de recibir. *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza:* la palabra de Dios no puede ser más formal. Así es como Dios vendrá á ser para este niño perfección de su ser, á la vez que alimento inmortal de su inteligencia, inspiración de su corazón y vida de su alma toda entera.

Ahora se comprenderá por qué dije que la Educación es obra divina; por qué dije que el respeto debido á la naturaleza y dignidad del niño es respeto religioso, y que debía elevarse hasta Dios.

Más aquí debemos observar también que esta hermosa y sublime naturaleza, que todos estos dones del Creador piden la germinación y el crecimiento, y por sí mismos solicitan el desarrollo y la cultura de este religioso respeto.

Vida, inteligencia y amor; alma, talento, genio, juicio recto, buen gusto, voluntad, carácter, conciencia;

letras, ciencias, artes, la industria inclusive; religión, moral, verdad, virtud: todas estas propiedades del hombre están sin lustre y como sin nombre en el niño, y quedarán soterradas en las profundidades de su alma, si alguien no se toma el trabajo de estudiarlas con respeto y de cultivarlas con religiosidad.

Ahí tenéis compendiada la hermosa obra de la Educación: pero, repitámoslo una vez más, sólo una Educación respetuosa puede satisfacer tan nobles exigencias y responder á tan sublimes instintos. Sólo el sacrificio, sólo el respeto verdadero, únicamente religioso, pueden cultivar convenientemente los maravillosos dones del Criador y elevar estas bellas facultades *al vigor de su nativa integridad, establecerlas en el dominio y en la plenitud de sus actos*, y abrillantarlas con sus más vistosos quilates, coronarlas, en fin, con las flores y con los frutos de la ciencia y de la virtud.

Ahora veréis por qué la Educación, tal y como yo la concibo, no es otra cosa que profundísimo testimonio del respeto de que tan merecedora es la naturaleza. Por alta que pudiera parecer esta teoría, es, sin embargo, el cimiento sobre que descansa, y sobre el cual debe levantarse el edificio de la Educación toda entera.

Ah! sin duda que ésta no es obra muy hacедера; tiene vastas proporciones, y, en su aparente sencillez, ofrece numerosos é imponentes aspectos: y el respeto se resiente profundamente siempre que no tratamos con seriedad de comprenderlo y desenvolverlo en toda su grandeza.

A la verdad: siempre que no se trabaja con religiosa atención por desarrollar, por educar en el niño la naturaleza y la dignidad humanas; siempre que se descuida *formar en él* al hombre tal como Dios le ha con-

cebido, al hombre tal como Dios quiere que se le forme y complete; siempre que esto no se hace, se traiciona, se viola el respeto debido al niño y á su original grandeza; y — mal que nos pese, hay que confesarlo,—esta desgracia no es rara, sino antes bien comunísima.

Lo que jamás debiéramos olvidar los educadores de la juventud es que el niño es el hombre mismo, depositario de todos los dones de Dios, de todas las esperanzas de la humanidad, que, por muy niño que sea, está ya revestido de toda la gracia, de toda la dignidad que Dios ha comunicado á la humana naturaleza. Este recuerdo bastará para sostener el ánimo de los maestros, y sostendrá su valor para no desfallecer jamás en la noble y generosa labor á que se han consagrado.

Efectivamente: cuando el Creador Supremo trató de formar al hombre, trabajó en esta gran obra sin negligencia y sin desdén: no fué para Él puro entrenamiento, como lo había sido la creación del mundo material. Es digno de ponderación que para formar al hombre, no se sirvió Dios de aquella palabra imperiosa y breve, con la que hizo surgir de las entrañas de la nada, eternamente estériles, la multitud de vulgares criaturas que suspenden nuestras miradas, siquiera comprendamos en este número el sol y la luz; sino que, recogíendose dentro de sí mismo, pronunció una palabra de consejo, y, si puedo decirlo así, una palabra de respeto, palabra grandiosa é inmortal: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Y en seguida púsose á obrar con gravedad digna de tan soberanos designios.

La creación del hombre fué, pues, ante todas cosas, resultado de una deliberación suprema; en segundo lugar fué obra del todo divina, y finalmente fué un so-

plo, una expansión, una inspiración de la eterna vida: *spiraculum vitæ*.

Ved la grandiosidad de la creación del hombre: así debe ser la obra, la importancia, la grandeza de su Educación; parecido ha de ser el respeto que se merece.

Aquí está el punto capital, que, tratándose de Educar, precisa entendamos bien.

Puntualicemos algunos prácticos pormenores.

La Educación tiene por blanco formar al hombre; pero, y esto ¿qué significa? ¿cuál es la real ocupación del maestro? Escuchad:

El hombre es á la vez cuerpo y alma; inteligencia, voluntad, corazón y conciencia; así le hizo Dios.

Luego *formar al hombre* vale tanto como hacer que el niño alcance todo su desarrollo, toda la elevación, toda la fuerza, toda la belleza de que son capaces sus facultades físicas é intelectuales, morales y religiosas;

Es dar á su cuerpo vigor, flexibilidad, agilidad, necesarias para el expedito servicio del alma; pero ya se comprende que esto es muy poco: los mismos paganos llegaron á conocer y á confesar que el hombre *no es un espectáculo bello más que cuando la belleza y el vigor del alma se armonizan con la hermosura y robustez del cuerpo* (1).

Gratior et pulchro veniens in corpore virtus.

VIRGILIO.

Mens sana in corpore sano.

JUVENAL.

Así pues, *formar al hombre* es ante todo y sobre todo dar á su *espiritu* hermosos conocimientos, revelarles los nobles destinos que han de ser el ornamento y la luz de

(1) PLATÓN, *Repúbl* lib. III, cap. IX.

su vida entera; es hacerle adquirir toda su fuerza y todo su desarrollo por medio de metódicos y bien proporcionados ejercicios, de trabajos intelectuales; es desarrollar en él el juicio, el discurso, el gusto, la penetración, la memoria, la imaginación, la facilidad de elocución, en una palabra, el *pensamiento* y la *palabra*: dos grandes prerrogativas de la humanidad.

Formar al hombre, tal como Dios lo pide, es al mismo tiempo robustecer su *carácter*, afirmar su *voluntad*, esclarecer su *conciencia*, é inspirar á su corazón sensibilidad tierna y generosa.

Es plantar y alimentar en su alma los instintos virtuosos que la han de impeler al cumplimiento de los deberes que tiene para con su Criador, para consigo mismo, para con la sociedad y para con sus semejantes.

Mucho es esto, á fe; pero no es todo: si á esto nos limitáramos, nuestra obra sería imperfecta, digo mal, tardaría poco en arruinarse por completo.

Lo hemos visto ya: el hombre tiene deplorables y numerosos defectos; ¡feliz él cuando no tiene más que los defectos de sus cualidades! Es una hermosa fortuna.

Con buena Educación las *cualidades* se robustecen merced á los mismos defectos que se oponen al paso, y de los que triunfan poco á poco, y así es como á la larga, y gracias á la lucha y esfuerzo personal, vienen á trocarse en otras tantas VIRTUDES. Con mala Educación, por el contrario, los *defectos* lo arrastran todo, acaban con las buenas cualidades y se convierten en VICIOS.

¿Cuál es, pues, el mayor, y de ordinario el más penoso trabajo, del instructor? Helo aquí:

Si quiere, según debe quererlo, establecer al niño en la legítima y entera posesión de las facultades de su naturaleza; si quiere por ese medio formar un *hombre*

y un hombre de verdad merecedor de ese dictado, no se limitará á procurar que crezca en el corazón del niño la inclinación á cumplir con el deber, ni á desarrollar sus cualidades; sino que se aplicará con diligencia á estudiar sus defectos, á desarraigar sus peligrosas propensiones, á reformar sus malos hábitos, á corregir sus vicios, si por desgracia hubiese alguno en esta tierna criatura: aplicaráse á prevenir, si es que puede, el despertar de las pasiones, ó cuando menos á dirigir las con fuerza y sabiduría en tiempo conveniente. Únicamente á este precio puede llevarse á cabo tan grandiosa obra; y ved por qué he dicho ser la Educación esencialmente obra de respeto. No conozco nada que reclame sacrificio y consagración más respetuosa que este penoso trabajo. Sin la idea de Dios, sin religioso respeto para con la dignidad de la humana naturaleza, nunca jamás se trabajará sincera y animosamente en corregirla, en reformarla, en educarla.

Resumo todo lo dicho: la Educación *debe formar al hombre*, debe hacer del niño un hombre, es decir, darle cuerpo sano y robusto, espíritu penetrante y ejercitado, razón firme y recta, imaginación fecunda, corazón sensible y puro, y todo esto en el más alto grado de que sea capaz el niño que le ha sido confiado.

Ésa es su labor; ésos sus beneficios; ése el sublime y vasto pensamiento que debe presidir á todos los grados por los que pasa la humana Educación: Educación materna, Educación primaria, Educación secundaria. Sólo después de haber establecido al hombre, después de haberle *instituido*, de haberle colocado fijamente en la vida, y de haberle *establecido* como hombre cabal, la Educación retira de él sus cuidados. Entonces es cuando, según la bella expresión latina de que se sir-

vieron Quintiliano y Bossuet, es permitido llamar la Educación, desde este elevado punto de vista, *Institución del hombre*.

Entonces es cuando se cumple la obra de religioso respeto debido á este noble hijo de Dios.

Pero, se me dirá: ¿siempre nos habremos de elevar tan alto? ¿no se nos permitirá contentarnos con un poquito menos? Entonces ¿dónde están los instructores dignos de tal nombre?

No tengo encargo de resolver esta última cuestión; pero respondo sin vacilar: No, no se permite hacer menos.

La Educación, so pena de ser manca é incompleta, so pena de dejar al hombre incompleto, y, por consiguiente, de faltar á la dignidad de esta hermosa naturaleza, debe hacer del niño un hombre cabal.

Debe ponerle en plena posesión de sí mismo; debe, por consiguiente, desarrollar, pulir, elevar todas sus nobles facultades lo más completamente que le sea posible; no puede descuidarse ninguna.

De lo contrario será trabajo imperfecto, será educación mala: será obra ruin; y cuando se figuren que esta obra es *aquel hombre* de quien dijo Dios: *Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra*, veráse uno tentado de preguntar á estos indignos instructores, con qué derecho han venido á poner temerariamente su mano en la obra y en la imagen de Dios, para desfigurarla; en tan bellas y tan puras esperanzas, para marchitarlas, y en tan brillantes facultades, para aniquilarlas. Admirase uno, y con razón, de las culpables negligencias, de los soberbios desdenes que tan frecuentemente sufre la Educación. Uno se irrita, en fin, y se enoja profundamente ante esos sacrílegos desprecios, y—

voy á decirlo todo—ante esos cuidados mercenarios, hipócritas, cuyo objeto y cuya víctima es en tantísimas ocasiones la infancia.

Este mal, pláceme así pensarlo, procede casi siempre de falta de talento y reflexión; no se sabe y — confesémoslo llanamente — no se trabaja poco ni mucho por saber cuál sea esta grande obra de la Educación. Verdad es que no se pone en duda su radical necesidad para todos, ni el inmenso influjo que ejerce sobre el individuo, sobre la familia, sobre la sociedad entera; nadie se recata de reconocer que su fin es formar, educar al hombre y perfeccionarlo, empero lo que se aparenta ignorar ó no saber más que á medias es que, para lograr este intento, el propio y esencial carácter de la Educación es cultivar, desarrollar y fortalecer todas las facultades del hombre, sin ruin excepción ninguna.

No se comprende que la humana Educación debe ser como el hombre mismo á quien se pretende formar: sencilla, una, constante y entera. El hombre, en efecto, no ha recibido de Dios cosa ninguna que la Educación pueda descuidar: es digno de ser educado bajo todos sus aspectos. La integridad de su Educación es ley providencial de su vida y de su porvenir. No se le puede frustrar de ella á sabiendas ó por negligencia, sin traicionarle de la manera más culpable: y, sin embargo, casi nunca nos informamos ni de los instrumentos, ni de los medios de que puede y debe echar mano la Educación, para llevar á cabo su grandiosa acción, y para terminar con respeto su obra tan sagrada. De ahí tantas Educaciones ruines y menguadas, que son á la vez desventura de alumnos y vergüenza de instructores.

CAPÍTULO VI

De la humana naturaleza en el niño: de sus defectos: necesidad de conocerlos y de corregirlos.

I

Preciso nos es tornar de nuevo sobre el niño, y dar una última y profunda mirada sobre su alma, mirada que llegue hasta los más recónditos pliegues y hasta las íntimas profundidades de su naturaleza; porque allí es donde en verdad se lleva á cabo la obra de la Educación; allí es donde están ocultos los obstáculos, como también los resortes y los remedios: allí, pues, deben enderezarse nuestros esfuerzos. *Hoc opus, hic labor est.*

Pero tengámoslo bien entendido: el alma, la naturaleza del niño es todo un mundo; digámoslo con las palabras de la Escritura: *Abyssum est cor* (Eccli., XLII, 18), es un abismo que nadie podrá jamás explorar y esclarecer lo bastante.

Y añade la Escritura, hablando de este corazón, que es á la vez inescudriñable y malo: *Cor pravum et in-scrutabile* (Jerem., XVII, 19); inescrutable como las alturas de los cielos, como las profundidades de la mar. *Sicut cælum sursum, et terra deorsum.* (Prov., XXV, 5.)

Y, sin embargo, quien no haya escudriñado este

voy á decirlo todo—ante esos cuidados mercenarios, hipócritas, cuyo objeto y cuya víctima es en tantísimas ocasiones la infancia.

Este mal, pláceme así pensarlo, procede casi siempre de falta de talento y reflexión; no se sabe y — confesémoslo llanamente — no se trabaja poco ni mucho por saber cuál sea esta grande obra de la Educación. Verdad es que no se pone en duda su radical necesidad para todos, ni el inmenso influjo que ejerce sobre el individuo, sobre la familia, sobre la sociedad entera; nadie se recata de reconocer que su fin es formar, educar al hombre y perfeccionarlo, empero lo que se aparenta ignorar ó no saber más que á medias es que, para lograr este intento, el propio y esencial carácter de la Educación es cultivar, desarrollar y fortalecer todas las facultades del hombre, sin ruin excepción ninguna.

No se comprende que la humana Educación debe ser como el hombre mismo á quien se pretende formar: sencilla, una, constante y entera. El hombre, en efecto, no ha recibido de Dios cosa ninguna que la Educación pueda descuidar: es digno de ser educado bajo todos sus aspectos. La integridad de su Educación es ley providencial de su vida y de su porvenir. No se le puede frustrar de ella á sabiendas ó por negligencia, sin traicionarle de la manera más culpable: y, sin embargo, casi nunca nos informamos ni de los instrumentos, ni de los medios de que puede y debe echar mano la Educación, para llevar á cabo su grandiosa acción, y para terminar con respeto su obra tan sagrada. De ahí tantas Educaciones ruines y menguadas, que son á la vez desventura de alumnos y vergüenza de instructores.

CAPÍTULO VI

De la humana naturaleza en el niño: de sus defectos: necesidad de conocerlos y de corregirlos.

I

Preciso nos es tornar de nuevo sobre el niño, y dar una última y profunda mirada sobre su alma, mirada que llegue hasta los más recónditos pliegues y hasta las íntimas profundidades de su naturaleza; porque allí es donde en verdad se lleva á cabo la obra de la Educación; allí es donde están ocultos los obstáculos, como también los resortes y los remedios: allí, pues, deben enderezarse nuestros esfuerzos. *Hoc opus, hic labor est.*

Pero tengámoslo bien entendido: el alma, la naturaleza del niño es todo un mundo; digámoslo con las palabras de la Escritura: *Abyssum est cor* (Eccli., XLII, 18), es un abismo que nadie podrá jamás explorar y esclarecer lo bastante.

Y añade la Escritura, hablando de este corazón, que es á la vez inescudriñable y malo: *Cor pravum et in-scrutabile* (Jerem., XVII, 19); inescrutable como las alturas de los cielos, como las profundidades de la mar. *Sicut cælum sursum, et terra deorsum.* (Prov., XXV, 5.)

Y, sin embargo, quien no haya escudriñado este

abismo, quien no haya sondeado en todos los sentidos este corazón, es impropio para la grandiosa obra de educar; porque, vuelvo á repetirlo, esta obra no se lleva á cabo en la sobrehoz, sino en las intimidades del alma.

Aquí es menester trabajo y estudio de todos los días; y, aplicando al conocimiento de los niños las palabras de San Pablo, voy á permitirme decir á los maestros: *Hu ec meditare, in his esto, insta in illis*. El corazón del niño es el libro que precisa meditar y profundizar continuamente; dicho estudio no tiene fin: siempre habrá para vos algo que descubrir en él; y en tanto seréis idóneo para esta obra, más que á proporción que os hubiereis hecho hábil para leer en este libro viviente y para penetrar sus arcanos.

El obstáculo radical, íntimo, que sin cesar renace, es el fondo mismo de la humana naturaleza, que está viciada; son los defectos y los vicios, cuyos fúnestos gérmenes están en nosotros mismos, como consecuencia de la perversión original.

Dijo Platón: «No creáis que es bueno el niño recién nacido; empero lo podrá ser, con esmerada Educación.»

Es certísimo que el niño que acaba de nacer, no es bueno. Hay en él gérmenes malignos, que la edad puede hacer brotar. Pues bien: con estos gérmenes malignos, y á veces con las más vivas inclinaciones, en una palabra, con los íntimos defectos de esta naturaleza, es con los que se debe luchar; ayudándose, empero, de los medios de que dispone la Educación, muy superiores, á fe, á todos los que jamás llegó á conocer Platón.

El alma humana en el niño — hase dicho — es un tablero raso, en el cual todavía no se ha escrito nada;

sea así, aunque mucho habría que decir sobre el particular; pero cuando menos, tiene ya ciertamente todas sus virtualidades, todas sus potencias; y, si es fecunda para el bien, desdichadamente tiene también espantosa fecundidad para el mal.

Las dolencias de que sufre el alma humana, y, por consiguiente, la Educación del niño, no se pueden reducir á guarismo, como ni tampoco las enfermedades que aquejan á la salud y á la vida física: la Educación, medicina del alma, que tiene la misión de curar sus males, debe, como la medicina del cuerpo, comenzar por estudiarlas á fondo, para bien conocerlas.

Mas en esta alma, no hay sólo males, sino que también hay bienes: no hay sólo defectos; hay preciosas cualidades; y al propio tiempo que la Educación debe corregir los malos defectos y curar el mal, debe asimismo desarrollar las buenas cualidades y educar todo lo recto que en ellas hubiere, y, como dijo San Pablo, *vencer el mal por medio del bien*. Mas para esto no solamente es menester grandísimo celo, sino que también mucho discernimiento, y el empleo de remedios serios, sin los que jamás se curan los males del hombre.

II

PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

En una de las admirables parábolas, de sencillez enteramente divina, por medio de las cuales instruí nuestro Señor á sus discípulos — la parábola de la cizaña y del buen trigo — hay una espantosa imagen de lo que constituye el más terrible escollo para la Edu-

cación, y que forma también el supremo deber del instructor.

Esta parábola aplícase ante todo, sin linaje de duda, y en todos sus pormenores, á la mezcla de buenos y malos que hay en la tierra; mas en algunos puntos también se puede aplicar útil y verdaderamente á la mezcla de buenas cualidades y de defectos, de bien y de mal, que se encuentra en los niños y en toda humana criatura.

Dios — y esto es mucha verdad, — sobre todo tratándose de niños educados en casas de cristiana Educación, Dios ha sembrado con abundancia el buen grano en estos niños; primero mediante las buenas inclinaciones que les infundió desde su nacimiento; más tarde mediante el bautismo y demás sacramentos y todas las primeras gracias de una buena Educación. No hay naturaleza, por estéril y desgraciada que parezca, que no tenga su rico fondo de preciosas cualidades, que la Educación debe cultivar y desarrollar; pero también á vuelta de bellísimas cualidades, hay que reconocer en cualquier naturaleza de niño, sin exceptuar las más felices, otra familia de innumerables defectos, que en ella pululan; son todos esos gérmenes viciosos de los que ya hemos hablado, y que, según palabra del Evangelio, vienen á ser como cizaña en medio del buen grano: acercóse quedito el enemigo, durante una noche fatal, y entre la buena semilla, esparció la mala; y fuése...

Después, luego como crece la hierba, aparece de pronto entre las buenas plantas la cizaña, aparecen hierbas muertas, hierbas lánguidas, hierbas malas y contagiosas. ¿Qué sucede entonces? Los criados del padre de familia quédanse atónitos y pasmados; y no debería

ser así; porque después de la caída original, esta mezcla es natural, es inevitable; convendría fijarse en ello; pero ¡tan fácil es que nos forjemos ilusiones! Y á la sorpresa sucede muy presto la indignación; querríase, y al momento, como dice el Evangelio, arrancar aquel fruto de maldición: *Vis colligimus ea?* Es decir, — por dejarme ya de figuras, aunque por otro lado clarísimas — los padres ó los directores de una casa de cristiana Educación, después de haber sido ministros y testigos de los beneficios del Señor, descubren muchas veces con espanto que paralelamente á su trabajo, ha lugar otro trabajo, muy distinto del suyo; y que en almas donde se había derramado con profusión la gracia de Dios, han germinado á la sordina defectos inesperados, vicios que comprometerán toda su obra. — ¡Ay! no consienten en culparse á sí mismos, ni de grado quieren confesar que durante su sueño cuando se ha hecho el mal, y que no han velado lo que debían: *Dum dormirent homines!* — Entonces una de dos: ó bien el maestro se forja ilusiones sobre el mal que no tiene valor para corregir, lo menosprecia y se torna de nuevo á dormir; ó bien, se encoleriza y querría talar todo el campo, para arrancar de golpe toda la cizaña, para no tener qué pensar más en ella y así poder echarse de nuevo á dormir.

Empero en el cultivo de las almas no resulta esta determinación, ni este celo arrebatado es verdadero celo. Como hicieron los criados de que habla el Evangelio, es preciso recurrir á la sabiduría del dueño de la mies, y acordarse de la respuesta dada por el padre de familias á los trabajadores, que no saben reparar los largos desaciertos de su sueño más que con el ardor y los estragos de un celo pasajero y destructor:

Vis imus et colligimus ea? — No, se les respondió: *Ne forte colligentes zizania, eradicetis cum eis et triticum.*
¡Respuesta de profundidad divina!

Seguramente, que no tratamos de dejar subsistir en las almas los defectos que germinan en ellas. La necesidad de extirpar la mala semilla dedúcese manifiestamente de estas terribles palabras del padre de familias: *Al tiempo de la recolección diré á los segadores: Recoged primero la mala hierba, y atadla en fajos para el fuego.* La salvación de las almas, en las que se ha desarrollado este impuro germen, está manifiestamente vinculada á la extirpación de sus defectos; empero, menester es usar de grandísima prudencia y de muy atentas precauciones, para no arrancar el trigo junto con la cizaña.

Si los malos gérmenes no se hubieren destruído á tiempo, cuando llegue la última siega, todo será perdido. Mas en esta primera mies de las almas que se cultivan por medio de la Educación, hay que tener mucho cuidado de no extirpar el bien junto con el mal, las buenas cualidades al mismo tiempo que las malas: muchas veces se tocan muy de cerca, y si uno no es muy atento observador, se corre grave peligro de tomar las unas por las otras; para esta obra de discernimiento y de sabia extirpación, hay que conocer bien el fondo de la humana naturaleza, es decir, los defectos que anidan en las profundidades del corazón, y que pueden sofocar las semillas que Dios en él ha derramado: hay que conocerlos, y conocer al propio tiempo sus remedios. Y es también preciso haber estudiado las felices disposiciones de la naturaleza y el partido que de ellas se puede sacar.

En una palabra, es de toda necesidad necesario

haber reconocido á ciencia cierta la naturaleza del bien y del mal, los buenos y los malos gérmenes, sus diversas clases, sus varias raíces y sus numerosas ramificaciones.

Y eso es á lo que rarísima vez se decide el celo impetuoso, el celo falso. Este celo es casi siempre tan perezoso como apasionado. No sabe hacer más que ó echarse á dormir en deplorable sueño, ó despertar bruscamente para arrancarlo, para trastornarlo, para destruirlo todo en el alma.

Muy otro espíritu, muy otra manera de proceder, tiene el celo verdadero. A él se dirigen las enseñanzas que escribimos á continuación.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO VII

Dos importantes observaciones acerca del mismo asunto.

I

LA JUVENTUD ES EL TIEMPO PROPICIO PARA LA CORRECCIÓN DE LOS DEFECTOS

Cualesquiera que fueren los malos gérmenes ocultos en el alma del niño, jamás hacen imposible su Educación. Escrito está que Dios hizo *sanables* á los hombres: *Sanabiles fecit*. La Educación, la Educación cristiana es singularmente poderosa y eficaz, y con frecuencia ha obrado maravillas; gloria y triunfo de la Educación es venir á las manos con un natural rebelde, y vencerlo, y corregirlo, y transformarlo.

Mas en este capital negocio hay que poner manos á la obra muy desde luego; de lo contrario verase comprometida la Educación, porque no digamos que será imposible su remedio.

En la niñez, en la juventud, todavía no han echado los defectos raíces profundas, ni han tomado gran desarrollo. Todo es aún débil y tierno. Más tarde, vendrá el hábito; y el hábito muy luego se torna se-

gunda naturaleza, cuyas consecuencias son por todos extremos terribles.

Conocida es de todos la historia de aquel solitario de la Tebaida y de su palmera; mas no será ocioso ponerla ante los ojos de los padres y de los maestros. — Queriendo hacer comprender á un manco la importancia de principiar muy desde luego á corregirse de sus defectos, mostróle una añosa y robusta palmera que dilataba á lo lejos su vicioso ramaje, y ordenóle arrancar aquel veterano de los desiertos; mas como el joven, tras inauditos esfuerzos, no hubiera conseguido ni siquiera menearla, mostróle el solitario otro arbolillo, recién plantado, y díjole que probase sus fuerzas en él. Pocos esfuerzos bastaron para dar en tierra con aquella palmera.

Lo propio acaece con los defectos: en la juventud fácilmente ceden á los esfuerzos de la buena voluntad, mientras que más adelante, robustecidos, endurecidos por la edad, conviértense en naturaleza propia, y muchas veces no se los podrá arrancar sino con muchísima dificultad. Ahora comprenderéis por qué un hombre respetable por su sabiduría y sus virtudes, no menos que por su avanzada edad, hablando de la Educación de los Seminarios Menores, decía que *casi siempre lo decide todo para nuestra vida entera, en buen ó en mal sentido*. Y es la pura verdad.

En otro lugar he tratado á fondo y más en particular sobre este punto especial (1). Sólo me resta añadir una palabra: No hay que aguardar á la época de la Educación pública para corregir los defectos de

(1) *De l'Education*, t. II, lib. I, cap. VI *Del Apostolado en la Educación*.

los niños: en la misma familia, y desde luego que aquellos principian á asomar cabeza, se los debe reconocer y combatir y extirpar, si es que se puede. Defectos hay que solo aparecen muy tarde, cuando ciertas particulares circunstancias provocan su aparición; pero la mayoría se manifiestan desde los más tiernos años, en la espontaneidad del primer abrirse de la niñez. Pues bien: desde entonces hay que tener los ojos muy despiertos y siempre atentos sobre todo lo que pueda ser indicio ó revelar algún defecto latente.

Mas ¿es ésa, por ventura, la ordinaria preocupación de los padres? Lejos de trabajar en descubrir los defectos de sus hijos, ¿consienten ni siquiera en reconocerlos cuando alguien se los señala como con el dedo? ¡Oh! cuando se trata de alguna buena cualidad que haya en estos niñitos, ¡qué ojo tan avizor, qué perspicacia tan extremada para descubrirla! Muy bien saben ver en ellos lo que tienen, y aun lo que no tienen; pero en tratándose de sus defectos, ya es otra cosa: entonces son miopes, se ciegan; la ternura paternal y maternal les ponen una venda en los ojos. Esta ceguera de los padres, más ó menos voluntaria, es de las mayores miserias que pueden aquejar á la primera Educación, ni es menos funesta la debilidad de los padres en corregir los defectos de sus hijos, cuando á la postre llegan á despuntar; su impotencia para armarse de saludable rigor á fin de enderezar estos naturales que la adulación ó muelles complacencias han más ó menos mimado.

¿No es esto lo que frecuentemente acaece con la molicie y enervación de costumbres de nuestros tiempos? La antigua severidad de los padres y madres de familia se ha relegado á la historia y es hoy en día

rarísima: comiézase por adular al niño, por no ver en él más que una monería en punto á perfección; más adelante, cuando esta pretendida perfección aparece á la postre lo que es, de todo punto inaguantable, procuran desembarazarse de ellos.

Después de haber tomado al niño como un gracioso idolillo, y de haberse divertido con él durante algunos años, mientras la carga de la paternidad es menos pesada, cuando los goces son más intensos y vivos; y apenas la carga principia ha hacerse molesta, y luego, como los caprichos del idolillo son algo menos fáciles de satisfacer, se lo envía al Colegio ó Pensionado. Réservele el volverlo á ver en determinados días, el derecho de divertirlo y divertirse con él; pero con la precaución de no estarse mucho tiempo, y de poner, — antes que las dificultades hayan tenido tiempo de renacer, — los enrejados y el colegio entre el niño y los padres (1).

¡Ayl que para entonces el mal es ya inmenso, y la Educación del niño está muy comprometida: sin embargo, aun no es tiempo de desesperar. A los diez años, á los doce, puede el niño tener ya deplorables

(1) A lo dicho añade M. de Champigny, de quien tomo estas profundas observaciones, lo que sigue:

«En los primeros años prodíganse á los pies de este tiranuelo todas las solicitudes, todos los cuidados, todas las caricias, todo el fondo de ternura de que uno está provisto. Mas muy luego se agota, y se cansa la ternura, sobreviene la pereza; y en la época en que debería comenar la Educación seria y formal, no se tiene ánimos para poner manos á la obra; el niño, muy adulado y halagado, se hace ingobernable, y los padres se apresuran á encomendar á los cuidados de públicos instructores la difícil y ruda tarea de su Educación, comenzada con tantos cariños, pero tan mal comenzada. (*De la Educación en familia.*)

hábitos; pero no serán á fe hábitos inveterados. La vida de una buena casa de Educación puede venir de presto á interrumpirlos y á abrir como una nueva era; la regla, el estudio, la piedad, pueden ocupar felizmente el sitio de la fantasa, del capricho, del trabajo indolente; pero sin más tardanza es ocasión de tomar con vigor al niño, de volver á emprender con energía la reconstrucción de los cimientos de su Educación, tan deplorablemente comenzada. Lo repito: aquí está el supremo deber del instructor, su más noble y laboriosa ocupación: *Hoc opus, hic labor est.*

II

NO BASTA CONOCER LOS DEFECTOS DE LOS NIÑOS; ES PRECISO HACÉRSELOS CONOCER Á ELLOS MISMOS

Trátase, pues, de realizar una obra de profunda corrección y extirpación: obra delicada, animosa, perseverante; pero indispensable. Sin esta labor profunda, podrá dar en la sobrehaz un barniz de urbanidad; se podrá dorar el exterior; pero á la postre y finiquito no se habrá hecho cosa de provecho: labor interior, labor que llegue hasta el fondo, hasta la raíz, es la que aquí necesitamos. Ahí es donde precisa, según la enérgica frase de los Libros Santos, arrancar y plantar, destruir y edificar: sí, al instructor de la juventud se le ha dicho también como al Profeta: *Ego posui te ut evellas et destruas, et ædifices et plantes.* Todo instructor de la juventud que así no lo comprenda, hágase cuenta que no sabe nada acerca de su verdadera misión.

En gracioso y poético lenguaje, decía Virgilio, al hortelano que cultiva plantas jóvenes:

«Cuando llega la estación primaveral, y el fruto, pronto á romper, cubre de abundantes flores el árbol que se ve forzado á doblar sus olientes ramas, ¡oh! entonces, entonces, obsérvalos con atención:

*Contemplator item cum se nux plurimas sylvis
Induet in florem, et ramos curvabit olentes.»*

Porque no todas esas flores darán en su día fruto: hay algunas que son esperanzas péfidas, y que han de engañar dolorosamente al horticultor.

Lo propio diré yo á los que cultivan la juventud: esta edad se llama con razón la primavera de la vida; todo se abre, florece y se despliega en estas tiernas plantas, en estas almas jóvenes; pero miradlo bien, *contemplator*, considerad atentamente lo que hay en el fondo, mirad en el cáliz de estas flores y ved si son buenos ó malos los frutos que prometen. Mirad de cerca: primero para instruiros vosotros mismos, para que vuestra acción, más ilustrada, sea tambien más formal; y en segundo lugar, cuando hayáis descubierto la verdad, para amaestrar al niño, á fin de que pueda juntar su acción á la vuestra en contra de sí mismo.

Porque no se debe olvidar que en la corrección de los defectos, el maestro no puede nada por sí solo; es necesario que el niño trabaje con él: en esta obra no puede el niño quedarse en estado pasivo; debe coopear por medio de su libre concurso: mas para ello necesita que lo instruyan acerca de sí. Es preciso que conozca sus defectos para trabajar en corregirlos; y ha de conocerlos por medio del maestro: el niño por sí

solo no podría llegar á dicho conocimiento. Muchas veces no pueden lograrlo hombres ya formales: ¡y lo va á poder un niño!

Sábese que es tan difícil como necesario conocer estos defectos; y aun por eso nada es tan raro como el conocerlos.

Hay personas que fácilmente conocen sus *faltas*; y eso es algo; pero no reconocen sus *defectos*, que son principio de aquéllas: lo cual sería muchísimo mejor y más necesario.

A ciertos vicios groseros los conocemos en globo; echamos una rápida mirada sobre nosotros para ver si estamos tiznados de ellos: pero como *los defectos*, mayormente en la juventud, no han todavía llegado á tal grado de malignidad que haga de ellos otros tantos vicios, nos vemos limpios de esas feas manchas, y nos creemos completamente seguros: y quizás en lo secreto del alma crecen y se fortalecen entre tanto los más formidables defectos.

En una casa de Educación cristiana, por ejemplo, difícil es que los jóvenes no conozcan sus faltas. Cada día y en mil circunstancias se les recuerdan sus deberes; y, en consecuencia, las transgresiones son harto evidentes para no ser notadas: son hechos sobre los cuales casi es imposible cerrar los ojos. Uno reconoce, pues, sus faltas, y toma sobre el particular resoluciones más ó menos acertadas y firmes; pero estas resoluciones son casi siempre ineficaces, porque no llegan hasta la raíz misma de las faltas que se cometen, porque en realidad de verdad no se conocen los defectos; porque no se quieren confesar los verdaderos defectos; porque casi nunca se examinan acerca de los defectos ocultos.

Y añado yo, que *no es menos raro el hallar quien nos ayude á conocernos á nosotros mismos: quien nos haga conocer nuestros defectos*. Tópase fácilmente un amigo que consienta en advertirnos de nuestras faltas: pero no se halla sino con mucha dificultad quien consienta en ilustrarnos acerca de nuestros defectos (1).

A la verdad, cosa es del todo diferente *avisar á uno de sus faltas y amonestarle sobre sus defectos*. Lo uno es cosa llana, si se quiere, hasta fácil: lo otro supone no sólo gran celo, sino reflexión, discernimiento de espíritu y animosa sinceridad.

Entre hombres formales la amistad, la sincera amistad, puede ser de grande ayuda en este particular; y sin embargo, ¡cuán raro es hallar quien ame tan de veras á su amigo, que quiera darse el mal rato de hacerle conocer sus defectos! Mas entre jóvenes y entre niños, sobre todo, ¿qué pueden ser estos amigables avisos, sino cuando mucho *ligeras advertencias sobre faltas mejor que sobre defectos?* Y se concibe. A los jóvenes fáltales experiencia y las demás cualidades requeridas para discernir sus defectos; y frecuentemente, cuando los hayan notado, ni tienen la autoridad necesaria para hacérselos conocer á sus condiscípulos, á quienes ni les habrá pasado por la cabeza pedirles tal

(1) Para la recta inteligencia de lo que sigue, precisa notar la diferencia que ponen los franceses entre las palabras *faute* y *défaut*. *Faute* (falta) es toda transgresión de una ley ó regla; así decimos también en castellano, falta contra gramática...; la *falta* es siempre un *acto*. *Défaut* (defecto) es la inclinación al mal, el hábito, la costumbre de hacer alguna cosa. — En castellano *defecto* es una *imperfección*, que apenas puede evitarse; *falta* es tanto como *culpa*. — Por acomodarnos más al original, hemos adoptado, siquiera por esta vez el partido de tomar las dos palabras en el sentido primeramente indicado. (N. del T.)

favor; ni tampoco tienen el raro valor de manifestárselos á los mismos que les preguntan sobre el particular. ¿Quién, pues, podrá prestar á los jóvenes tan importante servicio, sino aquéllos á quienes el cargo se lo impone como deber, es decir, los *Directores*, los *Profesores*, los maestros y los padres? Eso lo conocen perfectamente los niños, según expresaba uno de ellos en su recto buen sentido y nativa franqueza, escribiendo á un Superior: *Sólo V. pudiera avisarme fructuosamente*.

Pero lo diré con franqueza: al hablar de los defectos de los niños, pienso también en otros que no son niños; y al invitar á los maestros á estudiar con atención á sus alumnos, para mejor conocerlos y ayudarlos á corregirse, insisto en que los maestros hagan primero sobre sí propios y por su cuenta el mismo trabajo: y aun á mí mismo me doy igual prudente aviso. Nadie puede hablar de los defectos de la naturaleza humana sin ser como en cierto lugar dice la Iglesia, *memor conditionis suæ*, sin pensar en sí y en sus debilidades. Nadie, en efecto, es de mejor condición que sus hermanos; nadie tiene derecho para arrojar á su prójimo la primera piedra; y quien tiene por obligación el ofrecer tan graves prácticas enseñanzas, y, si así puedo expresarme, el dar lección á los otros, necesario es que primero se la haya dado á sí mismo.

Además, cada cual está aquí interesado como el que más; cada cual tiene mucho que hacer consigo mismo: y eso con toda seriedad. «No hay falta cometida por un hombre decía San Agustín, de la que no sea capaz otro hombre, si la gracia de Dios no le preserva de cometerla.» Todos estamos formados del mismo barro; todos participamos de la misma masa de original corrupción, que diría San Pablo, y como que después de

todo, cada cual es el obrero más inmediatamente encargado de cuidar de su propia salvación, el conocerse bien á sí mismo, el conocer sus propios defectos, para trabajar en extirparlos, es incontestablemente el punto de partida por donde se debe de comenzar.

Más aún: el conocimiento de sí mismo es también el medio mejor para conocer á los otros; y, por donde quiera que se lo mire, el mayor servicio que un instructor podría reportar de su oficio, sería, sin género de duda, el ser ilustrado, por una voz verdaderamente amiga y sincera, acerca de sus defectos personales.

¿Quién no sabe que una de las más sabias máximas proclamadas por la antigüedad es la contenida en aquellas concisas palabras. *Nosce te ipsum*; y que la más ordinaria plegaria de San Agustín á Dios era decirle: *Noverim te, noverim me?*

Un año, siendo yo superior del Seminario Menor de París, hablé á todos, maestros y colegiales, durante seis semanas enteras, media hora cada día, sobre este importantísimo asunto. No solamente tuvieron todos valor para escuchar las cosas duras y penosas que hube de decirles, sino que hasta, sin yo saberlo, tomaban sus notas y apuntes: precisamente la estenografía de lo que entonces dije constituye el fondo del presente libro.

Sea de ello lo que fuera, no creí yo, en el Seminario Menor de París, haber fundado bien la casa, hasta que hube encaminado todos mis esfuerzos á corregir todos los defectos, hasta que hube inspirado á los niños verdadero deseo de conocer á fondo todos sus defectos; y á los maestros, celo por avisárselos, por darles luz; y, á fin de mejor cumplir este deber con los alumnos, celo para avistarse á sí mismos y para ilustrarse ellos en primer lugar.

CAPITULO VIII

Diferentes clases de defectos.

Trátase pues,—y es negocio que á todos interesa—trátase de conocer sus defectos, y también los de los otros, si se tiene misión de corregirlos: trátase de discernir, de descubrir los defectos en las faltas que los manifiestan, en los secretos pliegues del corazón que los esconden, y aun de verlos al lado de excelentes cualidades con las que se hallan mezclados, y cuya exageración ó mala aplicación son en muchas ocasiones. Dificultoso es este estudio y este discernimiento: no cabe dudarlo.

Dificultoso, sí; porque: 1.º hay defectos que no se conocen; 2.º los hay que no se quieren conocer; y 3.º hay otros que se conocen, pero que no se quieren corregir.

Hay defectos que no se conocen; y es lo más perjudicial: germinan, se arraigan, se apoderan del alma silenciosamente, y cuando han producido amarguísimos frutos, es casi siempre muy tarde para desarraigarlos; por lo menos se hace muy difícil su completa extirpación: el alma es entonces semejante á viejo tronco, duro y nudoso, que ha echado en tierra raíces vivas, gruesas, entrelazadas, profundas; dicho tronco opone al brazo que lo quiere arrancar resistencia tenaz; y si á viva fuerza y á duras penas se consigue desarraigarlo, écha-

todo, cada cual es el obrero más inmediatamente encargado de cuidar de su propia salvación, el conocerse bien á sí mismo, el conocer sus propios defectos, para trabajar en extirparlos, es incontestablemente el punto de partida por donde se debe de comenzar.

Más aún: el conocimiento de sí mismo es también el medio mejor para conocer á los otros; y, por donde quiera que se lo mire, el mayor servicio que un instructor podría reportar de su oficio, sería, sin género de duda, el ser ilustrado, por una voz verdaderamente amiga y sincera, acerca de sus defectos personales.

¿Quién no sabe que una de las más sabias máximas proclamadas por la antigüedad es la contenida en aquellas concisas palabras. *Nosce te ipsum*; y que la más ordinaria plegaria de San Agustín á Dios era decirle: *Noverim te, noverim me?*

Un año, siendo yo superior del Seminario Menor de París, hablé á todos, maestros y colegiales, durante seis semanas enteras, media hora cada día, sobre este importantísimo asunto. No solamente tuvieron todos valor para escuchar las cosas duras y penosas que hube de decirles, sino que hasta, sin yo saberlo, tomaban sus notas y apuntaciones: precisamente la estenografía de lo que entonces dije constituye el fondo del presente libro.

Sea de ello lo que fuera, no creí yo, en el Seminario Menor de París, haber fundado bien la casa, hasta que hube encaminado todos mis esfuerzos á corregir todos los defectos, hasta que hube inspirado á los niños verdadero deseo de conocer á fondo todos sus defectos; y á los maestros, celo por avisárselos, por darles luz; y, á fin de mejor cumplir este deber con los alumnos, celo para avistarse á sí mismos y para ilustrarse ellos en primer lugar.

CAPITULO VIII

Diferentes clases de defectos.

Trátase pues,—y es negocio que á todos interesa—trátase de conocer sus defectos, y también los de los otros, si se tiene misión de corregirlos: trátase de discernir, de descubrir los defectos en las faltas que los manifiestan, en los secretos pliegues del corazón que los esconden, y aun de verlos al lado de excelentes cualidades con las que se hallan mezclados, y cuya exageración ó mala aplicación son en muchas ocasiones. Dificultoso es este estudio y este discernimiento: no cabe dudarlo.

Dificultoso, sí; porque: 1.º *hay defectos que no se conocen*; 2.º *los hay que no se quieren conocer*; y 3.º *hay otros que se conocen, pero que no se quieren corregir*.

Hay defectos que no se conocen; y es lo más perjudicial: germinan, se arraigan, se apoderan del alma silenciosamente, y cuando han producido amarguísimos frutos, es casi siempre muy tarde para desarraigarlos; por lo menos se hace muy difícil su completa extirpación: el alma es entonces semejante á viejo tronco, duro y nudoso, que ha echado en tierra raíces vivas, gruesas, entrelazadas, profundas; dicho tronco opone al brazo que lo quiere arrancar resistencia tenaz; y si á viva fuerza y á duras penas se consigue desarraigarlo, écha-

se de ver que el suelo donde tenía sus raíces está completamente esquilado.

Quiero citar un ejemplo de estos ocultos defectos, muy común en casas de Educación: es un defecto inadvertido, que imprudentemente se deja crecer y desarrollarse, porque no se lo conoce. Mirad aquel muchacho listo, dócil, estudioso, inteligente, lleno de ardor y emulación santa. Siempre se lleva las mejores notas, los primeros puestos; todos han estado siempre contentísimos de él. Pero poquito á poco, á vueltas del placer — sin duda legítimo, pero no muy vigilado — de sus felices resultados y de los elogios que se le tributan, se nutren y se desarrollan y se agrandan insensiblemente en el niño el amor propio, la vanidad y el orgullo. Sin embargo, no nos damos cuenta de ello mientras todo marcha bien; pero he aquí que el día menos pensado ocurre un descalabro, ó asoma ligera nubecilla que empaña el horizonte de su conducta; el niño baja algunos puestos en clase ó se lleva mala nota: de repente aparece en su semblante el despecho; ha quedado herida su vanidad; su orgullo se subleva irritado, y un rayo súbito, casi inadvertido, revela en este niño, que tan bueno y tan dócil se creía, un defecto horrible, del cual ni aun se sospechaba, pero que estaba allí oculto, que iba creciendo cada día, que ya es inveterado, que está arraigado y que se alimentaba como por gusto y sin conocerlo.

Así acaece con la envidia, con el mal humor, con la sensualidad, con la ira y con otros muchos más defectos: porque se los desconoce se cree uno exento de ellos; porque no han todavía subido á la superficie, créese que no existen, y no se trabaja en curarlos, ¿qué digo? quizás se los fomenta, y, por medio de im-

prudencias deplorables, se ceba el fuego oculto debajo de la ceniza.

Y tanto mayor es esta desgracia, cuanto que el tiempo por sí solo es impotente para darnos luz sobre el particular; y por el contrario, cuanto más dura esta ignorancia, se torna de ordinario más profunda.

Así van pasando los años con defectos que todo el mundo nota, de los que todo el mundo sufre, que en ocasiones mil han producido amargos frutos, y de los que nadie se percata. Así es como se hallan personas que frisan en los cuarenta y en los cincuenta años y aun quizá más adelante, sin haber tenido jamás la menor sospecha de un defecto que tal vez ha causado la desgracia de su vida entera. Un amigo animoso atrevese por fin, en día y en circunstancia favorable, á descubrirle el mal: — «Pero, ¿V. lo cree así? — responden asombrados. — Sí, hombre; examínese V.; estudie V. su conducta desde este punto de vista, y verá que aquí tiene la clave para explicarse tal ó cual imprudencia, tal otra desgracia, quizás todos sus disgustos y todas sus faltas.» — Entonces, una de dos: ó reconocen sus defectos, — y habrán menester valor sobrehumano para emprender el corregirse, sin caer en la desesperación; ó bien cerrarán los ojos y persistirán en su ceguera, haciendo irreparable su desgracia.

2.º Hay, por lo tanto, defectos que no se conocen, y, lo que es mucho peor, hay defectos que no se quieren conocer; cuán común sea esto, aun entre niños, es á la verdad cosa que pasma.

Hay, por ejemplo, niños naturalmente falsos, disimulados, sin pizca de sinceridad, sin asomo de franqueza; que mienten por gusto, por vicio de naturaleza: ¿tendrán estos tales valor suficiente para confesarse á

si mismos tan vergonzoso defecto? No por cierto; que les faltará sinceridad para consigo mismos, como les falta para con los demás; se engañarán á sí propios, como engañan á todo el mundo.

La verdad es que si la mayor parte del tiempo nos pasamos sin ver nuestros defectos, es también cierto, y más triste todavía, que no faltan quienes casi nunca los quieren ver. Hay en lo hondo de nuestra naturaleza una secreta disposición de amor propio que hace que no queramos conocernos á nosotros mismos, para no haber de condenarnos; á veces será oculta pereza que ni siquiera nos permite tentar los esfuerzos necesarios para corregirnos. Ahí tenéis los dos principios de esta voluntaria ignorancia que no queremos reconocer: el amor propio y la pereza: *Noluit intelligere ut bene ageret*, que dice la Escritura.

Ó bien, si hay quien consiente en fijar sus ojos sobre sus exteriores defectos, no consiente jamás en abrirlos sobre sus defectos íntimos, sobre los defectos ocultos en el fondo de su ser, porque eso toca muy de cerca al yo, es decir, á lo más caro y más delicado para nosotros en el mundo.

En todo esto se toma, pues, el partido de halagarse el hombre á sí mismo; y en cuanto á los demás, defiéndose contra ellos hasta las últimas trincheras: no se quiere sufrir que nadie toque en lo que se ha dado en llamar el *fuero interno, el carácter*; la menor contradicción en este punto irrita; la menor observación desazona; cualquier ligerísima reflexión exaspera. Es curioso, pero también profundamente doloroso, ver á estos pobrecillos muy atentos y siempre en guardia, armados de pies á cabeza, porque así lo digamos, contra cualquiera que intentara hacerles un poquito de bien ilustrándolos sobre el particular.

Más aún: hasta se consiente en ser avisado de algunas faltas; al fin y al cabo son hechos exteriores, que llaman la atención y están á la vista de todo el mundo, y hay que convenir en ellos de grado; y fuera de eso, quizás no sean más que pura casualidad ó imprevisión, que no envuelva vicio de naturaleza: pero, tratándose de los defectos, ya es otra cosa; están en nosotros, son substancia nuestra, y por este lado se siente toda la trascendencia del aviso, y se protesta inmediatamente por una suerte de instintiva é instantánea repulsión: por eso es cosa delicadísima y que se lleva con dificultad el pasar de la falta al defecto, cuando se nos quiere dar algún aviso.

Es ésta una muy común, pero dañosísima disposición de ánimo que tienen algunos niños, á quienes solamente podrá avisar prudente, útil, eficazmente el padre, la madre, el Superior que vea claro en las cosas, el atento y celoso Director; mas en tales avisos la condición esencial para lograr buen resultado es que sean dados con gran amistad y mucha bondad: nunca se recibirán con docilidad, si el avisado no está muy convencido del afecto de quien los da y si no ve palpar este afecto aun en las más enérgicas y severas palabras.

3.º Por último, *hay defectos que se conocen y no se quieren enmendar*; en el cual caso hay positiva infidelidad al deber y á la virtud: infidelidad tan culpable como funesta; y ¡ay! este caso es muy frecuente.

De todo lo que procede conclúyese con inflexible lógica que *es de altísima importancia conocer los defectos y lo más pronto que sea posible; que es preciso desear conocerlos, y en consecuencia, que hay que buscar medios para ello; en fin, que nadie podrá excusarse de querer corregir sus defectos, una vez los haya conocido.*

Con mayoría de razón añadiremos que *nunca jamás hay necesidad de halagar un defecto*; y podremos agregar también que *nunca jamás habrá necesidad de descuidar ninguno*, sea el que fuere, grave ó ligero.

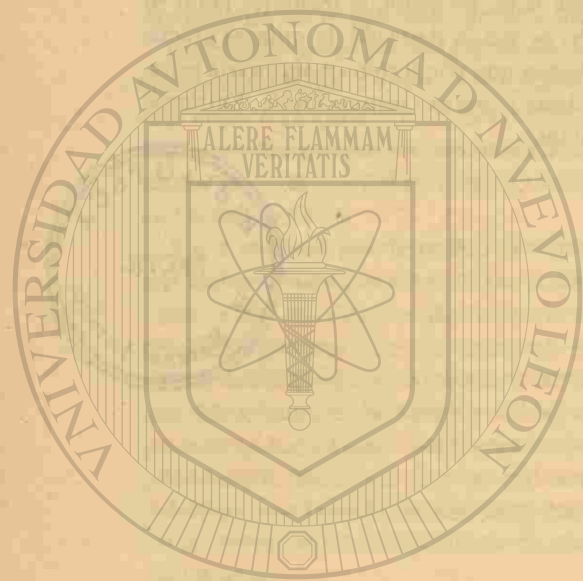
Un defecto mimado ó simplemente descuidado, crece insensiblemente y acaba por dominar. En tal caso, si el defecto es grave y de cierta índole, sus funestas consecuencias pueden ser incalculables; ya no se detendrá en la carrera del mal: de ello tenemos ejemplos en verdad terribles.

Voy á nombrar por de pronto dos de estos defectos que facilísimamente pueden llegar á ser dominantes, como se los descuide; no haré más que apuntar á los ojos de los jóvenes y de los maestros, esos dos tiruelos domésticos, que son los más terribles azotes de esta edad: hablo de *la molicie y del orgullo*. Los estragos que ambos causan son horrosos: tiranizan despóticamente las almas: son en mil ocasiones la más absoluta como también la más vil y deshonrosa esclavitud. Pronto volveremos á tratar de ellos circunstanciadamente.

Y si queréis conocer la razón de este pasmoso imperio que ciertos defectos ejercen sobre el alma, escuchad, que voy á dáosla: procurad comprenderla bien; arraiga en los más hondos principios de nuestro ser: es que después del original pecado no hay en nosotros germenillo, por disimulado y ruin que parezca, el cual no tienda á crecer, como no se le combata; el cual no tienda á enseñorearse de todo, á dominarlo todo, á corromperlo todo, mientras que por el contrario, no hay en nosotros cualidad buena que no tienda á desfallecer, si no se la sostiene, y si no se cuida de robustecerla.

Ahora veréis por qué tampoco conviene descuidar ninguna cualidad, ó virtud, ó gracia, por pequeña que sea en apariencia: descuidadla y perecerá. De ahí nace el perderse tanta vocación, el frustrarse tanto risueño porvenir; es que se descuidó la primera gracia: argumento copioso que por sí solo suministraría material para utilísimas y prolijas instrucciones. Entremos ya en pormenores.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN

CAPÍTULO IX

El Niño: clasificación de sus defectos

No pretendemos escribir un tratado de psicología ó de moral, ni es de ninguna manera nuestro propósito dar de los predichos defectos una clasificación filosófica y completa. Escribimos para hombres prácticos, para maestros, ó para jóvenes, los cuales menos han menester de un sabio análisis de la naturaleza humana, que de indicaciones precisas y fáciles de retener. Por eso, sin preocuparnos poco ni mucho por saber si la presente clasificación será rigurosa desde el punto de vista de la ciencia, diremos lisamente que los defectos, ya sean positivos, ya sean negativos, se pueden clasificar, cuanto á su naturaleza, en *defectos corporales*, *defectos intelectuales* y *defectos morales*.

1.º Están los *defectos corporales*, físicos, externos. Indispensable creemos apuntarlos aquí, porque no dejan de tener su importancia; la tienen, y más de lo que generalmente se piensa. ¿Qué digo? pueden tener en la vida grandísimo influjo para el buen resultado de los negocios en los que, más entrado en años, habrá de poner la mano. Por otro lado la Educación no deja de ejercer eficaz acción sobre los tales defectos; al contrario, puede mucho para hacerlos desaparecer, ó, á lo menos, para atenuarlos notablemente. Lo mis-

mo se deberá decir de varios otros, que algunos llevan consigo toda la vida, sólo porque no se les avisó de ellos con franca y animosa caridad.

Tales son, pongo por ejemplo, cierta pesadez apática, maneras groseras ó torpes, mala pronunciación; ¡cuántos otros defectos del mismo jaez pueden ser obstáculo para granjearse la confianza, la consideración y el respeto que nos harían falta para delante de un buen número de personas las cuales no pueden conocernos de botones adentro, como se dice vulgarmente, y sí solo por nuestras relaciones exteriores. Y estos defectos son de tal jaez, que no puede uno llegar á despojarse de los mismos, como en ellos no se haya trabajado con tiempo.

Otro ejemplo — y permítaseme bajar á estos pormenores: — hay ciertas enfermedades desagradables y mortificantes, ignoradas del mismo que las padece; tales son el mal olor de la boca, el hedor de los pies, cierto desaseo general y otras cosas semejantes, que pueden inspirar invencible hastío hacia las personas de mejor corazón y más bien intencionadas. Hay, pues, que tomar prudentes precauciones, y no se tomarán si no se está advertido de que se tienen esos defectos y de que se les puede aplicar determinados remedios.

Sin embargo, he visto personas respetables, hombres de viso y representación, que se veían obligados á consultar por no saber cómo apañarse para tornar agradable una indicación que habían de hacer á un amigo sobre cualquiera de estos delicados puntos, importantísimos, con todo y ser al parecer tan despreciables.

Más aún; sucede á las veces que una voz desentonada, gestos ridículos, tono común ó vocinglero pueden

anular todo el efecto de la predicación más elocuente y más sabiamente preparada.

Ahí tenéis, lo repito, defectos que de fijo es útil conocer; porque si aun estamos á tiempo, se pueden corregir: y sin embargo, ¡cuán raro es que se reciban con reconocimiento los avisos sobre estos defectillos, tan sin culpa como son! ¡cuán pocos amigos, y aun directores, por más que sean sabios, caritativos y abnegados, se atreven á amonestar de ellos, y á cuántos ni siquiera les pasa por las mientes el hacerlo! Grande, inmenso sería el favor que en ello podrían prestar.

2.º Si necesario es conocer los defectos físicos ¡cuánto más lo será conocer los defectos del alma, los defectos intelectuales!

Digámoslo sin rodeos: aquí es donde principalmente se desconocen los hombres á sí mismos, y donde más les gusta desconocerse. ¡Cuán difícil es también hallar para tales defectos un amonestador sincero y animoso!

Estos defectos son de varias clases, más ó menos graves:

Está, por ejemplo, *la falta de gusto*, por la cual el escritor, el predicador rara vez producirá algo que á la vez sea brillante y sólido, y caerá muchas veces en afectación, en hinchazón, en estrambótica destemplanza; en suma, merced á ella, podrá verse arrastrado á los más enojosos y ridículos dislates.

Está *la falta de juicio*, sobre todo la falta de juicio práctico, cuyos errores pueden ser capitales en la vida, pueden despeñar en los más escabrosos pasos, precipitar en monstruosos y casi siempre irreparables errores; y en suma, pueden hacer desatinar á cada paso y ser causa del extravío de otros, si se tiene á cargo su dirección. Y sin embargo, ¿quién consiente que le avi-

sen de un defecto, cuyo único remedio sería el conocerlo y desconfiar de sí mismo?

Está, además, *la falta de lo que se llama talento, ó, mejor dicho, la falta de imaginación*. No diré yo que para ser hombre cabal sea indispensable cierto grado de talento ó de imaginación; pero sí que es indispensable no creer que se tienen, cuando se carece de ellos; es indispensable para ordenar sabiamente la vida, saber á cuántos estamos sobre el particular: de lo contrario se emprenderán cosas para las cuales no se tiene capacidad, y con dedicarse á ellas, no se hará más que perder tiempo y quizás acumular un sinnúmero de necedades y desvaríos.

Hay otro defecto más serio: *la falta de penetración, de elevación, de extensión de espíritu*. Este defecto es grave, y es comunísimo también. Con ese defecto, nadie podrá encargarse de ciertos trabajos, de ciertas funciones importantes, de ciertos quehaceres delicados, sin exponerse á tomar medidas falsas, sin deslustrar, envilecer y quizás arruinar las más hermosas obras. Cuando menos es menester desconfiar de sí en estos puntos, y por ende, es necesario conocerse, y, para conocerse, es preciso dejarse amonestar.

Hay — aun en la misma alma — cierta *falta de sensibilidad*, de la que voy á decir una palabra, porque es defecto gravísimo, que ha de estorbar en mil ocasiones llevar á cabo utilísimas obras, pues impedirá conocer el camino para ganarse los corazones, y no permitirá á la persona que tal defecto posea, acomodarse á los gozos ó al dolor de los con quien trata, ni dar en tiempo oportuno alientos ó consuelos eficaces.

Pues bien: estos *defectos*, y muchos más, tan graves como son, y tan importante como es su conocimiento,

no hay nadie — según ya he dicho — que tenga valor para dárnoslos á conocer: porque hacerle notar á una persona su falta de talento es casi siempre lastimarla en lo vivo. No conozco más que una falta, cuya nota, cuya indicación sufrimos en calma, y cuya confesión hacemos de grado sin rubor: es la falta de memoria. En cuanto á los demás defectos, ni se los conoce, ni se los quiere conocer, sea por *presunción*, pues se cree uno capaz de todo; sea por *flojedad*, pues no se quiere hacer esfuerzo ninguno para vencerse; sea por *ligereza*, porque no se puede oír nada que vaya dicho en serio y con formalidad.

No hay, por lo tanto, — vuelvo á repetir — casi ninguno de estos defectos, por arraigado que parezca, del cual no pueda el hombre corregirse, á lo menos en parte, ó cuyas desastrosas consecuencias no pueda prevenir, si tiene la buena suerte de ser avisado de ellas, y el buen acuerdo de dejarse avisar, y harta buena voluntad para tentar aquellos esfuerzos de que sea capaz á fin de mejorarse, y modestia para limitarse á trabajos que desahogadamente pueda llevar á feliz coronamiento.

Pero dirá alguno: ¿hay eficaz remedio contra estos graves defectos? Gracias á Dios, le hay, y tal que casi es infalible; á saber: *humildad y aplicación*. No hay hombre, por de muy mediano talento que sea, á quien no pudiera decirse: *Sea usted humilde y trabajador, y realizará grandes cosas*. La humildad no es sólo justicia suma, es también suma sabiduría. Lo que no es hacerederó es el persuadir esto á espíritus ligeros y vanos; y sin embargo, mediante la Educación se puede lograr; por mí mismo he presenciado resultados felicísimos. Conozco hoy en día, hombres, y sacerdotes por más

señas, que han llegado á ser de grandísimo provecho para la sociedad, y aun personajes distinguidos, habiendo algunos de ellos llegado á desempeñar los primeros cargos de la nación y de la Iglesia, los cuales eran de suyo, y se habrían quedado siempre naturalezas vulgares, sin el benéfico influjo de la Educación y sin la docilidad de su juventud. Pero, merced á esta doble felicidad, naturalezas muy medianas han dado frutos más que ordinarios; han llenado sus lagunas, desarrollando sus cualidades, sacando de sí mismos y haciendo germinar todo lo que Dios allí había depositado, y de esta suerte han logrado encumbrarse por encima de su natural, y hoy día sirven gloriosamente á la Iglesia y á la sociedad.

Es á todas luces evidente que los defectos de que ahora vamos á tratar, son los más graves de todos; pues aunque de suyo no son pecados formales, cuando menos son principio de pecado. Unos de estos defectos los llamaré *naturales*, porque van como adheridos al carácter, á la naturaleza, á la constitución del espíritu, y á veces aun á la física constitución del individuo; me permitiré llamar los otros *sobrenaturales*, porque principalmente se oponen á las virtudes de la gracia, y son en el hombre el más principal efecto de la pérdida de la justicia original.

Los defectos *naturales* del orden moral tienen muy de ordinario por fundamento una cualidad que puede llegar á ser preciosa dote, como se haga desaparecer el defecto que es su exageración ó que forma de ella una deformidad. Por ejemplo, el carácter *frío*, discreto, reservado, parece á veces concentrado y medio salvaje; sin embargo, me ha enseñado la experiencia que estos caracteres ocultan muy de ordinario, bajo

aparente frialdad, sensibilidad exquisita, y que son capaces de los más ardientes y generosos afectos.

Convendría, pues, que, por medio de la Educación, se les abriera y se les dilatara el corazón, se les inspirara sensibilidad más expansiva, afabilidad dulce y afectuosa: entonces no se hallaría en estos naturales más que una delicadeza reservada que se deja adivinar y que tiene más encantos de los que á primera vista aparecen: es decir, mucha gravedad, mucha dignidad, mucha sangre fría y precioso dominio del alma sobre sí misma.

El carácter *firme* es propenso á la *dureza*; el carácter *vivo* lo es á la *brusquedad*. Si estos dos defectos fueran cuidadosamente corregidos, nos quedaría sólo firmeza, actividad, celo.

Niños hay que tienen lo que podía llamarse *naturaleza* melancólica, — corazón ternísimo y genio muy reconcentrado.

Esto es por todo extremo dañoso, á no ser que el niño tenga juicio recto, carácter firme y sólida piedad.

El espíritu muy reflexivo fatiga el corazón tierno, lo entristece; y muy luego viene el inevitable hastío de la vida, el esplín, la frialdad: una naturaleza así no resiste mucho tiempo, fenecé víctima de sí propia.

¡Qué cuidado no requiere la Educación de semejantes niños!

He dejado escrito que, orilla de estos defectos, se columbra casi siempre una cualidad cuya exageración y depravación son aquéllos; algunos, sin embargo, no semejan ninguna buena cualidad, sino que ya desde luego se presentan como muy perjudiciales. El carácter *ligero*, *vano*, *caprichoso*, *voluble*, no será fecundo

más que en consecuencias desagradables y casi siempre muy desdichadas. La *disipación*, la *charlatanería*, la *indiscreción* son en toda posición molestas, fastidiosas y á veces peligrosísimas: fácilmente se concibe hasta qué punto pueden llegar á ser fuente de gravísimos inconvenientes dichos defectos, sobre todo en ciertas personas y en determinadas posiciones. La precipitación puede despeñar á un sacerdote en el olvido de sacratísimos deberes; la charlatanería, la indiscreción son en mil casos origen de rencillas, y engendradoras de funestísimas desgracias.

Jamás á los niños se les hará comprender lo bastante, que las faltas en que se los sorprende á diario, quizás ligeras en sí, no lo son si se consideran sus principios y las consecuencias que de estos principios se pueden originar; que es menester mirar menos aquellas faltas que no el defecto de donde proceden; que este defecto, que en su vida privada les hace caer en faltas de no muy transcendentales consecuencias, como no lo desarraiguen, les hará cometer más adelante faltas capitales, y que subsistirá mientras no le ataquen denodadamente y no le arranquen de cuajo de en medio de su corazón.

Por estas consideraciones debe quedar justificada ante sus ojos la vigilante severidad de sus maestros; y ellos mismos deberán armarse de generosa voluntad contra sus propios defectos y malas inclinaciones.

Pasando á la corrección de los defectos morales, de ellos diré lo que dejo dicho de los defectos intelectuales: así como arraigan en la naturaleza del individuo, pueden también, como aquéllos, ser corregidos ó disminuídos por la constante aplicación á las virtudes opuestas: la verdadera humildad sabe reconocerlos, y

la cristiana perseverancia en el deber puede desarraigálos ó á lo menos atenuarlos.

Yo lo fío: con humildad y fidelidad en el deber no hay hombre que no pueda mejorarse y labrarse una carrera útil; no hay carácter, por débil que se lo suponga, que no pueda robustecerse; no hay carácter, por duro que parezca, que no pueda tornarse blando; no hay carácter, por irritable que sea, que no pueda suavizarse. Mas para lograr tan apetecibles y tan raros resultados, ¡cuánto celo y cuánta luz divina son menester en los encargados de avisar, de dirigir, de mejorar las almas! ¡cuánta docilidad en los que han de recibir los avisos, á veces tan molestos para escuchados, aunque tan importantes y provechosos para seguidos!

Todo cuanto acabamos de decir sobre el celo de los maestros y sobre la necesaria docilidad de los niños, se aplica particularísimamente á ciertos casos prácticos y á ciertas naturalezas, en las que se hallan singulares defectos de armonía y las más extrañas contradicciones.

Esto alcanza en ciertos individuos un grado que raya en prodigio. Encontramos, por ejemplo, en un joven, inexplicable mezcla de frivolidad y de seriedad, de vanidad y de sensatez, de dulzura y de dureza, de luz y de ceguera sobre sí mismo, de nobleza de alma y de miseria moral: la firmeza de espíritu junto con la debilidad de carácter; la madurez de juicio, la rectitud y la bondad de corazón, mezcladas con la flojedad de la voluntad y la insensibilidad de la conciencia; naturalezas cuyos contrastes dejan pasmado al atento observador: ¡tan extraordinariamente fuertes y tan por todo extremo débiles son! Graves y ligeras; tiernas y de

improvisas secas y duras; á veces de franqueza admirable, y, sin embargo, capaces de disimulación tan artera, que semejan poseer la sencillez y sangre fría del candor; de inteligencia viva y clara, y de tan obscura conciencia que parece como extinguida en ellos; de una gratitud cuya expresión se parten la sensibilidad y el agrado, y que puede de repente mostrar el continente más ingrato y desabrido; todavía más, quizá no se haya visto más firme carácter ni que afecte más pretensiones de ánimo y valor, y que más haya renunciado al propio tiempo á la energía moral.

Sí: en mi vida he visto, con frecuencia, esa falta de armonía, y estaba por decir, ese divorcio entre las varias potencias del alma, entre la inteligencia, el corazón, la voluntad y la conciencia; y esto en almas escogidas, en naturalezas privilegiadas. Sí: almas he visto dotadas de inteligencia rarísima, penetrante, espontánea, hasta con un corazón noble y sensible; y, sin embargo, los vi capaces de los más tristes desfallecimientos y de los más dolorosos extravíos: como que la razón no ilustraba ni el corazón ni la conciencia; les faltaba por entero el sentido moral; tenían, sí, gran rectitud, sencillez encantadora formada para la verdad, admirable candor criado para la luz; y á pesar de todo dejábanse caer en la mentira; tenían un corazón ternísimo, pero un corazón sin luz y sin vigor que se marchitaba flotando entre densas tinieblas, y viniendo esta exquisita sensibilidad á trocarse en abismo de horrores y miserias.

Estos naturales son temibles, ponen miedo: á pesar de la superioridad de su alma y de las hermosas cualidades de su corazón, puede encontrarse en ellos para

durante toda su vida, una espantosa laguna moral, fuente de las mayores desgracias.

¡Cuán importante no será, pues, estudiar estos naturales, y hacer todo lo posible para ayudarlos! Mas aun tratándose de esmeradísimas Educaciones, no suele ser eso lo ordinario. Esas naturalezas, á fuerza de contrastes, fatigan é impacientan á los maestros: éstos no saben cómo entenderlos, ni cómo definirlos, ni cómo gobernarlos: pocos hay capaces del estudio inteligente y continuado que para ello sería menester; pocos tienen mirada sobrado penetrante, ni mano tan suave y al propio tiempo tan firme como fuera conveniente. Y ¡cuántas veces se cobardea y renuncia vilmente al resultado! ¡cuántas veces he oído decir con acento desmayado, hablando de estos niños y de estos jóvenes: «¡Si son indefinibles!»

Así es la verdad; pero á los maestros toca definirlos, y hacer lo que en su mano esté para lograrlo; á ellos toca seguirlos, mirarlos de cerca, no fiarse de ilusiones ni de prevenciones, y temer, sobre todo, el desaliento: á ellos toca poner remedio á todas estas faltas de equilibrio; á ellos corresponde armonizar todos estos contrastes. Sondeen las lagunas, busquen los puntos flacos, opongan la fuerza á las debilidades, y apliquen eficaz remedio á todos los defectos: sobre todo, ilustren á estas naturalezas acerca de sí mismas; muéstrenles el peligro que corren; señálenles una dirección fija, segura y victoriosa, y vean de lograr la definitiva preponderancia de las virtudes sobre los defectos.

Mas para conseguir tan dichoso resultado, para llevar á cabo empresa tan escabrosa — lo diré llanamente — se hace indispensable la piedad; con la pie-

dad, y sólo con la piedad, es con la que se salvarán las almas de tan formidable riesgo: la piedad puede restituir á estas naturalezas la perdida armonía, puede servirles de lastre y de contrapeso, y hacer que la inteligencia y la conciencia, robustecidas hasta el heroísmo, defiendan para siempre el corazón.

A todas luces se ve claro ser éste uno de los más delicados y más difíciles puntos en cuestiones de Educación. En cuanto á mí, paladinamente confieso que nada me costó más cuidados y más desvelos y sinsabores que la cultura de estas almas. No lleven á mal mis lectores que traslade aquí en su viveza y en su ruda franqueza, las palabras que dirigía yo á uno de ellos con tierna severidad é implacable verdad. Como no fueron inútiles mis palabras en aquel entonces, podrán no serlo tampoco en otras ocasiones.

«En el alma de usted — le decía yo — sólo la inteligencia ha quedado en pie. Pero ¡cosa rara! entre la inteligencia y el corazón de usted parece haber mediado el más extraño rompimiento. De esta inteligencia tan clara, tan viva y á veces tan luminosa, apenas nunca destella luz en la conciencia, para hacerla decir *con juicio firme y definitivo*: Esto está bien, aquello está mal.

«Mucho menos irradia luz sobre su pobre corazón, para hacerle amar, y amar sinceramente, lo bueno, lo amable; para hacerle aborrecer, y aborrecer en serio, lo malo, ¡lo que á Dios ofende!

«Esta evidente rotura de relaciones entre la inteligencia, la conciencia y el corazón es cosa que pasma cuando se estudia de cerca, según yo me he visto precisado á hacerlo.

«Y en lo que todavía nos queda de inteligencia, en su

viveza, en su rectitud, que tan presto le hacen á usted reconocer lo verdadero, hay que cegarse para no ver que ahí mismo, fuera de otras alteraciones profundas, hay extraño rebajamiento de la natural elevación, como de quien se ha despeñado de elevadísima altura; una disminución chocante y hasta grosera de su primitiva dignidad, un descenso moral que á veces llega hasta la más extravagante vulgaridad.

«La ligereza moral de su desgraciada inteligencia es todavía para mí un misterio, que no basta á explicarme las cegueras é impenetrables arcanos de su conciencia de usted.

«He renunciado á profundizarlo; hartó lo conoce usted; he retrocedido horrorizado ante lo que San Pablo llama misterio de iniquidad: *mysterium iniquitatis*. La horrible serpiente, el *Mentiroso*, ha pasado por aquí. Digámoslo todo: hasta ha fijado aquí su manida... Las ideas del bien y del mal, los mismos principios de la fe, todo ha sido desbaratado; la virtud, la inocencia, la religión: difícil fuera decir qué es lo que cree con firmeza su desventurada inteligencia.

«Pero lo que no conviene olvidar es que, si el misterio de iniquidad en su conciencia de usted no ha llegado al colmo hasta estos últimos tiempos, la debilidad, los desfallecimientos, las nebulosas oscuridades de su conciencia no han cesado de aumentarse de nueve ó diez años á esta parte, si es que no me acuerdo mal de lo que usted me refirió de aquellos primeros tiempos.

«En una palabra, so pena de exponerse usted á los más espantosos riesgos, y de ver un día ú otro aparecer en su vida inesperados é irremediables escándalos, no debe usted olvidar el horroroso vacío moral, la

pavorosa laguna, que hemos sondeado en su alma. Vuelvo á repetirlo: en mi larga carrera, jamás he visto cosa que más me admirase y me dejase más intranquilo por su porvenir de usted.

«Lo que me hace concebir algún rayo de esperanza es la docilidad que en usted observo, la confianza, la firme y hasta hoy fidelísima resolución de guardar el reglamento y de manifestar á los que lo dirigen no solamente las faltas, sino los defectos, las altiveces, los contrastes, las inconsecuencias de su corazón, tal y como se los ha dado á conocer seria y dolorosamente la experiencia.»

Pero dejémonos de pormenores; y vamos más derechos al fondo de las cosas; penetremos hasta la causa, hasta la raíz misma de los defectos.

CAPITULO X

Causa primordial de nuestros defectos: el pecado original; la triple concupiscencia.

Dejamos dicho que los defectos morales que hemos convenido en llamar *sobrenaturales*, principalísimamente tienen su raíz en el pecado original, y son por singular manera contrarios á las más especiales virtudes de la gracia; forman en nosotros algo así como una segunda naturaleza: ¡tan hondo están arraigados! Nadie se halla enteramente á salvo de sus tiros; corrompido como se halla el hombre en lo secreto de su naturaleza, es éste el mal más íntimo de nuestro ser moral.

A buen seguro que las luces que más copiosamente nos han de esclarecer en este punto, deberíannos venir de Aquél que mejor que nosotros conoce las profundidades de la humana naturaleza y toda su corrupción; y creo yo que no es de las menos contundentes pruebas de la divinidad de nuestras santas Escrituras la energía y la claridad y la profundidad con que nos revelan los vicios que son fuente manantial de todos los otros. Allí se admira el ojo de Dios, sondeando con penetrante mirada la naturaleza humana, y manifestando al hombre todo lo que hay de más íntimo y

pavorosa laguna, que hemos sondeado en su alma. Vuelvo á repetirlo: en mi larga carrera, jamás he visto cosa que más me admirase y me dejase más intranquilo por su porvenir de usted.

«Lo que me hace concebir algún rayo de esperanza es la docilidad que en usted observo, la confianza, la firme y hasta hoy fidelísima resolución de guardar el reglamento y de manifestar á los que lo dirigen no solamente las faltas, sino los defectos, las altiveces, los contrastes, las inconsecuencias de su corazón, tal y como se los ha dado á conocer seria y dolorosamente la experiencia.»

Pero dejémonos de pormenores; y vamos más derechos al fondo de las cosas; penetremos hasta la causa, hasta la raíz misma de los defectos.

CAPITULO X

Causa primordial de nuestros defectos: el pecado original; la triple concupiscencia.

Dejamos dicho que los defectos morales que hemos convenido en llamar *sobrenaturales*, principalísimamente tienen su raíz en el pecado original, y son por singular manera contrarios á las más especiales virtudes de la gracia; forman en nosotros algo así como una segunda naturaleza: ¡tan hondo están arraigados! Nadie se halla enteramente á salvo de sus tiros; corrompido como se halla el hombre en lo secreto de su naturaleza, es éste el mal más íntimo de nuestro ser moral.

A buen seguro que las luces que más copiosamente nos han de esclarecer en este punto, deberíannos venir de Aquél que mejor que nosotros conoce las profundidades de la humana naturaleza y toda su corrupción; y creo yo que no es de las menos contundentes pruebas de la divinidad de nuestras santas Escrituras la energía y la claridad y la profundidad con que nos revelan los vicios que son fuente manantial de todos los otros. Allí se admira el ojo de Dios, sondeando con penetrante mirada la naturaleza humana, y manifestando al hombre todo lo que hay de más íntimo y

escondido en su mezuino, á la par que inmenso corazón.

Esto supuesto, oigamos lo que dice á este propósito San Juan Evangelista: *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vite.*

Tres palabras, que son la más completa explicación del fondo de las cosas humanas. La filosofía antigua, en sus más sabios y sentenciosos aforismos, no pronunció sobre la presente cuestión sentencia que en profundidad iguale á este solo versículo de San Juan. Sin la luz de estas palabras, el mundo moral, la humanidad entera, es un enigma.

Todos los males de la humana naturaleza manan de estas tres envenenadas fuentes: empero hay una entre ellas que se puede mirar como el manantial más fecundo del que todos toman su ponzoñoso caudal: es el orgullo, *superbia vite*, Efectivamente: fuera de los numerosos y horribles hijos que le reconocen por su única madre, es también, si se lo mira de cerca, origen de los otros dos malos principios arriba mencionados. La misma Escritura Santa enseña en otro pasaje esta triste y misteriosa unidad de viciosos principios que en nosotros existen. *Initium omnis peccati, superbia.*

Mas como para referir todos nuestros males al orgullo, es menester atentísima reflexión é indagación á veces difícilísima, la explícita enumeración hecha por San Juan de los tres principios engendradores de todo mal en nosotros, *orgullo, sensualidad y codicia*, es más propia para hacernos comprender á todos la manera como nacen esos defectos y vicios, apostemas de la humanidad.

¡Cosa dignísima de reflexión! estas tres profundas palabras en que resume el Evangelista, todo el mal del corazón humano, dirígelas á los jóvenes, más aún, á los niños, no menos que á los hombres ya formados: porque esta concupiscentia existe en los niños y en los adultos, y en los jóvenes tanto como en los hombres maduros; porque los niños y los jóvenes son los hombres del porvenir; porque en la infancia y en la juventud está como en germen toda la vida, y porque ahí, en esos corazones jóvenes, están las semillas de todo lo que debe brotar y aparecer más tarde con suave colorido ó con desapacible y fatídico fulgor. En esta primera edad es, por lo tanto, cuando urge combatir la triple concupiscentia, so pena de verla echar más adelante brotes vigorosos y espantables.

Toda la vida hay que luchar contra ella: y á esta empresa convida San Juan á todas las edades, á los padres y á los hijos, á los maestros lo mismo que á los discípulos, á los jóvenes igual que á los ancianos, á los adolescentes y aun á los niños. A todos se dirige, á ninguno exceptúa: á los padres les dice, *scribo vobis, patres*; á los jóvenes, á los adolescentes, á los niños, *vobis, juvenes, adolescentes, infantes*. Y el mismo San Juan da la razón de este especial llamamiento que á la juventud dirige: porque es edad de generosos ardores, de valerosas peleas. *Scribo vobis, adolescentes, quia vicistis malignum*: jóvenes, os escribo porque vencisteis al maligno y al mal; *scribo vobis, juvenes, quia fortes estis*: jóvenes, á vosotros os escribo porque sois valientes.

Si; á pesar de la flaqueza de su edad, es fuerte la juventud cristiana; tiene en sí misma un divino manantial de fuerza y de virtud: ¿cuál es? Nos lo dice el Apóstol: *Et Verbum Dei manet in vobis*: es que en

vosotros mora el Verbo de Dios; ahí tenéis por qué es fuerte la juventud cristiana; porque en sí tiene el Verbo, la palabra de Dios, las reveladoras é inspiradoras claridades de la fe; y, por medio de estas divinas virtudes, triunfa del maligno, *et vicistis malignum*.

Vosotros, pues, los que tenéis á cargo educar las generaciones jóvenes, y que también lleváis en vosotros al Verbo de Dios, la fuerza sobrenatural de la fe y de la gracia, invitad á la juventud cristiana, y guiadla á santas lides, á la lucha contra el maligno, contra el mal, contra las tres concupiscencias; porque todo el éxito de la Educación depende de ahí.

Ya lo he dicho, y ahora torno á repetirlo: Quienquiera que desconozca que en la grandiosa obra de la Educación, lucha contra la triple concupiscencia, no sabe nada, no hace nada.

Y, para concluir, los principios de Educación se hermanan con la más pura moral cristiana, que señala siempre á estas tres concupiscencias como eterno enemigo del alma y de la salvación; y enseña que sin cesar es menester mortificarlas, crucificarlas, clavarlas á los tres brazos del santo madero, donde expiró el Redentor. Vese, además, que la importantísima enseñanza de la cristiana mortificación, que constituye la base de la moral medicinal del Evangelio, es también como el nervio de toda verdadera y sólida Educación: viniéndose á cumplir aquí á maravilla la palabra de San Pablo: *Pietas ad omnia utilis est*, la piedad, para todo es útil.

Por eso en casas de Educación cristiana se da tanta importancia á la piedad.

Entremos en pormenores sobre este doloroso y trascendental asunto.

CAPÍTULO XI

El orgullo, «superbia vitæ,» primer principio de nuestros defectos.

I

EL ORGULLO: SU NATURALEZA

El orgullo, primero y más fecundo entre los pecados capitales, ocupa triste y principal lugar en la vida humana. No hay vicio que más lejos extienda su dominio. Hállase en todos los hombres, en todas las edades, en todas las condiciones de la vida. Se mezcla en todo, lo invade todo: es el mal universal. «Este vicio, dice admirablemente Bossuet, es el que se inoculó en el fondo de nuestras entrañas, á la voz de la serpiente que al oído nos bisbisaba en la persona de nuestra madre Eva, aquél: *Seréis como dioses, eritis sicut dii*. Todos hemos tragado este mortal veneno. Ha penetrado hasta el tuétano de nuestros huesos, y no hay alma que no esté inficionada de él (1).»

Ésta es también la tentación propia de toda criatura. Exaltarse, embriagarse de su propia excelencia,

(1) *Traité de la concupiscence*, chap. 10.

vosotros mora el Verbo de Dios; ahí tenéis por qué es fuerte la juventud cristiana; porque en sí tiene el Verbo, la palabra de Dios, las reveladoras é inspiradoras claridades de la fe; y, por medio de estas divinas virtudes, triunfa del maligno, *et vicistis malignum*.

Vosotros, pues, los que tenéis á cargo educar las generaciones jóvenes, y que también lleváis en vosotros al Verbo de Dios, la fuerza sobrenatural de la fe y de la gracia, invitad á la juventud cristiana, y guiadla á santas lides, á la lucha contra el maligno, contra el mal, contra las tres concupiscencias; porque todo el éxito de la Educación depende de ahí.

Ya lo he dicho, y ahora torno á repetirlo: Quienquiera que desconozca que en la grandiosa obra de la Educación, lucha contra la triple concupiscencia, no sabe nada, no hace nada.

Y, para concluir, los principios de Educación se hermanan con la más pura moral cristiana, que señala siempre á estas tres concupiscencias como eterno enemigo del alma y de la salvación; y enseña que sin cesar es menester mortificarlas, crucificarlas, clavarlas á los tres brazos del santo madero, donde expiró el Redentor. Vese, además, que la importantísima enseñanza de la cristiana mortificación, que constituye la base de la moral medicinal del Evangelio, es también como el nervio de toda verdadera y sólida Educación: viniéndose á cumplir aquí á maravilla la palabra de San Pablo: *Pietas ad omnia utilis est*, la piedad, para todo es útil.

Por eso en casas de Educación cristiana se da tanta importancia á la piedad.

Entremos en pormenores sobre este doloroso y trascendental asunto.

CAPÍTULO XI

El orgullo, «superbia vitæ,» primer principio de nuestros defectos.

I

EL ORGULLO: SU NATURALEZA

El orgullo, primero y más fecundo entre los pecados capitales, ocupa triste y principal lugar en la vida humana. No hay vicio que más lejos extienda su dominio. Hállase en todos los hombres, en todas las edades, en todas las condiciones de la vida. Se mezcla en todo, lo invade todo: es el mal universal. «Este vicio, dice admirablemente Bossuet, es el que se inoculó en el fondo de nuestras entrañas, á la voz de la serpiente que al oído nos bisbisaba en la persona de nuestra madre Eva, aquél: *Seréis como dioses, eritis sicut dii*. Todos hemos tragado este mortal veneno. Ha penetrado hasta el tuétano de nuestros huesos, y no hay alma que no esté inficionada de él (1).»

Ésta es también la tentación propia de toda criatura. Exaltarse, embriagarse de su propia excelencia,

(1) *Traité de la concupiscence*, chap. 10.

subir, subir siempre en su pensamiento, en su corazón, en su vida: éste es el ensueño del orgullo cuando se apodera de un alma.

El orgullo es, pues, la más vieja enfermedad de nuestra naturaleza, y la más dañosa herida que el antiguo enemigo del humano linaje en nosotros hizo. Y nos la hizo precisamente en el corazón; y nos la hizo á todos; y es llaga de profundidad espantosa.

Este vicio es también el que más pronto se echa de ver en nosotros. Vicios hay que duermen más ó menos tiempo en los niños: el orgullo, por el contrario, se desarrolla en ellos muy temprano, y á veces con proporciones gigantescas. Niños hay que á los diez años son al pie de la letra prodigios de orgullo; y algunos lo son ya antes.

Triste es decirlo, pero es certísimo que ni la virtud misma se ve al abrigo de sus alcances: gusano roedor, el orgullo se desliza sigilosamente en los más puros corazones, y ensucia y vicia y corrompe en su raíz las mejores acciones, las más hermosas virtudes. Hallanse almas que serían nobles, que serían grandes, porque tienen arranques y entusiasmos por lo bueno: pero el orgullo que en lo hondo de sus almas anida, lanza sobre ellas no sé qué hálito malsano, que marchita todos sus encantos y aja sus más vistosos matices.

«El mayor mal del hombre, dice Platón, — y no recuerdo dónde, — es un defecto que traemos con nosotros al nacer, que todo el mundo se perdona á sí propio, y del que, por lo mismo, nadie trabaja por deshacerse: es lo que llamamos amor propio.»

Este mal, bien pudo señalarle Platón; pero lo que no pudo Platón ni hombre alguno jamás ha podido ni

podrá jamás, es indicar el remedio de mal tan profundo, y sobre todo hacer que se acepte su radical y enérgico tratamiento: *Hoc Plato nescivit*. Hízolo Jesucristo, y en ello mostró ser Dios: «Aprended de mí á ser mansos y humildes de corazón.» ¡Maravillosa palabra! Vese aquí al médico divino, poniendo de primera intención su mano y el remedio sobre la viva llaga de nuestra naturaleza y en el preciso lugar de la dolencia.

Luego hablaremos del sinnúmero de vicios en el alma engendrados por el orgullo. Mas á pesar de todo no hay cosa más difícil de observar y de bien definir que el orgullo; porque si su fecundidad es pasmosa, son incontables sus arterias y sus disfraces. Grosero en su fondo, tiene mil sutilezas y mil astucias, y á las veces inauditos refinamientos; se oculta, se transforma, es á la par el más fecundo y el más impostor de todos los defectos; embózase casi siempre bajo apariencias que vienen á ser otros tantos engaños.

Así es cómo el orgullo parece cosa firme y noble, y es de ordinario lo más débil, ruin, ligero é inconstante.

Parece noble y grande, y en el fondo es la mismísima ruindad, la propia grosería. *Superbia non est magnitudo, sed tumor*, dijo san Agustín.

Y á fe que con sus desmedidas pretensiones, junta pequeñeces increíbles; y á pesar de su falsa y vana grandeza, cae en torpísimas bajezas.

¡Cosa rara! A puros amaños acaba por ilusionarse, por engañarse á sí propio, y aun quiere engañar á los demás: pero lo ordinario es que sólo se engaña á sí mismo. En justo castigo halla la vergüenza allí donde quería indebidamente encontrar la gloria.

Y es que en hecho de verdad, cuando se lo examina de cerca, cuando se escudriña su naturaleza, vese que el orgullo es una solemne mentira: es la injusticia, la mentira personificada. *In veritate non stetit*, que dice la Escritura hablando del primer orgulloso y príncipe del orgullo.

¿Qué es, pues, orgullo?

Orgullo, dice el Catecismo, — al cual siempre habríamos de pedir prestadas sus definiciones, y no podríamos hacer cosa mejor, — es amor y estima desordenados de sí propio, que hacen que uno se prefiera á los demás, y todo lo refiera á sí, nada á Dios.

Esto evidentemente es la suma injusticia en un ser que no es nada, ni tiene nada, ni vale nada de por sí; mejor dicho, que de suyo no tiene más que muy reales miserias junto á las excelencias y prerrogativas que de Dios ha recibido, las cuales el soberbio se arroga como si las tuviera de sí mismo.

Es éste un arrogante é insolente olvido de la naturaleza de su ser, en el cual todo es prestado, y que en todo y siempre vive dependiente de Dios.

A Dios solo pertenece toda gloria; Él se la debe á sí mismo y se la da. La reclama, porque le es debida; quererla el hombre para sí, es querer lo que no es suyo, es arrebatar á Dios lo que solo Él merece, es cometer robo, es sacrilegio.

Injustísimo é impropósito de un ser criado y dependiente deberá ser el orgullo, ya que, según la sólida y atenta observación de Fenelón, el orgullo vese precisado á esconderse, y no puede evitar la pública rechifla sino es semejando que se olvida de sí propio.

Ambicionar la gloria es propio de seres vanos. La

gloria no merece aprobación sino en cuanto se la oculta, y el que la ostenta, se hace odioso y despreciable. Dadme el hombre más admirable del mundo: que si á las claras anhela ser admirado, si alardea de su grandeza, vendrá á ser objeto de burla con aquello mismo con que hubiera logrado la universal admiración, de no haberla procurado.

¿Qué pretensión será ésa tan desproporcionada con la condición humana, que á nadie se le perdona el mostrarla abiertamente? Dicha pretensión hasta siente necesidad de disimularse á sí misma: la falsa, tan odiosa y despreciable en otra cualquier materia, es el único medio de hacer soportable el orgullo; y la ingenuidad, que siempre y en todas partes ha sido apreciablesísima, tórnase aquí ridícula y odiosa.

Es que el orgullo no dice bien con la criatura; es que todo el mundo conoce instintivamente que está allí fuera de su lugar, que es injusto.

Y esa misma es la razón de que parezca tan indecoroso. Si, hay cierta decencia, porque hay cierta especie de justicia, en la modestia, en la humildad: y en el orgullo hay indecencia, porque hay injusticia y usurpación. La modestia es el pudor del alma; el orgullo es su incontinencia. Alma orgullosa es alma que no sabe contenerse á sí misma.

De ahí las afinidades entre la concupiscencia del espíritu, entre el orgullo y la concupiscencia vergonzosa. La modestia, la pureza del alma y del cuerpo, consiste en contenerse, en respetarse á sí mismo. El orgullo, la vanidad, el amor propio, como inmodestia que es, consiste en no contenerse, en no respetarse, en lisonjarse vanamente, en idolatrarse ruinmente á sí propio.

El orgullo es por lo tanto la ostentación, la inmodestia, la desvergüenza, la incontinencia del espíritu; como la impureza es la incontinencia, la desvergüenza, la inmodestia, y en cierto sentido el orgullo del cuerpo.

Ahora sabréis por qué el orgullo es también un vicio vergonzoso; hay que sonrojarse de este vicio, como de aquel otro: podemos experimentar tentaciones del uno y de la otra muy á pesar nuestro; pero siempre nos habremos de ruborizar por ello.

Ahora sabréis igualmente la razón de por qué es vicio tan aborrecido y tan odioso.

El yo es aborrecible, escribió Pascal: el yo, quiero decir, el orgullo que no mira más que á sí, que no piensa más que en sí, que no trata más que de sí, que todo lo refiere á sí.

Dios y los hombres le tienen horror.

Y los castigos que Dios le reserva prueban hasta qué punto es culpable: esos castigos, las más veces horripilan de sólo leerlos.

En suma, el orgullo es para sí mismo su terrible castigo, y el alma orgullosa se ve de sobras castigada por los males que el orgullo le produce, por los vicios de que aquél es funestísimo padre. Es de lo que ahora vamos á decir cuatro palabras.

II

DIRECCIÓN GENERAL DE

TRISTE FECUNDIDAD DEL ORGULLO

Hay razón de sobras para horrorizarse cuando se considera la inmensa retahila de defectos, de crímenes,

de vicios que engendra y amamanta el orgullo. Sin embargo, bueno es y aun necesario estudiar y presenciar de cerca tan doloroso espectáculo.

Es la mejor manera de inspirar á los jóvenes odio contra un vicio que tan amigablemente se hermana con la ligereza y con la presunción de su edad; y de infiltrarles la energía y animosa voluntad indispensables para combatirlo y para triunfar de él.

Quien se creyera enteramente libre del orgullo, forjarse gravísima y pernicioso ilusión. Fuera de que para reconocer en sí ó en los demás este vicio, hay un procedimiento muy sencillo y segurísimo: mírese la conducta, mírense las obras; examínese si se descubre algún fruto de este orgullo: fácil será que se tope alguno; entonces de fijo que allí está la raíz, y tanto más profunda y más vivaz cuanto más abundantes y más amargos sean los frutos.

En primer lugar, ¿de dónde sino del orgullo procede la *desobediencia*, es decir, la falta de sumisión á las órdenes de nuestros legítimos superiores, la rebeldía contra la dirección y los consejos de los encargados por Dios para dirigirnos? No se quiere tener otra regla que la propia voluntad; desde el momento en que el hombre se cree superior á todos y muy capaz de gobernarse á sí mismo, tiene en nada las autoridades más sabias y más legítimamente establecidas.

En una casa de Educación, viene á ser el trastorno de toda regla, de toda disciplina, de todo respeto y miramiento. La Educación esencialmente supone la docilidad. Es evidente que el niño y el joven necesitan ser dirigidos. No hay hombre que posea por sí solo toda luz, toda razón, toda experiencia; mas, en particular, ¿qué luz y qué experiencia podrá tener un jo-

ven? Ninguna, absolutamente ninguna. Quien en sus primeros años se crea capaz de gobernarse á sí propio, rechaza la sumisión y se rebele contra la obediencia, está manifiestamente infestado de intolerable orgullo, cuya primera víctima será él..

¡Educadores de la juventud! decídselo claramente á vuestros alumnos: toda la vida hay que desconfiar de sí mismo, recibir los consejos y acatar la autoridad. Nunca jamás de la boca de sabio alguno han salido estas palabras: «Yo me sé lo que tengo que hacer; no necesito de los consejos de nadie»; pero si es un niño quien hablara este lenguaje ¡qué fatalidad, qué desgracia tan imponderable!

No cabe duda que la indocilidad y la desobediencia en casas de Educación pueden provenir de la ligereza: entonces deberáse proceder con más indulgencia en la reprensión; mas cuando provienen, — como es lo ordinario, — del orgullo, ¡oh! entonces no hay que tener compasión, hay que armarse de inflexible firmeza, y sobre todo hay que atacar esa desobediencia en su principio, ó sea en el orgullo. No lo olvidemos, pues: el orgullo es el que hay que combatir en los niños desobedientes.

Este orgullo tiene muchas otras funestísimas consecuencias: *las pasiones violentas, los odios, las fieras venganzas*, de ordinario no tienen otra causa que el orgullo.

En grado más bajo, el orgullo engendra la *envidia*, es decir, aquella ruin tristeza que se experimenta por el bien del prójimo; los *celos*, que llevan al deseo de desposeerlo de este bien, para disfrutarlo en lugar suyo, y que desgarran el alma ante el temor de verse privado de él. Inspira también el orgullo alegría por las

ajenas desgracias; secretas intenciones de dañarle, maledicencias y calumnias; en esta cuenta entran también los rencorosos movimientos del corazón contra toda autoridad superior que nos hiere y nos humilla: es que hay maligna complacencia en quien procura rebajar á otro, y parece que por ahí se eleva sobre los demás. Siempre que alguien descubra en su corazón ó en el corazón de otro, alguno de estos gérmenes malignos, puede estar seguro que allí anida el orgullo: raíz amarga de amarguísimos frutos: *Radix amaritudinis*.

Cuando este orgullo tiene por auxiliares algunas otras pasioncillas lastimadas, tales como el sórdido amor al lucro, al dinero, no se puede calcular cuánto olvido de sí mismo, cuánta violencia, qué de ingrati- tudes y de crímenes puede inspirar.

Mil veces se ha trazado el retrato de la envidia y de los celos:

Là git la sombre Envie, à l'œil timide et louche, etc.
(Yace allí la obscura Envidia, de ojos tímidos y biz-
[cos...])

pero jamás se los ha pintado tan ruines y tan odiosos como en realidad lo son, mayormente en la juventud; pues entre jóvenes, donde tienen mucha menos razón de ser que entre hombres adultos, resultan extrañamente ruines dichos sentimientos. Ellos son los que matan puras y cordiales amistades, desnaturalizan y emponzoñan nobles y fecundas emulaciones, substituyen los generosos sentimientos de aquella edad con amarga hiel de amarguísimos rencores; encogen corazones que habrían menester dilatarse; oprimen almas que no piden más que expansión y franqueza.

Y cuenta que es difícilísimo atacar derechamente esta malhadada pasión, porque se disimula tanto como puede: ya se ve, como no hay sentimiento más vil en el humano corazón, por eso es tan doloroso descubrirlo francamente... ¿Cómo combatirlo, pues? Escuchad. A las almas que de esa suerte envilece el triste orgullo, hay que hacerles ver la nobleza de la animosa emulación, las dulzuras de una amistad leal, y el supremo é imprescindible deber de la caridad cristiana. Hay que inspirarles también bondad de corazón: porque el orgullo es el mayor enemigo de la bondad de corazón. El orgullo es positivamente malo. Es duro, tiránico, violento, cruel. Ha menester una víctima que atormentar á su placer. Por eso gusta de guasa y de otras zumbas pesadas, de burlas y de sarcasmos; deléitase con las ajenas lágrimas y desgracias: dejadle crecer, y veréis cómo se goza en la sangre...

He dicho en otro lugar que los niños son naturalmente malos: de los niños orgullosos principalmente hablaba; de ellos más que de ningún otro hay que decirlo.

Los niños dominados por el orgullo ni conocen ni saben corresponder al cariño; todo lo refieren á sí; de nada se admiran; no aman nada, absolutamente nada; si á veces parece que aman á algún maestro, es de fijo porque el maestro los halaga. Parecen amar á sus padres, pero tan sólo mientras de ellos reciben caricias. En realidad de verdad son *ingrattísimos*. — Hábleseles con frecuencia de la hermosa é importantísima virtud del agradecimiento; hágaseles sentir su nobleza, el sagrado deber de practicarla; aféese delante de ellos la ingratitud; muéstreseles la vergüenza, la ruindad, la negrura de ese vicio.

Sobre todos estos puntos hay que hablarles con llaneza y sin miramientos ni contemplaciones; lo diré más claro: no hay que poner en ello poca ni mucha delicadeza. Me ha enseñado la experiencia que tampoco dichos jóvenes tienen pizca de delicadeza; y, groseramente ciegos como son acerca de sí mismos, ni siquiera comprenderían un lenguaje fino y delicado. — Prosigamos la triste enumeración.

Los ardientes deseos, los ensueños de grandeza, de gloria, de nombradía, — más precoces y frecuentes entre niños de lo que comúnmente se piensa, — en una palabra, la loca *ambición* delatan un corazón sojuzgado por el orgullo.

Aquél que saborea con no recatado placer el renombre de sabio, de famoso orador, de gran hombre con que se le distingue; aquél que sueña para lo porvenir con títulos pomposos, honores y dignidades..., ese tal, sin riesgo de equivocarse, debe vivir advertido de que ha de luchar contra el orgullo.

De todas maneras el perjuicio que ocasionan tales ensueños siempre es inmenso. Estos deseos, bien pronto desengañados, dejan en el corazón un fondo de desazonada tristeza, ó de secretos odios, que cuando otra cosa no, emponzoñan y acedan la existencia, viniendo las más de las veces á estallar de manera formidable.

En los aciagos tiempos que corren, esta disposición de ánimos en un joven ardoroso es por todo extremo dañosa. La seducción que á tantas cabezas jóvenes ha despeñado en utopías antisociales, tuvo por principio y punto de partida las rabietas de una precoz y ardiente ambición engañada. — Los maestros discretos y perspicaces, los que no limitan su previsión al presente, sino que llegan hasta el porvenir, deben mirar en ello con muchísima atención.

Por necesidad vémonos precisados á nombrar aquí la *cólera*, impetuoso movimiento del ánimo, que lleva hasta rechazar con violencia todo cuanto desagrada. Las *injurias*, las *imprecaciones*, hijas de la cólera, chispazos son del orgullo que no sabe disimular cosa ninguna, que se exaspera contra quien lo lastima y á todo trance busca y procura una superioridad brutal.

Asimismo, las *rabietas*, las *réplicas*, la grosería, la *inurbanidad*, las *respuestas insolentes*, que tan feamente deslustran en mil ocasiones las más bellas cualidades, y ponen sobre el rostro del niño que á ellos se rinde uno como feísimo velo, ¿qué son sino el orgulloso rebelarse de un alma que se creía por encima de toda conveniencia social y que rehusa confesar sus yerros y sus debilidades? y ¿hay algo más ordinario que esto en casas de Educación? ¡Cuántos niños pierden por ahí el fruto de excelentes disposiciones, y se acarrean amarguísimos disgustos, merecidas reprensiones, y lo que es mucho peor, se preparan en la vida real deplorable, funestísimo porvenir!

La *vanidad*, que es desordenado deseo de estima y loores propios; la *ostentación*, que trata de exhibir sin motivo suficiente el bien y los talentos que posee; la *presunción*, que nos hace concebir de nosotros una idea ventajosa en demasía, y nos mueve á decir más de lo que conviene á nuestra condición, á emprender más de lo que podemos; la *altivez*, la *arrogancia*, el mismísimo *mal humor*, hijos son del orgullo, hijos conocidos de todo el mundo; el maestro atento y perspicaz, inmediatamente señalará al que cayere en estos defectos, el vicio de que está contagiado.

Pero lo que no conocen suficientemente los jóvenes, ni se les explica cuanto conviene, — y tienen ne-

cesidad de conocerlo, — son las funestas consecuencias de todos estos defectos, originados del orgullo. La vanidad, por ejemplo, y la ostentación ¡qué de cosas, cuando menos ridículas, dañosas y de ordinario culpables hacen decir á los jóvenes y aun á hombres de madura edad! ¿De dónde, sino, proviene entre jóvenes, por no hablar de otras cosas, el vano alifio del tocador y la indiscreta afectación en el lenguaje? diréis que el desmedido cuidado del tocador y de la persona proviene sólo de ligereza, y que no es cosa de consecuencia en un joven... Eso sería gravísimo error. Hay aquí algo más que indicios de cabeza huera y de espíritu casquivano. La virtud misma en lo que tiene de más esencial — bien lo saben cuantos tienen alguna experiencia de lo que son niños, — se ve comprometida por estas indignas frivolidades, que en el joven desarrollan hábitos y gustos de alma y de carácter, incompatibles con la energía generosa, con la sólida razón y con la pudorosa moderación, sin las cuales no se sostiene la virtud. Por eso Fenelón, que había visto de cerca este peligro entre jóvenes, para prevenirlos, no deja nunca de atacar esa especie de vanidad y necio orgullo. «No niego, dice, que se puede procurar la elegancia, la gracia y el bien parecer en los trajes necesarios para cubrir el cuerpo; pero, después de todo, estas telas que nos cubren no deben ni pueden ser jamás vano y afectado alifio. El joven que gusta de pintarla, — como vulgarmente se dice, — á guisa de mujer vana, es indigno de la sabiduría y de la gloria».

Incontables son las faltas á que inducen la *vana ostentación* y el frívolo deseo de lucirse.

Ciego el hombre y embriagado á la vez, pierde el discernimiento de las cosas, no comprende el alcance

de las palabras, no se recata de los lazos, se enreda en mil compromisos, se pone á merced de cualquiera, y se extravía. Fenelón, famoso y acreditado maestro, que tan discretamente sondeó todas las honduras del humano corazón, y desenrolló sus más ocultos pliegues, vió clarísimamente la gravedad de este peligro para los jóvenes: harto se conoce en su manera de hablar lo mucho que le apenaba. Tenemos de él una página admirable, que muchas veces puse yo ante los ojos de mis alumnos, donde aparece este peligro con asombrosa perspicacia señalado.

Seducido por fementidos loores, el hijo de Ulises, dejöse llevar hasta narrar minuciosamente sus aventuras, y en su relato lo dijo todo, no supo callarse nada: por ahí se despeñó en espantoso riesgo que su maestro ve muy pronto, y del cual no tiene el joven la más ligera sospecha. Luego como estuvieron á solas, el sabio Mentor apresúrase á hacérsele notar, y le dice: «El placer de referir tus aventuras y tus historias, te ha seducido; has encantado á la diosa explicándole los riesgos que has corrido y de los que te ha salvado tu industria y tu talento: con eso empero no has logrado más que prepararte otro más funesto cautiverio.

El amor de la vana gloria te ha hecho hablar sin cordura. La diosa se te había comprometido á referirte preciosas historias, y á descubrirte cuál haya sido la suerte de Ulises; mas ha encontrado medio de hablar largo y tendido sin decir nada de sustancia; y ha conseguido inducirte á explicarle todo cuanto ella deseaba saber: es traza de doncellas lisonjeras y apasionadas... *¿Cuándo serás, oh Telémaco, tan discreto que nunca jamás hables por vanidad, y cuando sobrás callarte lo ventajoso, dado que no te sea útil el decirlo?... Aprende para*

otra vez á hablar con más sobriedad y modestia de lo que puede granjearte alabanzas.»

Aun no he dicho nada sobre la *susceptibilidad*, como dicen por ahí, ó sea, acerca de esos genios vidriosos y delicados, que se ofenden del aire y semejan verdaderas sensitivas; la susceptibilidad no busca alabanzas, como la vanidad y la ostentación, pero se irrita por cualquier palabreja, por la más ligera reprensión, por la más insignificante sospecha: es una ternura para consigo mismo de muy mal jaez, y que no acusa menos orgullo.

Hay niños, hay naturales que — según ya he dicho — parecen *sensitivas*: ¡tan delicadillos son! ¡Cuidado con darles un aviso, con dirigirles una corrección, ó un consejo, por muy dulce y almibarado que vayal porque luego se amoscan y se irritan.

A la menor palabrilla de un condiscípulo ó de un catedrático, los veréis sonrojarse, poco digo, caldearse, ponerse su rostro hecho una brasa, ó al contrario, palidecer como un difunto. Se conoce que allí dentro hay una cuerda tan tirante y tan sonora que no se puede poner en ella la mano sin que vibre, un punto tan sensible que ni con la punta del dedo se le puede tocar. Semejante disposición de ánimo es funestísima para la Educación de los niños, y hace en extremo difícil la corrección de sus defectos: no se consigue corregir esas pobres naturalezas, tan escolimosas como son, sino lanzándolas hasta el cabo con prudencia y con dulzura.

Hay otra clase de almas en las que la delicadeza del orgullo tiene cierto carácter muy particular. Son hombres que semejan no estar en el mundo más que para salvar las apariencias. No consideran más que lo

de fuera. Ligeros en el fondo, serios tan sólo en las formas, no saben juzgar con seriedad más que las apariencias: seres cuyo carácter se rebaja á ojos vistas por la debilidad y el fanatismo del bien parecer. Esa también es otra funestísima especie de orgullo.

La *mentira*, que disfraza una verdad dolorosa; la *codicia*, que nunca se harta; y sobre todo la *dureza* con los pequeñuelos, con los pobres, con los criados, con todas las personas con quienes se trata, y que están por debajo de nosotros, y otros mil defectos de este jaez, tan funestos como aborrecibles, todos, todos se originan del orgullo. En todos se echa de ver un exagerado amor á sí mismo, un egoísmo feroz: el *yo* es quien domina, el *yo* es á quien se sacrifica, el *yo* es á quien se adora.

La *hipocresía*, que trata de ocultar con capa de honor las vergonzosas pasiones que la denigran, hija es también del orgullo. Pero el más formidable de todos es el orgullo hipócrita.

Hay que decir además que el orgullo es padre de la *incredulidad*, de la *apostasia*, de la *impiedad*: esto ¡ay! por desgracia, es certísimo y de todos muy sabido. Si no se cree en la religión ó si se aparenta no creer en ella, es por una de dos causas: ó porque se alza la flaca razón humana por encima de todo, porque se la diviniza, ó más de ordinario, mayormente en la juventud, porque se cede á la frívola vanidad — más despreciable todavía — de querer distinguirse de la gente y aparecer como hombre despreocupado, como *espíritu fuerte*, según frase vulgar. *Quo modos potestis credere*, dice Nuestro Señor, *vos qui gloriam ab invicem queritis?* ¡Profunda y terrible palabra del que escudriña los pensamientos y el corazón de los hombres!

En casas de cristiana educación, el orgullo y la vanidad son, con harta dolorosa frecuencia, causa de dudas contra la fe ó de viles cobardías ante el respeto humano.

Estad ciertos de lo que digo: desde el momento en que un joven principie á ser orgulloso, peligrará su fe: apresuraos á poner coto á su orgullo, si queréis salvar su fe.

Esta incredulidad, causada por el orgullo, digna de compasión aun entre hombres formados, es en verdad vileza sin nombre en un jovencuelo que no sabe nada ni puede saber cosa de provecho, y que, sin embargo, se imagina atesorar en su cabecita pozos de ciencia, más sabiduría que los mayores talentos del mundo, los cuales, sin embargo, tuvieron la dicha y la grandeza de creer. Esta jovencueta y vana incredulidad es la que principalmente censuraba Bossuet con aquella punzante ironía: «Pero ¿qué es lo que han visto esos raros ingenios?...»

Menester es decir, por último, que la *impureza*, por más que inmediatamente sea fruto de la molición, es no pocas veces fruto del orgullo, como *su castigo*. Dios castiga al orgulloso entregándole á las pasiones de ignominia: *Tradidit illos in passiones ignominie*, dice San Pablo. Pruebas tan irrecusables como dolorosas nos ofrece de ello la experiencia. Ni el director de almas, ni el sacerdote encargado de educar la juventud, pueden desconocer este gran peligro del orgullo. Cuando se ve crecer el orgullo en un niño, en un joven piadoso y morigerado por otra parte, hay que temblar por esta virtud que está amenazada de muerte, y hay que avisarle: si persiste el orgullo, no andará muy lejos de dar funestísimas caídas.

Tal es en parte — porque no lo hemos dicho todo, ni lo podíamos decir — la funesta y vergonzosa progenie de los defectos que el orgullo amamanta. Es de capital interés el conocer bien todo esto; porque ahí está la clave de la ciencia de las costumbres. El orgullo es la más profunda enfermedad; la más vieja, la más universal, la más tristemente fecunda de cuantas trabajan nuestra caída naturaleza: es en nosotros el principio generador del mal. El desconocerlo ó conocerlo tan sólo á medias, acarrearía por necesidad funestísimas consecuencias. Pero no basta conocerlo de una manera abstracta: no reconocer en sí este vicio, y sus múltiples ramificaciones, y las incontables faltas menudas, cuyo malhadado principio es á cada momento en nuestra vida, sería deplorable ceguera.

El orgullo es tan fértil en venenos para nuestra alma y para nuestro pobrecillo corazón, que con verdad se puede decir que la humildad, su antídoto, sería por sí sola bastante para devolver al género humano la virtud y el buen sentido.

La enumeración que acabamos de hacer, por larga que sea ya, es incompletísima; y para terminarla fuera menester no menos que un extenso tratado de moral completo que comprendiera las más altas cuestiones relacionadas con la psicología, con la sociedad, con la familia, con la religión y hasta con la política. Mas, antes de dejar este asunto, hablaremos de *cuatro clases de espíritus*, cuya venenosa fuente es el orgullo, y que frecuentemente uno ú otro afean los caracteres mejor nacidos, y las más puras virtudes, y en una casa de Educación cristiana, acaban por deslustrar á los más piadosos niños.

CAPITULO XII

De cuatro suertes de mal espíritu, cuyo padre es el orgullo.

El primero de estos malos espíritus es el *espíritu de indocilidad*.

Indocilidad no es lo mismo que desobediencia: es más y es menos. Puede uno ser muy indócil, obedeciendo. Indocilidad (según la etimología de la voz latina *indocilis*, que no se deja enseñar) significa que uno está lleno de confianza en sí mismo, pagado de sus propias luces, y que ninguna confianza tiene en las luces de los demás. No respeta talento ni autoridad de nadie. La indocilidad no está tanto en el acto exterior como en la disposición íntima, en el espíritu, en el corazón; ved por qué dice la Escritura santa: *Cor malum incredulitatis*.

El inmediato perjuicio que acarrea este espíritu de indocilidad, es privar al joven indócil de las luces y consejos de aquéllos á quienes su ciencia, su sabiduría, la experiencia, la vocación y consagración especial llaman á ser guías suyos de él; dejarle caminar solo y sin apoyo, expuesto á peligrosas caídas, de las que no dejarán de presentarle mil ocasiones su presunción y su inexperiencia, las cuales le harán gastar en infructuosos ensayos y en ruinosas tentativas tiem-

Tal es en parte — porque no lo hemos dicho todo, ni lo podíamos decir — la funesta y vergonzosa progenie de los defectos que el orgullo amamanta. Es de capital interés el conocer bien todo esto; porque ahí está la clave de la ciencia de las costumbres. El orgullo es la más profunda enfermedad; la más vieja, la más universal, la más tristemente fecunda de cuantas trabajan nuestra caída naturaleza: es en nosotros el principio generador del mal. El desconocerlo ó conocerlo tan sólo á medias, acarrearía por necesidad funestísimas consecuencias. Pero no basta conocerlo de una manera abstracta: no reconocer en sí este vicio, y sus múltiples ramificaciones, y las incontables faltas menudas, cuyo malhadado principio es á cada momento en nuestra vida, sería deplorable ceguera.

El orgullo es tan fértil en venenos para nuestra alma y para nuestro pobrecillo corazón, que con verdad se puede decir que la humildad, su antídoto, sería por sí sola bastante para devolver al género humano la virtud y el buen sentido.

La enumeración que acabamos de hacer, por larga que sea ya, es incompletísima; y para terminarla fuera menester no menos que un extenso tratado de moral completo que comprendiera las más altas cuestiones relacionadas con la psicología, con la sociedad, con la familia, con la religión y hasta con la política. Mas, antes de dejar este asunto, hablaremos de *cuatro clases de espíritus*, cuya venenosa fuente es el orgullo, y que frecuentemente uno ú otro afean los caracteres mejor nacidos, y las más puras virtudes, y en una casa de Educación cristiana, acaban por deslustrar á los más piadosos niños.

CAPITULO XII

De cuatro suertes de mal espíritu, cuyo padre es el orgullo.

El primero de estos malos espíritus es el *espíritu de indocilidad*.

Indocilidad no es lo mismo que desobediencia: es más y es menos. Puede uno ser muy indócil, obedeciendo. Indocilidad (según la etimología de la voz latina *indocilis*, que no se deja enseñar) significa que uno está lleno de confianza en sí mismo, pagado de sus propias luces, y que ninguna confianza tiene en las luces de los demás. No respeta talento ni autoridad de nadie. La indocilidad no está tanto en el acto exterior como en la disposición íntima, en el espíritu, en el corazón; ved por qué dice la Escritura santa: *Cor malum incredulitatis*.

El inmediato perjuicio que acarrea este espíritu de indocilidad, es privar al joven indócil de las luces y consejos de aquéllos á quienes su ciencia, su sabiduría, la experiencia, la vocación y consagración especial llaman á ser guías suyos de él; dejarle caminar solo y sin apoyo, expuesto á peligrosas caídas, de las que no dejarán de presentarle mil ocasiones su presunción y su inexperiencia, las cuales le harán gastar en infructuosos ensayos y en ruinosas tentativas tiem-

po y facultades, cuyos frutos hubieran podido ser precoces y seguros.

Y de ahí, ¡qué desgracias para más adelante en la vida, qué manantial de faltas tan fecundo! y ¡cuánto importa prevenir esta desgracia por medio de la docilidad en la juventud! ¡cuántos talentos se han quedado estériles, cuántos han resultado perjudiciales! ¡cuántas felices naturalezas languidecen y caen en el mal, á consecuencia de su secreto orgullo, que, tornándolas indóciles á las lecciones de la autoridad, de la experiencia, de la superioridad y de la abnegación, cierra por de contado la entrada á sabios y prudentes consejos! Porque, ¿quién osará exponerse á dar un consejo cuya inutilidad prevé?

Pues bien, hay que decirlo claramente: esta malhadada indocilidad es el gran mal de la cristiana juventud. La juventud mundana es groseramente desobediente: la juventud piadosa es á veces muy indócil en su fondo. El orgullo, innato en todos los hombres, se encuentra allí bajo la forma de propia estima, disfrazado quizá, pero muy arraigado, y que va á la sordina criando formidable espíritu de resistencia y de obstinación.

Entender esto, es capital en la Educación; no hay que tratar de Educación si no se ha bien comprendido esto.

La segunda clase de mal espíritu, que queremos señalar como secuela del orgullo es *el espíritu de independencia*.

No es, como el precedente, apego á sus propias luces; es apego á su propia voluntad: defecto sutilísimo, hábil en disfrazarse, aun so capa de virtud. Hay algo de halagador para el alma en poderse decir á sí mis-

ma: «Yo quiero con firmeza lo que quiero.» Esto es bello: no cabe duda; pero puede servir para ocultar la más irracional terquedad y un orgullo desenfrenado. Este tal no es firme; porque no sabe ceder á la voluntad de los demás, siquiera sea legítima y razonable; porque quiere sacar triunfante en todo su propia voluntad: no es firme, es terco, duro, imperioso.

Esta pretendida firmeza oculta por otro lado una debilidad muy real: á la verdad, menester es mayor fuerza para mandarse á sí mismo, y para plegarse espontáneamente á un consejo razonable, á pesar de las vencidas resistencias del orgullo, que no para mantenerse rígido con necia y vana altivez.

Funesta desgracia amenaza á cualquiera sociedad, en que prevalezca ese espíritu de independencia; en que nadie sepa renunciar su propia voluntad para plegarse á la ajena. Empero no hay cosa más dañosa que introducir ese espíritu en la Iglesia de Dios. Y no obstante, ése es el pecado de nuestro siglo; y ¡cosa triste y que debe llamar la atención de los Directores de Seminarios! ni aun los mismos eclesiásticos están exentos de él; es el aire que hoy se respira, la atmósfera en que vivimos: hoy somos más independientes á los veinte años, que no lo eran en tiempo de Luis XIII á los cincuenta.

Quien desconozca esta perversa disposición de la juventud de nuestros días, es incapaz de hacer nada útil en su favor.

A la vigorosa Educación cristiana toca reaccionar contra ese detestable espíritu, que hoy en día nos sopla de todas partes, y más ó menos domina á toda la juventud; á la Educación toca combatirle, y sustituirle con la noble y generosa docilidad, que tan bien dice con jóvenes formados en la escuela de la religión.

El espíritu de contradicción es la tercera clase de mal espíritu engendrado por el orgullo.

Es un extravío, una manía de las más desagradables: el espíritu de contradicción torna al hombre inaguantable á todo el mundo. Hay almas que nacieron así: no se dirá en su presencia cosa ninguna sin que hayan de sostener ellos la contraria: se tendrían por hombres sin carácter, como se plegasen á opiniones ajenas. A veces viene á ser esto cierto mal entendido amor de la virtud, franqueza extemporánea, franqueza pueril, que jamás halla inconveniente en decir su parecer: y más comúnmente es orgullo secreto y vana estima de su propia suficiencia. Hombres de este jaez, se creen obligados á contradecir al momento lo que no cuadra con su manera de pensar; y se encastillan en su sentir, y se los ve obstinarse con ridícula porfía en estériles é interminables discusiones.

Fuera de lo dicho ¡á qué extravíos se ven con frecuencia arrastrados por haber abrazado, sin saber por qué sí, ni por qué no, y solamente por llevar la contraria, opiniones singulares que después no tienen valor para abandonar con noble y franca humildad! Esta manera de contradecir es comúnmente propia de espíritus menguados y henchidos de orgullo. El hombre superior, el hombre dotado de noble y generoso corazón, luego que cae en la cuenta de que estaba trascorrido, no vacila en abrazar caballerosamente cualquier opinión, cuya justicia no veía antes; aunque por ello haya de perder la ocasión de desplegar sus recursos en la discusión y haya de verse reducido al silencio. En todo caso, nunca jamás discutirá por discutir, y tendrá urbanidad, como también suficiente buen sentido

para pasar por alto muchas cosas que sería mejor olvidarlas que no sacarlas á plaza.

Para dar nombre al cuarto género de mal espíritu engendrado por el orgullo, vémonos precisados á decir —y valga la expresión— que es *el espíritu de justificación*. Es la manía de sincerarse siempre, de excusarse á cada paso, con razón ó sin ella; es el no querer nunca jamás confesar su falta: *Volens justificare seipsum*, que dice la Escritura hablando del otro fariseo.

Jóvenes hay para los cuales no se conoce medio humano de hacerles reconocer sus más evidentes faltas: dirtase que se juzgan impecables; y si llegan á caer en ciertas faltas visibles, palpables y que no pueden negar, siempre habrán de ser del todo inocentes, cuando menos en su intención. Su primer pensamiento, luego que se les dirige alguna reconvención, ó se les hace cualquier observacioncilla, es buscar alguna excusa, con la cual puedan luego abroquelarse. Por de contado que ellos han de tener razón; ni siquiera examinarán si es fundado lo que se les dice: lo combatirán *a priori*. Nada descubre tanto el secreto orgullo, como esa disposición de ánimo y—¿para qué callarlo?—nada más propio para torcer el espíritu y para desviar el corazón. Un espíritu justo, ayudado de un corazón bueno, sencillo, leal, buscaría por de pronto el lado verdadero de la reprensión, lo que tiene de fundado aquella observación que se le ha hecho: por ese medio vendría á lograr preciosas luces acerca de sí mismo, á la vez que con esta sencillez, se mostraría superior á su propia falta. Al contrario, el espíritu orgulloso y vano de que voy hablando, cierra los ojos á sus más claras y evidentes faltas, y se ingenia en buscar razones para dis-

culpase: ésa es su primera preocupación, ése su primer instintivo movimiento: indicio seguro de mezquino espíritu, de ruin corazón.

Importa muy mucho hacer conocer á los jóvenes infestados de tan enojosa dolencia, que ese fatal espíritu de justificación es lo más vil que puede concebirse, y que, por el contrario, la sencilla y noble confesión de una falta es honrosa y gloriosa á la par.

Lo primero que un joven recto y sincero debe reconocer, es que en ninguna edad tanto como en la juventud está el hombre expuesto á engañarse de mil maneras, y, en consecuencia, que en ninguna otra edad debe estar más pronto para dejarse avisar y reprender.

CAPÍTULO XIII

Última palabra sobre el modo de tratar á los orgullosos.

A fe que no creemos haber lisonjeado el orgullo; y si, después de lo que dejamos escrito,—bien que no hayamos dicho cuanto queríamos decir,—á los jóvenes de buena fe no les pareciera el orgullo por todo extremo perjudicial, preciso sería que este vicio ejerciera sobre su corazón fatal y poderosa fascinación.

Sin embargo, no hay que echar en olvido que, en punto á Educación, los obstáculos pueden trocarse en ayudas, y que al talento y al saber del encargado de educar toca convertir los óbices en poderosas palancas. El mismo amor propio, por peligroso que sea, puede llegar á trocarse en auxiliar precioso y eficaz. Es una energía desviada; pero al fin y al cabo es energía: lo que importa es no tanto quebrantarla, cuanto dirigirla. El amor propio tiende siempre á halagar, á exaltar á aquéllos en quienes domina; pero estos mismos excesos atestiguan muchas veces una naturaleza generosa, capaz de subir muy alto, si con harta frecuencia el orgullo no la hiciera bajar tan hondo. Lo que importa, pues, no tanto es sofocar la generosidad y plétora de vida en esa naturaleza, la altivez y gallardía de su alma, cuanto apoderarse de ella y regularla

culpase: ésa es su primera preocupación, ése su primer instintivo movimiento: indicio seguro de mezquino espíritu, de ruin corazón.

Importa muy mucho hacer conocer á los jóvenes infestados de tan enojosa dolencia, que ese fatal espíritu de justificación es lo más vil que puede concebirse, y que, por el contrario, la sencilla y noble confesión de una falta es honrosa y gloriosa á la par.

Lo primero que un joven recto y sincero debe reconocer, es que en ninguna edad tanto como en la juventud está el hombre expuesto á engañarse de mil maneras, y, en consecuencia, que en ninguna otra edad debe estar más pronto para dejarse avisar y reprender.

CAPÍTULO XIII

Última palabra sobre el modo de tratar á los orgullosos.

A fe que no creemos haber lisonjeado el orgullo; y si, después de lo que dejamos escrito,—bien que no hayamos dicho cuanto queríamos decir,—á los jóvenes de buena fe no les pareciera el orgullo por todo extremo perjudicial, preciso sería que este vicio ejerciera sobre su corazón fatal y poderosa fascinación.

Sin embargo, no hay que echar en olvido que, en punto á Educación, los obstáculos pueden trocarse en ayudas, y que al talento y al saber del encargado de educar toca convertir los óbices en poderosas palancas. El mismo amor propio, por peligroso que sea, puede llegar á trocarse en auxiliar precioso y eficaz. Es una energía desviada; pero al fin y al cabo es energía: lo que importa es no tanto quebrantarla, cuanto dirigirla. El amor propio tiende siempre á halagar, á exaltar á aquéllos en quienes domina; pero estos mismos excesos atestiguan muchas veces una naturaleza generosa, capaz de subir muy alto, si con harta frecuencia el orgullo no la hiciera bajar tan hondo. Lo que importa, pues, no tanto es sofocar la generosidad y plétora de vida en esa naturaleza, la altivez y gallardía de su alma, cuanto apoderarse de ella y regularla

y darle dirección. Se equivocan no en sus impetuosos arranques, sino en el objeto de su ardor. Dos cosas hay que hacer con esas naturalezas; desviarlas de las miserias, donde van á envedijarse como en otros tantos zarzales, y encaminarlas á objetos dignos de ellas, hacia su verdadero objeto; darles su manjar propio, mostrarles el blanco á donde deben asestar: en suma, apoderarse de ellas para buenas y grandes obras.

Dos cosas, pues, hay que hacer con el amor propio: primero hay que contenerlo, y después hay que impedirlo; hay que reprimir sus extravíos y dirigir sus energías.

Este trabajo es no pocas veces delicadísimo y no es siempre el mismo, ni puede ser igual para todos los niños. Aquí, como siempre, la naturaleza de los niños, varia y compleja, ha menester ser observada de cerca; y los medios que se emplean para alentarlos ó para reprenderlos, deberán estar muy acomodados á los distintos caracteres.

Hay una clase de amor propio que conviene saber manejar, espiar, aguardar, buscarlo en la ocasión favorable, y no atacarlo sino con mucha precaución; y otro que conviene combatir de frente y sin miramientos, herirlo luego que se lo descubre, y humillarlo hasta el polvo.

Hállase el primero en caracteres débiles, sensibles, delicados, en personas sin bríos ni vigor. Una humillación directa, dura, despiadada, los abatiría y lastimaría; una reprensión paternal, un consejo de amigo, dulce y firme á la par, una lección llena de luz los humiliaría, sí, pero á la vez les permitiría levantarse de nuevo.

Hállase la otra suerte de amor propio en caracteres enérgicos y duros, y suele manifestarse con insolencia: la prontitud, la dureza del castigo les hace doblar la cabeza, sin levantarles el ánimo y el valor. Con todo, ahí mismo y en la justa severidad de la más austera reprimenda, hay que dejar entrever que lo que se aborrece es el orgullo, no la persona: de lo contrario, ni siquiera os escucharán, antes se obstinarán en su mala disposición. Estos naturales fuertes son muy accesibles á la ternura, por más que á primera vista parezca lo contrario: duros, violentos, sin consideraciones ni miramientos mientras obedecen al orgullo, tornan en sí luego que aquél haya sido sojuzgado; una palabra afectuosa despierta y excita la bondad en el fondo de sus almas existente. Por lo demás, aquí como en todo negocio, hay que escoger el momento favorable; hay que buscar oportunidad para hacer la corrección.

El amor propio, que tan desolador es para la Educación, tan delicado para ser tratado, tan difícil para corregido, ofrece por otra parte—como dije arriba—resortes de los que es facilísimo sacar mucho partido. Esta arrogante naturaleza no puede escuchar la represión, y se encabrita luego como tratáis de reprimirla. Pues bueno: sin nunca blandear, sin ablandaros jamás, buscad y procurad hallar la ocasión de reanimarla por medio de finas alabanzas. La eficacia de un elogio tributado á sazón, con modo y delicadeza, es maravillosa. Conoci un niño tan vanidoso, tan pagado de sí mismo, tan poco sufridor de correcciones y de obediencia, que á la menor observacioncilla ó imposicioncilla de su preceptor, raro era que no saltase de pronto con algún descaró ó insolencia. El preceptor, hombre de mano firme, castigábale al punto con

palabras llenas de terrible inflexibilidad, con gesto tranquilo, con maneras reposadas pero enteras: sin embargo, ganaba mucho más, lo manejaba con mucha mayor facilidad, cuando había podido prevenir la reprehensión con algún fino elogio, cuando desde por la mañana había podido hallar ocasión, quizá por cosillas de nonada, para hacerle con finura algún cumplimiento merecido.

Fenelón, no sólo creía en las ventajas, sino aun en la necesidad de tratar así á los niños, y recomendaba alentarlos á tiempo con prudencia.

«Corre peligro, dice, de descorazonar á los niños, quien no los alaba nunca, por muy bien que se porten. Aunque sean de temer las alabanzas, á caasa de la vanidad, menester será valerse de ellas para animar á los niños, aunque sin emborracharlos con vanas lisonjas. Vemos que San Pablo las emplea frecuentemente para esforzar á los débiles y para lograr que se reciba más dulcemente la corrección. Igual uso hicieron de ella los Santos Padres. Verdad es que para que resulten provechosas, hay que sazonarlas de modo que se les quite la exageración y la adulación, y que al propio tiempo se refiera todo á Dios, como á su fuente.

Es, pues, el orgullo una pasión que se puede gobernar con destreza, como no se condescienda con él, sino que se le engañe en algún modo con hábil y calculada delicadeza, como se halaga con la mano, para detenerlo y calmarlo, á un joven y brioso corcel.

Es también el orgullo una pasión que hasta puede trocarse en noble emulación y en generoso ardimiento. Hay que impeler la juventud hacia cosas nobles y grandiosas; hay que llenarla de entusiasmo y de admiración: y para eso importa conocer lo que agrada á

las almas jóvenes y ardientes, y tomarlas por lo que aman.

Los niños, en general, apenas sienten y admiran poquísimo las cualidades sólidas y frías.

Pero lo extraordinario, lo heroico, lo valeroso, eso sí que les agrada, eso sí que los admira; combates, misiones, martirios, grandes conversiones de almas, es lo que los entusiasma; y este entusiasmo, bueno, bonísimo, es; por eso importa fomentarlo en su corazón: luego como la llama de su corazón haya encontrado este noble pábilo, no temáis que prenda en cosas baladíes.

También los halaga y seduce la fuerza y agilidad de cuerpo, la destreza en el juego, el ganar á todos en correr. Buenas son todas esas cosas, exentas de peligro; pueden emplearse por lo tanto, y llegarán á ser acicates excelentes y poderosos.

En suma, hay un arte de tratar el amor propio, de contenerlo y de sacar del mismo, partido para el bien. En vez de irritarse y perder la paciencia cuando nos topamos con una naturaleza orgullosa, sin docilidad ni respeto, estudiemos con calma, con perseverancia y celo, todas las formas de aquel orgullo, todos sus matices, sus rarezas todas, todos sus caprichos, espíemlos con atención todos los momentos, apliquemos con firmeza y con prudencia los remedios: tales naturalezas rara vez son estériles para el bien; es cierto que pueden dar en abusos lamentables, pero también son capaces de grandes cosas. Hay en estas almas gérmenes de generosidad, en los cuales tenemos utilísimo recurso: aquella semilla está gastada, averiada, y de la exuberancia de su savia brotan tallos insolentes y soberbios; pero la savia allí está; el

germen allí está; aunque hay que purificarlo, hay que dirigirlo; así es como podrá dar frutos maravillosos. Deber de la Educación es hacer lo posible para producirlos.

Permítaseme, para concluir este largo capítulo, traer aquí en su viveza y crudeza primitivas, una nota que en otro tiempo di yo á cierto profesor jovenzano, á quien, sin él saberlo, le arrastraba y le echaba á perder el orgullo, y que cierto día, horrorizado del riesgo en que se hallaba, pidióme sinceramente le dijera lo que opinaba yo sobre su orgullo, sin lisonjearle en lo más mínimo. Le remití las siguientes líneas, que tuvo valor para recibir y meditar, y que hicieron notable provecho á su alma.

«Hay en tu corazón, le dije, una llaga, llaga profunda que aumenta sin cesar.

«A veces lo olvidas tú; pero ahí está ella para envenenarlo todo en tu alma: pensamientos, sentimientos, afectos.

«Hay en ti desmesurada y violentísima ternura para contigo mismo:—cierto como desenfreno que te domina y te arrastra, aun sin tú conocerlo.

«Hablando en general, bastaría quererte para darte cuenta de ello; pero tú prefieres forjarte ilusiones.

«Tienes horror á ser reprendido por tus hermanos, por tu Superior; el más mínimo aviso te exaspera, te subleva hasta un grado inconcebible: es cosa que pasma.

«A consecuencia de esto, ¡cuántas veces habrás tenido el corazón hondamente apesado! hoy, gracias á Dios, buscas luz; pero no siempre obras de buena fe, no siempre quieres ser iluminado. Te forjas ilusiones acerca de tus defectos, que en otros te parecerían punto menos que intolerables.

«No te sometes á tus imprescindibles deberes si no es á viva fuerza. Tu amor para contigo mismo te inspira secreto odio á la autoridad de los demás, y te hace ejercer la tuya con despótica dureza.

«Tienes secreta y evidente ambición. Ansías honores y distinciones: los pequeños te halagan ridículamente.

«Largo tiempo te han estado lisonjeando: y como aquí no se te lisonjea, no lo puedes aguantar.

«¡Ciudadito! vuelvo á repetir: mira que corres grave peligro.

«A veces querrías obrar bien, querrías evitar algunos males, y practicar algunas obras buenas; pero hay en ti cierto principio que todo lo ahoga, que sale siempre vencedor; te advierto que cuando lo haya ganado todo, cuando lo haya invadido todo, estás perdido.

«Y más: bajo austerísimas apariencias, muy propias de un buen eclesiástico, ¿qué hay en ti que no desdiga del sacerdote, ministro del Señor?

«Apenas tienes caridad ni celo verdadero. A ojos vistas se van extinguiendo en tu corazón el celo y la caridad; jamás se te ocurre una idea para trabajar en el espiritual provecho de los niños.

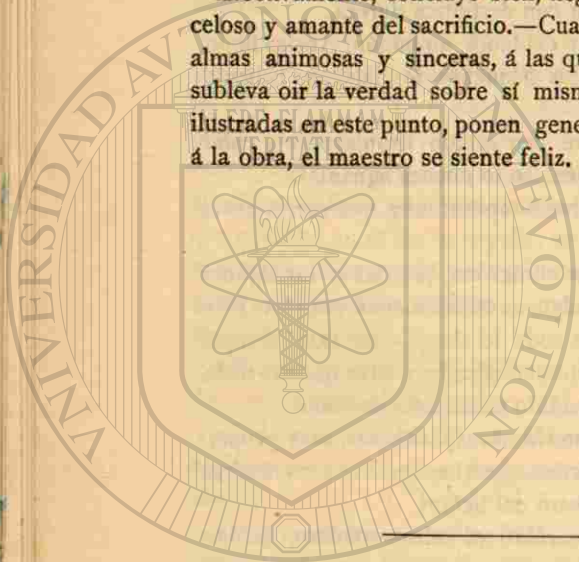
«Te lo vuelvo á repetir, porque te amo. ¡Mucho ciudadito!... *Vastitas et sterilitas*: ¡mira el castigo con que la Escritura amenaza á los soberbios!

«Te ha devastado el orgullo: por necesidad habrás de ser estéril: *Sicut lignum aridum in deserto!* que también dice la Escritura.

«¿Quieres que te diga un carácter especialísimo, distintivo, que acabará de ayudarte para que te conozcas? Fijate bien... Tú no te admiras de nada, jamás te oí alabar á nadie...: esto es señal inequívoca, decisiva.

«¡Mira que acabarás mal... me lo temo, como si lo viera... Pero no; que me equivoco: tu corazón y la gracia de Dios te han de salvar, y ¡acabarás bien!».

Efectivamente, concluyó bien, llegó á ser sacerdote celoso y amante del sacrificio.—Cuando se encuentran almas animosas y sinceras, á las que no exaspera ni subleva oír la verdad sobre sí misma, y que, una vez ilustradas en este punto, ponen generosamente manos á la obra, el maestro se siente feliz.



CAPÍTULO XIV

Segundo principio de los defectos en el hombre y en el niño: la sensualidad.

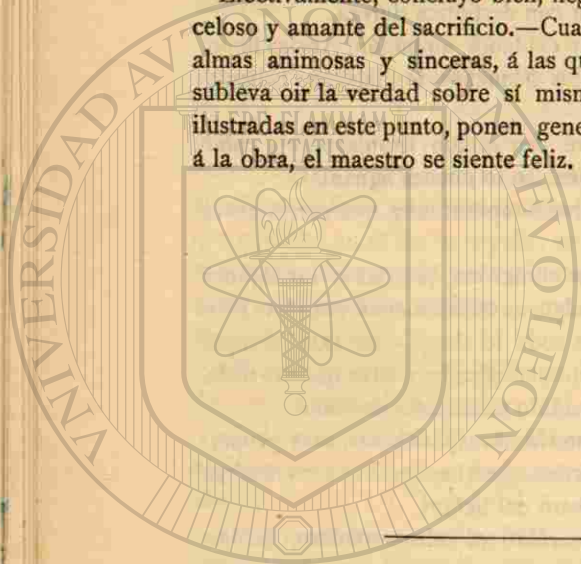
Fuera del orgullo, hay otra llaga profunda en el humano corazón, otro principio engendrador de defectos y de vicios incontables en el hombre y en el niño: es la sensualidad, quiero decir, la desordenada inclinación á los placeres de los sentidos. San Juan, la llama: *Concupiscentia carnis*; San Pablo, molicie: *Neque molles*, dice él. Y á la verdad, el vicio de que ahora hablamos no es otra cosa que una indigna y perezosa molicie del espíritu, del corazón y de los sentidos.

Desde el punto de vista de la Educación debemos hacer aquí particular y minucioso estudio de la misma; porque es para la Educación espantoso peligro, y fuente de las más penosas dificultades.

Digamos primeramente cuál sea el origen de la sensualidad y el desorden que consigo lleva; después, veremos qué tan funesto imperio ejerza sobre la vida humana, y en particular sobre los niños y sobre los jóvenes; é indagaremos, por fin, de qué recursos dispone la Educación para combatirla, y qué remedios se la pueden oponer.

«¡Mira que acabarás mal... me lo temo, como si lo viera... Pero no; que me equivoco: tu corazón y la gracia de Dios te han de salvar, y ¡acabarás bien!».

Efectivamente, concluyó bien, llegó á ser sacerdote celoso y amante del sacrificio.—Cuando se encuentran almas animosas y sinceras, á las que no exaspera ni subleva oír la verdad sobre sí misma, y que, una vez ilustradas en este punto, ponen generosamente manos á la obra, el maestro se siente feliz.



CAPÍTULO XIV

Segundo principio de los defectos en el hombre y en el niño: la sensualidad.

Fuera del orgullo, hay otra llaga profunda en el humano corazón, otro principio engendrador de defectos y de vicios incontables en el hombre y en el niño: es la sensualidad, quiero decir, la desordenada inclinación á los placeres de los sentidos. San Juan, la llama: *Concupiscentia carnis*; San Pablo, molicie: *Neque molles*, dice él. Y á la verdad, el vicio de que ahora hablamos no es otra cosa que una indigna y perezosa molicie del espíritu, del corazón y de los sentidos.

Desde el punto de vista de la Educación debemos hacer aquí particular y minucioso estudio de la misma; porque es para la Educación espantoso peligro, y fuente de las más penosas dificultades.

Digamos primeramente cuál sea el origen de la sensualidad y el desorden que consigo lleva; después, veremos qué tan funesto imperio ejerza sobre la vida humana, y en particular sobre los niños y sobre los jóvenes; é indagaremos, por fin, de qué recursos dispone la Educación para combatirla, y qué remedios se la pueden oponer.

I

Si queremos bien entender cuál sea esta corrompida llaga de la humana naturaleza, y los especiales riesgos que hace correr á la Educación, preciso nos es remontarnos hasta la fuente de todo mal, hasta la caída original.

Había Dios formado al hombre recto, dice el sabio: «y esta rectitud, según explica Bossuet, consistía en que, en estando el espíritu perfectamente sometido á Dios, también el cuerpo debía estar por completo sometido al espíritu.» Pero la rebelión del espíritu contra Dios acarrió la rebelión de la carne contra el espíritu; y, «después del pecado original, dice también Bossuet, las pasiones de la carne, en justo castigo, se convirtieron en tiranas; el hombre se atolló en el placer de los sentidos, y, según frase de San Agustín, en lugar de ser espiritual, aun en la carne, como debía serlo por su inmortalidad primitiva y por la perfecta sumisión del cuerpo al espíritu, se tornó carnal aun en el espíritu.» Por el pecado original perdióse el primitivo equilibrio: triste consecuencia de esta pérdida ha sido el funesto predominio del cuerpo sobre el alma. De ahí nace en nosotros la violenta propensión al placer sensible, y ese desarreglo moral cuyo desorden tiene algo más humillante y más vil que el orgullo mismo.

El orgullo, no cabe negarlo, es usurpación, locura criminal; pero en él brilla todavía un resto, una reminiscencia de dignidad; al fin y al cabo es el espíritu del hombre honrándose á sí mismo y ensalzándose, aunque á expensas de la verdad y de la justicia. Pero

la sensualidad, nada de eso: la sensualidad no tiene nada que no sea ruin; es la más miserable de las esclavonas que pueda sufrir el alma: es el espíritu rindiéndose vil y cobardemente á la carne. El hombre sensual parece no tener otro fin ni otro Dios que su cuerpo: *Quorum Deus venter est*, como dice enérgicamente San Pablo.

¿Quién no ve que hay aquí deplorable decadencia, vergonzosa degradación, y que en este insulto hecho á la naturaleza y á la dignidad humanas está la ruina de toda nobleza en la vida del hombre.

El hombre es rey de la creación. Pero ¿cómo? ¿Por sus sentidos? ¿por su cuerpo? No, por cierto: en todo eso hay animales que rivalizan con él, y le aventajan. Muchos hay que le sobrepujan bajo ciertos aspectos; los hay que son más ágiles, más fuertes que él. Hay algunos que hacen lo que jamás podrá hacer el hombre; los hay que se pasean por las aguas, que se ciernen en los inmensos y sutiles aéreos espacios.

El hombre es rey de la creación por su espíritu, por su inteligencia, por su alma. Por el alma, que no por ninguna otra cosa, es racional; por el alma, y gracias al alma, es libre; por el alma es inmortal, por el alma tiene dominio sobre toda la naturaleza. Lo que debe, pues, reinar en el hombre, lo que debe gobernar su vida, es el alma.

El cuerpo no es más que un esclavo que debe obedecer.

Ahora bien, ¿qué hace la sensualidad? Trastornar este orden: hace dominar el cuerpo sobre el alma; somete el alma á los sentidos.

El cuerpo tiene sus instintos, sus apetitos: groseros,

terrenos, carnales, impetuosos, ciegos, que no se cuidan de razón, ni de ley, ni de honor.

El alma tiene sus gustos y sus necesidades, sus aspiraciones y sus tendencias: nobles, elevadas, puras, sabias, razonables, que se someten á la regla y á la ley.

Pero las inclinaciones sensuales sojuzgan y casi matan las aspiraciones del alma. Por eso hay lucha, lucha necesaria, eterna, entre estos dos tan contrarios poderes. Preciso es elegir. O bien, reprimir los sentidos, gobernarlos, someterlos á la razón, á la fe, al honor, y, siendo el alma la dueña, mantener la vida en su dignidad; ó bien, dejar que dominen los sentidos, que sojuzguen el alma; y tendremos una vida animal, ruin y miserable.

¡Ay! hablo de luchas, y ¡cuántos son los que no luchan, sino que, abdicando de su dignidad, se entregan de grado á esta vil, á esta ominosa esclavonía?

Hondo es el mal: arraiga en las mismas entrañas de la humana naturaleza. Es universal: por un lado ó por otro, la sensualidad á todos hace sentir sus agujones. Ahí tenéis el yugo opresor y degradante — en frase de la Escritura — que pesa sobre todos los hijos de Adán, desde el día en que salieron del seno de su madre carnal, hasta el en que, por la sepultura, entran en el seno de la madre común, que es la tierra. Esta es la más terrible consecuencia y la más clara señal de la original caída, por la cual la humana criatura, que había pretendido elevarse hasta Dios, dió consigo hasta muy por bajo de su naturaleza, pagando con sus dolorosos abatimientos la locura é insensatez de su orgullo.

Bien sé yo que no es la infancia la edad en que esta inclinación se muestra con toda su fuerza; sin embargo, aun en el niño, el mal es profundo, y con frecuen-

cia se lo encuentra en él imperando con espantoso dominio. En esta edad todo favorece á la sensualidad: no hablo solamente de aquellos tristes gérmenes hereditarios que hay en el alma de todo hijo de Adán; hablo del predominio de la vida física sobre la vida intelectual y moral; hablo del desarrollo de los sentidos que previenen al de la razón, y, en fin, — porque conviene decirlo todo — me refiero á la insensata manera con que la mayoría de los padres educan en este particular á sus hijitos.

Recalcaré sobre este punto que tiene para la Educación posterior consecuencias ni pensadas ni siquiera sospechadas por la mayoría de los padres, en su ciega ternura para con sus hijos, pero que no por eso dejan de ser menos funestas y perjudiciales. Creo para mí un deber señalar este peligro comunísimo, aunque muy desconocido por desgracia.

¿Se comprenden, ó siquiera se aparentan comprender las dolorosas, pero certísimas verdades que acabamos de recordar? ¿se sospecha por acaso que exista en el alma de los niños este formidable enemigo, llamado sensualidad, y se teme por ventura el inmenso peligro que hay en desarrollar durante la infancia esta malhadada inclinación, y en fomentarla ó avivarla, directa ó indirectamente? Bien se puede dudar al ver el ningún cuidado que para estirparla se toman la mayoría de los padres; antes bien todos sus cariños parecen no tender á otra cosa que á desarrollarla y halagarla en el corazón de sus hijitos.

Efectivamente: ¿en qué piensan los padres y sobre todo las madres, al tratarse de sus hijos, no digo precisamente por lo que mira al niño recién nacido, sino por lo que se refiere á niños que comienzan

á comprender las cosas, y cuya naciente inteligencia ya es capaz de cultura y de progreso, tratándose de niños que frisan en los cuatro ó cinco años? ¿qué es lo que ante todo se cuida en ese niño, qué es lo que se alimenta, qué es lo que se desarrolla en él? ¿es la parte racional, el espíritu, el corazón, el alma? No, por cierto: es la parte material, el cuerpo, la vida animal. Sí; hay millares de nifitos á quienes se los educa de esa suerte: se los colma de cuidados físicos; se los satura de golosinas, se idolatra su carita, su personita; para su trajecito se buscan las más vanas inutilidades, y á veces las más ridículas: se los adorna como para una pública exhibición, y luego se los adula, se los adora, se les dice que están lindos, remonossísimos. ¡Esto me causa grimal Y no se me hable de necesidades ni de salud: la necesidad tiene su medida; la insensata manía que denunció no la tiene; y hasta la misma salud padece á consecuencia de estos lastimosos cuidados. Pero quien más padece es el alma de los desventurados niños.. no porque el desarrollo físico empieza al del espíritu, pues antes le favorece; sino porque la vanidad, así excitada, germina y se enseñorea por completo de esas pobrecillas almas medio embriagadas; la molicie fija en ellas su dominio; las enerva, las embota, las paraliza, les inspira no sé qué flojedad, no sé qué horror al trabajo y al esfuerzo, que arruina en ellas toda energía, toda actividad, y prepara á su Educación futura gravísimas invencibles dificultades.

Limitaréme á apuntar dos de las más principales: la pereza y la corrupción de costumbres.

II

Digo, en primer lugar, que la sensualidad, mayormente si es favorecida por una mala Educación, inevitablemente engendra en los niños deplorable pereza.

Se me dirá: ¿Por ventura no son perezosos todos los niños? Lo son, ¿quién no lo sabe? Mas es también preciso saber que hay dos suertes de pereza.

Hay una que tiene su origen en la ligereza de la edad; ésa no es la más dañosa, y á la postre se la llega á curar. Sin pactar con ella, menester es aguardar que el carácter, el espíritu, la razón, el cuerpo mismo adquieran cierto desarrollo.

El amor al trabajo, sobre todo al trabajo espiritual, no nace de repente.

La niñez, naturalmente viva, inconstante, ardorosa, no acierta á tener quieto ni el cuerpo ni la lengua; habla, ríe y salta de continuo, sin método ni reflexión; prefiere el juego y las diversiones á cualquier cosa seria. Esto ya se acabará. Con semejantes niños es necesaria muchísima paciencia y también mucho aliento: algo que los estimule y los despierte: mucha constancia, con firmeza siempre afable y á las veces indulgente: en una palabra, no consentir jamás al niño adormecerse ó encolerizarse; pero tampoco herirlo ni abatirlo.

No recuerdo haber desesperado nunca jamás de un niño perezoso en nuestro Seminario, por ser ligero y vivaracho, ni de haber despedido á ninguno por este solo motivo. Cuando uno sabe componérselas, tarde ó temprano, y á veces muy luego, se logra el resultado apetecido.

Hay otra clase de pereza.

La pereza proveniente de flojedad en los sentidos, de una naturaleza débil, sin energías, sin ánimos para nada; esta pereza casi es incurable, como no se trate de ponerle remedio muy temprano, valiéndose de recursos bien ideados y mejor seguidos, dulces á la par que firmes. Primera Educación como la que acabo de pintar, es uno de los mayores obstáculos que se pueden oponer á dicha curación. Increíble parece cuánto cuidado, cuánto esfuerzo y perseverancia serán menester para salvar á un niño tan fatalmente educado, para hacer de él un hombre trabajador, para hacer de él un hombre. Y ¡cuántas veces nos estrellaremos aquí! ¡Por Dios! cuidenlo mucho los padres, y no creen á la Educación de sus hijos dificultades terribles y casi insuperables para lo porvenir.

Tanto más fácil es el estrellarse aquí cuanto que esta molicie física é intelectual va de ordinario acompañada de la molicie del corazón, de una especie de apatía moral, y de cierta grosera insensibilidad. Razón de sobras tenía, pues, Fenelón para decir: «De todos los trabajos que consigo lleva la Educación, ninguno comparable con el de educar niños que carecen de sensibilidad. Los naturales vivos y sensibles son capaces de funestos extravíos; los arrastran y despeñan las pasiones y la presunción: pero tienen también grandes recursos y tornan en sí por más que se hayan extraviado; la instrucción es en ellos germen oculto, que puja por brotar, y que tarde ó temprano fructifica, cuando la experiencia viene en socorro de la razón, ya entibiadas las pasiones; á lo menos sábase de fijo cómo se puede lograr tenerlos atentos y despertar su curiosidad. En ellos hay algo con que se los puede inte-

resar y estimular su honor y su amor propio; mientras que para los naturales indolentes no hay asidero ninguno. Todos sus pensamientos versan acerca de distracciones; no están jamás donde deberían estar; no se los puede tocar en lo vivo con la más circunspecta y exquisita corrección; lo escuchan todo, pero no sienten nada. Esta indolencia vuelve al niño negligente y da por resultado el que se hastie de cuanto hace; aquí es donde corre peligro de malograrse la Educación más esmerada, si el maestro *no se apresura por adelantarse al mal desde los primeros años de la infancia.*

Y ¿esto es lo que se consigue con la muelle Educación de los niños, tan general, por desgracia, en nuestros días? ¡Pluguiera á Dios que con eso no se preparara otro peligro todavía mayor, más terrible todavía: me refiero al riesgo que corren las buenas costumbres.

III

El asunto que ahora tomo es por todo extremo delicado y escabroso; voy á tentar una de las mayores llagas del hombre y del niño, que constituye también otro de los más temibles escollos para la Educación. Cosas muy serias tendré que decir: sin duda que espantaré á más de una madre, ignorante de los peligros que amagan á su querido hijo, y sobrado confiado tal vez en una inocencia que, pasado algún tiempo, no existe ya; pero, puesto caso que he llegado á tratar este asunto, preciso me es valor para decir las verdades necesarias, y para decirlas á todos cuantos han

menester oírlas: á los niños, á los maestros y aun á los padres.

¡Ahl si hay algo bello, simpático, encantador, celestial sobre la tierra, es la inocencia en el joven y en el niño. Un corazón, un alma á la que no se ha acercado todavía el mal, que lo desconoce ó se ha visto preservado de sus tiros; un alma ingenua, cándida, virginal, que conserva toda su frescura, toda su gala, todo su perfume, es un objeto de amor y de complacencia para los hombres y para Dios. ¿Quién podrá pintar sus gracias y sus encantos, su nobleza, su dignidad, su honor y el brillo de su hermosura? Dulce es hallar en la tierra un alma así, contemplarla y amarla. Se la siente, se la reconoce sin esfuerzo en no sé que feliz señal, en no sé qué reflejos celestiales que de ella misma irradian en su pura y apacible fisonomía. Al ver aquella nativa limpidez de su mirada, el inocente candor y ternura de su frente y de su graciosa figura, uno se queda extasiado. Esa alma no solamente conserva toda su gracia, guarda también en sí toda su primitiva savia: como que nada ha logrado desflorarla, nada tampoco la ha podido gastar; por sus venas circula la vida en precioso abundante caudal; sus facultades, todavía intactas, guardan todos sus tesoros y sus ricas energías. Con la gracia y el vigor, conservan también toda su ternura: lo que la habría manchado, hubiera asimismo enfriado ó extinguido la llama de su cariño; mas como sobre ella no ha soplado el vicio, allí se conserva, como en un santuario, la pura llama de los buenos y sanos afectos, que Dios con su mano en ella encendió.

Sábese que en un momento de sinceridad y de franqueza un hombre celeberrimo por su incredulidad y

por sus escándalos, dejöse escapar esta verdaderísima palabra: «Lo afirmo, y en ello me ratifico, el hombre que hasta los veinte años conservó inmaculada su inocencia, es á esta edad el más generoso, el mejor, el más amable.» Así es la inocencia en el niño y en el joven: aun más encantadora, aun más fascinadora quizás en esta dichosa edad que todo lo ignora, y que no ha sido turbada todavía por interiores luchas; pero más digna de respeto, y en cierto modo más sagrada, en un corazón que se la siente disputar, y que la defiende, y lucha por conservarla, viniendo entonces á trocarse en sólida virtud.

Pero ¡qué depósito tan sagrado y tan temible es éste para el padre, para la madre, para los maestros del niño! Guardar esta alma, este corazón desde la infancia y á través de la juventud hasta la edad madura; llevarla hasta la edad viril, á través de todos los riesgos de la ignorancia y de la seducción, sin dejar que se marchiten esa pureza ni esa hermosura ni esos encantos; sin permitir que se deslustre esta corona, ¡qué labor y qué dicha tan incomparables! y además ¡qué servicio tan inapreciable!

Hay que decirlo con lágrimas en los ojos: eso es raro, rarísimo; y, á vista de naufragio tan universal, se puede repetir lo que decía el poeta: *Apparent rari...* Vivimos en un siglo maleado y maleante, donde es en vano buscar la inocencia; ya no se ven entre nuestros jóvenes frentes bañadas de candor, en las que destellan los dulces atractivos de la más encantadora virtud. ¡Inocencial ¡inocencial ni siquiera te conoce la niñez; antes quizás se avergüenza de ti... Esta edad ha perdido sus nativos encantos, desde que la vergonzosa corrupción semeja velar junto á su cuna, espiondo el

despertar de su alma. El niño de nuestros días parece madurado por el vicio antes de tiempo: ¡fruto precoz y agusanado!... el libertinaje le arranca las flores desde la mañanita de su vida, y luego sin esfuerzo le desvía de la virtud: víctima de los estragos del vicio, desaparece en la flor de la edad, dejando en pos de sí hedor de muerte. ¡Eso viene á ser la juventud entre nosotros con harta lastimosa frecuencia! ¡Otro tanto sucede con la niñez!...

Mas, apresurémonos á decirlo, y esto baste para consolar y alentar á los que tienen el sagrado deber de educar y preservar á los hijos de Dios: gracias á la divina bondad, no todos dan al través en este escollo. No: sean las que fueren las debilidades de esa edad y las miserias de los corrompidos tiempos en que vivimos, no estará jamás ninguno autorizado para creer que la infancia haya sido fatalmente dada para pasto del vicio...; y si lo dudáis ahí están, para atestiguar que poseen los padres y los religiosos instructores de la juventud eficaces medios de salvar esa edad, tan tierna y tan expuesta, tantos dichosos ejemplos de jóvenes que llegan con su casta inocencia, hasta el momento de recibir la Educación sacerdotal, ó en medio del mismo mundo hasta la hora de contraer una alianza bendecida por Dios. Hoy mismo conozco jóvenes, —y de ello puedo dar fe— conozco jóvenes á los que el cielo conserva admirablemente, á los que la religión, y sus santas madres y sus venerables padres protegen y preservan con celo esmero. Sí; todavía hay entre nosotros ¡gracias sean dadas al Señor! familias honradas, cristianas, copiosamente bendecidas por Dios, donde florecen la piedad y las buenas costumbres. En ellas, las nobles tradiciones, los grandes

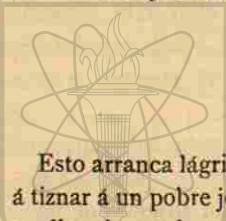
ejemplos, las sencillas y vigorosas virtudes cristianas, forman una como atmósfera de honor y de pureza donde el niño respira á su placer desde que nace, donde se desarrolla felizmente, y que engendra en él una especie de temperamento puro y sano, y le comunica con el instintivo horror al mal, santas costumbres de honestidad, decencia y respeto. Hay casas de Educación donde rodea á la juventud tan severa vigilancia para abrigar su inocencia, que de ellas está alejado todo mal, y, bajo la mirada de Dios, y bajo las alas de la Religión, se conserva fresca en los jóvenes la virtud, y la robustece para lo porvenir.

Tuve el consuelo de vivir en una casa, hablando de la cual un religioso de los más santos é ilustrados de Dios en su tiempo, el R. P. Ravignán, después de haber tenido con nosotros unos días de retiro, me dijo en la intimidad de la confianza esta palabra: «No sé que haya en el mundo casa de Educación donde se respire más inocencia que en la vuestra».

Me acuerdo con enternecimiento de cierto día—era lunes de Pascua—en que un hombre de gran talento, de mucha experiencia, célebre doctor de la Universidad, cristiano á carta cabal y además muy virtuoso, comiendo con nosotros en Gentilly, bajo nuestros árboles verdeantes y en flor, viendo el purísimo contento de nuestros colegiales, el candor de sus frentes, la inocencia de sus diversiones y de sus gritos, nos dijo de improviso dirigiéndose á mí: «¡Qué gozo pensar que no hay aquí un solo niño que no sea puro y que no esté en gracia de Dios! (1)»

(1) Por lo demás era hombre originalísimo y muy festivo; muy fuerte en versos latinos. Poquito después de lo referido,

Sí; que la niñez todavía puede salvarse, y si se pierde, muchísimas veces será porque no se ha velado sobre ella lo bastante, sea en el colegio, sea también—¿porqué no decirlo claro?—en el hogar doméstico. Pesa en este punto terrible responsabilidad, y tienen aquí gravísimo asunto de meditación los padres y los que ocupan el lugar de ellos; porque los estragos del mal son casi siempre horriblos.



IV

Esto arranca lágrimas... Si, cuando el vicio ha llegado á tiznar á un pobre joven, á un pobre niño, no se puede explicar lo que hace con él, á qué abismos le despeña.

Cuando en una casa de Educación, ó en cualquier otro sitio, se ha hecho contagioso este mal, y se ha extendido de uno á otro, como la peste, ¡es horrible las víctimas que hiere, las ruinas que amontona!

¡Madres, madres de familia velad, velad por vuestros hijos en casa y á vuestro mismo derredor; porque ahí, ahí mismo, cerca de vosotras, y, por así decirlo, á la sombra de vuestras alas, puede el mal apoderarse de vuestros hijos y devorarlos. Cerca de vosotras, al rededor de vosotras, en vuestra misma casa hay mil peligros: ¡quién lo creyerá!

¡Profesores, Directores, Superiores, abrid los ojos, vigilad! porque ahí tenéis el enemigo, el enemigo for-

cantaron los alumnos un himno, por ellos compuesto, en honra de la sacratísima Virgen; y al oír uno de los versos, exclamó de repente: «¡Quite por Dios! ¡un pecado mortal!» Y era un verso mal medido...

midable: si llega á penetrar, con sólo que llegue á pisar el umbral, devastará vuestra casa, todo lo echará á perder en ella; hacinará víctimas sobre víctimas, cadáveres sobre cadáveres.

Cuando el mal ha llegado á tiznar algún corazón tierno, pronto se echa de ver en síntomas lúgubres y funestos.

¿No veis el repentino cambio obrado en aquel niño? era franco, alegre, cariñoso: de pronto lo veis triste, inquieto, desconfiado, sombrío, disimulado. Ya no ondea en sus labios la primera cándida sonrisa; ya no es aquella frente dilatada, aquel corazón que se abría de par en par, aquella alma que se desplegaba serena y luminosa como el cielo: algo ha pasado por esa fisonomía, algo que ha tendido sobre ella uno como fúnebre velo; en ese corazón hay algo que lo aprieta, que lo ahoga; algo que él no quiere que se trasluzca, que no quiere dejar ver; algo que es como vergonzoso secreto que trata de ocultar.

¡Pobrecito niño! ¡A dónde le va a conducir este primer paso fatal! En un principio vaciló, se ruborizó, tembló: pero después, muy luego, ya no tiembla, ni se ruboriza, ni vacila. Una caída conduce á otra caída; un abismo lleva á otro abismo: crece la debilidad, fórmase el hábito: hábito terrible que acaba por triunfar de la voluntad, de la razón, del honor, de la fe, de la conciencia, de todo!... Ya no oye nada, ni ve nada: aquello es una locura... La insensibilidad y la indiferencia lo arrastran y lo despeñan. Se infiere á sí propio ultraje sobre ultraje, ignominia sobre ignominia. ¿Quién le hará parar en sus desórdenes? ¿quién sostendrá su flaqueza? ¿quién romperá aquellos hábitos? ¿quién tascará sus cadenas? ¡Ayl y ¿quién no lo sabe?...

Nada, nada tan difícil de corregir en un niño como los ocultos hábitos de impureza.

¿A dónde le conducirán? ¿qué va á ser de él? ¿qué va á ser de su Educación, de su porvenir, de toda su vida?

Bien pronto el vicio lo habrá marchitado todo, lo habrá muerto todo en él. Primeramente su cuerpo: la salud sufrirá herida mortal. ¡Desdichado niño! apenas comienza á vivir, y ya el vicio va secando y agotando una á una todas sus energías. El vicio abusa de mil maneras, mina, corrompe, destruye aquel frágil organismo que todavía no ha adquirido completo desarrollo: ni fuerzas, ni consistencia. Pero... ¡á la naturaleza no se la ultraja impunemente! La naturaleza ultrajada se venga, y sus venganzas son siempre terribles: lentas á veces, pero siempre llegan. Desapareció el fresco y animado colorido de su cara virginal, para dar lugar á fría y acusadora palidez; los ojos se amortiguan, precoces arrugas surcan la frente; su naturaleza toda se gasta y se deteriora... La vida se va, y asoma la muerte... Viejo á los veinte años, vedle cómo se encorva hacia el sepulcro, donde sus vicios, como dice la Escritura, bajarán con él á deshonorar sus cenizas.

Ahí tenéis los frutos del vicio en tantos desventurados jóvenes y niños: muerte prematura, ó á lo menos vida lánguida, color mortecino, salud enclenque y quebrantada...

Ni son menores las ruinas del espíritu y las del corazón.

El espíritu, con estos vergonzosos hábitos pierde la firmeza y el vigor, la gracia y la delicadeza; enervado por viles placeres, atollado en el cieno de goces sensuales, se embota, se entorpece, se enfianga, se pudre

en la pereza y en el embrutecimiento. La imaginación, asediada por una idea fija que la persigue, atormentada por impuros fantasmas, no sabe desentenderse de ellos; allí no hay ni vigor intelectual, ni fuerza moral, ni impulso alguno hacia la ciencia ó hacia la virtud: el sólo ejercitar el pensamiento le fatiga; el amor del bien encuentra en él un corazón desazonado cuando no empedernido: el niño sensual ni trabaja, ni estudia, ni ama nada.

¡No ama! el grosero vicio altera profundamente el carácter y mata el corazón en los que á él se entregan. Ese niño había nacido bueno, con carácter dulce y amable, inocente y sincero; tenía alma candorosa y apacible igualdad de humor, proveniente de la paz de una conciencia pura: pero desde que los funestos hábitos del vicio lo han invadido, aquella serenidad é igualdad de carácter que tomaba su origen en la tranquilidad del alma, hase trocado en humor desabrido, caprichoso y extravagante; el candor que dejaba á su alma transparentarse, y que permitía verla en toda su pureza, ahora no deja ver más que negros y encubiertos pensamientos. Con la inocencia ha perdido sus más preciados encantos.

Y no está ahí todo: en ese corazón gastado, se ha secado la fuente de los santos y puros afectos. Por experiencia se ha probado que los niños corrompidos por el vicio sensual son incapaces de gratitud, y que no tienen sentimiento alguno generoso y levantado. El hábito de los goces egoístas les impide saborear ni sentir los goces puros y desinteresados; y, para concluir, el mismísimo escritor, que poco ha citábamos como rindiendo no sospechoso homenaje á la virtud, ha dirigido á tales niños la más bochornosa recrimi-

nación con estas palabras: «Siempre he visto, dice Rousseau, que los niños prematuramente corrompidos, han llegado á ser malos y crueles... No saben de compasión ni de misericordia. Sacrificarían padre, madre, el universo entero, en aras del más mínimo de sus placeres.» Gozar es el todo para ellos: lo demás, no es nada.

A veces, sin embargo, los niños sensuales pasan plaza de tener buen corazón; pero no hay que dejarse engañar: son vanas apariencias.

El asomo y el primer despuntar de la sensibilidad en los niños ha de ser estudiado por los maestros con exquisito esmero: importa muy mucho mirar bien cuál es su fuente, y si proviene del corazón ó de los sentidos; si nace del corazón, es buena, apreciable, maravilloso resorte para la Educación del niño; mas si proviene de los sentidos y de esa ternura de mala ley, propia de un corazón criado en mollicie, es falsa y por todo extremo dañosa.

En punto á esto no cabe duda ninguna. No hay ser más egoísta ni más duro que el niño corrompido, sean cuales fueren sus apariencias.

Esta ternura cariñosa que á veces demuestra y que se parece á la flor del afecto, tiene funestas raíces y pésima condición; si se la mira de cerca no se tardará en reconocer que es flor nacida en el fango.

Para con semejantes niños hay que ser buenos; pero rara vez se les ha de mostrar ternura, como no sea con mucha gravedad: no hay que permitirles sino con extremada reserva las sensibles manifestaciones de su muelle ternura; por ejemplo, nunca se ha de permitir ser abrazados por ellos, ni jamás se los debe

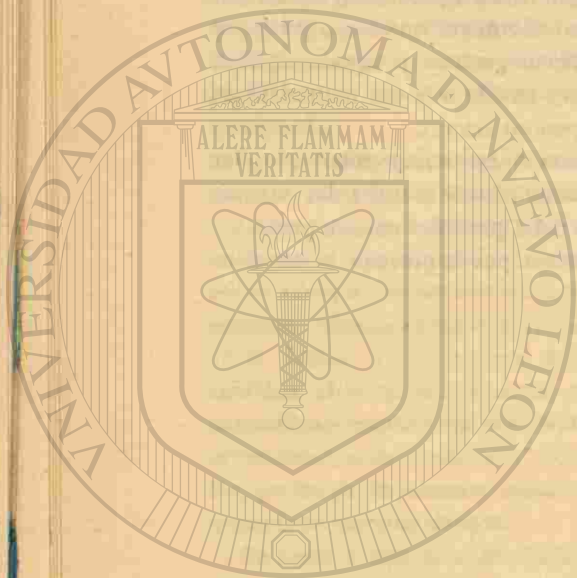
abrazar. Hay que tenerles compasión; mas ésta deberá ser firme y levantada.

Tales niños semejan frutos agusanados. Mirad una manzana: mientras no se conoce que haya gusano en su corazón, tiene aspecto gustoso y agradable; abrámosla, y no hallaremos en ella más que podredumbre.

Y acabemos este penoso asunto.

Baste lo dicho para hacer comprender á quien quiera que tenga á cargo educar la niñez, las alarmas y vigilancia con que debe proceder en este punto.

Veamos ahora cómo se puede prevenir y atajar tamaño mal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XV

¿Qué hacer para salvar á los niños de los peligros de la sensualidad?

Me dirijo primeramente á los padres porque á ellos antes que á nadie atañe el cuidado y la obligación de preservar á sus hijos.

Entre los deberes de la autoridad paterna y materna no hay otro ni más grave, ni más delicado, ni más sagrado que éste. Poco digo si afirmo que la indiferencia y aun la ligereza en este punto serían imperdonables: esas faltas no se conciben, no digo en padres cristianos, pero ni aun en aquéllos que tengan para con sus hijos la ternura más vulgar.

Si á toda honra, por Dios á las criaturas conferida, corresponde un deber tanto más serio cuanto mayor fuere el honor, ¿qué solicitud no les habrá sido impuesta á aquéllos que de Dios han recibido el incomparable depósito del alma de un niño, depósito tan frágil, y tan inocente, y tan precioso? ®

Para expresar mi pensamiento, pediré prestada á las Santas Escrituras una expresión valiente y sencilla: diré que los padres han de velar por la inocencia de sus hijos *como por las niñas de sus propios ojos*.

Pero, y en la práctica ¿se sabe siempre lo bastante cuánto en sí envuelve esta nobilísima obligación, y

hasta qué punto se deben extremar sobre este particular la prudencia y la solicitud? ¿no pueden haber en este punto — y no las hay muy de ordinario — ignorancias harto culpables, y muy deplorables ilusiones?

En primer lugar — voy á decirlo clarito — desde muy temprana edad, desde los primeros albos de la vida, y, porque así lo diga, desde la cuna, hay que pensar en prevenir el alma y el cuerpo de los niños contra la molicie y sus horribles consecuencias, y, por medio de una severa Educación y de la más atenta y extrema vigilancia, ir preparando en los mismos las buenas y puras costumbres.

¿Qué medios tomar y á qué precauciones acudir?

Menester es aquí bajar á algunos pormenores: por razón de la gravedad y santidad del asunto, perdónen-se éstos en que voy á entrar: diré llanamente mi sentir.

En todo caso, es de transcendental importancia acostumbrar los niños á la modestia, á la decencia, al respeto hacia sí mismos; inspirarles gran pudor.

Por eso conviene vigilar mucho al acostarlos, durante el sueño y al tiempo de levantarlos: tener cuidado de cubrirlos bien; sobre todo no hacerles acostarse jamás juntos, ni con otras personas.

Abstenerse de toda familiaridad con ellos, aunque sin afectación; velar sobre sus juegos, hacerles evitar cualquier cosa inconveniente, que no diga bien con ellos.

No consentirles jamás libertades de mala índole, groserías, indecencias de ninguna clase, como á veces se les permiten, cual si fueran gracias ó donaires.

Más que todo conviene muy desde luego sugerir á los niños ideas elevadas y puras.

Y más aún, es de toda necesidad necesario no permitirse delante de ellos nada, absolutamente nada que tenga aunque sólo sea visos de cosa tantico libre... Toda familia, mayormente tratándose de las familias cristianas, debe tener siempre á la vista la anti-gua máxima:

*Maxima debetur puero reverentia: si quid
Turpe paras, ne tu pueri contempseris annos.*

¡Mal hayan los padres! de quienes dijo Tácito: ¡Los padres son los que algunas veces acostumbran á sus hijos no al honor y á la virtud, sino al deshonor, á la licencia y al vicio! «*Quandoque etiam ipsi parentes nec probitati neque modestiæ parvulos assuefaciunt, sed lasciviæ et libertati,*» (Dial. De Orator. 29). Y Quintiliano (libro I, cap. 2): «*Nos docuimus, ex nobis audierunt...* Nosotros somos quienes los hemos instruído en lo malo: de nosotros lo han aprendido.»

No se olvide, pues, ni se descuide en el hogar doméstico el velar con severa atención sobre las palabras que se pronuncian: los niños escuchan siempre, y comprenden más de lo que comúnmente se piensa; y una sola palabrilla puede á veces causarles herida mortal.

Desviar cuidadosamente de sus ojos cualquier objeto peligroso, los malos libros, los malos folletos, los malos diarios, que sean ilustrados que no lo sean, las malas pinturas... es el más grave y riguroso deber de todo padre. ¿Qué decir, pues, de la negligencia de ciertos padres en este particular, y de todo eso que, como al descuido, vemos expuesto en las mesas y escaparates de ciertos salones?

No puedo pasar adelante sin citar un ejemplo, casi inconcebible, de abandono y de imprudencia, del cual yo mismo fui testigo. Cierta joven, que frisaba en los quince años, había recibido por vía de aguinaldo, lujosamente encuadernada, la edición completa de las obras de un escritor contemporáneo, célebre poeta romántico, que me guardaré de nombrar: todo el mundo sabe que ha escrito mucho, y á veces con sobrada libertad — por no decir otra cosa peor — para que sus obras *completas* pudieran ser impunemente puestas en manos de un joven. Entré yo cierto día en casa de sus padres, acompañado de un respetable magistrado. Allí estaba el joven sobre sus libros. — «¿Qué libros son éstos tan bonitos?» — preguntó el magistrado. La madre, con algún embarazo, nombró el autor. El magistrado no se pudo contener, y manifestó sorpresa. «Pero, cuando menos — repuso mi acompañante — espero que el joven no leerá ni los *** ni los ***... — ¡Si ya lo he leído!» — respondió el niño... — Yo me salí al momento para librar á la madre de la visible tortura en que la ponía mi presencia.

¡Madre imprudente! ¡qué mal había entendido su deber! Y ¡aquellos libros habíaselos mandado un próximo pariente!

Otro punto, que exige de los padres la más esmerada vigilancia, son los domésticos, las niñeras, los ayudados de cámara, los cocheros, los palafreneros; — iré más lejos y remontándome más alto, lo diré, aun á riesgo de causar extrañeza á ciertas personas: — ¡las mismas nodrizas!

¡Cuántas veces se ha dicho que los padres no saben lo bastante todo el mal que puede hacer á los niños su funesta negligencia ó su muy ciega confianza en

este punto! — Desesperada una madre porque su hijo había sido despedido de una casa de Educación por cierta falta vergonzosa, encolerizóse, y, llena de ira, dijo al Superior: «Señor, si mi hijo sabe lo malo, en su casa de usted lo aprendió: que yo, puro é inocente se lo entregué!» Mas el Superior estaba por desgracia muy fundado al responderle con estas palabras: «No, señora, no ha aprendido aquí lo malo su hijo de usted; aun á estas horas tiene usted en casa un criado que goza de toda su confianza: ése es quien ha perdido á su hijo. Usted misma, pregúnteselo á él.»

Aun cuando no fueran estas personas, como lo son con sobrada frecuencia, abiertos corruptores de la niñez, son en muchísimos casos tan groseros en su educación y en sus modales y en su lenguaje, que los niños, de puro estar con ellos, fácilmente pueden aprender mil cosas malas y dañosas, si no se pone cuidado y no se está á la mira.

Hay que velar con no menor atención sobre los compañeros con quienes se juntan; por ahí es por donde más de ordinario se echan á perder los niños; se enseñan el mal los unos á los otros.

En los aciagos tiempos que atravesamos, conviene que lo sepan bien todas las madres: cualquier compañero puede ser un peligro para sus hijos, y de este certísimo dato hay que partir para regular la vigilancia. ®

En los pueblos, sobre todo, la mayoría de los niños, ya desde su tierna edad, tienen perdida la inocencia, aunque en diverso grado.

¡No hay uno solo que más ó menos no haya bebido el veneno! ¡no hay ni uno que no sepa, si no todo el mal, á lo menos algo del mal! ¡no hay uno solo en

quien el hijo de Adán no tenga groseros instintos y gustos por todo extremo temibles para la pureza de costumbres! no hay uno que, si no ha sido rigurosamente vigilado, no sea capaz de ciertas libertades, de ciertas familiaridades inconvenientes, las cuales muy en breve lo pueden despeñar en el mal.

Los niños que entre sí tratan libremente, siempre son un peligro los unos para los otros.

Debo decirlo todo y no detenerme ante ningún por menor que pueda ser útil: escribo para instruir á todo el mundo, á los padres igual que á los maestros; lo diré, pues: Tened el ojo muy abierto con temor y vigilancia, no solamente sobre los compañeros y amigos que con vuestros hijos se tratan, sino que también sobre los primos y las primas, con quienes las familiaridades, por ser más fáciles, son frecuentemente más peligrosas; digo más, y no lo digo sin fundamento: Velad aun el trato de hermanos y hermanas.

Sí; cuando en una familia hay muchos niños que se visten y se desnudan en la misma alcoba, los unos á vista de los otros, y que pueden estar con frecuencia juntos y á solas, corren gravísimo riesgo que reclama toda la vigilancia de los padres.

¿Por qué verse precisado á decir estas cosas? ¿por ventura me creerán los padres? A lo menos, diciéndoselo, yo habré tranquilizado mi conciencia; bajo su mismo techo y casi ante los ojos de sus propios padres, —ojos cerrados por malhadada y falsa seguridad —es donde muchas veces se inculca el mal en los hijos: y ¿cómo lo impedirán? ¿Lo sospechan por ventura?

Triste es decir esto; pero es la pura verdad. Sí; á pesar de la presumida ignorancia de su edad, hay que

desconfiar de los niños, sean los que fueren, y hay que tener siempre y en todo lugar, y sobre todas las materias, abiertos los ojos.

Preguntemos lisamente: ciegos y débiles como se muestran los padres á vista de los más claros defectos, de las faltas menos perdonables de sus hijos, ¿quieren sincera y francamente la conservación de su inocencia, ó cuando menos dan á ese grave y supremo negocio la importancia que se merece? A la verdad, que hay motivo para dudarlo.

Todo se excusa en los niños, todo se colora, para todo se hallan razones. Muestra un niño viva propensión al placer. — ¡Bah! no hay que espantarse; no lo crea usted; es su natural franco y sin encogimiento — os dirá la madre. — Pero, ¿si es que él mismo se ha delatado por una palabra obscena!... — Es una salida propia de su humor alegre; pero aquí no hay nada malo... Y así, para todo hay excusas, hay respuestas para todo. Francamente, he visto por experiencia que son menos insoportables los niños por sus vicios, que los padres por sus extravagancias y caprichos.

Aquí no tengo que hacer más que una pregunta á esos desdichados padres: ¿queréis la inocencia de vuestros hijos? Decid, sí ó no. ¡Pues bien! emplead los medios y todos los medios necesarios: aquí no hay nada superfluo.

Pero es que no, — me lo temo, — no lo queréis de veras.

Sin embargo, á lo menos hay una cosa que sí queréis: queréis su salud, su buena fama, su fortuna, su cariño para con vosotros, su vida larga, muy larga. ¿Que no queréis á lo menos todo esto? Bueno pues: ¡ciegos de vosotros! sabed que la virtud es condición

para todo lo dicho. Si queréis el efecto, quered la causa: ¡por Dios! ¡no me seáis inconsecuentes!

Mas no: es que ni eso queréis con formalidad; todo lo entregáis al azar.

Si lo quisierais en serio, ¿mandaríais á estos infelices niños — porque ¿cómo olvidar este peligro? — los mandaríais, digo, á escuelas públicas cuya fama de irreligiosas conocéis, y que mejor que escuelas merecen el nombre de públicos sumideros?...

No ataco, ni siquiera nombro ninguna en particular: pero, ya se conocen; de público lo han dicho graves voces, y lo han dicho en todos los tonos; hay ciertas casas en las cuales si entra un niño, de fijo que se pierde: y ¡aun lo mandaréis á ellas!...

Opino yo que en conciencia ningún padre ni madre pueden, por ninguna razón y bajo ningún pretexto, poner sus hijos en tales casas.—Pues entonces, me diréis: ¿qué vamos á hacer?— Todo, menos lo que hacéis. Pues, por más bellas excusas que inventéis y aleguéis, Dios no os excusará. No habréis hecho por vuestro hijo lo que debíais, lo que podíais hacer.

Supongamos, empero, que no le mandáis á ninguna de esas casas de perdición, sino que os lo guardáis en la vuestra, le dais un preceptor privado, y este preceptor ¿le habéis escogido entre mil? Fijaos en lo que digo: entre mil.

Por último: concedamos que el preceptor sea excelente. ¿Creeréis que con eso está hecho todo y que vuestro hijo no ha menester más socorros? Y, para ceñirme aquí á una de las más apremiantes necesidades, ¿creéis que su piedad se sostendrá de suerte que preserve el corazón de todas las dañosas impresiones de dentro y de fuera, de todos los lazos que, aun en las

casas mejor guardadas, asedian la inocencia del niño, si á esta naciente y flaca piedad no le dais el necesario apoyo de una sólida instrucción cristiana, y el de los Sacramentos?

Mas acaece que pronto, muy pronto, por indicios, ¡ay! sobrado ciertos, concebís no sé qué inquietudes. Venís á buscarnos, á confiarnos vuestras zozobras, vuestros pesares, vuestras lágrimas, á pedirnos consejo: ¿estáis resueltos á seguir esos consejos? Casi nunca se puede lograr de los padres esta determinación. Se les propone por necesidad en casos parecidos el indispensable socorro de la confesión regular y frecuente.—Pero ¡si es que no se puede! Habría que descontentar al señor maestro; habría que perder alguna lección: y eso, ya se ve... no puede ser! — Sí, ya se ve que V. no lo quiere; y sin embargo, V. quiere que su hijo se salve: ¿no es así? Pues, quiere V. lo que no puede ser...

Voy á decírselo á las madres que han menester oirlo bien: VV. nos mandan á sus hijos al confesionario una, dos, tres veces, y con raros y muy largos intervalos: y ¡vamos! ¿qué quieren ustedes que hagamos nosotros? ¿Se figuran ustedes por ventura que aun entre personas de edad madura, y con mayoría de razón tratándose de niños, se pueden curar aquellos hábitos sino es por la confesión *frecuente, frequentísima*? Y, sin embargo, no faltan padres que aseguran, y si á mano viene, se alaban con decir: ¡Oh! Pues ¡si mi hijo se confiesa con don Fulano, que es un santo—si los hay en la Iglesia!..—Está bien: pero yo le digo á usted que con esas maneras de dirigir á su hijo, ni un santo de la corte celestial, haría cosa de provecho.

Si usted quiere que ese santo consiga resultados prác-

ticos y positivos, ponga usted empeño en mandárselo frecuente y regularmente; y procure inducir al hijo á que practique con docilidad todo cuanto el confesor le indicare.

Perdóneseme esta viveza y acritud de lenguaje; véome como arrastrado á hablar así por recuerdos antiguos, pero siempre presentes, de lo que he visto, efecto de la ceguera é inconsecuencia de ciertos padres acerca de este punto tan trascendental. No podría yo decir con la eficacia que conviene, cuán necesaria es la continua, atenta, firme y severa solicitud de los padres, para preservar los jóvenes del mal que de continuo los cerca y los embiste por todas partes.

Resumamos. Desde la más tierna edad hay que preocuparse en serio por el niño, y hay que velar sobre él; y estas precauciones deben llegar hasta los últimos pormenores: como son, manera de vestirse, cuidados necesarios para desviar de él todo lo que no sea rigurosamente conforme á la modestia, vigilancia para inspirarle hábitos de pudor y de respeto: al propio tiempo es menester alejar de sus ojos y de sus oídos, todo lo que pudiera servirle de peligro; desterrar en absoluto del hogar doméstico toda palabra libre, todo gesto desenvuelto, cualquier libro ú objeto escandaloso; vigilar mucho, en fin, sobre todo lo que le rodea, y sobre las personas que á él se juntan y tratan con él: domésticos, compañeros, parientes, y aun hermanos y hermanas. Todas estas solicitudes son necesarias para salvar los niños, y poder presentarlos puros é inocentes á los maestros que han de encargarse de proseguir la obra de la familia. En fin, cuando se hace necesario ponerle en colegio ó encomendarle á un maestro, hay que ser severo, severísimo en la elección, y no aflojar nunca jamás en la vigilancia.

CAPÍTULO XVI

Curiosidad,—ligereza.—Tercer principio de defectos en el hombre y en el niño.

Terribles vicios son el orgullo y la molicie, y hay que atacarlos de frente y domarlos con firmeza. Cuando un alma es capaz de esta lucha, por muy hondamente arraigados que estén sus vicios, no hay que desesperar: los esfuerzos del pedagogo hallan feliz correspondencia en el alma de aquél á quien educa; la obra de la educación es todavía posible. Mas lo que por extraordinaria manera la compromete, lo que le acarrea uno de los obstáculos — estaba por decir — más desesperantes, lo que torna con frecuencia inútiles los más hábiles maestros y los cuidados más solícitos y generosos, es otro tercero malhadado defecto que hace que todo resbale sobre el niño, y que nada cale y penetre en su alma; hablo de la *ligereza*, hija de ese otro vicio capital, llamado por el Apóstol: concupiscencia de los ojos, *concupiscentia oculorum*.

La concupiscencia de los ojos se halla también en el niño, como en el hombre mismo, pero reviste particulares y distintas formas en el uno que en el otro. En el niño es señaladamente la ligereza, la disipación, la curiosidad distraída y atolondrada. Ahora bien, alma ligera, disipada, curiosa, abierta por sus cuatro

ticos y positivos, ponga usted empeño en mandárselo frecuente y regularmente; y procure inducir al hijo á que practique con docilidad todo cuanto el confesor le indicare.

Perdóneseme esta viveza y acritud de lenguaje; véome como arrastrado á hablar así por recuerdos antiguos, pero siempre presentes, de lo que he visto, efecto de la ceguera é inconsecuencia de ciertos padres acerca de este punto tan trascendental. No podría yo decir con la eficacia que conviene, cuán necesaria es la continua, atenta, firme y severa solicitud de los padres, para preservar los jóvenes del mal que de continuo los cerca y los embiste por todas partes.

Resumamos. Desde la más tierna edad hay que preocuparse en serio por el niño, y hay que velar sobre él; y estas precauciones deben llegar hasta los últimos pormenores: como son, manera de vestirse, cuidados necesarios para desviar de él todo lo que no sea rigurosamente conforme á la modestia, vigilancia para inspirarle hábitos de pudor y de respeto: al propio tiempo es menester alejar de sus ojos y de sus oídos, todo lo que pudiera servirle de peligro; desterrar en absoluto del hogar doméstico toda palabra libre, todo gesto desenvuelto, cualquier libro ú objeto escandaloso; vigilar mucho, en fin, sobre todo lo que le rodea, y sobre las personas que á él se juntan y tratan con él: domésticos, compañeros, parientes, y aun hermanos y hermanas. Todas estas solicitudes son necesarias para salvar los niños, y poder presentarlos puros é inocentes á los maestros que han de encargarse de proseguir la obra de la familia. En fin, cuando se hace necesario ponerle en colegio ó encomendarle á un maestro, hay que ser severo, severísimo en la elección, y no aflojar nunca jamás en la vigilancia.

CAPÍTULO XVI

Curiosidad,—ligereza.—Tercer principio de defectos en el hombre y en el niño.

Terribles vicios son el orgullo y la molicie, y hay que atacarlos de frente y domarlos con firmeza. Cuando un alma es capaz de esta lucha, por muy hondamente arraigados que estén sus vicios, no hay que desesperar: los esfuerzos del pedagogo hallan feliz correspondencia en el alma de aquél á quien educa; la obra de la educación es todavía posible. Mas lo que por extraordinaria manera la compromete, lo que le acarrea uno de los obstáculos — estaba por decir — más desesperantes, lo que torna con frecuencia inútiles los más hábiles maestros y los cuidados más solícitos y generosos, es otro tercero malhadado defecto que hace que todo resbale sobre el niño, y que nada cale y penetre en su alma; hablo de la *ligereza*, hija de ese otro vicio capital, llamado por el Apóstol: concupiscencia de los ojos, *concupiscentia oculorum*.

La concupiscencia de los ojos se halla también en el niño, como en el hombre mismo, pero reviste particulares y distintas formas en el uno que en el otro. En el niño es señaladamente la ligereza, la disipación, la curiosidad distraída y atolondrada. Ahora bien, alma ligera, disipada, curiosa, abierta por sus cuatro

costados, lo deja perder todo y no retiene cosa ninguna: ni en ella ni con ella es posible obra ninguna seria.

Yo he tenido que luchar de especialísima manera contra este defecto: harto me lo sé yo cuántas dificultades opone á la Educación, y he tenido que combatirlo á la vez en los niños y en los maestros.

Cierto año tuve yo, en uno de los Seminarios que he dirigido, entre varios otros excelentes profesores, algunos jóvenes, buenos, sí, pero muy mozos en edad y no ancianos en carácter, ligeros para sí y para con sus alumnos, ligeros de entendimiento y de corazón, que no habían comprendido lo suficiente la grandeza de su misión, ni toda la importancia de sus obligaciones.

Tenía también alumnos del mismo temple, que nada tomaban en serio, ni en su Educación ni en su vida. Por un instante pude temer que se introdujera en casa el espíritu de ligereza: y entonces habíamos dado al traste con todo.

Juzgué, pues, obligación mía insistir sobre este vicio capital y hacer en esta materia varias pláticas, al alcance de cuantos habían necesidad de escucharme, en las cuales pláticas me esforcé por hacerles comprender las miserias y los peligros que acarrea la ligereza.

Importa, pero muchísimo, que lo sepan bien los niños: este defecto, á su edad el más común, y también el más excusado, no es por eso menos fatal; y si persiste, si no se le combate, puede arruinar no sólo la niñez, sino también la vida entera.

Mucho más todavía conviene que, por su parte, los encargados de obra tan grave como es la Educación,

comprendan sus incompatibilidades con la ligereza de espíritu y de carácter y con la gravedad y la seriedad que exige.

Añadiré, por fin, cuánto conviene que también los padres entiendan toda la madurez que esta dignidad de padre y madre reclaman en los que la llevan, y que tan honrosa aureola no puede reposar segura sobre cabezas ligeras.

I

Digo, pues, que en el niño hay una especie de curiosidad ávida é inquieta, que á todo abre sus ojos y sus deseos, la cual está exactamente caracterizada con el nombre de *concupiscentia oculorum*.

Es el abrirse los ojos á todo lo que de afuera nos atrae y nos seduce; es la ligereza, la propensión indiscreta y sin freno á verlo todo, á conocerlo todo, á gozar de todo: es una curiosidad desapoderada, lo mismo para lo malo que para lo bueno, una apasionada codicia: por ahí es por donde este vicio entra de lleno en los dominios del amor al placer: con razón dicen los moralistas que la concupiscencia de los ojos toca muy de cerca en las lindes de la concupiscencia de la carne.

¿Quién no lo ha observado? Aun entre los más inocentes niños, el amor á la disipación y al placer es de ordinario vivísimo y ardiente, quieren verlo todo, palparlo todo.

Este amor al placer y al goce, se delata desde luego en el amor al juego, en la pasión por las diversiones y por los pasatiempos, que á veces llega á ser en ellos fu-

ror. Este es el primero y más cierto peligro, y es necesario de toda necesidad percatarse contra él. Pero lo más terrible es el placer de los ojos y la pasión de verlo todo; el placer de los oídos y la comezón de oirlo todo; el placer del gusto y el ansia de probarlo todo. Peligrosísimo es para el niño y para el joven, dejar de esta suerte su alma no tan sólo accesible á todas las seducciones, sino que también apasionada por ellas. A cierta edad sobre todo, cuando el hombre principia á iniciarse en los secretos de la vida, si el joven no vela con severa atención sobre sí mismo, puede el amor de las cosas visibles hacer penetrar en su corazón mil tiranuelos tan viles como impetuosos.

Desde aquel fatal entonces habrá perdido el dominio sobre sí mismo, hallaráse como desposeído de su propia alma, y se verá arrastrado por un torbellino de ilusiones, cuyo juguete no dejará de ser más que para caer en horrible vacío; tras de lo cual, virtud, deber, trabajo, carrera, todo, absolutamente todo, habrá sido vilmente sacrificado.

Esta desenfrenada codicia, esta avidez de verlo todo; este gusto, este hábito de lanzarse siempre al exterior, engendra muy de ordinario una movilidad sin límites, una eterna disipación, que se lleva los momentos, las horas, los días, toda la vida del joven. Este amor al placer, como sea algo más que la necesidad de estar siempre en movimiento, según acaece con los niños, — si no se convierte en fuente manantial de todos los vicios, será, comúnmente hablando, su puerta y su entrada. «Franquea el alma — según dice Fenelón — á todos los ataques del enemigo, y la deja como plaza desmantelada.»

• Como este defecto no tenga por contrapeso cierto

fondo de razón formal y seria; como no sea pura debilidad de los tiernos años, que desaparecerá con éstos, sino más bien vicio inherente á la naturaleza y al carácter, yo aseguro que ha de constituir un defecto por todo extremo formidable.

No es ésa — harlo lo sé, para mi desventura — no es ésa la idea que comúnmente nos formamos de ella: á veces muchos se equivocan en este punto, y muy lastimosamente por cierto.

Como que parece ser más bien defecto de la edad que no del niño, y como que con frecuencia acompaña cualidades apreciabilísimas y brillantes, se espera que pasará; y en espera de esto, se lo excusa, y se forjan mil ilusiones acerca de sus fatales consecuencias.

Cierto que no pensaba así Fenelón al afirmar que la ligereza extingue toda piedad, hace incapaz de cualquier trabajo serio y disipa todo linaje de virtud.

En cuanto á mí, confieso que pocos vicios conozco más perjudiciales, y que mayor necesidad tengan de ser combatidos en serio: cuando la ligereza se torna en hábito, opino yo que es uno de los más terribles obstáculos para la Educación, y á veces la ruina de toda la vida.

La verdad es que tratándose de seres ligeros, ni con ellos ni por ellos se puede hacer cosa de provecho.

Quede bien asentado que yo distingo las insignificantes prontitudes, propias de la juventud, de ese otro esencial y fundamental defecto que aquí llamamos *ligereza*. La ligereza, así entendida, es cosa tan grave, á mi modo de ver, que si se permitiera decir que hay niños incapaces de Educación, dijera yo sin vacilar que lo son los niños ligeros.—Y ¿cómo quiere usted

educar esos naturales? Todo el trabajo de la Educación, los más hábiles cuidados, se estrellan y se arruinan ante este malhadado defecto, que según deo ya dicho, hace que todo resbale por la superficie y que nada penetre hasta el fondo. ¿Qué digo hasta el fondo? ¡Si aquí no hay fondo ni cosa que lo valga! Un alma ligera es alma abierta por sus cuatro costados, por ningún lado cerrada: le falta fondo. Es en vano que depositéis en ella las cosas mejores: es un harnero...; todo se cuele por ella; allí no se queda nada. El niño ligero no retiene nada, ni sabe nada, ni escucha nada: y ¿qué queréis que hagamos con niños así?

No sucede lo propio con los otros defectos. Se los puede atacar de frente y se los puede domar mediante la lucha, por más que habrá de ser reñida y desigual. Al orgullo se le humilla, se le transforma, á veces hasta se lo llega á convertir en poderosa palanca para el bien. Si en el corazón arraigó la molicie, puede serla combatir: pero un alma ligera, voluble, inconstante, tornadiza, no es — por así decirlo — insecuestrable, incapaz de ser cogida?

Ahí tenéis el por qué se hace tan terrible la ligereza, y por qué compromete tan peligrosamente la Educación, como se la descuide y se la deje arraigar en el corazón. Con ella, en efecto, es punto menos que imposible la más mínima correspondencia por parte del niño á los más nobles empeños; vuestros más heroicos esfuerzos resultarán estériles.

La desatención, la irreflexión, la inconstancia, el atolondramiento é irreflexión en todo y para todo, son deplorables secuelas de aquel funesto defecto.

¿Quién no ha caído en la cuenta de lo prodigiosamente disparatada que es la conducta de los tales ni-

ños ligeros? A cada paso le vemos ofreciéndonos el triste espectáculo de las más pasmosas mudanzas, de los cambios más bruscos é inesperados.

Hoy bueno, mañana malo; hoy discreto y aplicado, mañana reprimido por su disipación; hoy fervoroso, mañana tibio y flojo; hoy en el cielo, mañana quizás en los infiernos.

Hay ciertas épocas del año en las que la atmósfera es inconstante y el tiempo variable: cambia el viento veinte veces al día; á la lluvia le sigue de pronto el sol, después asoman las nubes; no se sabe qué pronosticar de tales tiempos: aquí falla la más consumada experiencia. Lo propio sucede con el niño, con el hombre ligero; jamás se puede saber en el instante de ahora lo que será ni lo que hará en el momento después. Hace unos minutos estaba loco de contento, vedle ahora triste y sombrío, como cielo nublado: ¿qué le pasa? No sé qué pensamiento cruza por su cabeza: ved esa nube en su frente; pronto estallará el trueno, seguido de lluvia torrencial: mas no hagáis gran caso que digamos; porque dicha emoción pasará presto; en un alma ligera no hay nada que sea duradero ni profundo; al instante después lo veréis saltando de contento.

Una pobre alma dominada por la curiosidad, por la ligereza, es cabal y puntualmente como las olas de la mar, agitada por todos los vientos. Sin esfuerzo se con-

cibe que con tales almas no es posible nada fijo, nada serio. Allí no puede prender ningún germen de virtud, ningún principio salvador, y no es solamente tierra mollar, arena movediza: es la movilidad de la ola.

Plantad un árbol en la mar: de seguro que ni arraigará ni mucho menos dará fruto.

Fatal para el estudio, fatal para la virtud, fatal para el porvenir, es la ligereza de la niñez, que ninguna inquietud os causa á vosotros, padres ó maestros imprudentes, y que aun quizás vosotros mismos encontráis amable y merecedora de indulgencia.

Pretendéis obligar á estudiar á un niño ligero: ¡vano empeño! ¿qué progresos queréis que haga? Ni escucha, ni reflexiona, ni toma con interés nada, ni retiene cosa ninguna; todas vuestras explicaciones, vuestras lecciones todas, para él... como si escribierais en el agua.

Y ¿qué progreso hará en la virtud? La virtud es firmeza, es constancia; y esos naturales son incapaces de esfuerzos, y sobre todo de esfuerzos perseverantes. Su virtud — si alguna tienen — va por ímpetus y acometidas. Pueden tener arranques hacia lo bueno; pero muy presto caen en la movilidad y en la vulgaridad de su habitual conducta. Sus buenas resoluciones no se sostienen en pie: se desvanecen á la primera ocasión. La virtud reside en el alma, en las profundidades de la voluntad; pero, si hemos de creer á la palabra del Evangelio, en el niño ligero, todo se queda en la superficie, no hay nada que arraigue en el corazón: *Non habet radicem, sed est temporaneus*: no tiene raíz alguna, y todo en él es efímero.

Pero también es formidable y debe preocuparnos el riesgo de perderse que corren esas almas ligeras: ¡cuántos dones de Dios dilapidados! ¡cuánta gracia, cuántos talentos, cuántos medios naturales y sobrenaturales despilfarrados!

A estas desgraciadas naturalezas deben aplicarse las palabras de San Bernardo, que los llamaba: «Vasos agujereados, que todo lo dejan escapar.»

¿Qué porvenir serio se pueden preparar con estas

pésimas condiciones! y ¡cuán doloroso es ver á estos pobres niños marchar con la sonrisa en los labios, y con no sé qué insolente alegría en el corazón, marchar á la perdición de su vida, y quizás también de su eterno porvenir!...

¡Ahl te ríes, te guaseas sin cesar, desgraciado jovencillo, abusando de las más felices disposiciones, perdiendo todos los días el tiempo precioso de tu vida en frivolidades, en bagatelas, cuando no en verdaderas faltas! Y entre tanto se malogra tu educación, tus defectos se robustecen de cada día más, se pierden tus virtudes, extingúese tu piedad, cesan las divinas gracias, el tiempo huye, el reino de Dios se te escapa de entre las manos...! y ¿á dónde vas á parar?

Dios, empero, tenía particulares designios sobre ti; quizás te había dado elevada vocación: ¿y qué ha sido de ella? ¡Ahl te ríes...: pero yo lloro; lloro por el abuso de los dones de Dios, por la dilapidación de las divinas gracias, por el lastimoso rebajamiento moral de tu alma y de tu vida: lloro por ver un hombre perdido. Si; tú habrías podido ser hombre cabal, obrero de Dios en la sociedad ó en la Iglesia; y ahora no serás en toda tu vida más que un ser inútil, vano, vulgar, una nulidad, ó cuando mucho una medianía infecunda y estéril. ¡Ayl! ¡harás bancarrota á Dios y á ti mismo!... ¿puede haber desgracia mayor en el mundo?

II

El gran mal de los jóvenes consiste en no poner casi nunca ante sus ojos la edad madura; en no pensar que un día habrán de ser hombres y que el

hombre deberá sufrir durante mucho tiempo, quizás para siempre, las faltas de su niñez: y la gran culpa de los padres y de los maestros consiste en no mostrar á los jóvenes el porvenir, la vida, con su aspecto serio y formal, con sus trabajos, deberes y peligros.

Dicen algunos: La ligereza no tiene más que una época: la niñez; ya pasará, es cuestión de paciencia: ¡aguardemos!...—Convenimos en que la ligereza es principalmente defecto de la niñez; creemos que en poniéndose á trabajar desde luego contra ella, se la puede corregir, y que la edad nos ayudará mucho en esta empresa: mas la edad por sí sola no la corregirá. La ligereza, cuando en ella no se pone seriamente la mano, se robustece por el hábito, se torna segunda naturaleza, y entonces va con el hombre á través de la vida, sin que el infeliz logre ya librarse de ella. El niño ligero, como no se corrija en la niñez, ligero será también de hombre, y más incorregible todavía: difícilmente podréis hallar cosa más desgraciada que un niño así.

Porque, veamos: ¿qué es un hombre ligero? ¿es hombre bien educado? ¿es ni siquiera hombre? ¿merece que se le aplique tan honroso dictado? Demos que sea magistrado, sacerdote, padre de familias: si le suponéis en eterna inconstancia y movilidad continua, si no se fija en cosa ninguna, antes á cada paso muda de sentir y de obrar; si no es constante más que en ser voluble, ni parece ser una sola y única persona; si no es mañana lo que fué la vispera, ¿qué digo? si varía á cada hora, á cada momento, ¿quién podrá contar con él para nada?

Bien, pues: hay hombres que son así toda la vida, porque de niños se quedaron así: desatentos, irreflexivos, caprichosos, volubles, sin fijeza ni constan-

cia; semejantes á la hoja llevada y traída por el viento, ó al pájaro que se mece al impulso de sus caprichosas alas.

Ahora pregunto yo: ¿esos, son hombres? Y cuenta que la ligereza después de haber frustrado la Educación, puede dar al través con la vida entera: y eso ¿es cosa para descuidada? ó más bien, ¿no es uno de los riesgos más amenazadores y de más fatales consecuencias para toda la vida?

Porque, en resumidas cuentas, ¿qué es una vida como ésa? ¿quién la gobierna? ¿gobierna, acaso, su vida el hombre ligero? No por cierto, sino que es gobernado de afuera, por las cosas exteriores, por los mil y un incidentes que lleva consigo cada hora: mejor dicho, no es gobernada, sino arrastrada, traída y llevada al azar; un hombre así—lo diré aun á riesgo de repetirme—es juguete vil de las personas y de los acontecimientos; hásele comparado, y no sin razón, á un muñeco que se agita á merced de no sé qué hilillo oculto movido por extraña mano.

¿Qué dignidad y qué honor puede haber ahí? ¿dónde está la gravedad, dónde la seriedad, dónde la serenidad, dónde la firmeza? ¿dónde están las áncoras, dónde el gobernalle? ¿qué cosa de provecho se puede lograr con tales hombres? Contar con él, fundar algo sobre él, es contar con el viento, es fundar sobre el agua ó sobre la arena; tenerle á él mismo en algo, pedirle reflexión, previsión, consecuencia, voluntad firme, cualquiera especie de perseverancia, será tomarle por hombre formal, y él... ¡qué desgracial es niño y nada más que niño...

En cierto pasaje nos habla la Escritura santa de un niño de cien años: *Puer centum annorum*. Sí, es cierto,

hay hombres que, aun en edad muy avanzada, aun peinando canas—como vulgarmente dicen—no han salido de niños, se quedan siempre niños, por la ligereza, por la irreflexión, movilidad, caprichos, debilidad é inconstancia de su carácter: *Puer centum annorum*. Pero escuchad esta espantosa palabra que añade la Escritura: *Puer centum annorum* PERIBIT: el niño de cien años PERECERÁ.

Sí, perecerá; los peligros á que expone la ligereza de carácter son espantosos é incontables: peligros para la honra y la dignidad de la vida; peligros para el alma; peligros para sí, peligros para los otros, si tienen cargo de aconsejar ó de guiar á otros. El hombre ligero no aprecia cosa ninguna en su justo valor; trata ligeramente lo más grave, lo más santo; se chancea, se ríe neciamente de todo.

¡Ved! él acaba de ridiculizar á tal hombre, de remedar tal acción, de parodiar tal ó cual virtud. ¿Sabía por ventura lo que hacía y lo que decía? No; sin embargo, lo ha dicho y lo ha hecho. Ha dado al aire su palabreja satírica, ó aquella burlita ó aquel otro sarcasmo: ¿previó, por ventura, el alcance de las mismas? ¿sabe acaso que quizás esa palabrilla, como acerado dardo, va á herir un corazón á quien ama, á desacreditar una persona á quien estima, á comprometer una obra en la que se interesa,—¿quién sabe?—quizás á escandalizar y á perder un alma redimida con la sangre de Cristo?... No, ni siquiera pensó en ello; más entre tanto, la palabra dicha se está, y el estrago hecho queda...

¡Qué de perjuicios y desgracias se ven en el mundo, consecuencia de la irreflexión y de la ligereza! Quizás se dirá: «¡Si no había pensado!...» ¡Donosa excusal

¡Precisamente ahí está el mall... ¡de eso nos quejamos!... ¿Que por ventura no hay que pensar en las cosas? ¿qué es el hombre que de nada se cuida? y ¿para qué le ha dado Dios la inteligencia, la razón y la reflexión?

No es preciso que la ligereza esté puesta á servicio de la maldad, para que sea desastrosa; puede encontrarse en almas por otro lado buenas, pero en esas mismas traba, paraliza y arruina los mejores dones; y cuando se atraviesan de por medio asuntos de importancia, ó cosas tiernas y puras, afectos dulces y delicados, es lo más lamentable y lo más doloroso que pueda darse.

De ligerezas, que en el fondo muchas veces no tienen malicia, ¡originase cierto espíritu guasón y bromista, que estorba la atención seria y la profunda penetración del alma, cuando se trata de cosas que han menester ser sentidas y profundamente consideradas. He dicho que á veces la ligereza no tiene malicia, pero me equivoco; porque esta ligereza por necesidad acusa defecto en el corazón. Otro corazón mejor, otra alma más firme, más elevada, no tendría semejantes ligerezas.

Jamás, jamás puede uno asegurarse en la palabra de una persona ligera: á cada instante se debe temblar de verle cometer alguna solemne necedad. Hombres de ese jaez cometen con la mayor frescura cualquier insensatez. La irreflexión, la precipitación, un momento de buen humor, un capricho, un arrebato le impelen de improviso á resoluciones indiscretas é imprudentes, cuyas consecuencias no ha calculado, hasta que más tarde se da cuenta de que se ha temerariamente enmarañado, de que ha tomado mal derrotero, de que ha dado un paso en falso: lo ve, mas no tiene

ánimos para salir de allí; el mal ya está hecho. Pasaba por buen sacerdote y un momento de olvido bastó para hacerle perder su reputación y prestigio, los frutos de su ministerio, la pública confianza. Hubiera sido preciso reflexionar, calcular, prever: ¿hasta dónde llegará esta palabra, dónde me conducirá este paso que voy á dar, estas relaciones, aquella amistad, esotra familiaridad, este hábito que voy contrayendo?.. Pero la máxima de la antigua sabiduría: *In omnibus respice finem*, parece no existir para las almas ligeras; incapaces de reflexión, como también de previsión, lo mismo que de imponerse el más ligero sacrificio, caminan á la ventura, siguen cualquier impulso, se rinden á cualquier capricho de su albedrío, á cualquier seducción, á cualquier embriaguez de gozo; y los veréis amontonando imprudencias sobre imprudencias, temeridades sobre temeridades, locuras sobre locuras. Diríase del insensato que está como jugueteando y saltando sobre el borde del precipicio, ó que se balancea sobre un columpio suspendido por un hilito á la boca del abismo. Ardoroso ímpetu parece levantarlo hasta el cielo: de repente cae por su propio peso y se despeña en el abismo; este peligroso juego no podía durar mucho tiempo. Se le fué la cabeza; cayó... ¡ah! y ¡en qué sima! Esa es la historia de un sinnúmero de jóvenes y de hombres.

¿Confiasteis algún asunto serio y grave á un hombre ligero? ¡Todo lo podéis temer! De seguro que lo comprometerá con mil y una inadvertencias, é infaliblemente lo sacará mal. El hombre ligero no sabe qué cosa sean responsabilidades; no sabe conocer el interés que exigen los asuntos que se le han encomendado; y, en lugar de sacrificar á aquel negocio serio que debe

llevar á cabo otras muchísimas cosas que importan menos, sacrificará á cosas inútiles y vanas el más serio negocio que se haya puesto en sus manos. ¡Ah! el hombre formal, el hombre que comprende el alcance de las cosas, y las trata según su importancia reclama; el hombre que sabe lo que es tener una comisión ó mandato, lo que es haber hecho confianza de él, y cuánta discreción, y cuánta atención, y cuánta diligencia y á las veces cuántos y cuán costosos sacrificios reclaman los supremos intereses de la vida, ese sí, ese sí que es hombre con quien podemos contar: pero no contéis jamás con un alma ligera, que no sabe dar á las cosas la importancia que se merecen, ni sabe tratarlas con la discreción, ni con la delicadeza, ni con la aplicación, ni con la prontitud, ni con la constancia y sacrificio que se merecen.

Pues ya si el hombre ligero se mete á guiar á otros, ¡aquí del más espantoso y funestísimo cataclismo! Y acontece por desgracia que los hombres dominados por este carácter, á consecuencia de su misma ligereza y del hábito que tienen de no mirar el lado serio de las cosas, de no pesar la gravedad de sus deberes, incapaces como son de conducirse ellos mismos, tienen, no obstante, la locura de entrometerse á guías de los demás, aconsejando resuelta y categóricamente como *ex cathedra* con tono decisivo, y con tan soberano aplomo como supina ignorancia, tomando en sus manos el timón sin desconfiar de sí mismos, y sin que ni siquiera se les ocurra dudar ó consultar ante las dificultades. ¡Vaya unos guías! ¡Bravos conductores!... ¡Desdichada — dice la Escritura Santa, — desdichada ciudad la que tenga por rey á un niño: *Væ civitate cujus rex puer est!*

Es un piloto insensato que, en lugar de consultar la brújula, consulta la veleta del navío; en lugar de dirigirse atendiendo al curso regular de los astros, mira los fuegos fatuos de la costa, y se regula por meteoros brillantes, pero irregulares y efímeros, que no pueden ahorrarle el sufrir tristísimo inevitable naufragio.

Y si esta ligereza se encontrara en persona encargada de dirigir almas, ¡cuánto mayor desgracia sería! ¡Ah! sépalo bien la juventud que aspira al sacerdocio, y los que están encargados de su Educación no les consentan ignorarlo: las ligerezas de la juventud acompañan al hombre durante toda su vida, y por todas partes, y á donde quiera que vaya las lleva consigo. El sacerdote, si nació con esta debilidad moral, y si de ella no le libró vigorosa Educación clerical, veráse dominado por la misma en el desempeño de sus funciones sacerdotales, en sus más delicadas relaciones con los hombres, y aun en ese formidable ministerio del que se ha dicho: *Ars artium, regimen animarum*. ¡Ay! ¡qué pastor y qué director de almas!

¡A dónde puede despeñarse la ligereza de carácter!

Y lo más terrible en hombres de esa índole es que ignoran ellos mismos el perjuicio que se causan á sí propios y el que ocasionan á los demás; ni sospechan siquiera las faltas que van acumulando, ni las desdichas que acarrearán á los demás. Por el deplorable hábito que se han formado de tratarlo todo ligeramente, incluso su propia alma, su misma conciencia, sus propios negocios y deberes, y de no reconcentrarse jamás, de no preguntarse seriamente á sí mismos el motivo y la razón precisa de sus actos, pueden hallarse delante de Dios en el más lamentable estado, cargados con terribles responsabilidades, aun sin ellos conocerlo.

También en la vida social pueden dejarse arrastrar á extremos fatalísimos, donde jamás hubieran querido ir, si desde un principio hubieran previsto las consecuencias. La ligereza es de ordinario el personaje engañado y el esclavo de la malicia ajena, que de ella se aprovecha para sus perversos fines; es el instrumento, pero instrumento culpable, más bien que causa primaria de los mismos crímenes. Se cree á veces que los infelices que vinieron á parar en graves escándalos, son siempre almas perversas y criminales: y no es así la verdad. Muchísimas veces no son más que almas débiles y ligeras, que se encontraron en circunstancias críticas, con pasiones ardorosas y por mortificar, ó que se vieron arrastradas por otro. En la aciaga y sangrienta revolución francesa, muchos crímenes de los más horripilantes hubieron por autores cabezas ligeras, dirigidas por monstruos. El peor de los caracteres es el no tener carácter.

Del hombre ligero se hace lo que se quiere, menos un sabio y un santo.

Por punto general, justo es decirlo, los hombres son más bien débiles que corrompidos; casi siempre tienen más ligereza que malicia. ¿Creéis que sin su funestísima ligereza, ese joven hubiera cometido aquella enorme falta? No; gracias á Dios, tiene buen corazón, tiene espíritu recto; pero no reflexionó, y por eso no pudo resistir. ¿Creéis también que este padre ó esotra madre de familia, aquel hombre honrado ó el otro magistrado ó sacerdote, á no ser por la irreflexión y la ligereza, hubieran caído en lamentable olvido de sí mismos y de sus sagrados deberes? No por cierto; jamás. ¡Funesta ligereza, pues, la que conduce los hombres allí donde no quisieran ir! ¡la que labra la ruina de las familias,

la infamia de la vida, el deshonor de la religión! ¡Funes- ta ligereza la que echa á perder más hombres que la mismísima maldad!

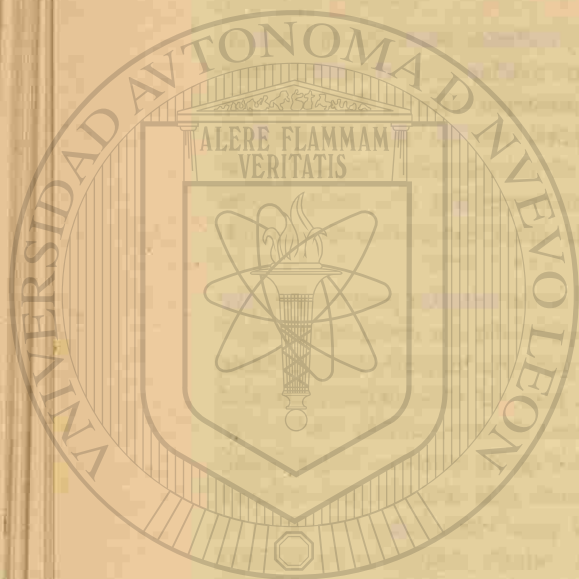
Porque — digámoslo sin rebozo — por ligera y superficial que sea un alma, hay en ella algo tristemente profundo: es la indestructible raíz de las tres pésimas concupiscencias. La ligereza puede cubrir las, y puede soterrarlas: pero allí están, y en un momento dado pueden brotar: así vemos tierras muelles y ligeras cubrir y ocultar bajo capa de engañosas y efímeras flores, inmundas cloacas ó abrasadores volcanes.

Cueste lo que costare este formidable riesgo se debe conjurar, por medio de la Educación; débenlo señalar con el dedo y combatirlo por todas maneras aquellos que tienen á cargo educar hombres para la sociedad y para la Iglesia. Por eso, y por cien otras razones, es conveniente, es necesaria de toda necesidad la regla, la disciplina en cualquier casa de Educación; porque la regla es la que fija las naturalezas volubles, la que las acostumbra al trabajo y al esfuerzo, la que las obliga á estudiarse y á vencerse, la que les da orden, consecuencia, constancia, seriedad y tino. Pero, aun más que la regla, son por maravillosa manera eficaces el fervor y la piedad cristiana. Efectivamente, la sólida piedad comunica á las almas ligeras hábitos poderosos á contrabalancear y á neutralizar si no del todo, cuando menos en parte, aquel pernicioso defecto; porque la piedad engendra en el corazón hábitos de reflexión y de mortificación. Con las ideas serias que inspira la sincera práctica de la piedad cristiana, y, merced á los esfuerzos que comunica y alienta, cólmense las dos grandes lagunas que consigo lleva toda alma ligera. Y he ahí cómo la piedad—habríamos

de cegar para no confesarlo — es en todo caso el mayor recurso que tiene la Educación: *Pietas ad omnia utilis est.*

Mas para emplear y sostener estos dos eficacísimos y valiosos medios, para ayudar á la constante observancia de la regla y mantener viva la fervorosa piedad, lo que más importa son los atentos, asiduos y paternales cuidados de los maestros. Porque si no se las sigue con atención, entregadas á sí propias, estas pobres naturalezas de niños, no medrarán absolutamente nada.

Y por otro lado, si se me autoriza para decirlo, aun hay otro motivo más particular que reclama estos especialísimos cuidados para con los niños ligeros. Están enfermos de peligro; pero su enfermedad tiene algo no tan repugnante como el altivo orgullo ó la vergonzosa sensualidad: esta clase de enfermos despierta más interés y se nos presenta más amable; más son para dolernos de ellos, que para vituperados con rigor; yo no sé qué tan tierno interés despiertan en mí esas almas que se van á su ruina alegres y como bromeándose. Prodíguenseles, pues, en hora buena los más afectuosos y constantes cuidados: y yo fío que estos cuidados no han de ser inútiles; muchísimas veces se tendrá el consuelo de palparlo ó de observar lo á ojos vistas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XVII

El niño: respeto debido á la libertad de su naturaleza.

Lo dije más arriba: el niño, por medio de su personal concurso y de una acción libre, espontánea, generosa, debe trabajar por sí mismo en la grandiosa obra de su Educación: es ley de la naturaleza y ley de la Providencia divina.

Tan necesario es este concurso de que hablamos, por parte del niño, que ninguna Educación puede prescindir de él, y jamás lograrán suplirlo ninguna industria, ninguna extrínseca energía, ningún instructor por hábil y trabajador que sea.

Por mucho que se esfuerce, jamás nadie educará á un niño sin el trabajo de éste, ó contra su voluntad. Hay que hacerle amar su propia Educación; hay que hacérsela trabajar á él mismo, y por sí mismo. El niño no es un ser pasivo y sin acción, no es un arbusto, una planta, no: es una criatura inteligente y moral. Más aún; paremos la atención en que la planta tiene de suyo fuerza de vegetación propia, y tiene savia y tiene germen y tiene raíces de vida. Sólo la madera muerta es la que se talla y se modela sin contemplarla poco ni mucho, sin consultarla, sin esperar nada de ella. El niño que educáis no es un leño muerto: es un ser

sublime, capaz de verdad y de virtud, de conocimiento y de amor: es una criatura activa, poderosa, soberana; dotada como está de conciencia y de libertad, debe obrar espontáneamente, debe desarrollarse á sí propia.

Esta acción, este concurso es esencialmente libre: se lo puede y aun se lo debe provocar, sostener y alentar pero nunca se lo debe contrariar, y tampoco se lo debe forzar.

Las hermosas y santas enseñanzas del Cristianismo sobre la libertad del hombre, acerca de sus nobles destinos y del respeto que le es debido, hallan aquí justa y cabal aplicación.

Y es así que el principio más activo en el niño, el más enérgico y el más fecundo para su Educación es la humana libertad; con una condición sin embargo: á saber, que sea respetada.

Respetada cual conviene, gobernada sin violencias, dirigida con tino y con acierto, la libertad, la acción personal del niño, viene á ser, bajo la dichosa influencia de la divina gracia y de la autoridad que á su Educación preside, el admirable resorte, el alma y la vida de toda la Educación.

En una palabra, como ya hemos tenido ocasión de decirlo, en la Educación, *lo que hace el instructor por sí mismo es poca cosa, lo que hace hacer es el todo*: pero entendámonos, quiero decir, lo que hace hacer libremente. Quien quiera que esto no haya comprendido, hágase cuenta que no entiende nada en punto á humana Educación.

La Educación del hijo de Luis XIV nos ofrece de ello triste y memorable ejemplo.

Grandes cosas, cosas admirables (1) hizo Bossuet para la Educación del Delfín; pero al joven no le obligó á hacer cosa ninguna, ni siquiera las más ordinarias: por eso aquella Educación fué nula.

Aquí, sin duda, no faltó el instructor al discípulo, si no que el discípulo faltó al instructor. El hijo de Luis XIV tenía naturaleza vulgar; crióse muy magníficamente: cuidados tan esmerados, cultura tan fuerte, le ahogaron. Bossuet era demasiado grande para él, y este grande hombre engañóse aquí por su mismo genio: trabajaba para la posteridad, mientras creía trabajar sólo para aquel niño. Si Bossuet hubiera tenido en su alma tanta flexibilidad y paciencia como grandeza y energía, se habría abajado hasta aquella débil inteligencia; le hubiera hecho hacer aquello de que era capaz: no fué así, y á la vista de todos están las consecuencias.

Frisaba en los cuarenta años: hijo de aquel rey de Francia á quien llamaban los emperadores de Alemania *el Rey* por antonomasia, y padre de un rey de España, el Delfín pasábase los días muertos, *clavada la cabeza en los codos, vagamente fijos sus ojos en una mesa ú otro objeto cualquiera, y tapándose los oídos*, según rezan las Memorias de su tiempo. Así había pasado su juventud bajo las enseñanzas de Bossuet. No había notado la presencia de aquel inmenso genio más que por el aburrimiento y malestar que producía en sus primeros años y en su flaca naturaleza. El maestro, genio potentísimo, no había hecho más que fatigarla y abatirla.

(1) Entre otras el *Discurso sobre la Historia Universal*; la *Política sagrada*, etc.

Más adelante, el gran siglo en el que brillan astros de primer orden, pasaba sobre la vida del Delfín, y él no lo advertía más que en la incomodidad y en la desazón de su fría y monótona existencia; y esta deplorable medianía acompañóle hasta el término de su obscura carrera.

Tal fué el resultado de una Educación, donde según expresión del Cardenal de Beausset, el maestro *lo era todo*, y el discípulo *no era nada*.

No hallaréis otro ejemplo que pruebe de manera más convincente lo que decíamos poco ha, y ahora lo volvemos á repetir: *que en la Educación lo que hace el maestro es muy poquita cosa; lo que hace obrar es el todo*: entendido siempre en el mismo sentido, *lo que hace obrar libremente*.

Sin duda que hay que reprimir el mal, pero nunca jamás hay que forzar ni constreñir violentamente hacia el bien: de lo contrario, aquello ya no sería bien. Moved, inclinad, exhortad al bien; pero no forcéis, no violentéis á practicarlo. En la Educación, como en otra cualquier cosa, la violencia daña al desenvolvimiento de la naturaleza, es decir, á la misma obra que se intenta realizar.

Si se logran tan pocas Educaciones prósperas es porque hay muy pocas que sean de verdad libres, espontáneas, generosas, como convendría que lo fueran.

No vacilo en afirmarlo: el gran mal de la Educación en Francia..., de cincuenta años á esta parte, está en que le falta libertad. Aquí no se respeta la libertad del niño: libertad intelectual, libertad moral..., todo ha sido forzado y profanado. La ley de la naturaleza y la ley de la Providencia son desconocidas por igual.

Pues ¿qué? ¿no hemos oído al presente siglo prego-

nar y erigir en principio la extraña aserción de que la niñez y la juventud francesas deberían ser vaciadas como en un molde, y batidas como monedas del mismo busto?

Ocasión he tenido ya de rebatir tan afflictivas palabras, y el funesto error que encierran, aun sin saberlo—creámoslo así—aquéllos mismos que las pronuncian; pero, voy á decirlo llanamente: cuanto más las medito, menos las entiendo, y más obscurecen á mis ojos lo que hay de noble, elevado, ideal, libre, delicado y divino en la obra de la Educación. Hallo que nuestra hermosa lengua francesa se resiste á la vulgaridad de aquella imagen. Y sin embargo, de cincuenta años á esta parte, ¿no es eso lo que se ensaya y aun con violencias se trata de implantar entre nosotros? Ni han sido desconocidas únicamente la libertad de las familias y sus primitivos é inalienables derechos (1), sino que también y muy principalmente la libertad y los sacratísimos derechos de la niñez.

En cuanto á mí, paladinamente lo declaro, mientras de lejos ó de cerca pueda ocuparme en la Educación de la juventud, siempre he de respetar la libertad humana en el más pequeño y despreciable niño; y, si cabe, con más religiosidad que en el hombre maduro: porque cuando menos éste sabría defenderla contra mí, empeño el niño ni lo sabe ni lo puede. Yo, jamás he de ultrajar la juventud hasta el punto de considerarla como materia que puedo vaciar en un molde para hacerla salir de allí con la marca que le quiera imprimir mi voluntad.

¡El niño!... ¡Si ya lo hemos visto! es el hombre mis-

(1) M. Guizot

mo, depositario de todos los dones, de todas las esperanzas, de todas las nacientes energías de la humanidad; revestido de toda la gracia, de toda la actividad, de toda la dignidad humana.

¡Esto es lo que hay que respetar!

—Pero ¡si es tan débil...—dicen algunos.—Estáis en gravísimo error; no conocéis al niño. Es más fuerte que vosotros, por más que parezca paradoja.—Todavía más: aun cuando fuera tan débil como decís, aun sería necesario, sería necesario ante todo y sobre todo respetar su debilidad.

Pero, ¡hay que respetar además su poder! que no es poca cosa. Este niño, débil y todo como es, puede venceros... Podéis pegarle, podéis abatirlo, aplastarlo; pero no queda vencido: vosotros lo quedáis; su voluntad, su alma os resisten invenciblemente: y ¡no habéis hecho nada!... como no sea una acción bárbara y estúpida.

Y el niño os aborrece, y os desprecia... Y ¿qué podréis hacer para impedir que os desprecie, que os aborrezca? Ya os oigo: me respondéis que tenéis el recurso de aborrecerle y de menospreciarle á vuestra vez... ¡Bravo recurso! Está bien; pero y con eso ¿qué ganáis? Y ¡aun quizá continuaréis educándole, halagado por el dinero del alumno ó de su familia! Si se educara de esta suerte toda la juventud de una nación ¿qué habría ganado el país?

Nunca vi más pujante desarrollo de fuerza moral que aquel que se muestra en débiles niños cuando se ponen en contra de los maestros que no saben más que reprimirlos con violencia. En medio de su sencillez y de su equidad natural, hay á veces en estas jóvenes almas abismos de menosprecio. A fe mía, entre todos los humanos desprecios, no hay otro para afrontar el cual tenga yo menos valor.

Luego de mi ordenación sacerdotal, dedícame la divina Providencia á la obra de la Educación: el primero y principal sentimiento que á la sazón me animaba en el desempeño de mis deberes para con los niños, era un vivísimo afecto hacia su tierna edad; no acertaba á encontrarme con un joven de doce años, sin experimentar involuntaria emoción, sin que me acudiera al pensamiento cuán feliz sería yo si fuera llamado á cultivar su inteligencia y su corazón, si pudiera enseñarle á amar á Dios y la virtud, si pudiera, sobre todo, prepararle á hacer su primera Comunión.

Hoy, después de veinticinco años que á esta obra llevo consagrados, cuando en el retiro de mi soledad me pongo á considerar cuál sea el sentimiento más profundo que de la misma he sacado, y que guardo en mi alma, como perfume celestial, descubro ser el sentimiento de respeto para con la niñez. Sí; durante estos dulces y trabajosos años, lo que principalmente aprendí fué á respetar la niñez. Más diré—y los que lean estas páginas, si bien las comprenden, no se maravillarán de lo que voy á decir:—aprendí á temerla.

El respeto que hoy me inspira un niño, sea quien fuere, — y entiendo que esta impresión quedará imborrable en mi alma, — es respeto religioso, mezclado de temor, á vista de estas jóvenes y poderosas criaturas, cuyas facultades son tan libres, tan fuertes, tan invencibles. ®

Este sentimiento ha llegado á ser en mí casi una debilidad de alma y de carácter. Pero no, me equivoco: aquí no hay sombra de debilidad. No puedo ver,—así es cierto,—no puedo ver un niño de tres años sin experimentar cierto miedo, sin reflexionar profundamente sobre él, sin pensar en que su voluntad es indepen-

diente de la mía: pues, en hecho de verdad, joven como es, puede querer sin mí, á pesar mío y contra mi voluntad. Se le puede matar: lo que no se puede es hacerle querer contra su voluntad. Pero, ¿qué es decir un niño de tres años? y ¿qué importan tres años más ó menos? Es mi naturaleza, es la vuestra, es la humanidad toda entera: es un ser superior, noble como vos y como yo, vuestro semejante y también mío, con poder igual al nuestro, con energías quizás superiores á las nuestras.

¡Ah! vosotros tenéis en nada á ese niño: él os halaga, jugáis con su naciente voluntad, le oprimís sin motivo ó condescendéis con él sin prudencia: pues ¡en ese terrible juego, tarde ó temprano habéis de salir vencidos, y entonces aprenderéis á costa vuestra cuán notable falta es tratar á un niño con ligereza y sin respeto, ó bien con dureza y sin amor. En cuanto á mí, puedo decir que no conozco desorden mayor, y con gusto volveré á repetir las palabras de un antiguo: *No hay ser más delicado y más sensible que el niño; no hay otro que convenga tratar con más miramientos y consideraciones.*

Las faltas y los errores en este particular pueden ser muchos, variados hasta lo infinito, insensibles, desconocidos y casi siempre irremediables.

Voy á probar si puedo señalar unas pocas.

Hay primeramente un escollo que precisa evitar, al cual escollo tanto más se aproxima uno cuanto más esfuerzos se hacen por alcanzar el fin á donde se pretende llegar. Sin linaje alguno de duda, la Educación es obra grandiosa, obra de mucha perfección; sin contradicción, en esta obra hay un tipo supremo cuya realización es preciso buscar: pero ahí precisamente está el mayor peligro.

No es lo más difícil hallar hermosas teorías, planes acabadísimos, reglas severísimas, y que encierran elevada perfección absoluta; pero, de puro perfectas, vienen á ser impracticables y dañosas. Lo esencial, aunque muy dificultoso de hallar, es el justo medio, la *sobriedad de perfección*, por hablar con San Pablo, sin la cual todas las teorías, todas las reglas carecen de sabiduría y de discreción.

Más necesario es no fatigar la debilidad del niño, que sacar de él todo el fruto que pueda llevar. Siempre será gran falta violentar la naturaleza, la cual resiste y se quiebra, ó bien cede y se debilita. A más de que la violencia de una perfección excesiva perjudica siempre á la fuerza real y al desarrollo del carácter, y el hombre llega á disgustarse pronto de aquello á que se ha visto forzado durante mucho tiempo y muy á su pesar. ¡Cuántas veces una hora de libertad destruyó la efímera obra de muchos años!

Dos maneras hay—igualmente perniciosas—de comprometer la naturaleza y depravar la niñez. Tanto se la puede triste y fatalmente echar á perder con la opresión como con los mimos.

No lo olviden los instructores de la juventud: con los niños la indulgencia raya siempre más cerca de la justicia que no la severidad: ¡ay! y eso es también verdad aun tratándose de hombres formados; porque si los niños son hombrecicos, los hombres—hay que confesarlo,—muy de ordinario no son más que niños. Cuando alguno se consagra á la tarea de educar, le es muy necesario inagotable fondo de indulgencia. Esta indulgencia es la equidad misma. Cada uno debe siempre—valiéndome de la expresión que usa nuestra Santa Madre Iglesia—ser concededor de su condición,

memor conditionis suæ. No olvidemos nunca lo que fuimos en aquella edad, pero ni siquiera lo que somos ahora en edad más avanzada.

Hay además principios sencillos y ciertos, fundamento de buena Educación, los cuales siempre seguirá quien se atenga á las lecciones de la experiencia y á las luces de sana filosofía. Pero por más que estos principios sean invariables, y por más que cualquier otra manera de educar la juventud, si de ellos se desvía, sea por necesidad viciosa, no menos es verdad que hay precisión de estudiar el natural de cada niño, lo que en él ha puesto la mano de la Providencia, sus gustos y sus diversas aptitudes.

No menos es verdad que hay que educar á cada uno para el estado al que fué llamado por Dios, y darle hábitos que un día le hagan sus deberes fáciles de cumplir.

Se ha dicho, y con muchísima razón, que así como en medicina no hay remedio universal, aplicable á todas las dolencias y á todas las constituciones, así tampoco la pedagogía puede dar reglas universales para todos los caracteres, sean los que fueren.

El gran principio que aquí lo domina todo y que todo lo esclarece, es que *la Educación debe seguir la naturaleza y ayudarla*; nunca jamás constreñirla, ni violentarla, ni forzarla: y ved por qué, aunque inmutable en sus principios supremos, la Educación debe variar hasta lo infinito su acción, sus medios y sus formas.

No hay cosa de que más deba huir la Educación, y á la que deba tener más horror que al tipo común, al molde donde violentamente se quieren vaciar todas las naturalezas.

¿En qué parte de nuestro globo, dice en cierto lugar Fenelón, hallaréis dos caras que se parezcan por completo? Pues las almas de los hombres no son menos diferentes unas de otras que lo son sus rostros. La Educación, puesta á servicio de la naturaleza, y cuya gloria es la de cooperar á la obra de la Providencia, no debe tener menos variedad que la naturaleza y que la Providencia misma en todo lo que realiza; debe acomodarse á las distintas naturalezas, tomar todas las formas que ofrecen las almas, y buscar, en los tesoros de su abnegación y de sus energías, medios para educarlas, medios para retocarlas cada día con nuevos divinos perfiles.

En suma, es la Educación obra de infinita variedad: nada se le acomoda menos que las miras restringidas y uniformes, las maneras rígidas, los planes inflexibles, los movimientos forzados.

Sus principios generales, sus grandes leyes sí que son invariables; pero las aplicaciones varían de continuo, y de ahí mismo arranca (trasladándonos á esfera superior) la perfección absoluta á que debe aspirar la Educación.

¡Cuántas veces lo decía yo á mis dignísimos colaboradores! una casa de Educación es inmensa esfera de actividad intelectual y moral. El centro es inmóvil; el fondo de los principios es inalterable: pero de ahí nace una acción de variedad infinita, que se extiende, se restringe, se modifica, se renueva según las varias naturalezas sobre las que se ejerce, cuyas formas todas parece tomar en el momento mismo en que se apodera de ellas para hacerlas semejantes al supremo prototipo.

No se apodera de aquellas naturalezas si no con la

condición de transformarse en ellas, como virtud, como preciosa esencia que toma las varias formas de los vasos que llena, sean de oro, sean de arcilla: mejor dicho, como la misma divina gracia (1), que sufre diversas transformaciones, según los corazones en los que Dios se digna derramarla.

La divina gracia penetra los vasos de arcilla, y á veces tórnalos en vasos de oro. En cuanto á los de hierro, los suaviza, los pule, los torna tan brillantes como sólidos: de todos procura hacer otros tantos vasos de honor (2).

Sea lo que fuere de estas imágenes de la Escritura Sagrada, lo cierto y positivo es que la Educación no puede llegar á modelar las almas conforme á la infinita variedad de naturalezas existentes, á no ser que todos estos resortes varíen continuamente de fuerza, de peso, de dimensiones, de forma, de medida y de acción: obrar de otra suerte es hacer sufrir al niño tortura física, intelectual y moral, y á veces hasta violencia religiosa, que pone profunda perturbación en sus facultades, altera é irrita su naturaleza, y llega no pocas veces hasta hacerle arrojar lejos de sí como incomportable carga, como inaguantable tiranía, todos los cuidados y atenciones de una Educación violenta y sin libertad.

(1) *Multiformis gratia Dei.* (SAN PABLO).

(2) *Vasa aurea... Vas in honorem.* (SAN PABLO).

CAPÍTULO XVIII

El niño: respeto debido á la libertad de su inteligencia.

Hay muchos importantísimos aspectos bajo los cuales sería menester estudiar la Educación y el respeto á la naturaleza debido. Probaré á demostrar por su orden cómo la *violencia intelectual*, la *violencia moral* y aun la *violencia física* son funestísimas á la Educación.

Y no se piense que sea la menos funesta la *violencia intelectual*: he visto de la misma consecuencias desastrosas, las cuales creo para mí un deber apuntar aquí.

He hablado ya de la culpable debilidad de los padres que no temen sacrificar á la blandura y á los cuidados físicos, la instrucción y aun la Educación moral de sus hijos. Véome precisado á señalar aquí otro defecto: me refiero á la orgullosa dureza de algunos padres, y á la odiosa codicia de un muy considerable número de instructores que, para coronar su nombre con la gloria de haber logrado los premios del concurso, ó con la honra de haber hecho exámenes brillantes condenan los pobres niños á un trabajo sin descanso de todo el día, cuan largo es, y de gran parte de la noche, durante meses enteros, haciendo sucumbir bajo el peso de no interrumpidas fatigas aquellos débiles cor-

condición de transformarse en ellas, como virtud, como preciosa esencia que toma las varias formas de los vasos que llena, sean de oro, sean de arcilla: mejor dicho, como la misma divina gracia (1), que sufre diversas transformaciones, según los corazones en los que Dios se digna derramarla.

La divina gracia penetra los vasos de arcilla, y á veces tórnalos en vasos de oro. En cuanto á los de hierro, los suaviza, los pule, los torna tan brillantes como sólidos: de todos procura hacer otros tantos vasos de honor (2).

Sea lo que fuere de estas imágenes de la Escritura Sagrada, lo cierto y positivo es que la Educación no puede llegar á modelar las almas conforme á la infinita variedad de naturalezas existentes, á no ser que todos estos resortes varíen continuamente de fuerza, de peso, de dimensiones, de forma, de medida y de acción: obrar de otra suerte es hacer sufrir al niño tortura física, intelectual y moral, y á veces hasta violencia religiosa, que pone profunda perturbación en sus facultades, altera é irrita su naturaleza, y llega no pocas veces hasta hacerle arrojar lejos de sí como incomportable carga, como inaguantable tiranía, todos los cuidados y atenciones de una Educación violenta y sin libertad.

(1) *Multiformis gratia Dei.* (SAN PABLO).

(2) *Vasa aurea... Vas in honorem.* (SAN PABLO).

CAPÍTULO XVIII

El niño: respeto debido á la libertad de su inteligencia.

Hay muchos importantísimos aspectos bajo los cuales sería menester estudiar la Educación y el respeto á la naturaleza debido. Probaré á demostrar por su orden cómo la *violencia intelectual*, la *violencia moral* y aun la *violencia física* son funestísimas á la Educación.

Y no se piense que sea la menos funesta la *violencia intelectual*: he visto de la misma consecuencias desastrosas, las cuales creo para mí un deber apuntar aquí.

He hablado ya de la culpable debilidad de los padres que no temen sacrificar á la blandura y á los cuidados físicos, la instrucción y aun la Educación moral de sus hijos. Véome precisado á señalar aquí otro defecto: me refiero á la orgullosa dureza de algunos padres, y á la odiosa codicia de un muy considerable número de instructores que, para coronar su nombre con la gloria de haber logrado los premios del concurso, ó con la honra de haber hecho exámenes brillantes condenan los pobres niños á un trabajo sin descanso de todo el día, cuan largo es, y de gran parte de la noche, durante meses enteros, haciendo sucumbir bajo el peso de no interrumpidas fatigas aquellos débiles cor-

pezuelos y aquellos órganos aun no consolidados por la naturaleza.

Jóvenes he visto, dotados por cierto de hermostísimo natural, á los cuales este exceso de trabajo, en edad muy tierna, había reducido á la impotencia y al idiotismo intelectuales para durante toda su vida.

Sobre este particular escribía Platón en su tiempo estas memorables palabras:

«Padres conozco que son en hecho de verdad enemigos de sus hijos: ambiciosos de verlos hacer rapidísimos progresos, y de que obtengan en todo extraordinaria superioridad, los recargan con trabajos forzados, cuyo peso los abruma; de ahí proviene el desaliento que les hace aborrecer los estudios. Las plantas con moderación regadas crecen fácilmente; pero el agua excesiva ahoga los gérmenes. Así el alma se nutre y se robustece con un trabajo sabiamente dirigido; pero el exceso la oprime y gasta sus facultades.»

Muy otros pensamientos tenía el padre de Blas Pascal, y muy diferente método seguía en la educación de su familia. Cuenta su hija Santiagueta Pascal, que su sabio padre, al educar á Blas, y al aplicarle al estudio, tenía por principio *mantener siempre á su hijo por encima de su trabajo*, ó sea nunca consentir que éste le abrumara.

Estúdiense en las Memorias de su tiempo lo que fué la Educación de Fenelón, de Bossuet, del gran Condé y de M. Olier, y se verá una admirable mezcla de vigor en el trabajo y de miramientos para con la debilidad de la tierna edad: hábil mezcla de prudencia y de ardor, de grave condescendencia y de sabia austeridad.

Así es como se educaron aquellos grandes hombres,

que regeneraron á Francia al promediar el siglo décimo séptimo, y prepararon los esplendores del reinado de Luis XIV.

No hay que dudarle: la Educación es esencialmente progresiva; arriba lo dijimos, pero dijimos también que su marcha no debe jamás ser violenta, ni precipitados sus progresos: de lo contrario no lo resistirá el niño. Su libertad quedará lastimada y alterado el fondo de su naturaleza: su desarrollo físico, intelectual, moral y religioso, es por necesidad obra de tiempo y de paciencia. Si queréis hacer de este niño un hombre, hay que trabajar con celo, como trabaja la divina Providencia, con respeto, con suavidad y mesura. De lo contrario, turbaréis profundamente aquella alma, desconcertaréis vuestra misma obra, y vuestros más ardientes esfuerzos no lograrán más que alejaros para siempre de vuestros más sublimes intentos.

Para lograrlo con más seguridad, y obedeciendo á pensamiento de altísima sabiduría, hase dividido la Educación, según que ya lo hemos visto, en tres períodos diversos, que se llaman *Educación maternal*, *Educación primaria* y *Educación secundaria*.

Desgraciadamente no siempre se guarda esta sabia y progresiva lentitud.

Una de las violencias intelectuales más frecuentes y más dignas de lástima, es sin contradicción la de obligar al estudio de lenguas á pobrecitos niños que no tienen gusto ninguno para ello, que cuentan con muy mediana aptitud, y á quienes, por otro lado, no se les ofrece real y positiva ayuda para salir á flote en tan arriscada empresa.

Creo yo, y lo proclamo sin vacilar, que el estudio de las tres lenguas y de las tres famosas literaturas, fran-

cesa (ó española), griega y latina, es entre nosotros el más poderoso medio para realizar altísima Educación intelectual; mas, antes de poner manos á la obra, es necesario ser capaz de ellas. Ahora bien, entre los que *acuden á clase, sin seguir estudios* en nuestros establecimientos de instrucción pública, ¿cuántos hay que son absolutamente incapaces de hacer nada más? ¿cuántos otros hay que se ven condenados á la ignorancia y á la estupidez, aun en punto á griego y á latín, por la deplorable incuria de que son objeto? Cuando se cuentan sesenta, ochenta y á veces cien alumnos, como hacina- dos en una clase, ¿tienen por caso los desgraciados ni siquiera posibilidad de estudiar y de salir adelante con su estudio? Salvos los que se escogen y preparan para un *curso* ó un día de academia, ¿qué viene á ser de los otros, y qué pueden ellos llegar á ser? ¿Quién se ocupa en ellos, y quién puede, por más que lo quiera, ocuparse en ellos? El más celoso profesor vese obligado á dejarlos languidecer en deplorable negligencia y cesación de todo trabajo, para los cuales es condición de paz y de existencia una inmovilidad formal, silenciosa. Preciso es que se estén allí como si no estuvieran: y entre tanto allí tienen que estar, condenados á languidecer de hastío. ¡Y eso durante diez ó más años! ¡durante los más lozanos diez años de su alegre juventud!

Los infelices pasarán así las eternas horas de sus tristes veladas, condenados á palidecer sobre autores que ni entienden ni pueden entender; leyendo, ó cuando menos teniendo á la fuerza ante los ojos, libros que jamás entenderán; escribiendo *composiciones* donde no hay sentido alguno, ninguna forma de pensamiento ni de humano lenguaje... Y esto en tiempo en que deberían desarrollarse en ellos todas las más activas facultades del alma!

Pero ¿cómo no se ve que eso es hacer pasar á los niños la más brutal tiranía intelectual que haya existido jamás?

Por no hablar más que de estudios, ¿quiere saberse lo que vienen á resultar con parecido sistema?

Véase lo que poco ha publicaba sobre el nivel que alcanzan los estudios universitarios, el profesor de Filosofía en uno de los más reputados liceos de Francia.

« Este nivel es ahora tan bajo, que con razón se podría preguntar si es que puede bajar más. — En todas partes, aun en París, donde nuestros hábitos de centralización se procuran cada año los mejores sujetos de provincias, la porción media de alumnos que acuden á las aulas está deplorablemente descuidada. En París, entre los cinco ó seis primeros y el resto de la clase hay un abismo; y hay otro entre los diez siguientes y lo que se ha dado en llamar la cola de la clase. Ahora bien, esta cola es interminable, aunque á decir verdad, desde el que hace el número veinte hasta el que forma el sesenta, no hay seria diferencia que digamos. Los que forman el número sesenta son un cero; los que forman el veinte son un número infinitamente pequeño.

» En provincias sucede lo propio, si no es que la clase está como descabezada de los cinco ó seis alumnos selectos que contienen los liceos parisienses, y que semejan absorber en provecho propio toda la savia de la Universidad. ®

» Estas apreciaciones han lugar de la manera más irrefragable y más triste en los exámenes del bachillerato. — Los examinadores no son muy rigurosos que digamos; y sin embargo, la cifra de candidatos reprobados por no haber sabido hacer ni siquiera una cortísima versión, es en verdad formidable.

» No hablo de los exámenes orales: pues con toda mi alma pido á Dios que no permita venir aquí ningún expectador alemán ó inglés, ó cuando menos que ahorre á mi amor propio nacional el dolor y la humillación de tenerle sentado junto á mí. No tengo ánimo para decir más; el que quiera, que lo vaya á ver.»

¿Por qué admirarse ya de que estudios llevados á cabo, con tan poco acierto, de que un rebajamiento como éste haya inspirado entre nosotros á tantos talentos, por otra parte distinguidos, soberano desprecio y cierto invencible horror al griego y al latín? Y me quedo corto: en muchos, este sentimiento llega hasta el desprecio, y aun hasta el horror hacia los libros y hacia toda instrucción literaria. Aquí podría multiplicar las pruebas (1).

Acabo de hablar de los que no tienen ni gusto ni notable aptitud para el griego ni para el latín, los cua-

(1) Conoci, y todavía conozco, uno de nuestros más hábiles arquitectos, que, en su niñez, había tenido la desgracia de padecer esta odiosa violencia intelectual. Empero concluyó por sacudir el yugo; y sus padres se decidieron, bien que á disgusto de los maestros, á hacerle interrumpir el curso de lo que llamaban sus estudios, y á dedicarle á las artes del diseño para las cuales tenía gusto y aptitud notables. «Es lo que me ha salvado—decíame en la intimidad de la confianza:—INTELLECTUAL Y MORALMENTE estaba yo perdido. Le confieso á usted que, aun sin yo quererlo, he conservado, durante mucho tiempo, instintiva repugnancia hacia los libros, repugnancia de que yo mismo me ruborizaba; pero he tenido que trabajar mucho; me han sido necesarios — y perdóneme usted este recuerdo y este lenguaje, me dijo sonriendo — me han sido necesarios quince años cabales para reponerme del disgusto que los libros y las habichuelas del Colegio habían llegado á inspirarme: tan fastidiosas me eran las unas como los otros. Hasta el pasado año no pude, sin repugnancia, comer habichuelas; y en ese preciso año he venido á leer con gusto una traducción de Virgilio.»

¡Cuántos jóvenes hay entre nosotros, cuántos hombres cuya deplorable historia es igual á la que acabamos de transcribir!

les se ven condenados al aniquilamiento de sus facultades mentales, gracias á un sistema de forzosa y tristísima negligencia: créome obligado á hablar también de aquellos otros cuya cultura intelectual no se descuida, á la verdad, antes tienen para su instrucción maestros dignos de este nombre, que se esfuerzan por enseñarlos, pero que, por vicio ó desagradecimiento de sus facultades, son absolutamente incapaces de la instrucción que se les obliga á recibir: ésta es otra gravísima desgracia.

Sobre el particular tenemos un monumento de triste é irrecusable celebridad, en una Educación de la que he tenido ocasión de hablar un poquito más arriba, *la del gran Delfín*.

El rey nuestro Señor (q. s. g. h.), escribía la señora de Maintenón (1), á los cinco ó seis años sabía mil y más palabras latinas: y no hubiera atinado ni una sola cuando llegó á ser dueño de sí.

La ruda manera con que se le forzaba á estudiar, escribía la señora de Caylus (2), originóle tan serio disgusto hacia los libros, que tomó la resolución de no abrir ninguno, luego como llegara á ser dueño de sus actos...: y, como lo resolvió, así puntualmente lo cumplió.

Pero dirá alguno: ¿qué vamos á hacer con esos niños negados, en los que no se advierte gusto ninguno, absolutamente ninguno, ni asomos de aptitud para el estudio de lenguas ni de letras? ¿Qué hacía usted en parecidos casos? pues que, sin duda, usted hubo de encontrarse con alguno de ellos.

— Sencilísima es la respuesta: hay que estudiar la

(1) A la señora de Ventadour, 16 junio 1715.

(2) Memorias de la señora de Caylus.

naturaleza de dichos niños, hay que procurar indagar de qué son capaces, y aplicarlos á ello, á despecho de todas las reglas comunes y de los sistemas generales de instrucción: es lo que muchas veces he tenido ocasión de practicar yo mismo, ó de aconsejarlo á padres discretos é ilustrados. Aunque las lenguas y las letras sean el más poderoso medio de Educación intelectual, hay varios otros que tienen igualmente su propio valor. Es lo que me prometo explicar detenidamente cuando trate de la Educación literaria superior.

Por ahora me contentaré con decir que ante todo y sobre todo es preciso de toda precisión no dedicar ningún niño más que á estudios de los que sea capaz; hay que dar á la Educación fundamento posible y verdadero; hay que trabajar para su desarrollo intelectual en un medio que no le ahogue. Todo esto es de buen sentido común, por vulgarísimo que lo queramos suponer. Cualquiera otra conducta es irritante; y, si esta palabra pareciese severa, añadiré que hay á mis ojos ahí tan criminal abuso de autoridad, que no conozco nada que me lastime más dolorosamente. Semejantes violencias, cometidas con un niño, inferidas á su libertad y á la debilidad de su naturaleza, siempre me inspiraron profundísimo horror.

Y aquí debo apuntar otra violencia inferida entre nosotros á la mayoría de los niños, y sobre la cual nos complacemos por lo general en cerrar los ojos. Hablo del *estudio simultáneo* del francés — (lo mismo pudiéramos decir del español) — y del latín, al cual estudio se condena muchas veces á la tierna edad: aun para niños bien dispuestos es tiranía intelectual, muy odiosa de verdad, y que origina consecuencias lamentables.

¿Habrás visto, sin embargo, cosa mas común? Pero, y ¿cómo no se repara en que el estudio simultáneo de dos gramáticas tan distintas por el fondo como por la forma; en que la gramática latina y la francesa, á las cuales por sobreabundancia de celo se añade no pocas veces la gramática griega, abruman estos jóvenes talentos, desconciertan su memoria, turban y embarazan todo su desarrollo intelectual?

¿Cómo queremos que esas diminutas inteligencias no se pierdan en los laberintos de declinaciones tan heterogéneas, de conjugaciones que en nada se parecen, de nombres y de artículos tan diferentes?

¿Cómo, qué? ¿Pretendéis que les parezcan sencillos y muy inteligibles sintaxis y métodos y reglas tan opuestas, y que señalen á cada uno de estos objetos la parte y lugar que les corresponde en su tan niño cerebro?

Cuando no hubiera más que la multitud y caos de palabras que significan una misma cosa, y que no se parecen ni chispa, no habría menester más para que fuera punto menos que imposible retener los unos ni los otros.

Y ¿quién no sabe que en esta edad se avecina á lo imposible el hallar analogías, el establecer ó comprender relaciones generales y semejanzas abstractas? Porque el niño no juzga, no compara, no deduce, casi ni razona: para él no hay más que ideas simples é imágenes. Por otro lado ¿cuáles iban á ser sus términos de comparación? No sabe del francés ó de su lengua nativa, más que lo que lleva estudiado para entonces, puesto al nivel y al servicio de sus primeras necesidades: fuera de eso no ve nada.

¿No pediría, pues, el más rudimentario buen sentido común que primero se consolidara su talento hacién-

dole aprender lo más perfectamente posible su lengua materna, que ha hablado ya, y que más ó menos entiende ya? Eso cuando menos no es introducirlo en una región bárbara y desconocida, dejándolo á merced de sus aventuras.

Más adelante, cuando posea esta lengua, cuando tenga bien aprendidos sus principios generales, cuando sepa la gramática, la sintaxis, la construcción y la ortografía, entonces no le será nuevo trabajo ni estorbo, sino más bien instrumento, medio y poderosa palanca para estudiar, para aprender otras lenguas.

Por no haber comprendido y guardado tan sencillas y rudimentarias instrucciones, atormentase todavía con harta crueldad niños dignísimos de toda compasión. Pero vamos claros: ¿qué conseguiremos con eso? Hacerles concebir disgusto hacia el estudio, y quizás para siempre; ó á lo menos retardar dolorosamente sus primeros pasos en la carrera.

¿Para qué sirven, pregunto yo, esas clases de 8.^a, de 9.^a y aun de 10.^a, donde los pobrecitos niños pasan lánguidamente sus años?

En este punto, quien haya seguido de cerca dichas clases, dignísimas de compasión; quien haya visto con sus propios ojos el hastío y disgusto de los maestros, la desesperación y el tormento de los alumnos, será de mi parecer.

Por lo que á mí toca, no bien hube adquirido tan dolorosa experiencia, tomé mi inmutable determinación; y después, por muchas y reiteradas instancias que me hicieron los padres de familia, nunca jamás consentí en admitir en el Seminario menor de París niños que no estuvieran, mediante sólida *Enseñanza primaria*, convenientemente preparados para recibir la *segunda Enseñanza*.

Poner á viva fuerza en manos de estos niños sin ventura las tres gramáticas, francesa, griega y latina, y obligarlos á dedicarse simultáneamente á ellas, parecíame reprobable: á mi modo de ver, había en ello abuso de autoridad paterna y magisterial.

Pues ¿qué hacía usted entonces? me dirá alguno. — Una cosa sencillísima.

Mandaba esos niños á los Hermanos de la Doctrina Cristiana que hay en Passy, ó á otro parecido colegio: estábanse allí dos ó tres años, exclusivamente ocupados en aprender las primeras letras; y pasado ese tiempo, me los remitían: entonces, con asombrosa facilidad, entraban inmediatamente en el estudio del latín y del griego: ya no sentían el disgusto de tener que aburrirse años enteros con principios generales de gramática, pues los acababan de estudiar con felicísimo resultado en su lengua materna. De antemano tenían aprendidas todas las nociones preliminares y generales. En su inteligencia no había confusión ninguna: sus nacientes facultades habían sido convenientemente cultivadas, y se habían robustecido, mediante el ejercicio natural y metódico, en un idioma que entendían fácilmente y que estudiaban con gusto. Además, sabían leer, — ¡cosa harto raro! — y escribían correctamente al dictado. En fin, su alma estaba ya embellecida con multitud de conocimientos accesorios, de historia, de geografía, de aritmética y hasta de dibujo. En una palabra, eran niños realmente instruídos en todo lo que debían saber; respondían con seguridad á todas mis preguntas; leía yo en su vivaracha mirada, la feliz certidumbre que tenían de sus poquísimas ideas, y su ardor por adquirir otras nuevas.

Y cuando, al cabo, los admitía á estudiar Humani-

dades; cuando les manifestaba que eran dignos y capaces de ellas; cuando se les ponían delante las lenguas griega y latina, era para ellos una felicidad, una gloria, no un suplicio; era como un campo nuevo, abierto ante sus jóvenes almas; era como una brillante conquista, propuesta á su juvenil ardor.

De los ocho á los diez ú once años, poco más poco menos, habían recibido sólida instrucción primaria. De los diez ó doce á los dieciséis ó diecisiete, espaciábanse libre y gloriosamente por el anchuroso campo de las Humanidades; de los dieciséis á los diecisiete ó diecinueve, coronábase su Educación intelectual con el estudio de las ciencias y de la filosofía; y, por último, á los diecinueve ó veinte, estos jóvenes se hallaban preparados para todo, y, salvo una ó dos excepciones, jamás los vi reprobados en los exámenes.

Así es como obraba yo, cuando me lo permitía la discreción y prudencia de los padres: y así es como se debería obrar siempre. De esa manera se harían considerables servicios á la juventud, á la familia, al país: haríase desaparecer ese sistema embrutecedor y tiránico que acabamos de señalar al odio y execración de todo el mundo, y con él desaparecer hasta el nombre de esas funestas clases de décima, de novena y aun de octava, que no son para los niños más que tiempo perdido, al cabo del cual no saben ni francés, ni griego, ni latín (1), siendo lo más triste que se han tornando incapaces de aprender nada, de saber nada.

(1) ¡Qué fatalidad! Créame usted, — me decía con dolor uno de los más distinguidos profesores de enseñanza oficial: *No lo saben ni siquiera concluida la retórica*

En efecto, arroja la estadística que, entre los jóvenes educados en los establecimientos de instrucción pública, en Francia,

— Pero se me dirá: según eso, pretende usted modificar en sus fundamentos el plan de estudios general.

— Eso no; yo no quiero más que dos cosas:

1.^a Que el profesor sea hombre sincero, honrado, compasivo, y que no quiera tener en su clase cincuenta ó sesenta alumnos, de los cuales no se cuida ni puede cuidarse, y que, en vez de aprovechar, se embrutecen.

2.^a Que á los pobrecitos niños no se los condene á estudiar sin gusto, ni aptitud, ni preparación, lenguas sabias, antes del tiempo en que sean capaces de aprenderlas.

Por lo demás, creería yo que la escritura, lectura, gramática nacional, historia elemental y universal, geografía, fábula, dibujo, música, los elementos del cálculo, las nociones más fáciles y más interesantes de ciencias naturales podrían y deberían entretener los primeros años de la juventud, más útil y agradablemente que no el estudio del griego y del latín.

No quisiera modificar en nada el plan de Humanidades: esto es pura cuestión de orden y de tiempo. Contentaríame con retrasar un año, ó si se quiere dos, el estudio del latín. Empezaría más tarde, pero sería para concluir más presto. Dicho estudio, habido á su tiempo, sería á la vez más fácil, más pronto y más seguro: bien luego se recobraría el atraso. No sólo se sabría más y mejor, sino que se aprendería mucho más aprisa. Y por ese medio, sin tocar para nada el plan general de Humanidades, no habría hecho más

que cada año se presentan para el bachillerato, más de la mitad son reprobados, y ni siquiera son admitidos á examen, á causa de los contrasentidos y mayúsculos disparates de ortografía que cometen en una versión latina de poquísimas líneas.

que desarraigara ventajosamente y quitar para siempre una mala rutina, una costumbre bárbara, á la cual favorecen, á expensas de esta edad tan digna de compasión, la negligencia de los unos y la codicia de los otros.

El estudio de las Matemáticas ha venido á ser entre nosotros otra de las más funestas violencias intelectuales; voy á indicar su peligro.

Maravillanse algunos de ver á ciertos alumnos de nuestras Escuelas sabias, aun de la propia Escuela Politécnica, que se quedan en una lamentable mediocridad bajo todos aspectos: á mí nunca me produjo extrañeza. Estos pobres jóvenes sufren las leyes de su débil naturaleza, y las inevitables consecuencias de la instrucción prematura, que violentamente recibieron.

Se los dedicó al estudio de las ciencias exactas, antes que su talento, suficientemente desarrollado y robustecido, fuera capaz de ellas: no pudieron aguantar el peso; las Matemáticas los abrumaron; lejos de haber sido elevados por medio de su Educación, ni siquiera han sido instruídos; hanse desecado, agotado, consumido para siempre.

Para bien comprender esto, hay que recordar que las facultades del hombre no pueden germinar ni desarrollarse sino es conforme á las leyes de un progreso sucesivo y moderado. No entra en el orden de la Providencia el que todas alcancen al mismo tiempo su energía, su madurez, su natural vigor.

Primero vese aparecer la memoria; luego se revela de ordinario la imaginación; después el sentimiento moral. Nada tarda tanto en los niños como la idea. Tienen, sí, ciertas ideas naturales; pero son casi siempre ideas de imaginación: nada más raro entre ellos que la

idea sabia, concienzuda, razonada, y que las operaciones puramente intelectuales: la idea *sabia*, si es *abstracta ó compleja*, los desconcierta casi siempre. En resumen, en los niños es por todo extremo débil la *reflexión*, el *juicio* es muy mediano y el *razonamiento* continuado es poco menos que imposible.

En este estado de cosas ¿qué sucede?

Las Matemáticas son de ordinario un estudio sobrado fuerte, sobrado árido para estos noveles alumnos.

Sin sombra de duda sostengo yo que las Matemáticas perfeccionan, y por medio de útil y vigoroso ejercicio, por medio de laboriosa gimnasia intelectual, robustecen la reflexión, el juicio y el raciocinio: pero estoy convenido de que exigen como absoluta y necesaria condición el que estas facultades tengan ya cierto vigor, cierto desarrollo: de lo contrario las abruman, las destruyen.

En este punto la experiencia me dió siempre la misma luz. Siempre observé lo mismo: como á las Matemáticas se les concede tiránico ó prematuro predominio en la Educación, originanse graves perjuicios: la sensibilidad, la imaginación, dos nobles y brillantísimas facultades, compañeras de la razón, extingúense tristemente; mutilase aquella feliz naturaleza y á veces de una manera que pone espanto; altérase su dignidad moral á la par que su vigor intelectual.

En efecto, las Matemáticas, estudiadas antes de tiempo, dañan aun á las mismas facultades que ejercitan á expensas de las demás; porque, ahogadas éstas, quítanle á aquella todos los socorros que de sus dos compañeras podía esperar; la misma razón se debilita, lejos de robustecerse más.

Y no está aquí todo: como que de ordinario las

Matemáticas no ejercitan la precisión del talento más que sobre abstracciones materiales ó geométricas, cuando el sentimiento de las cosas morales no vive vigoroso en el alma, lo turban, y á veces hasta lo alteran, y aun lo esterilizan y lo ahogan.

No sólo quitan á la inteligencia la gracia, el brillo, la generosidad, el calor que le habían comunicado, la imaginación y el sentimiento; sino que también le quitan el tino moral, el juicio práctico, es decir, la verdadera grandeza del alma, y toda la nobleza de la humana inteligencia.

He dicho que había aquí fatales desgracias, y lo sostengo y lo torno á repetir: sí, gran desgracia es para un joven y para su familia; porque á la postre ¿qué es lo que con ello se consigue?

Quizás se llegará á formar un matemático más en el globo; pero también resulta muchas veces un hombre menos para el género humano.

Y, según ya lo indicaba de antes, con frecuencia nos vemos condenados á echar menos la falta de uno y otro.

Cierto, no soy yo de los que desdeñan las humanas ciencias, ni abonimo de las escuelas sabias. La *Escuela politécnica* ha prestado eminentes servicios á nuestro país, y sus profesores son una de nuestras más legítimas glorias. Sí; dignos son los sabios de aplauso, dignísimos de los más valiosos premios á la inteligencia y al trabajo tributados. Siempre miré con respeto esos valientes y generosos talentos cuyas profundas investigaciones, cuyos valientes cálculos se remontan hasta los cielos y bajan hasta el fondo de los abismos; cuyos maravillosos descubrimientos se extienden á los más remotos siglos, penetran la naturaleza y le roban

sus más secretos arcanos. Con placer exclamo yo con el antiguo poeta:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.

Con gusto rindo solemne homenaje á Laplace, á Bertholet, á Lavoisier, á Cuvier y á tantos otros; y me detengo aquí: porque hablando de los muertos, me acerco mucho á los vivos y temo los impulsos de mi corazón, que ganoso de honrar los sabios de nuestros días, pueda ofender su modestia, siquiera sea con sincerísimas alabanzas.

Pero precisamente mi admiración á estos hombres célebres en la ciencia, y mi respeto para con la ciencia misma, son los que me hacen pedir que no se la envilezca entregándola á talentos jóvenes, muy poco dignos de ella, é incapaces de alzar inteligente y agraciada mirada hacia su hermosa y benéfica luz.

La ciencia, que debería esclarecerlos, los aturde y los ciega; y tras estas deplorables é importantes tentativas, vense con frecuencia los pobrecillos jóvenes condenados á no poder echar sobre las letras y ciencias humanas más que una débil y estúpida ojeada ó la incierta mirada de una inteligencia que se amortigua y se extingue.

Por otro lado no puedo olvidar que los reyes de la ciencia y los más preclaros genios de la filosofía pensaron y hablaron en este grave asunto como pienso y hablo yo.

No ha mucho que me citaban estas sorprendentes palabras de Descartes: «El estudio de las Matemáticas torna incapaz para la Filosofía.»

Y con mis propios ojos he leído en las obras de

aquel gran hombre lo que voy á transcribir: «No hay cosa más huera é insustancial que tratar de números y figuras imaginarias; — ¡cómo si se nos quisiera limitar al conocimiento de éstas y otras tales bagatelas! — y aplicarse con tanto empeño á aquellas superficiales demostraciones, que se llega á perder en cierto modo el uso de la razón (1).» (*Lib. de Dir. ing., reg. 4*)

¿Quién no sabe la diferencia que establece Pascal entre el *talento de precisión* y el *talento de geometría*? Todo el mundo ha leído en sus *Pensamientos* el fa-

(1) Véase lo que nos refiere de Descartes el sabio autor de su *Vida*:

«Hacia bastante tiempo que su experiencia propia le había convencido de la poca utilidad que hay en las Matemáticas, sobre todo cuando no se las cultiva más que por sí mismas, sin aplicarlas á otras cosas. Transcurrido el año 1620, descuidó por completo las reglas de Aritmética. Las aficiones que tuvo con la Geometría, duraron poquito más en su corazón; pero se puede decir que para el 1625 habían desaparecido ya, si es cierto que en 1638 llevaba más de quince años que hacía profesión de ignorar la Geometría.» (P. 402, t. III, de sus *Cartas*).

«No se maravillaba de ver que las personas sabias, aun entre los más sólidos ingenios, luego como han hecho los primeros ensayos de las mismas, no tardan en descuidar ó desechar esa clase de ciencias como entretenimientos pueriles y vanos.

»Efectivamente, para él no había cosa más baladí que tratar de números y de figuras imaginarias, como si á esas *bagatelas* debiera limitarse el horizonte del humano saber, sin tender la mirada más allá. Veía aquí algo más que inútil, y creía dañoso aplicarse con mucha seriedad á aquellas superficiales demostraciones, sugeridas menos comúnmente por la industria y por la experiencia que por la casualidad, y que más bien son del dominio de los ojos y de la imaginación que no del entendimiento. Era máxima suya que esta aplicación nos va insensiblemente desacostumbrando al ejercicio de la razón y nos expone á perder la ruta que nos trazaron sus luminosos destellos. (*De Directione ingenii, reg. 4*).

»Esos son algunos de los motivos que lo indujeron á dar de mano á las Matemáticas vulgares». (BAILLET, *Hist. de Descartes*, p. 111 y 112, edición de 1691, lib. II, cap. IV, en 4.^o).

moso pasaje en que, ensalzando, pero mucho, los méritos y excelencias de la geometría, se burla de los *geómetras que no son más que géometras*, y los encuentra *ridículos, falsos é inaguantables, por la manía de querer tratar geométricamente las cosas delicadas, las cosas de gusto*.

También Leibnitz expresó su sentir en este punto, con toda la gravedad y ordinaria elevación de su mirada.

Después de haber hablado de la época en que algunos autores célebres encaminaron los ingenios hacia el estudio de la naturaleza y de las matemáticas, añade:

«No es éste lugar de dar á conocer en qué me parece hoy deficiente esa clase de estudios, y cómo es que los discípulos de algunos de estos grandes hombres, á pesar de tantas ayudas, *no hacen cosa digna de memoria*. Me contento con hacer observar que desde aquella época *han caído en una especie de menosprecio el estudio de la antigüedad y la sólida erudición*.» (Carta de LEIBNITZ á M. Huet, obispo de Avranches).

Bossuet era del mismo parecer, y á su manera expresábalo en una carta dirigida en 21 de mayo de 1687 á un joven cursante de Matemáticas.

«Créame usted, Señor, que, por saber Física y Algebra, y por haber oído ciertas verdades generales de Metafísica, no se sigue que sea uno capaz de entrarse por los campos de la Teología.»

Aun hablaba más enérgicamente Fenelón:

«*Desconfiad*, escribía, *de los hechizos y diabólicos atractivos de la Geometría*.» (T. V. pág. 514, Correspondencia).

No quería que el duque de Borgoña se dedicara

con exceso á las Matemáticas, por miedo de que le hicieran perder infinito tiempo en vanas averiguaciones, y no le tornaran MINUCIOSO EN DEMASÍA. (Correspondencia, vol. II., Memorias sobre la Educación del duque de Borgoña).

En verdad que, á vista de tales autoridades y de tan sólidas razones, se me permitirá añadir en conclusión:

Que es gravísimo infortunio para una nación el que una irreflexiva violencia haga predominar antes de tiempo las Matemáticas sobre los otros estudios de la juventud: si estos estudios logran éxito feliz, tendríase quizás gran número de exactos geómetras y de útiles ingenieros; pero también un sinnúmero de hombres muy medianos (1). Cualquiera escuela especial será reputada como alta escuela á donde deben acudir la flor y nata de los ingenios de la nación; y se olvidará que hay otra clase de precisión y alteza de miras,

(1) A principios del siglo XIX hizo Francia la primera deplorable experiencia en este asunto. Leed lo que sobre el particular acaba de publicar M. A. Poirson, uno de los más conspicuos miembros del cuerpo docente:

«Este nuevo plan de enseñanza pública, en que predominaban las Matemáticas, ha producido pronto resultados muy deplorables y fáciles de comprobar. En seis años se ha formado una juventud sumida casi toda ella en vergonzosa ignorancia. Varias escuelas particulares han conservado todavía, por excepción, algunos débiles restos de luz; pero en todos los demás puntos de Francia, hanse dolorosamente extinguido. En 1800, los exámenes sufridos por los alumnos de las escuelas especiales del gobierno, entre los cuales había alumnos que pasaban de los veinte años, mostraron al país espantado que aquellos sujetos, que se proponían entrar ya en el ejercicio de sus funciones públicas, por sus escasos conocimientos literarios, eran incapaces de dar á conocer sus ideas, de expresarse en su lengua materna de manera clara y exacta, de hacer una relación concienzuda y sin faltas de ortografía. No era sólo

muy en verdad deseable en la humana sociedad, y que no bastan la elevación de las Matemáticas superiores y la precisión y exactitud de la Trigonometría: todas las ambiciones, todos los esfuerzos tornaríanse hacia aquellas ciencias; cada año muchos millares de inteligencias jóvenes de trece á dieciocho años veríanse condenadas á interrumpir su educación intelectual y moral, el desarrollo del pensamiento y de la palabra, para dedicarse únicamente al Algebra y á la Trigonometría: cada año se los verá presentarse á exámenes, imposibles casi para todos; á duras penas serán admitidos unos cuantos centenares, y todos los demás caerán desalentados, con las facultades extenuadas, con la juventud agotada, con el porvenir lastimosamente perdido.

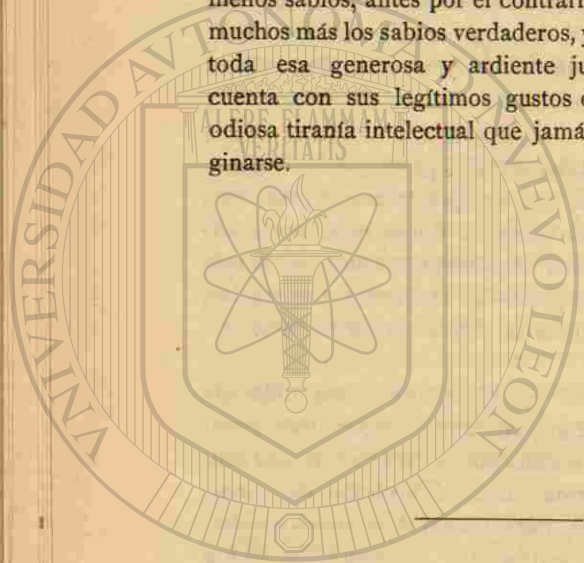
¿Qué hacer pues?... ¿habremos de cerrar todas las escuelas que preparan para tantos importantes servicios públicos; donde cada año se reclutan para la artillería, para la marina, para la dirección de minas, puentes y calzadas, para las construcciones navales, etcétera, hombres destinados á imprimir dirección á todos estos grandes trabajos utilísimos y aun necesarios para la sociedad?

En eso no cabe duda: pero lo que convendría es retrasar la época de la admisión en estas escuelas, para que los jóvenes que á ellas aspiran pudieran elevarse á la altura de la ciencia, sin quedar antes de tiempo consumidos por trabajos superiores á sus fuerzas.

el dominio de la inteligencia lo que estaba amenazado en nuestro país...» (Colección de Leyes y reglamentos sobre Instrucción Pública, t. I, p. 37, 38, 46, 47. Exposición de los motivos de la ley de 1802, por FOUREROY, t. II, p. 62.—FOUREY, Historia de la Escuela politecnica, p. 214).

Eso es lo que convendría, y lo que ninguno — yo lo fio — osará poner en duda.

Entonces todo iría mejor: y no por eso tendríamos menos sabios; antes por el contrario, contaríamos por muchos más los sabios verdaderos, y no se haría sufrir á toda esa generosa y ardiente juventud, sin tener cuenta con sus legítimos gustos ó disgustos, la más odiosa tiranía intelectual que jamás haya podido imaginarse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIX

Del niño, y del respeto que á la libertad de su voluntad es debido.

He señalado los graves peligros de la violencia intelectual; pues y los daños de la violencia moral son más espantosos todavía.

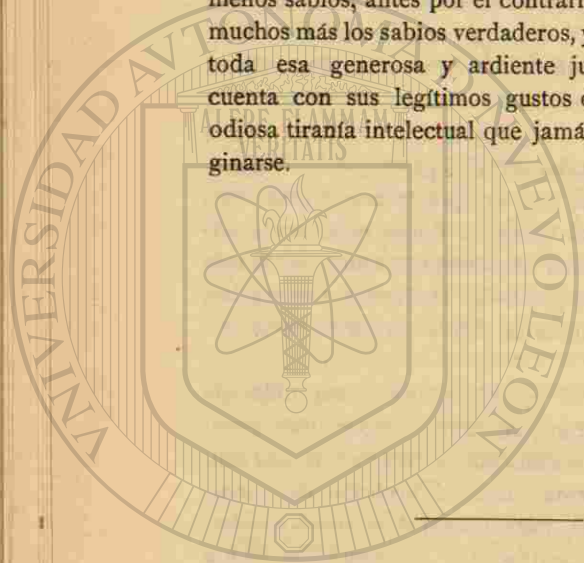
Cierto que no parece ser posible, en un país y en un siglo como el nuestro, que la libertad moral de la juventud se vea seriamente amenazada. Sin embargo, no nos fiemos de apariencias: nos engañaríamos cruelísimamente; puede haber aquí muchos errores, y consecuencias tan desastrosas he visto yo, que, por lo menos, se me va á permitir apuntarlas rápidamente.

Lo diré desde luego: las mejores educaciones, las más esmeradas, las mejor logradas tuvieron siempre que recelarse de sí propias.

¿Qué vemos si no en la mayor parte de los casos cuando tanto se trata de Educación? — decía Fenelón. — *Nada de libertad, nada de jovialidad; lecciones y más lecciones, silencio, posturas encogidas y contrahechas. Se exige de los niños, — añadía — una exactitud y formalidad de la cual serían incapaces los mismos que la exigen. Los que cuidan de niños, — decía también, — no les perdonan nada, y á sí propios se lo perdonan todo.*

Eso es lo que convendría, y lo que ninguno — yo lo fio — osará poner en duda.

Entonces todo iría mejor: y no por eso tendríamos menos sabios; antes por el contrario, contaríamos por muchos más los sabios verdaderos, y no se haría sufrir á toda esa generosa y ardiente juventud, sin tener cuenta con sus legítimos gustos ó disgustos, la más odiosa tiranía intelectual que jamás haya podido imaginarse.



CAPÍTULO XIX

Del niño, y del respeto que á la libertad de su voluntad es debido.

He señalado los graves peligros de la violencia intelectual; pues y los daños de la violencia moral son más espantosos todavía.

Cierto que no parece ser posible, en un país y en un siglo como el nuestro, que la libertad moral de la juventud se vea seriamente amenazada. Sin embargo, no nos fiemos de apariencias: nos engañaríamos cruelísimamente; puede haber aquí muchos errores, y consecuencias tan desastrosas he visto yo, que, por lo menos, se me va á permitir apuntarlas rápidamente.

Lo diré desde luego: las mejores educaciones, las más esmeradas, las mejor logradas tuvieron siempre que recelarse de sí propias.

¿Qué vemos si no en la mayor parte de los casos cuando tanto se trata de Educación? — decía Fenelón. — *Nada de libertad, nada de jovialidad; lecciones y más lecciones, silencio, posturas encogidas y contrahechas. Se exige de los niños, — añadía — una exactitud y formalidad de la cual serían incapaces los mismos que la exigen. Los que cuidan de niños, — decía también, — no les perdonan nada, y á sí propios se lo perdonan todo.*

Compréndese, pues, que lo que vamos diciendo no es una disertación inútil; por el contrario, no hay cosa más práctica ni más importante: y ahora creo utilísimo recordar los principios que dominan la cuestión.

Si la Educación, según hemos visto, esencialmente es obra de autoridad y de respeto, también es esencialmente obra de la humana libertad; pero sobre todo la Educación religiosa y moral, no es ni puede ser jamás obra del encogimiento ni de la violencia.

No cabe duda, es preciso que en el fondo la autoridad sea siempre grave y fuerte; pero también es necesario que su acción tenga siempre algo de dulce y de flexible, conforme á la admirable expresión de los Libros Santos: *Attingens ad finem fortiter, suaviterque disponens omnia*. Marcha, se encamina al fin con fortaleza, empero dispone los medios suavemente.

En cierto lugar de sus obras habla Platón de los varios hilos que deben formar la cadena de nuestra vida. Los hay de hierro, dice él, los cuales son rígidos y duros; pero hay también uno suavísimo, de oro; es el hilo de la razón. Diría yo que la Educación debe tener la flexibilidad y la resistencia de una cadena de oro, que á quien la lleva déjale libertad en sus movimientos y no se le deja sentir más que en el peligroso momento en que pudiera alejarse del bien ó despeñarse en el mal.

Conviene, no lo niego, que la Educación moral avive los niños, pero que sea sin violentarlos. Necesario es que los contenga, pero que sea sin hacerles fuerza: en una palabra, es necesario que, bajo la acción poderosa, activa y vigilante de la Educación, los niños sean libres. Hay que saber decidir, contener, atajar ó dirigir su voluntad de ellos, pero sin forzar, sin cam-

biar la naturaleza. Es lo que expresaba Quintiliano con aquellas palabras: *Studium discendi, voluntate, quæ cogi non potest, constat. Estudio, virtud y educación dependen única y exclusivamente de la voluntad, la cual no sufre violencias.*

Hay que hacerles querer, hacerles elegir, hacerles amar libremente lo bueno, lo verdadero, lo justo, lo honesto, lo grande: digo libremente, porque nadie ama, diría Fenelón, *sino en cuanto le gusta amar*. Para esto hay que entrar en el fondo del corazón de los niños, hay que tener la llave de dicho santuario, hay que tocar todos sus resortes, hay que persuadirle; son necesarios insinuación dulce y cuidados paternales; hay que ser padre, hay que ser madre: en una palabra, se necesita el gran arte de la Educación de las almas, que es el arte de hacerse amar y de ganarse la confianza, á fin de llegar á la persuasión.

Hay que convencerse de que la indignación, la impaciencia, la dureza y el rigor son antipáticos á esta obra; la autoridad rígida y absoluta, la disciplina militar, la fuerza material, de que hablaba hace poco, jamás lograrán buen resultado.

¡Ah! — como decía Fenelón, — más fácil es reprender que persuadir; mucho menos cuesta amenazar que instruir; es más cómodo á la altivez é impaciencia humanas herir á los que resisten, que rendirlos dulcemente á la voz de la razón; pero entonces ¿qué sucede? Se calla, se aguanta, se aparenta querer: pero no hay nada real, nada verdadero, nada sincero. La Educación moral dista mucho de ahí. Se sufre impacientemente la violencia; y, al sufrirla, se la aborrece: y efectivamente es aborrecible... Dígaseme, pues, ¿qué viene á ser de la autoridad y del respeto?

Fenelón tenía tan profundos, tan delicados miramientos para con los niños, para con la libertad y dignidad de su naturaleza, que no solamente quería que no se tratara con ellos á viva fuerza, sino que deseaba se discutieran sus razones, ya que no siempre, por lo menos con alguna frecuencia, que se les hiciera hablar sobre las necesidades de su Educación, á fin de probar su discernimiento, y á fin de hacerles gustar lo que se quiere que hagan ellos.

Y en efecto, ¿no es evidente que todo cuanto hagan á disgusto y sin positivamente quererlo, que todo lo que hacen á la fuerza no les aprovecha poco ni mucho, aun más, que de ordinario les hace mal, como si se les obligase á comer sin hambre y contra su gusto?

Únicamente lo que toman con gusto, únicamente lo que entra naturalmente en su cabeza y en su corazón, es lo que de verdad alimenta sus almas, lo que ellos se asimilan en propia sustancia, lo que viene á ser, si se me permite la frase, como su espíritu y su corazón.

El único verdadero blanco de la Educación moral es persuadir los espíritus y los corazones, y educarlos por medio del sincero amor de la virtud. ¿Cómo se puede esperar el llegar á este blanco por la fuerza material, por el temor servil y por la autoridad imperiosa?

Si á los niños se los quiere hacer razonables hay que hablarles en razón, y ¡harto entienden ellos cuando se les habla ese lenguaje! si se les quiere hacer virtuosos, hay que tratar con ellos confiadamente; entonces quedarán conmovidos, reconocidos y contentos. Llegó á escribir Fenelón, *ser preciso que la alegría y la confianza fuesen sus ordinarias disposiciones*. En efecto, el alma que se guía por temor, será siempre alma débil; el temor nunca dará más que Educaciones mancas, y

consiguientemente superficiales. *La mayoría de los jóvenes de esa manera educados están por comenzar su Educación, cuando parece que acaban*. Después de diez años, no se ha hecho con ellos cosa de provecho.

Algunos se espantan y tienen no sé que miedo de los muchachos vivos, inquietos y enredadores: á mí nunca, jamás me han inspirado temor. Mucho más miedo me daban aquellos otros que yo llamaba *aguas muertas ó estancadas*.

Quien haya leído mis experiencias que he dejado apuntadas en el capítulo de *Los niños mimados*, quizás ya no se admire de lo que voy á decir. La verdad es que nunca me gustaron niños que jamás habían hecho uso de su libertad en contra de mí; ésos eran los que á mí me inquietaban y me preocupaban; en ésos más que en ninguno temía las incertidumbres del porvenir y el despertar de las pasiones todavía dormidas.

¡Qué tristeza! ¡no poder sufrir nada de los niños!

¡Déjele usted al niño que juegue, decía Fenelón, con cierta viveza de mal humor, á algunos padres y á ciertos instructores impacientes, que siempre estaban renegando á sus alumnos ó á sus hijos *porque hacían mucho ruido*.

Pero ¿no comprenden ustedes que esa edad ha menester ruido y algazara, ancho campo, sol y movimiento? ¡Si basta verlos para convencerse de ello! ¡si es su naturaleza, si es su vida! Dadles, por lo tanto, anchos patios, jardines y paseos: de lo contrario, los ponéis en tortura. Haced que desaparezcan los muros y los cercados; en la pradera, en medio de los campos y sobre la verde alfombra de los prados, es donde debería educarse la niñez.

¿No es cosa para poner admiración el que puedan

resolverse á estarse cada día, diez ú once horas inmóviles y trabajando? Siquiera, no les regateéis la libertad de los recreos. ¡Miradlos entonces! gusto da verlos... Allí vive la libertad personificada; la más viva, la más encantadora, pero también la más inocente libertad. Están contentos con tal que puedan cambiar de lugar; dejadlos jugar: decía con agrado Fenelón, un volante ó una bola basta para entretenerlos y encantarlos; otro día será una pelota ó un aro. Guardaos mucho de contrariarlos en sus juegos; guardaos mucho de prohibirles las recreaciones ruidosas. Las que más les gustan son aquellas en que el cuerpo tiene gran actividad: gustad de esos juegos, como les gustan á ellos. Día vendrá en que su cuerpo se hallará menos dispuesto á rebullirse y á saltar; mientras llega ese día tomadles tal como son, ó no os encarguéis de su educación: porque *¿qué más podrán hacer que llevar con impaciencia vuestro rigor y estrechez, y correr desapoderadamente en pos de sus juegos, una vez que se vean libres de vuestra vigilancia?* (1).

Por lo que á mí respecta, yo no exigía á los alumnos más que una cosa, y era que no diesen gritos muy descompasados, gritos *salvajes*. Todavía más, cuando el tiempo estaba sombrío y también lo estaba su humor, sabíame aguantarlos, reservándome el avisarles sobre el particular, pasados algunos días, cuando ya ni pensaban en ello.

No hay duda en que se puede y se debe moderar á los niños en sus juegos. También alguna vez se los puede dirigir, inspirarles ó enseñarles otros nuevos; pero esto es cosa muy delicada. Lo mejor es de-

(1) FENELÓN.

jarlos jugar libres, como quieran y á lo que quieran. Inquietarse por enseñarles juegos es casi siempre trabajo y molestia inútil: ¡hartos inventan ellos por sí mismos! basta dejarlos hacer: proporcionéneles locales anchos y espaciosos, donde ellos se reconozcan libres: es para ellos una necesidad, es un derecho. Querer forzar, querer decidir sus gustos fuera de lo dicho, querer — mas que sea por cariño y para que se diviertan más — hacerles jugar á gusto del que manda, es continuar la clase durante el recreo, es no comprender que el recreo es legítimo desahogo y olvido de la clase, que esta libertad de momento es la justa y legítima indemnización de tan larga estrechez y encerramiento; es exponerse á oír de labios de alguno de los más atrevidos lo que oí yo decir en cierta ocasión, aunque con respetuosa ingenuidad, y que nunca jamás he podido olvidar: *¡Si V. supiera, señor Director, cómo nos aburre el recrearnos así!*... Aquel jovencillo tan finamente impertinente y atrevido tenía razón que le sobraba.

¡Ah! ¡cuán de otra manera pensaba el inmortal amigo de la juventud, cuyo nombre y cuyas palabras me complazco en citar aquí! No solamente quería que se dejara á los niños jugar libremente en las horas de recreo, sino que llegaba hasta querer para los jóvenes *que se ocultase y dorase el estudio con apariencias de libertad y de placer ó pasatiempo.*

Mezclad la instrucción con el juego; que no se les aparezca la ciencia más que á intervalos y siempre con semblante risueño: guardaos de fastidiarlos con indiscretas exactitudes.

Dejemos, decía también, que los niños interrumpán á veces el estudio con algunas saliditas á divertirse.

«Son menester distracciones como éstas para dar reposo á su espíritu...

«Una libre curiosidad aviva su ingenio mucho más que no la estrechez...

«Dejemos á su vida espaciarse un poquillo: para el niño ver es vivir. Permitámosle también de tiempo en tiempo alguna digresión ó algún juego, para que su espíritu se ensanche; y después volvámosle dulcemente á la regla: la regularidad excesivamente exacta en exigirles estudiar sin interrupción les daña mucho.

«Es comunísimo entre las personas que los dirigen *afectar esta regularidad, porque les viene más cómoda que no la continua sujeción en aprovechar todos los momentos.*»

Uno de los más graves y más ordinarios inconvenientes que traen las Educaciones rígidas y violentas, es hacer caer á los jóvenes en el desaliento y á veces en la desesperación; es el quebrar en ellos los más poderosos resortes de la sabiduría y de la virtud. Llegase hasta obscurecer su espíritu y abatir su ánimo: *si son vivos, se los irrita; si son flojos, se los hace estúpidos* (1). No cabe duda que hay naturalezas con las cuales es necesario el temor; mas entonces no hay que emplearle sino como se emplean los remedios violentos en las enfermedades desahuciadas; porque siempre se corre peligro de alterar el temperamento y de gastar los órganos.

Insisto sobre este punto porque no hay cosa más difícil de persuadir, sobre todo á los instructores jóvenes, á los profesores jóvenes: y sin embargo, los hombres más eminentes hállanse unánimes en la manera de sentir sobre el particular.

(1) FENELÓN.

Por medio de la dulzura y de la persuasión es como se debe llevar los niños al amor del bien — decía un antiguo; — nunca jamás con castigos duros y humillantes: los malos tratamientos descorazonan y exasperan al niño.

Quintiliano expresó también por admirable manera los peligros que para la Educación tienen la violencia intelectual ó moral.

«No hay cosa que tanto abata el ánimo de los niños como tener un maestro excesivamente severo y difícil de contentar: los niños entonces se desazonan, y desesperan, conciben contra él invencible ojeriza, y se hastían de todo; el miedo que nunca los abandona, impide intentar ningún esfuerzo generoso. Imitemos á los viticultores que cuidan esmeradamente la viña mientras es tierna y se guardan muy mucho de podarla, porque saben que tiene horror al hierro y que no puede sufrir la más mínima herida.

«No estoy tan mal enterado de la conducta y de las inclinaciones de cada edad, que quiera que al niño se le oprima severamente, y que se le exija luego al punto la perfección en todo cuanto haga, porque muy mucho conviene guardarse de hacerle odiar las ciencias, cuando todavía no las puede amar, no sea que para siempre se vea desalentado por la amargura que una vez se le hizo sentir (1).

(1) *Ne illud quidem quod admoneamus indignum est, ingenia puerorum nimia interim emendationis severitate deficere; nam et desperant et dolent, et novissime oderunt, et quod maxime nocet, dum omnia timent, nihil conantur. Quod etiam rusticis notum est, qui frondibus teneris non putant adhibendam esse falcem, quia reformidare ferrum videntur, et cicatricem nondum pati posse.* (QUINTIL., t. I, p. 245).

Nec sum adeo atatum imprudens, ut instandum teneris proti-

Esta fué asimismo la opinión de Séneca: «¿Acaso es justo mandar á los niños con más rigor y dureza que á los animales que carecen de razón? El diestro jinete no intimida á su trotón con redoblados golpes y espolazos; le haría espantadizo y rebelde, si de tanto en tanto no le pasara con blandura una mano cariñosa. De la misma manera, el instructor sabio no debe estar continuamente amenazando á sus alumnos: el temor servil les enervaría el ánimo y apagaría su ardor (2).

Mas en esta regidez moral hay otro peligro, si cabe, todavía mayor; y es el de hacer hipócritas. Los niños son por naturaleza tímidos y están llenos de pésima vergüenza; verdad es que también son abiertos y sencillos, mas, á poco que se los reprima ó que se los intimide, se encogen y no tornan más á su primera sencillez. El remedio para prevenir tamaño mal está en acostumbrarlos á explicar ingenuamente sus inclinaciones en todo lo lícito: para ello es preciso dejarlos en gran libertad de manifestar lo que piensan y de franquear ingenuamente el fondo de su alma: de lo contrario se ahoga en ellos esta ingenuidad para expresar sus naturales movimientos tan preciosa y estimable como es!

Si no se los deja en libertad para dar á conocer su disgusto; si se los tiene siempre sujetos; si se los obliga á tratar y juntarse con ciertas personas groseras, ó á gustar de ciertos libros fastidiosos que los cargan; si

nus acerbe putem, exigendamque plenam operam. Nam id in primis cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos, reformidet. (QINTIL., t. I, p. 34).

(2) SÉNECA, t X, p. 88.

se los reprende con aspereza cuando ingenuamente muestran lo que son, todo esto será para ellos fuente de disimulos, motivo de disfrazarse con viles hipocresías.

Los niños entonces tórnanse políticos y solapados, urbanos en el peor sentido de la palabra, indiferentes para lo bueno, y secretamente inclinados á lo malo; en vano se esfuerzan por aparecer más dóciles que los otros niños de su misma edad, no por eso creáis que son mejores. Digo poco: les habéis enseñado á no dejar salir al exterior sus inclinaciones, y ¿sabéis lo que sucede? Pues que sus malos hábitos y todos sus defectos crecen y maduran en silencio. Su exterior docilidad y sumisión ocultan una voluntad rebelde; su carácter fingido y solapado les hace esquivar y hurtarse á todas las miradas; jamás los veis en su estado natural; nunca los conocéis á fondo, y, en fin, su mala índole no se despliega por entero más que cuando ya no es tiempo de corregirla y enderezarla.

Aterrado por tan desastrosas consecuencias, escribía Fenelón:

«Nunca jamás afectéis sin gravísima necesidad aire imperioso y austero, que á los niños les haga temblar. Les cerraríais el corazón y les quitaríais la confianza, sin la cual no hay que esperar de la Educación fruto ninguno. Hacedos amar de ellos; tengan libertad y entrada con vos, y que no teman dejar ver sus defectos. Para lograrlo, sed indulgentes con los que no saben disimular en vuestra presencia. No aparezcáis ni sorprendido ni enojado por sus malas inclinaciones; al contrario, compadeced sus flaquezas. Á veces seguiráse el inconveniente de que se contendrán menos por el temor: pero, bien mirado todo, más útiles que la rigurosa autoridad son la confianza y la sinceridad.

«Por otro lado, si la confianza y la persuasión no fueran eficaces, no por eso dejará de hallar su puesto la autoridad: pero siempre conviene principiar por observar una conducta abierta, alegre y familiar.»

—Alguno me objetará: De suerte que ¿nunca jamás debemos usar de firmeza tratándose de Educación?—
 A fe que estoy muy lejos de pensar ni de querer cosa semejante.

Ya lo he dicho: la Educación es obra de FIRMEZA. No conozco obra humana que más firmeza requiera: en otro libro pienso tratar de esta grande é indispensable cualidad del instructor. Pero diré ahora mismo lo que allí pienso desarrollar: firmeza no es violencia.

No conozco nada más firme que lo que es dulce, ni nada más débil que lo violento.

Mas, principalmente cuando se trata de Educación, cuando se trata de la conciencia, hay que persuadir á los niños y hacerles querer el bien, de suerte que lo quieran libremente y sin coacción.

Sobre todo cuando se trata de la Fe, de la Religión, de la Piedad, es cuando más debemos guardarnos de usar con ellos violencia ninguna. *No hay humano poder*, dice valientemente Fenelón, *que sea capaz de forzar el impenetrable atrincheramiento de la humana libertad*. Y nadie se llame á engaño: en este particular el corazón de doce años tiene increíble fuerza de resistencia. La violencia hará que la Fe se trueque para ellos en lenguaje convencional y falso; la Piedad, en formalidades odiosas; la Religión, en fastidioso yugo de hipocresía.

Únicamente se conseguirá hacerse despreciar, si se los obliga á representar un papel fingido, donde más que en ninguna otra cosa importa á la libertad moral obrar con todo el lleno de su actividad.

No, no; es preciso que los niños espontáneamente hallen hermosa, amable, augusta, la Religión. Trabajáis en vano: como tengan de ella tristes y sombrías ideas, como la piedad y la virtud se les presenten bajo la horrible imagen de la violencia, mientras que el desorden se les aparece bajo figura halagüeña y con apariencias de libertad, todo está perdido; lo repito, trabajáis en vano.

¿Por qué la inmensa mayoría de los niños, al salir de los Establecimientos de Instrucción pública, conciben la Religión como cosa fría, dura, enojosa y lánguida? Es que jamás fué para ellos otra cosa; es que jamás se trabajó por darles otra idea de la misma; es que, merced á la rigidez oficial, no han tenido jamás en el corazón nada libre, nada generoso, nada espontáneo, nada verdadero para con la Piedad y para con la Fe. ¡Ahl cierto que no quiero yo que, so pretexto de respetar la libertad moral y religiosa de la juventud, se la despeñe en la indiferencia y en el escepticismo: esos extremos me ponen horror. Basta señalarlos para condenarlos. Sin embargo, no quiero que, so color de dar á los niños Educación moral y religiosa, venga á ser para ellos la Religión pura formalidad exterior, y la Fe un estudio que se les impone, y la Piedad un hábito de hipocresía, y por lo mismo un horrible escándalo.

Quienquiera que fuereis, sacerdote ó lego, instructor ó padre de familia, en tratándose de la Educación moral y religiosa de la niñez, si no sabéis más que mandar, contener, estrechar, hacer ejecutar la letra de la ley moral y evangélica; si no sabéis más que eso, haceos cuenta que no sabéis nada. Ni siquiera habéis entendido los primeros rudimentos de la Educación de

las almas; ni siquiera tenéis las primeras nociones de esta grandiosa obra. Cuando se trata de Dios y de la Religión, del hombre y de su conciencia, herir, reprender, corregir, es no hacer nada: hay que hacer amar; y para lograrlo — fijaos mucho — es necesario que vosotros mismos améis. Ahora, entremos en cuentas: ¿a cuántos estáis con respecto á este punto? No llevéis á mal que os lo pregunte.

No os quepa la menor duda: si no queréis más que prender con alfileres la Religión; si os contentáis con reducir á estos pobres niños á cumplir exactamente ciertas acciones exteriores, tocad el timbre ó agitada la campanilla y veréis como todos se levantan, se ordenan en fila y marchan. Más aún; como tengáis un poquito de carácter, y lo conozcan vuestros súbditos, temblarán á vuestra voz, y al punto seréis obedecidos por todas las clases de vuestro *establecimiento*, los veréis encaminarse á la capilla y llegar á paso, en filas compactas, en escuadrones regulares, todos vuestros alumnos, bajo la vigilancia de sus catedráticos ó inspectores.

Pero yo os diré con el Arzobispo de Cambrai. *Eso es admirable policía; y yo quisiera una religión sincera.* ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho para procurarlo? Cuanto más usáis de fría é imperiosa rigidez con los niños para hacerles cumplir exteriormente sus deberes religiosos, sin que jamás los halle en falta la inspección oficial, tanto más los forzáis á no tener sino una religión disfrazada y engañosa.

¿Es eso lo que se pretendía? ¿Quién osará afirmarlo? ¿quién podrá creerlo? En cuanto á mí, digo paladinamente que nunca jamás lo creí.

Y luego, cuando esta odiosa violencia se ha conti-

nuado durante diez ó más años; cuando el niño, así colocado entre un limosnero que predica y confiesa, y profesores que no creen, y un director del establecimiento que todo lo lleva con imperio, á guisa de capitán que manda un escuadrón; cuando el niño haya pasado á joven, — de los quince á los veinte años, — sentirá formarse en el fondo de su corazón secreta llaga de odio é irreligión; *comenzará á sospechar que se le ha jugado una mala partida, y que se le ha hecho asistir á una odiosa comedia* (1); y entonces, en los más de los casos, serán menester otros veinte años para hacer revivir en aquella alma desolada un rayo de fe religiosa, un soplo de amor y de vida.

Las cosas que aquí señalo son otras tantas indecibles desgracias, como puede ver cualquiera: y, sin embargo, aun no lo he dicho todo.

Y ¿qué fuera si, mientras que se los apremia por defuera para que sean religiosos, hubiera interiormente, en el fondo de las almas, violencia para forzarlos á no serlo? ¿Si á la vez se vieran como violentados á no creer, y al propio tiempo obligados á portarse siempre como si creyeran?

Si hubiera casas de Educación (2) donde se cumplieran en público los deberes de la Religión oficial, y en secreto fuesen condenados al desprecio; donde se ejerciera violencia en favor de la incredulidad y del vicio; donde amargas zumbas persiguieran la virtud sencilla y franca; donde la niñez no pudiera amar á Dios sin ser blanco de insultantes burlas; donde los

(1) M. DE LAMARTINE.

(2) Válgome de este nombre, por más que tales cosas no lo merezcan; pero no quiero señalar personas ni cosas...

jóvenes se vieran forzados á oír tildar de superstición la Fe, de hipocresía la Piedad, y de fanatismo la Religión; donde no pudieran orar sencillamente ni recogerse, sin exponerse á indignos tratamientos;

Si hubiera casas de Educación donde los niños se vieran precisados á esconderse para recibir á su Dios sacramentado; donde el día de la primera Comunión fuera preciso robarlo á las miradas y á las risillas de sus compañeros más crecidos; donde los maestros estuvieran de continuo poniendo motes odiosos á los más fehacientes y conmovedores testimonios de la Fe, á los últimos restos de sincera piedad, traída de familia;

Si hubiera centros de Educación donde las malas obras fueran una como necesidad, é inevitable el naufragio de la inocencia; *donde la causa del mal no estuviera únicamente en los alumnos, sino que también en los domésticos y en los vigilantes; donde no sólo se propagasen los abusos por medio de la excepción y de la seducción, sino que hasta en ocasiones se impusieran por la fuerza y con amenazas (1);*

Si todo esto fuera cierto, y hubiera un país donde los padres cristianos, donde los padres y las madres de familia, por precisión ó por indiferencia, se decidieran á colocar sus hijos en estas casas, á fin de prepararlos á los exámenes necesarios para determinada profesión ó carrera;

Y si en estos mismos centros, — fuera de la precipitada violencia inmoral é irreligiosa, — se viese al pro-

(1) Esto mismo es lo que, como resultado de sus más atentas observaciones, escribía sobre el particular M. Lallemand, catedrático de la Facultad de Medicina en Montpellier, y, por este título, investido de la confianza del Consejo de Instrucción pública, que lo había elegido.

pio tiempo condenada la juventud á sufrir la más funesta violencia que nunca jamás se vió, la violencia intelectual, á las órdenes de maestros á quienes falta tiempo para cuidar y hasta para conocer á la mayoría de sus alumnos;

Si entrara en el destino de muchos de estos pobres niños el vegetar así, bajo el peso de un desesperado hastío, en la estupidez del espíritu, en el aniquilamiento del corazón; detestando estos malditos centros, como se detesta una prisión, y no teniendo vida y alma más que para suspirar por el día de la libertad;

Y si, al salir de ella y antes que pudieran presentarse á ingreso en alguna carrera liberal, estos jóvenes se encontraran con un examen que sufrir, tal que la mayor parte de ellos vinieran á caer en él, y se vieran en seguida reducidos á volver sobre sus pasos, con todo el peso de su fracasado destino y de su juventud marchitada;

Si generaciones enteras se vieran sacrificadas á este lamentable régimen;

— Preguntaría yo cuál sea la nación tan sin ventura que haya de sufrir tan extraña tiranía social; preguntaría yo qué tal es esa juventud sacrificada á tan desastrosa esclavonía intelectual y moral; preguntaría si es que no hay allí ninguna conciencia oprimida que tenga ánimo para lanzar siquiera un grito de dolor; preguntaría qué hizo esa nación para ser juzgada indigna de la más noble de las libertades, que es la libertad de las almas; preguntaría cuál sea el nombre de esa nación, que me parecería un monstruo, cuál su fe, cuáles sus creencias, su lugar en este mundo, mirándolo á la luz de la verdad y de la justicia;

Preguntaría cuál es el poder oculto, misterioso, horrible, que pesa sobre sus destinos!...

Lo preguntaría todo: preguntaría si esa nación ha sido maldita de Dios, si debe serlo para siempre; preguntaría si aquellos padres de familia juraron no ser jamás padres, si aquellas madres han olvidado los sacrosantos deberes del oficio maternal.

Y si, á la postre, se me dijera: Pues, ésa es la grande, la generosa nación francesa... ocultaría mi rostro entre las manos, y, rojo de vergüenza, exclamaría con un antiguo:

*Atas parentum, peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore.*

CAPÍTULO XX

Del niño, y del respeto debido á la libertad de su vocación.

NADIE VIVE EN EL MUNDO PARA NO HACER NADA; PARA CADA UNO HAY ESTADO, FUNCIÓN Y TRABAJO PROPIOS.

No puedo terminar lo que pensaba decir sobre el niño y sobre el respeto á la libertad de su naturaleza debido, sin tratar una cuestión, gravísima y decisiva, que palpita en el fondo de todas las otras, cuya solución me parece indispensable para el perfecto esclarecimiento de las dificultades que hasta ahora llevamos examinadas.

Voy á hablar sobre el trascendental asunto de la vocación y de la elección de Estado para cada uno.

Compréndese que esta cuestión interesa en su más alto grado la libertad del niño, su felicidad en este mundo y en el otro. Toca igualmente los más graves intereses de la familia y del orden social. De ella dire lo que creo necesario.

Empero no bajaré á minuciosos pormenores; pues me haría interminable; estableceré los principios generales é incontestables que rigen esta materia.

En este particular hay tres verdades certísimas:

1.^a Nadie está aquí en el mundo para no hacer

Lo preguntaría todo: preguntaría si esa nación ha sido maldita de Dios, si debe serlo para siempre; preguntaría si aquellos padres de familia juraron no ser jamás padres, si aquellas madres han olvidado los sacrosantos deberes del oficio maternal.

Y si, á la postre, se me dijera: Pues, ésa es la grande, la generosa nación francesa... ocultaría mi rostro entre las manos, y, rojo de vergüenza, exclamaría con un antiguo:

*Atas parentum, peior avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiore.*

CAPÍTULO XX

Del niño, y del respeto debido á la libertad de su vocación.

NADIE VIVE EN EL MUNDO PARA NO HACER NADA; PARA CADA UNO HAY ESTADO, FUNCIÓN Y TRABAJO PROPIOS.

No puedo terminar lo que pensaba decir sobre el niño y sobre el respeto á la libertad de su naturaleza debido, sin tratar una cuestión, gravísima y decisiva, que palpita en el fondo de todas las otras, cuya solución me parece indispensable para el perfecto esclarecimiento de las dificultades que hasta ahora llevamos examinadas.

Voy á hablar sobre el trascendental asunto de la vocación y de la elección de Estado para cada uno.

Compréndese que esta cuestión interesa en su más alto grado la libertad del niño, su felicidad en este mundo y en el otro. Toca igualmente los más graves intereses de la familia y del orden social. De ella diré lo que creo necesario.

Empero no bajaré á minuciosos pormenores; pues me haría interminable; estableceré los principios generales é incontestables que rigen esta materia.

En este particular hay tres verdades certísimas:

1.^a Nadie está aquí en el mundo para no hacer

nada: así, para cada cual hay un trabajo determinado, particular orden de funciones y estado fijo;

2.^a Aquí en el mundo nada se hace á la ventura: la Providencia lo gobierna todo, aun las cosas más menudas, y con mayoría de razón las más importantes: así que, para cada uno y para cada estado hay vocación de Dios;

3.^a En fin, la Educación debe preparar á cada cual para su estado, para lograr su vocación: es consecuencia de lo que precede.

1.^o AQUÍ EN EL MUNDO NADIE ESTÁ PARA NO HACER NADA.

Pido á mis lectores que me quieran seguir atenta y religiosamente en las graves y profundas consideraciones que voy á poner ante sus ojos. Aquí es donde tengo necesidad de pedir más seria y recogida atención. Lo que voy á decir es delicado, quizás algo doloroso; veré de decirlo con miramiento, sí, pero también con la sencillez y franqueza que me prescriben mi conciencia, los grandes intereses que defienden y aun mi respetuoso amor para con aquéllos de quienes voy á tratar.

Varias suertes de padres hay que se deciden, con singular buena fe, á no hacer nada en este mundo á favor de sus hijos; y, para justificarse, alegan motivos ó pretextos, razones ó errores de muy diversas especies.

Heme topado con algunos muy virtuosos, que tenían horror á la sociedad corrompida y corruptora del presente siglo, y que solían decir: todos los estados son peligrosos. En épocas como las actuales no hemos de hacer más que mirar por su salvación.

Puesto que nuestros hijos están condenados á vadear este peligroso mundo, cuando menos, evitarán en lo posible el contagio. — Esta clase de padres es, á la verdad, poco numerosa.

Otros he visto que decían: En los tiempos que atravesamos, no puedo obligar á mi hijo á hacer nada. A ello se oponen mis opiniones: mi honor, la honra de mi familia, no me lo permiten. — Esos tales eran más frecuentes hace algunos años; las circunstancias que les dictaban ese lenguaje cambiaron ya.

He visto, por último, en mucho mayor número, padres de familia que creían hallar en su fortuna desahogada, razón suficiente para dispensar á sus hijos de todo trabajo serio, y para poder dejarlos sin hacer nada.

Á éstos voy á responder en primer término.

Cuando á mí venían padres de esta índole para encomendarme sus hijos, y cuando oían que les decía yo: «¿Se podría saber qué es lo que ustedes quieren que sea en su día? y, aunque sea indiscreción, ¿á qué lo destinan ustedes?...» algunos parecían ofenderse de mi franca pregunta. Los más amables maravillábanse con bondadosa sonrisa de mi candidez (?) y parecían decirme: «Usted no debe preocuparse: no somos lo que usted piensa». Y en efecto, algunos me lo decían abiertamente: «Es que nuestro hijo no tiene necesidad de nada: ya tiene asegurado el porvenir. Ya hemos trabajado nosotros por él. Disfrutará de nuestra fortuna, sin que se vea obligado á trabajar él también».

A todo esto no tenía entonces, — ni tengo ahora, — otra palabra que responder sino esta de la antigua Sabiduría: *Homo nascitur ad laborem, sicut avis ad volatum* (Job, V, 7): el hombre nace para trabajar, como

el ave para volar; de suerte que vivir sin trabajar, no es sólo vivir fuera de la condición de la humana naturaleza, sino que también es extinguir, es ahogar, es aniquilar la vida en sí misma: eso no es vivir.

Y aquí nadie se llame á engaño: la palabra de Job, á vueltas de su sencillez, encierra profundísimo sentido. Sí, el hombre ha nacido para trabajar, es decir, para la acción, ó sea para la vida: porque nadie vive, nadie es algo, sino porque obra. El que no hace nada, no es nada, ni será jamás cosa de provecho.

Y nótese aquí las dulzuras del trabajo y la felicidad que comunica á los que lo aman; no voy á decir qué protección ofrece el trabajo á la virtud y cómo la resguarda, ni siquiera diré nada sobre la influencia del trabajo en el carácter, y cuánto vigor y energía le comunica. Sólo quiero apuntar una cosa: que el trabajo es condición necesaria para la vida en todo hombre venido á este mundo. Es su esencial vocación: rico ó pobre, debe cumplirla. Los pobres no lo dudan; pero muchos murmuran de ella y hacen cuanto pueden por escapar de esa imperiosa ley. Los que no son pobres y que creen no tener necesidad del trabajo para ganar el sustento, no comprenden lo bastante que han menester trabajar para conservar, para ennoblecer, para elevar la vida que de Dios han recibido.

Hoy en día háblase mucho de libertad: yo mismo he hablado de ella y he hecho su panegírico en mil ocasiones; pero la ley de la libertad es la ley del trabajo. Libertad, actividad y trabajo son ideas íntimamente ligadas entre sí. Ved por qué los pueblos ligeros ó perezosos no fueron criados para la libertad.

Mas lo que principalmente quiero hacer notar aquí, es que el trabajo constituye la gran ley de la creación.

Dios, al crear el mundo, al darnos la vida, hizo una labor noble, divina: y nosotros hemos de trabajar para vivir, es decir, para conservar, para desarrollar, para elevar la vida que hubimos del Señor.

¿Veis las nobles facultades del alma? ¿qué son? Potencias activas que piden trabajo. Condenarlas á la inercia, negarles esta generosa actividad que esencialmente las distingue de la materia inerte, es envilecerlas, degradarlas, aniquilarlas. ¿Qué digo? Las mismas facultades corporales no se conservan, ni se desarrollan más que con el ejercicio, ó sea, por medio del del trabajo. Todas las fuerzas físicas, intelectuales y morales del hombre, crecen y se desarrollan á medida que el hombre las ejercita con energía, y caen y se atrofian ó aniquilan luego que se las deja languidecer en la ociosidad; en una palabra, todo el que no hace nada en este mundo, por eso mismo y aun por eso solo, obra mal, se deprava, se arruina á sí propio: éste es uno de los sentidos de aquella célebre frase de la Escritura: La ociosidad enseña todo mal: — *Omnem malitiam docuit otiositas.*

Bossuet no temía dar estas vigorosas lecciones al hijo de Luís XIV. No pocas veces he admirado la energía con que se esforzaba este santo obispo en hacer penetrar la citada austera verdad en el corazón y en el alma de aquel joven príncipe.

«Si Dios os ha dado inteligencia y todas esas nobles facultades que os enaltecen y con cuyo auxilio podéis recordar lo pasado, conocer lo presente y prever lo porvenir, no ha sido en vano, ni para que no hagáis ningún uso de ellas, — decíale con frecuencia. — Todo el que rehusa aprovechar estos dones del cielo, necesariamente ha de tener por enemigos á Dios y

a los hombres. Pues no hay que esperar que los hombres respeten al que desprecia ó tiene en poco lo que le hace hombre, ni que Dios proteja á quien no usare sus más excelentes dones».

Prosigue Bossuet haciendo entender á su regio alumno que todas las facultades de su inteligencia, las verá muy presto aniquiladas, como no las cultive por medio del trabajo.

«No comencéis por desaplicación y pereza una vida que debe ser tan ocupada y activa. Tales comienzos harían que, habiendo nacido con grandes talentos, no pudierais menos de imputaros á vos mismo la extinción ó inutilidad de esa maravillosa luz, rico presente venido de Dios. ¿De qué os servirían, en efecto, bien templadas armas, sino las hubierais á mano en el momento de peligro? Fuera igual que si no las tuvierais ó que si las hubierais perdido. Y así como si por mucho tiempo dejarais de bailar y de escribir, vendría, por falta de hábito, á olvidar lo uno y lo otro, de la misma manera, si no ejercitáis vuestro entendimiento, se os abotagará, caerá en una especie de letargo; y, por más esfuerzos que más adelante tuvierais voluntad de practicar para sacarlo de aquel atolladero, ya no estaríais á tiempo de conseguirlo.

«Alzaránse en vos vergonzosas pasiones. El amor del placer y la cólera os llevarán á toda suerte de crímenes; y, una vez extinguida en vos la única antorcha que os hubiera podido alumbrar y guiar vuestros pasos, os veréis imposibilitado de contar con ningún humano socorro».

Luego es verdad incuestionable que la Educación no ha de limitarse á no hacer nada, y á impedir que no se haga nada.

Luego es verdad fuera de duda que en el mundo, todos, ricos y pobres, están llamados á hacer algo; todos tienen algún trabajo en que ocuparse, alguna vocación que cumplir.

Luego es verdad que, á pesar de lo que podría decirse sobre la inclinación del hombre á la holganza, y á pesar de la natural indolencia de su carácter y de su espíritu, es verdad, repito, que el trabajo y la actividad son para él esencial condición de su vida, é ineludible necesidad de su vida. «Por admirable divina economía, toda criatura disfruta y se satisface ejercitando sus fuerzas: el alma se goza en el ejercicio de sus facultades, disfruta en obrar lo que puede: de suerte que en el mismo trabajo halla su verdadero reposo (1).»

Así es que el trabajo no le fué impuesto al hombre como ley, únicamente después que se hizo culpable y prevaricador: en las bienhadadas y encantadoras mansiones del primitivo Edén, el hombre inocente debía trabajar: *Posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur eum* (GÉNESIS). El trabajo fué una de las condiciones de su dicha, de su dignidad, de su existencia.

Pronto, así es la verdad, vino á ser parte de su castigo el trabajo que, según la primera ordenación de la Providencia, no hubiera sido para él más que el encanto y el ornamento de su vida; pronto se pronunció contra el hombre aquel formidable decreto que todavía lo persigue y lo perseguirá hasta en su más remota descendencia: *Con el sudor de tu rostro comerás el pan: In sudore vultus tui vesceris pane* (GÉNESIS).

«Pero muy luego también una voluntad misericordiosa hizo de manera que el castigo reparase la falta;

(1) M. OZANAM.

y en la humillación, animosamente sufrida, halla el hombre otra grandeza mayor. Al fecundar la tierra con el sudor de su frente, como el sol la fertiliza con sus ardores, y las nubes con sus lluvias, vuelve á entrar en el orden regular del universo. Dios lo emplea, y por ende lo rehabilita: luego que él se sirve de sí propio, comienza á merecer. Ahí tenéis el dogma cristiano del trabajo, cuyo profundo sentido no es comprendido como se merece (1).»

Después de tan sólidas altísimas razones; después de tan religiosos motivos, derecho tengo para decirlo en alta voz á aquellos con quienes voy hablando:

—Usted quiere ser algo en este mundo—¿qué no es así?—Usted quiere vivir... y quiere no hacer nada: ¡pues hágase cuenta que quiere lo imposible! todas las leyes morales, sociales y naturales se oponen á ello.

La ociosidad es la inevitable ruina de todas las facultades. Dichas facultades son activas por esencia; sin cesar reclaman cultura, desarrollo, ejercicio, es decir, trabajo; de lo contrario, se quedan incultas, convertida el alma en un erial, donde no germinan, en frase de la Escritura, más que espinos y zarzas: *spinas ac tribulos*. Frutos amargos, frutos silvestres: son los únicos frutos que pueden dar las humanas facultades, quedándose incultas, y á merced de sí propias.

Queréis ser algo en este mundo, y no hacer nada:—mas yo os digo, por de pronto, que eso es imposible de toda imposibilidad; haréis lo malo.

Además, no hacer nada en este mundo, es querer en vano eximirse de la suprema ley del género humano, la cual no sólo es para el hombre ley de conserva-

(1) M. OZANAM.

ción, de perfeccionamiento y de vida; sino que, al propio tiempo, es para él, después de la caída original, ley misericordiosa de expiación y de regeneración.

Hablemos claro: ¿En virtud de qué derecho quiere usted que no se cumpla en su persona ni en la de sus hijos, esa ley universal, esa sentencia que os ordena llenar, con noble y religioso trabajo, todos los días que separan vuestro nacimiento del de vuestra muerte?

¡Sois rico!—Esta excusa, en lugar de justificaros, hace más culpable vuestra ociosidad. «Si os hubieran pagado por adelantado,—os diré con un santo y elocuente obispo (1) cuyo nombre es caro para la cristiana juventud,—si os hubieran pagado por adelantado, ¿os creeríais con título para no trabajar y hacer vuestro el adelantado salario?...»

Pasando á tratar de los que pregonan que los tiempos que atravesamos son malos y aciagos, y que sus hijos no deben hacer en el mundo más que procurar su propia salvación, les diré que tales subterfugios y sutilezas tan extrañas, ni son dignas de su talento ni de su fe. No lo dudamos, es preciso que el niño trabaje en su salvación: ése es el gran negocio para él en este mundo. Pero, como sea verdad que sin trabajo no hay salvación, y que la ociosidad es una rebeldía contra la divina Providencia; como sea de divina institución que las facultades generosamente concedidas por Dios al hombre deben ser cultivadas y desarrolladas mediante el trabajo; como quiera que la experiencia demuestra también que estas facultades no pueden dejarse en la inacción sin riesgo para la virtud; y, en fin, como está escrito que Dios arrojará en las tinie-

(1) M. BORDERIE, obispo de Versailles.

blas exteriores—en frase del Evangelio—á los que no hubieren hecho nada en el mundo, pues no quiere contar en el número de sus servidores los siervos inútiles y sin provecho, ¿qué podréis responder en el juicio de Dios, cuando os pida cuenta del talento que os había confiado, del alma de vuestros hijos, de la inutilidad y pérdida de su preciosa vida?

Por otro lado, á lo dicho hay que añadir que el trabajo no es sólo ley natural, moral y religiosa del individuo: es también ley social de la humanidad.

Nadie fué criado en el mundo para no hacer nada; pero ninguno tampoco fué criado para ser inútil á sus semejantes.

El egoísmo nunca podrá ser ley ni de la sociedad doméstica, que es la Familia; ni de la sociedad temporal, que es el Estado; ni de la gran sociedad espiritual, que se llama Iglesia.

A sí propio se debe cada cual el trabajo; pero lo debe también á sus semejantes: y el que soterra su vida en la ociosidad, añade al daño que á sí mismo se ocasiona, el de una culpable inhumanidad para con sus semejantes. Pues ¿qué? Todo en vuestro derredor está en actividad, todo se agita, todo se mueve, todo trabaja; y sólo vos, en medio de ese movimiento universal, os quedaréis ocioso, indignamente inútil, en vergonzosa inacción. ¡En muy poco tenéis las penas y los sudores de vuestros hermanos! Sus fatigas y sus trabajos no son para vos más que un espectáculo con que parecéis entretener vuestros ocios; ó mejor dicho, os fijáis como centro inmóvil de todo este movimiento, y os aprovecháis de él sin salir de vuestra inacción, sin pensar en ofrecer á vuestros hermanos, á cambio de su trabajo, algunos servicios de vuestra parte.

¡El trabajo! Cuando menos lo debemos á nuestros padres, á los hijos, á la familia, á la patria: la ociosidad es la que deja escapar de las manos de tantos indignos herederos el patrimonio de riqueza ó de honor que habían recibido de sus padres; la ociosidad es la que, cual gusano roedor, carcome á la sordina y hace por fin desplomarse las fortunas en apariencia cimentadas sobre más sólidos fundamentos, y por toda herencia prepara á los hijos de un padre rico y honrado la miseria y el baldón.

¡De ahí es el verse en las naciones grandes tanta familia arruinada, tanto abolengo destruído! De ahí esas razas ilustres hoy entecas, olvidadas y quizás envilecidas, incapaces de hacer nada, de dirigir ni gobernar nada, de establecer nada, de perpetuar nada, y, en días de público apuro, incapaces de salvar nada. De ahí esas antiguas familias sabias é ilustradas que se desarrollan precariamente en la obscuridad, y miserablemente desaparecen: ésta es, sin contradicción, una de las más terribles maldiciones que podrían caer sobre una nación. ¡Desgraciado del pueblo cuyas grandes vigorosas familias se rebajan, se hunden y desaparecen!

Aquí me encuentro ¡harto lo siento! con más de un prejuicio; conozco que á algunos mi lenguaje podrá parecerles amargo; yo también quiero dar á mi pensamiento algún desarrollo para esclarecerlo; he puesto el dedo en la llaga, en lo más delicado, y créome llegado á lo más importante y escabroso de mi asunto.

Voy á decirlo sin rodeos, ni eufemismos, ni contemplación alguna para con las prevenciones de nuestro tiempo.

Llamo yo noble familia, noble linaje, noble apellido

á aquellas familias, linajes y apellidos que por sus memorables servicios prestados á la patria, en cualquier época, se hicieron dignos de pasar á la historia y rodearon su nombre de esplendoroso nimbo de gloria, con las armas en los campos de batalla, con su destreza en el manejo de importantes negociaciones ó en el desempeño de altos empleos públicos ó por el brillo de su talento y aun de su genio en ciencias y en letras; en suma, por la santidad de costumbres y la grandeza de carácter si han formado parte de la magistratura ó de la Iglesia.

La ascendencia de estas razas es lo que, en lenguaje francés, llamamos alcurnia (*naissance*), de la cual escribía M. Royer Collard estas memorables palabras: *La ilustre prosapia será siempre una grandeza, y el respeto de las antiguas glorias toma su origen en nobles sentimientos.*

La autoridad de este famoso publicista no da lugar á sospecha.

Entre los incontestables é incontestados títulos que forman las grandes familias contaré la *propiedad solariega*, ó sea la *riqueza territorial*, en cuanto que viene á ser fuerza social.

Ya veis lo que llamo nobles familias, grandes razas de un país.—Pues bien: lo voy á confesar con lealtad,— á estas nobles familias las amo, las respeto, las venero, porque amo, respeto y venero los grandes recuerdos y las acciones heroicas. No sé de nación alguna que no cuente y no estime como su fortaleza y su gloria las antedichas familias, y que no sienta instintiva y natural inclinación á pedirles los jefes, los guerreros, los ministros, los primeros magistrados, los administradores de su erario y de sus más caros intereses. Quizás

en esto haya prejuicio; pero hay que confesar que es un prejuicio muy fundado, y, salvo en los tiempos de revolución en que este prejuicio se torna en odio contra tales familias, tarde ó temprano se vuelve siempre al estado primitivo.

En las Repúblicas como en las Monarquías, en los pueblos antiguos lo mismo que en las naciones modernas, las miradas del pueblo en sus necesidades ó públicos desastres, naturalmente se vuelven hacia estas nobles é ilustres familias, y en ellas se espera hallar siempre, más copiosa y segura, la ciencia de los negocios humanos, la sabiduría de la vida política, la experiencia, el sacrificio, la fuerza, la autoridad, únicas que pueden gobernar, defender y salvar el país.

No vacilo en afirmar que en ninguna parte tiene raíces tan profundas como en Francia este prejuicio,— si lo es,— ni hay nación donde ejerza más irresistible influjo. Engañárase de muy extraña manera quien pensara que las revoluciones se fraguan entre nosotros para destruir los títulos nobiliarios y las familias de abolengo: entre nosotros las revoluciones se fraguan para conquistarlos: cada uno quiere disfrutarlos á su vez, ó á lo menos reemplazar á los otros en el escenario. Hay aquí también un hecho curioso y digno de observarse: en nuestra patria las revoluciones no han sabido más que multiplicar los títulos y vanidades de que voy hablando.

La nación inteligente honrará siempre el sentimiento de dignidad hereditaria que, por más que en algunos engendre vanidad, no por eso deja de ser eminentemente nacional y útil en sí mismo.

En nuestra patria, el mérito brillante que surge de

la obscuridad verá siempre consagrada su ilustración con algún nuevo título; siempre también — digámoslo claro — á despecho del progreso democrático, la vanidad ambiciosa buscará revestirse de prestado brillo; y el contagio crece de tal manera, que bien presto no habrá en nuestra nación una triste aldehuela que no haya cubierto con su nombre el obscuro apellido llevado por una ilustración desconocida.

No cabe duda que hay aquí abuso de derecho: mas el derecho tiene fuerzas para sobrevivir; está en la razón y en la naturaleza, y por encima de todas las ilustraciones dudosas, por encima de todos los nombres equívocos habrá siempre nombres gloriosos, razas de nobleza incontestable, familias ilustres, á las cuales el pueblo amará instintivamente, según escribía el Vizconde de Chateaubriand: *El pueblo siempre echará de menos la tumba de algunos señores de Montmorency, sobre la cual solta ponerse de rodillas para oír Misa* (1).

Y el mismo Chateaubriand, á pesar de las flaquezas de su vida, á pesar de la admiración y de las tristezas que hacen sentir á sus admiradores sus «Memorias de ultratumba,» dejará también nombre ilustre: su sepulcro quizás tendrá peregrinos; y si yo osara decir al joven

(1) *Genio del Cristianismo*. — Un gran nombre es, sin duda, la mejor herencia de familia; y el hombre ilustre, al transmitir á sus hijos el brillo del nacimiento, les impone también la obligación de imitar sus virtudes: porque *nobleza obliga*, según el antiguo proverbio. Pero además: un gran nombre, un hombre famoso es la gloria de su nación, es la gloria de la humanidad entera: por la profunda razón de que es un nombre, es una persona en quien la Providencia ha hecho destellar sus admirables dones, y todos reclaman su parte en este honor tributado á la naturaleza humana. Ved por qué el instinto nacional siempre honrará los nombres gloriosos y las familias de abuelo.

heredero de su sangre ó á cualquiera de los nombres heroicos del Imperio, al señor Duque de Montebello, por ejemplo, que el nombre que lleva no es nada, no vale nada, ni uno ni otro me creerían, y tendrían razón que les sobra; ni tampoco me creería el pueblo. La misma severidad con que se piden grandes virtudes á los grandes nombres, ¿no es un justo pero irrefragable testimonio del homenaje natural é instintivo que les rinde la opinión?

Si este prejuicio ha quedado tan vivo en nuestra patria es porque — para mi pecho francés — ninguna otra nación ha sido más rica en verdaderos nombres ilustres, en legítimas glorias. La antigua nobleza de Francia debe su esplendor y su imperecedera gloria al sacrificio que de su vida hizo heroicamente durante catorce siglos. Desde Clodoveo, la raza francesa no ha cesado de verter su sangre por la causa de Dios, de los pobres y de la patria, en todos los campos de batalla, en Asia, en Africa y en Europa. También la nobleza más moderna conquistó sus blasones y divisas á precio de su sangre, aunque siempre habrán menester una tradición sostenida por herederos dignos y confirmada por el tiempo.

Ahora, pues, volviendo á bajar de estas elevadas generales consideraciones al asunto práctico que voy tratando, diré llanamente á los hijos de los nombres heroicos, á los herederos de esas ilustres familias: En una nación gloriosa y valiente, donde la gloria será siempre pasión, y los recuerdos históricos grandeza, mientras fuereis dignos de vuestro nombre, estaréis en primera línea; digan lo que quieran los de abajo contra vosotros, tendréis siempre el lugar primero. La patria misma os lo dará. Siempre seréis vosotros quien

lo llevéis con mérito igual; y si la justicia individual parece lastimada por esta preferencia, hay otra justicia más alta, la justicia nacional, que con ello se verá muy satisfecha.

Si un nombre famoso, sostenido por bien formada Educación, tendrá siempre fortuna en nuestra patria; y me felicito de poderlo decir á honra de nuestros tiempos: aquí no nos faltan modelos, aun entre nuestros jóvenes contemporáneos.

Pero ¡NO HACER NADA! en medio de este universal movimiento de todas las clases sociales que tienden á mejorarse, á ennoblecerse, á elevarse, á enriquecerse por medio de la industria, del comercio, de la agricultura, por medio de los empleos de la vida política, NO HACER NADA, es abdicar, es aniquilarse. No comprender que vivimos en tiempos en que precisa hacerse perdonar la fortuna heredada de sus padres; autorizar á títulos recién acuñados, para que digan que los hijos de las grandes familias, en medio del universal progreso, se quedan fosilizados en sus prejuicios de raza, estacionados en su fortuna, retrógados en sus ideas, que ¡NO HACEN NADA NI QUIEREN HACER NADA!... ¡eso no es posible!

¿No ven, ésos de quienes hablo, que al lujo y á la ociosidad se junta la partición de las propiedades y la igualdad de las herencias, factores que contribuyen á disminuirlas, á fraccionarlas y á devorarlas? Para muchos ¡ay! todo brilla todavía por de fuera: mas por dentro todo es miseria y ruina. ¡NO HACER NADA!... pero ¡si desde el punto de vista material, es el aniquilamiento de la única cosa que todavía les comunica alguna superioridad sobre los demás: la propiedad!

En otro tiempo, tenían el glorioso privilegio del servicio militar, eran los primeros en guerrear, en derramar la sangre por la patria. Ciertamente, eso era algo; por ahí venían á ser grandes.

Si la cultura de las almas no ganaba nada con eso, siquiera se robustecía el carácter. La caballerosidad, el sacrificio heroico y todas las virtudes guerreras que han hecho de nuestra patria una de las primeras naciones de Europa, desplegábanse allí en toda su fuerza y esplendor.

Hoy han cambiado las cosas: la espada, el valor son y serán siempre de gran precio entre nosotros; pero hoy en día todas las manos pueden empuñar la espada. La comandancia de los ejércitos no es ya un privilegio; como la corona de Felipe Augusto, el mando es para el más digno. Por otro lado, la guerra tiende á desaparecer ¡bendito Dios, que así fueral parece haber obedecido á la voz de la antigüedad: *cedant arma togæ*; hoy día cede el lugar á la industria, al comercio, á la política, á la ciencia, á las artes; á lo menos — en cuanto puede asegurarlo la corta previsión humana — éste parece ser el porvenir de Europa.

Desechar con desdén el comercio, la industria, hasta la magistratura y la mayor parte de las carreras públicas, ¿es prejuicio ó es razón? No creerse bueno para ningún otro empleo, para ninguna otra gloria que para el empleo y la gloria de las armas, ¿es justicia y sabiduría?

Génova, Venecia, Cartago y Florencia, reinas de los mares, señoras del comercio de Oriente y de Occidente, de otra manera pensaban. La nobleza genovesa, veneciana y florentina, ¿no elevó por ventura sus alianzas tan alto como las antiguas casas reales de

Europa? Y ¿no son estas experiencias y estos ejemplos una lección, una perentoria respuesta á los herederos de estas grandes familias que entre nosotros se condenan á no hacer nada, y que, por necesaria consecuencia, se depravan, se quedan sin inteligencia, sin influjo, sin acción? ¡Cuántas veces he oído á los hombres más eminentes de la patria gemir amargamente por la suerte de esos mismos cuya causa defiendo en estos momentos! su propia causa es la que defiendo yo contra ellos mismos. ¿Qué hombre formal, qué mujer honrada no han deplorado la vida de tantos jóvenes que semejan querer abdicar de la dignidad de su nacimiento; que no saben — por valerme de la expresión tan vulgar ¡ay! y tan conocida — ¡no saben más que rondar las calles de París!

Las calles de París, es decir, los garitos, los clubs, el Bulevar de los Italianos, el juego sin tasa ni freno, los sitios de público espectáculo, los caballos, los perros, las mujeres... y otras bajezas que no se pueden oír...

¡Esas son las deplorables consecuencias del pretendido axioma: ¡NO HACER NADA!

Mas el funesto prejuicio de que el hombre de nuestros días no debe hacer nada, ó, cuando menos, puede no hacer nada, no es enteramente el mismo que el que circulaba en la edad media, cuando los gentiles-hombres y los señores pretendían que no debían saber nada, ni siquiera leer ni escribir; que no habían sido criados más que para dar recios mandobles y tajantes sablazos, y que la ciencia y las letras no sentaban bien más que en clérigos y pecheros.

Este prejuicio, que, á lo menos, tenía algo de enérgico y de arrogante en su nativa rudeza, hase perpetuado más de lo que se piensa en las costumbres

francesas, perdido lo que tenía de enérgico y caballeroso. De ahí nacía en otro tiempo — y aun nos queda un poquillo en nuestros días — el temor á la Educación pública; de ahí el que tantos niños nobles se vieran condenados á la Educación privada, ó sea, por punto general, á la molicie de carácter y á la medianta de talento, salvas honrosas y rarísimas excepciones.

A un señor de mucho juicio oí decir estas notables palabras:

Un gobierno usurpador y astuto que quisiera desentenderse de las familias de abolengo, y desarraigarlas del país, podría limitarse á exigir que, por respeto á sí mismas, educaran á sus hijos en su propio seno, solos, aislados, lejos de sus semejantes, en el estrecho recinto de la Educación particular y con preceptores privados.

No temo discurrir así: ahí estuvo siempre el gran peligro de las familias reales y de las Educaciones de príncipes.

En su tiempo Bossuet expresaba al hijo de Luis XIV su sentir sobre el particular en los siguientes términos:

«Lo que hace que los hombres de alta posición, si mucho no se recatan, degeneren fácilmente en la pereza y en cierta especie de languidez, es la abundancia en que nacieron. A los otros hombres despiértalos su propia necesidad, y el cuidado de su fortuna los aguija sin cesar al trabajo. Pero aquéllos á quienes de suyo se les ponen delante los bienes necesarios no sólo para la vida, mas también para el placer y para las grandezas, no tienen nada que ganar con el trabajo. Mas no creáis que la sabiduría se os venga de la misma manera, y sin que hayáis de trabajar se-

riamente en su consecución. No está en la mano del hombre poner en su alma los arreos de las virtudes y de las ciencias, sin hacer nada de su parte. Tenéis que excitaros á vos mismo, aplicaros al trabajo, para que se eduque vuestra razón. Esa debe ser toda vuestra ocupación; no tenéis que hacer más que eso, ni que pensar más que en eso. ¿No sois hartos felices en que las cosas estén de tal manera dispuestas que los demás trabajos no digan con vos, y que únicamente tengáis que cultivar vuestro espíritu y formar vuestra inteligencia?»

Luis XIV, que, por experiencia propia, había palpado la desgracia de una Educación descuidada, quiso ahorrar á su hijo y á sus nietos este peligro; y por sí mismo trazó con severidad admirable la regla del trabajo para el Delfín.

Ved lo que sobre el particular escribía Bossuet al papa Inocencio XII:

«La ley que el Rey nuestro señor ha impuesto á los estudios es la de que no debe dejar que pase ningún día sin estudiar alguna cosa. Juzga que hay gran diferencia entre estarse todo el día sin trabajar, y tomar algunas diversiones para distraer el espíritu. Preciso es que el niño juegue y se divierta: esto le excita; pero no conviene dejarle que se entregue al juego y al placer de tal suerte que no se lo llame un rato cada día á cosas más serias, pues el estudio sería lánguido si fuera muy interrumpido. Como toda la vida de los príncipes está ocupada, y ningún día está exento de graves cuidados, bueno es ejercitarlos desde la niñez en cosas serias, y hacerles aplicarse á ellas cada día durante algunas horas, á fin de que su espíritu se vaya avezando al trabajo y esté acostumbrado á co-

sas graves, para cuando haya de tratar negocios de importancia (1)».

Como hubiera yo de dar consejos importantes á las familias de abolengo, que todavía quedan en nuestra patria, diríales: No temáis lo que es bendición del cielo; tened gran número de hijos; prole numerosa es la riqueza de un padre, de su nombre, de su familia.

Casadlos bien; dadles esposas santas á toda prueba y de sincera piedad; haced casamientos dignos, fecundos, sin tacha; alianzas irreprochables, de las cuales nazca una raza fuerte y santa.

Educad con energía á vuestros hijos; dad á todos sólida y brillante Educación, y después dadles carrera; pues, aun cuando la igualdad en las particiones no dejase á cada uno de ellos más que una fortuna mediana, serán grandes y ricos por su Educación, por su industria, por su trabajo, por su nombre, por su mismo número. Se sostendrán, se ayudarán y se harán fuertes los unos á los otros en los diversos puestos en que la Providencia y la ilustrada solicitud de sus padres los haya llamado á figurar.

Es una observación que no dejan de ver claro los hombres atentos, los talentos que con cristiana y religiosa mirada siguen el curso de las cosas, las trazas de la Providencia: hay una bendición visible, bendición hasta temporal, para las familias numerosas; y casi siempre he visto realizarse en favor suyo los deseos que dejaban en manos de la divina voluntad, con noble resignación en su bondad soberana, á los cuales deseos en tantos otros reemplazan cálculos culpables, y siempre mezquinos é impotentes.

(1) BOSSUET, *De Inst. Delph.*

Entre estos numerosos hijos, muchos, si no todos, tendrán naturales privilegiados: si se los educa bien, vendrán á ser hombres superiores, que honrarán á sus hermanos, sostendrán su nombre, enriquecerán su linaje, ilustrarán su familia, gobernarán y quizás salvarán su patria.

Si, Dios los bendicirá. ¿Por qué se ve con tanta frecuencia desaparecer grandes nombres entre las sombras del olvido? ¿secarse nobles y antiguos troncos? Porque allí no se encontraba más que uno ó dos hijos: quizás un hijo único, muellemente educado, que deshonró su sangre.

He hablado más arriba de niños mimados: rarísimo es que donde hay numerosos hijos haya niños mimados.

El hijo, la hija única son casi siempre el ídolo de la familia, objeto de las más frívolas solicitudes. No hay cuidado serio, no hay pensamiento elevado en la Educación de estos hijos, de los cuales no se piensa hacer más que seres destinados á los goces y á las diversiones del mundo; seguros de ser ricos sin jamás hacer nada, sin jamás trabajar, sin tomarse jamás la menor molestia. ¿Cómo se quiere encontrar en estas Educaciones ruines la bendición de Dios, y en esos otros mezquinos cálculos de la fortuna, en esos bajos é impíos cómputos sobre el porvenir, donde para nada se cuenta con la divina Providencia?

Sin duda, se necesitan en la familia jefes respetables por su fortuna, en cuanto sea posible: y es cosa que nuestras modernas leyes tienen muy olvidada. Pero también se necesitan numerosas ramas que se sostengan, se extiendan y se apoyen las unas á las otras.

Séame permitido repetirlo á estos padres de familias antiguas: Si sabéis dar á vuestros numerosos hijos esmerada Educación intelectual, estarán siempre y en todas partes á la cabeza de sus conciudadanos: lo primero por su valor, cuando fuere necesario. Los campos de batalla os hallarán tal como siempre habéis sido. Vuestra sangre no faltará jamás.—Serán también los primeros por su talento: si queréis, podéis; siempre lo habéis podido, y muchísimas veces lo habéis hecho. Testigos, Turena y Condé, d'Aguesseau, el cardenal de Polignac, La Rochefoucauld, Fenelón y tantos otros.

Dejad que prospere la industria: que no está destinada á la conquista del mundo; y aun cuando lo estuviera, si dejáis á los industriales no aspirar—como lo hacen—más que á una Educación común y profesional; si, tomando lo que conviene de esta Educación inferior, sabéis elevaros más alto, fortaleceros, ennobleceros, haceros ilustres por la esmerada Educación de vuestra inteligencia, lo dominaréis todo; por necesidad lo arrastraréis todo: gobernaréis, dirigiréis hasta la industria inclusive; la salvaréis de sus excesos; la elevaréis hasta vosotros, y siempre quedaréis en vuestro sitio, continuaréis siendo lo que erais: un Montmorency, un d'Arcourt, ú otro cualquiera de estos nombres famosos que se imponen á la opinión por el prestigio de su familia.

Y si estos gloriosos destinos os maravillan, si os parecen estar muy por encima de vuestra edad, aun no os concederé que, renunciando á ellos, no debéis hacer nada en este mundo. Jamás os concederé que podáis estar sin trabajar en la vida.

No; la caza, las novelas, los caballos y los perros no

bastan para nada ni para nadie. Diréos con las santas Escrituras: *Non oderis opera laboriosa, et rusticationem creatam ab Altissimo: No te desdeñes del trabajo, ni siquiera del trabajo de la tierra y de la agricultura que fué creada por el Altísimo.* La agricultura es fundamento de la vida humana.

Si la industria y el comercio no arman á vuestros intentos y aptitudes, sed uno de tantos fuertes é ilustres agricultores de vuestra comarca, si es que podéis. También ahí tendréis útil y gloriosa labor. Sed fieles al suelo que ha creado vuestro nombre y vuestra fortuna, y el suelo, á su vez, os será fiel, y los pueblos os bendecirán. Si de veinticinco años á esta parte os bendicen menos, es porque los tenéis muy abandonados.

¿Por qué, desdeñando vuestra verdadera y sólida grandeza, iríais á arrastrar en París una vida indigna de vosotros, metidos en los ruinosos círculos del juego y del placer? ¿Por qué ir á arrojar el resto de vuestros bienes en los abismos del lujo y de todos los devaneos á que despeña la ociosidad, mejor que habitar honradamente vuestras tierras, mejor que echar en vuestro país profundas raíces que ni las revoluciones puedan arrancar, mejor que haceros amar y respetar, en fuerza de repartir en vuestro derredor beneficios sobre los pueblos necesitados, que sólo desean daros libremente el tributo á que estaban obligados ya desde el tiempo de vuestros abuelos?

¿Para qué dejar tan nobles cuidados á vuestros administradores, á vuestros intendentes, á vuestros notarios, á vuestros abogados que se hacen amar y estimar en lugar vuestro, que en realidad de verdad os suplantán y son los genuinos representantes del pueblo, cuando debíais serlo vosotros?

Hay en la divina Escritura una palabra cuyo peso ruego á Dios no caiga sobre ninguno de mis paisanos; pero á fe que es palabra terrible y pavorosa, si las hubo jamás, dignísima de ser meditada por todo el mundo. Oidla: *Los hombres dados al placer, dice el Espíritu Santo por boca de Amós profeta serán destruidos: auferetur factio lascivientium.*

Concluyamos: aquí bajo todo el mundo tiene algo que hacer, una ruta que seguir, un blanco á que asentar, un trabajo que cumplir, un lugar que ocupar: en una palabra, graves obligaciones, serios deberes que cumplir.

El trabajo, que es la aplicación del alma, es también su fuerza y su gloria. Sin trabajo, sin aplicación, nadie puede ser útil ni en este mundo ni en el otro.

Dios y los hombres desprecian, abominan, rechazan como siervo sin provecho, al hombre que no hace nada, que no vale para nada.

Sólo la aplicación y el trabajo forman grandes hombres, grandes sabios, verdaderos genios.

Hoy en día es esto rarísimo, porque no se conoce el trabajo serio, la aplicación profunda y concienzuda. Poetas, literatos, historiadores, filósofos no trabajan con tesón; y hasta sabemos en lo que ha venido á parar la mayoría de ellos de cincuenta años á esta parte.

Y si los difíciles tiempos que atravesamos no os permiten aspirar al desempeño de cargos públicos;

Sabed, cuando menos, aplicaros al gobierno de vuestra familia, de vuestros criados, de vuestros hijos. Procurad adquirir los conocimientos agrícolas, industriales y aun comerciales que exige la naturaleza de vuestros bienes y de vuestras rentas, para nombrar las

cosas por su propio nombre cuando tratéis de vuestros molinos, de vuestras tierras, de vuestros ganados. De todo esto sabed siquiera lo necesario para tomar á vuestros subordinados cuentas exactas y cabales.

Cuidad, sobre todo, de vuestros hijos y de su Educación: ¡obra grandiosa á la cual nunca debéis ser extraños!

Cuidad de vuestros criados, ya que en tan triste abandono viven los más. Cuidad de las buenas obras: sabed fundarlas generosamente y propagarlas con celo. Conversad con los lugareños que os rodean, hacedos amar de ellos; aliviad á los pobres; sed en vuestro municipio y en vuestra provincia hombre de provecho, consejero discreto y caritativo. Mejoradlo todo en vuestro derredor: puentes, caminos, iglesias, escuelas, casas consistoriales, en una palabra todo.

Y más que ninguna otra cosa recordad esta última enseñanza que voy á daros: y es que, sean cuales fueren las desgracias de los tiempos, jamás podrá permitirse sacrificar la sociedad, las costumbres, la Religión, sacrificarse á sí mismo y á sus hijos en aras de mezquinos intereses, de los pasajeros intereses de una política rastrera, y hacer de las revoluciones, títulos de ociosidad y de vagancia.

¡Habrà de ser verdad que jamás hubo en Francia hombres de Estado que no vieran con profunda pena lo que viene á ser entre nosotros la juventud opulenta? ¿Serà posible que una habilidad y astucia profundas hayan creído que el país se hallará bien, para el presente y para lo porvenir, con carreras en el hipódromo, con gomosos y pisaverdes, con perdonavidas, y con todas esas sociedades elegantes y corrompidas de jóvenes que abdican de su dignidad y se olvidan de

sí mismos, y parecen haber dicho á su patria: ¡Con nosotros no tienes que contar para nada!...

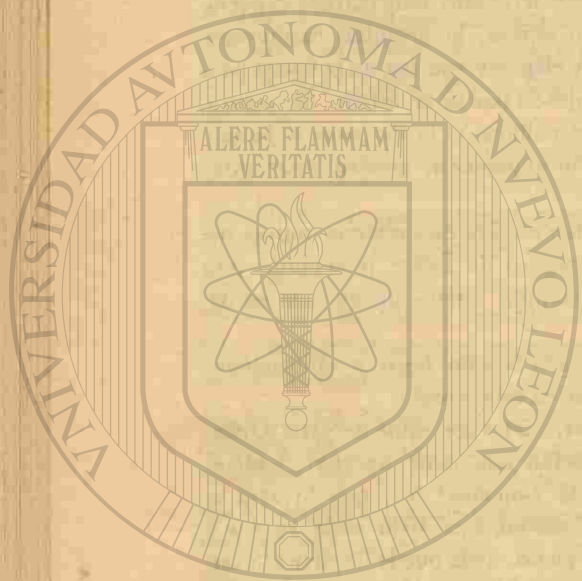
No lo puedo creer: sería esto muy extraña ceguera. No, no; la juventud ociosa, la juventud casquivana, por muy brillante y elegante que sea no es buena para un país, ni en tiempo de paz ni en estado de guerra; ni la sociedad, ni la política, ni la Religión, ni la moral, ni lo presente, ni lo porvenir, pueden estar satisfechos de ella.

He dicho lo bastante sobre esta materia: quizás demasiado. Mas yo aseguro no haber pretendido otra cosa que ser útil y cumplir religiosamente con mi deber.

Hay, pues, para cada hombre lugar y obligaciones concretas y distintas en este mundo.

¿Cuál es este lugar, cuáles son estos deberes? ¿Quién decidirá de la elección que debe hacerse? ¿Serán el azar, el capricho ó la violencia? No; que lo será la Providencia divina, porque aquí bajo nada sucede á la ventura. En este punto, nada puede librarse al azar: para cada persona, para cada estado hay vocación de Dios.

Es lo queda por examinar, para esclarecimiento de la grave cuestión que llevamos entre manos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

CAPITULO XXI

En el mundo nada sucede al azar: Luego hay para cada hombre y para cada estado, especial llamamiento de Dios.

No: aquí abajo nada se hace á la ventura. Ni un cabello cae de nuestra cabeza sin la voluntad del cielo: con mayor razón habremos de decir que el empleo de nuestras más nobles facultades, y el trabajo de nuestra vida entera, no podrán ser entregados á los caprichos del azar.

Quienes quiera que seamos, tenemos obligación de estudiar atentamente los designios de Dios sobre nosotros: debemos religiosamente buscar el conocimiento de lo que Dios pide que hagamos en el mundo; el lugar que quiere que ocupemos; para qué nos tiene destinados: en una palabra, á qué y á dónde nos llama.

Aplicarse á conocer esta vocación, á lo menos en general, y con probabilidad que baste á satisfacer una conciencia juiciosa y prudente, es uno de los más sagrados deberes del padre y de la madre con relación á sus hijos, es el fundamento sobre el cual ha de estribar la elección que hagamos de la clase de Educación que les hayamos de dar. Manifiesta cosa es, en efecto, que saber lo que el niño deberá y podrá hacer

en el mundo es la primera condición requerida para decidir de qué manera se lo debe preparar para ella.

Pero, se me dirá; y ¿cómo conocerlo? ¿cómo estudiar la vocación del niño? Difícil por todo extremo deberá ser eso. — No tal: basta dedicar á ello el tiempo conveniente y una religiosa atención; pues que entonces las señales de la Providencia no fallan jamás.

Dijimos en otra parte que la Educación *prosigue la obra de la Creación*. La primera cosa que hay que saber, pues, tratando de Educación, es cómo quiere el Creador que se coopere al desarrollo de su obra y de sus soberanos designios; para qué fin ha puesto al niño sobre la tierra, para qué lo tiene destinado: entonces se podrá decidir qué clase y qué modo de Educación sea más conveniente al fin que se trata de conseguir, al destino que se intenta lograr; y, para todo esto los indicios de la Providencia son más explícitos de lo que comúnmente se piensa: raro es que, por indicios particulares, facilísimos de distinguir, por ciertos gustos y ciertas aptitudes y ciertas disposiciones muy marcadas, que se observan en todo niño, no se vea muy pronto la probable vocación de un niño, y en consecuencia la Educación que conviene darle.

Y aquí no hablo de la primera Educación — harto se comprende: — ésta debe ser con escasa diferencia la misma para todos. Hablo principalmente de esa otra Educación que se extiende, sean cuales fueren su forma y su nombre, de los diez á los veinte años. Y sin que hayamos de repetir aquí cuál deba ser la influencia que sobre el niño, desde los diez años á los veinte, ejercen los medios de que dispone la Educación, bástame hacer notar que durante esa edad es cuando se forma el joven y cuando se decide su vocación.

La clase de estudios á que se dedica, el tiempo que á ellos consagra, el gusto que por ellos toma, la aplicación que á los mismos aporta, los resultados que consigue, el grado de desarrollo que adquiere su inteligencia, los primeros movimientos de buenas ó malas pasiones que en él se dejan sentir, los rasgos más ó menos perfilados de su carácter, en suma, las impresiones más ó menos fuertes de la Gracia, las inclinaciones sobrenaturales que ésta comunica para ciertas vocaciones más perfectas: éstos y otros varios son los medios de estudiar y de conocer á dónde llama Dios, lo que pide Dios que hagamos aquí abajo.

Ni debo ni quiero exagerar un punto; el deber de cualquier estado tiene casi siempre excesiva latitud; hay diversas vocaciones, más ó menos perfectas. Los maestros de la vida moral reconocen que, si entre las vocaciones hay algunas más absolutas, á las cuales no puede uno sustraerse sin ponerlo todo á riesgo en su vida, hay también otras *más libres*, entre las cuales es permitida y aun conveniente la duda.

La razón es muy llana. ¡Cuántas profesiones hay entre las cuales las diferencias son muy insignificantes, y la preferencia de una á otra á primera vista no tiene notable importancia! No pretendo, pues, que la vocación se determine siempre con rigurosa matemática precisión, hasta en sus últimos pormenores; pero lo que sí sostengo es que cuando menos el género de vocación está indicado para cada uno por medios facilísimos de conocer, y que entonces el error se halla erizado de peligros.

Por ejemplo, la vida en el mundo ó la vida alejada de él; el estado religioso ó el estado de matrimonio, son dos vocaciones y dos estados enteramente distin-

tos el uno del otro. Y aun entre los varios estados del mundo, los hay muy diversos, tales como la toga ó la espada, la agricultura ó la industria, la marina ó la administración, la carrera de las letras, la de las ciencias ó la de las artes.

Estas varias carreras exigen aptitudes tan diferentes, que para un joven escoger al azar, á ciegas, entre profesiones tan poco parecidas, sería manifiestamente exponerse á turbar, á paralizar toda su vida: sería encadenarle á un estado para el cual no estaba quizás destinado, y en el cual serían para él moralmente imposibles la prosperidad y la dicha.

Mas, por lo mismo que las diferencias entre las principales clases de vocaciones son muy palpables, fáciles evitar el error, á poco que uno quiera tomarse la molestia de estudiar, con la doble ayuda de la atención y del tiempo, las diferencias no menos palpables que se hallan entre las disposiciones físicas, intelectuales, morales y religiosas de los distintos niños.

El atractivo y gusto sobrenatural, si se trata de vocaciones sobrenaturales y perfectas; y aun tratándose de cualquiera otra, la aptitud que hace idoneo para tal ó cual profesión, ó la falta de aptitud que de ellas aparta; la inclinación y el gusto que facilitan la aplicación y el buen éxito; las malas cualidades, los defectos, las pasiones que hallarían en determinado estado alimento funesto, que es preciso negarles; las buenas cualidades y las virtudes que hallarían en tal otro manjar sabroso, apetecible y fecundo que ofrecerles; en fin, todo lo demás bien mirado y sabiamente considerado, las circunstancias de nacimiento, de fortuna, de posición social, las ocasiones favorables, las coyunturas que se nos brindan y que parecen ser ma-

nifestaciones providenciales, son los más ordinarios, indicios por los que se revela con más ó menos certeza la vocación de un joven. Observando estos indicios, siguiéndolos con prudente circunspección, rara vez nos equivocaremos; y si en alguna ocasión nos equivocáramos, no sería más que en casos aislados, en los que el error no pasa de ser levisimo, porque las diferencias serían poco importantes, y menos obligatoria la vocación.

No hay necesidad de que los padres y los instructores apuren violentamente á los niños. Débese respetar su libertad. Se los puede y aun se los debe ilustrar, aconsejar, hasta irlos preparando de lejos, dirigirlos en una palabra: pero violentarlos ó ponerlos á la fuerza en tal ó cual estado, jamás.

En cuanto á las vocaciones del todo sobrenaturales y más perfectas, por ahora me limitaré sencillamente á decir:

Que, sin género de duda, todos en este mundo pueden, con el auxilio de Dios, elevarse á gran altura de perfección. El horizonte de la verdad y de la virtud, como también el de la bondad y de la gracia divina, es inmenso; hay en los designios de la Providencia para cada uno, plan de perfección relativa á la cual le es permitido llegar; es lo que podríamos llamar con san Pablo: *Voluntas Dei beneplacens et perfecta*. Mas ¡ay! ¡qué pocos llegan allí! ¡cuántos cobardean y degeneran vilmente!

A estos tales puede Dios, en su misericordia, reservarles vocaciones menos perfectas y un porvenir menos levantado, pero que podrá ser bueno y aun glorioso, como ellos sean fieles.

Aun hay vida y salvación.

Pero hay algunos que bajan del límite señalado y esquivan la voluntad divina; y son los que no quieren hacer nada en este mundo, ó que únicamente hacen lo malo, no teniendo cuenta ninguna con las leyes del Criador; para ellos, la ruina, la degradación intelectual y moral, la muerte eterna: *Ad nihilum redactus est in conspectu ejus malignus!*

Sea cual fuere la latitud que á cada cual se le permita en la elección de las varias posibles vocaciones, manifiesta cosa es que dicha elección ciega ó clara, feliz ó desgraciada, según el orden de la Providencia ó contraria al mismo, habrá de tener singularísimo influjo sobre el porvenir, y habrá de formar la dicha ó la desventura, la vergüenza ó el honor de la vida, la plenitud gloriosa ó el espantoso vacío de la existencia entera.

Ved por qué los padres no sólo no deben condescender en este punto poco ni mucho con su vanidad personal, con su ambición ó con los antojos de su amor propio, sino que hasta deben recelarse de dar con sobrada ligereza crédito á presagios cuya certeza no pasa de ser muy mediana ó prematura. Preciso es que manejen religiosamente la libertad del niño, que dejen al buen natural obrar y declararse por sí mismo; y á la Gracia, señalar por sus impresiones los designios de Dios; y á las aptitudes, revelarse poco á poco; y al talento, anunciarse y robustecerse: en una palabra, deben estudiar atentamente, para obedecerlos, el orden de la naturaleza y el de la divina Providencia.

¡Verdad extrañamente olvidada en nuestros días, en que la mayor parte de las vocaciones y de las carreras se deciden al azar y sin detenido examen! en que se ven ciertos niños á quienes clarísimos providencia-

les indicios parecen llamar á gobernar un día su país ó cuando menos á ocupar en él importantísimos empleos políticos ó civiles, y que se han educado — permítaseme decirlo — como si únicamente hubieran de ser pintores, músicos ó quizás... — no se lleve á mal que baje todavía más, — gañanes ó guardabosques.

Los más aprovechados de entre ellos dibujarán, si queréis, cantarán más ó menos agradablemente, y de ellos se dirá: es un señor distinguido... ¿Qué habrá hecho en su vida para merecer este dictado? Quizás un álbum... Y aun más: la mayoría puede que no sepan otra ciencia que la de bailar ¡gentil ocupación! ó algunas nociones de esgrima y equitación.

*Pour toute ambition, pour vertu singulière,
Il excelle à conduire un char dans la carrière,*

que decía en otro tiempo Racine.

Y ¡cosa rara! ¡extraño contraste! en nuestro mismo país vense mil otros niños á los cuales ni el voto de la naturaleza, ni el llamamiento de la Providencia llamaban á sobresalir de entre la turba del pueblo, y que, educados imprudentemente en un género de vida para la cual Dios no los había hecho, contraen, en medio de una falsa Educación, gustos y hábitos de lujo y necesidades desmedidas, que preparan para toda su vida el malestar y los torcedores de una ambición que en su día quizás á todo trance les será preciso satisfacer.

¡Error formidable por sus consecuencias! Pues que, de antemano, cava á los pies del hombre ó el abismo del crimen ó el de la desesperación, y muchísimas veces el uno y el otro!

Y ¿qué acontece también muy de ordinario? Que, mientras los primeros, ciudadanos sin valor, padres de familia sin virtud, no siendo capaces de educar sus hijos ni de administrar sus haciendas, comienzan ó precipitan esas grandes degeneraciones por las cuales nombres de antiguo ilustres, van á extinguirse en la obscuridad y á veces en la ignorancia, los segundos nos regalan esas otras generaciones envidiosas, turbulentas, facciosas, amigas de motín, para las cuales, á pesar de su notoria medianía, toda fortuna, toda superioridad social es odioso espectáculo, insupportable carga: hombres sin ventura que, en las negras desazones de su orgullo sublevado, se revuelven, se agitan cuando peligrá la sociedad, para salir violentamente de su baja condición; y alimentando ensueños de desapoderada codicia, no descansan más que en su propia ruina ó en el desquiciamiento del orden social.

¿Quiénes son los más culpables? A fe, que poco importa la pregunta; pero, si yo debiera resolverla, diría sin rebozo que éstos por quienes Dios y la sociedad han hecho tanto, y que no quieren hacer nada ni por Dios, ni por la sociedad, ni por sí mismos; éstos que no se acuerdan de su pasada gloria; éstos que dejan fenecer en sí las más nobles esperanzas de la patria y dejan perecer tantos otros preciosos bienes que nunca quizás se volverán á encontrar; éstos, en fin, que ven impasibles enervarse y atollarse en la molición y pereza de una vida floja y apocada, las más elevadas y más puras energías de una nación distinguida, éstos diría yo que me irritan más profundamente, éstos me descorazonan, éstos me oprimen el ánimo, éstos tales me harían desesperar del porvenir, si en el cielo no

hubiera Dios, ni fuerza moral en la Iglesia, ni fortuna para nuestra patria!

Perdónenseme la severidad y dureza de mis palabras, y permítaseme, para justificarlas, una reflexión general, la cual, á lo que yo espero, no ha de ser juzgada por excesivamente dura: cuando menos yo sostengo que no quiere serlo; es una sencilla observación de hecho, cuyo recuerdo hallará cada cual en su propia experiencia, y que alumbrará, como sol de nuevo día, la tesis que ahora defiendo sobre la importancia de un estado, de una vocación, sea cual fuere, para cada hombre, y sobre el peligro de las vocaciones falseadas ó frustradas.

Quando se estudia la humana naturaleza en el niño, es decir, en su punto de partida y se la sigue á través de las varias edades de los hombres, desde la adolescencia hasta los últimos linderos de la vida, uno se queda como maravillado de ese número sin número de naturales ricos, inteligentes, vivos, brillantes, honrados y virtuosos..., detenidos en su generoso vuelo, heridos en su energía, oscurecidos en su brillo, que no comunican lo que recibieron, que no dejan adivinar sus latentes energías más que por débiles y pasajeras vislumbres; inteligencias abortadas, que se han hecho indignas de sí mismas, corazones paralizados, encogidos; nobles criaturas, que merced á una savia empobrecida y desviada de su corriente se han tornado muy medianas, raquíticas y estériles, y arrebatadas á las más lisonjeras esperanzas que de ellas había concebido la sociedad, la religión, la familia, han caído del elevado destino que Dios en su Providencia les había deparado. ¿De dónde tamaña desgracia? Lo más común es que provenga de una voca-

ción falseada, de una vocación neciamente abandonada. Son personas que no quisieron hacer nada en este mundo, — lo cual es el sumo desorden y el mayor peligro que se puede imaginar; — ó que no estudiaron su propia naturaleza, ni los designios de la Providencia, si no que pretendieron hacer aquello para lo que no habían sido criados.

¡Ay! que hablo con harto dolorosa experiencia, y mis palabras — me lo temo — dejan escapar bien á pesar mío, despues de breves momentos, una emoción dolorosa que no es de amargura, sino que es el acento muy excusable del sacrificio frecuentemente traicionado en sus más santas y más caras esperanzas!

¡Cuánto padre irreflexivo! ¡cuánta decisión precipitada y temeraria tratándose del más grave y trascendental negocio de toda la vida!

¡Cuántos jóvenes he visto yo, que, llamados á decidir sobre su propio destino, se forjaban las más extrañas ilusiones, y encadenaban, por una ciega elección, su inteligencia y su voluntad á profesiones para las cuales no habían nacido; daban por sí mismos é imprimían con lamentable ligereza, dirección á su vida entera, en una edad de arrebató é inexperiencias; fijaban los límites de sus virtudes y daban muy tasada partecica á los deberes de la religión.

¡Cuánta vocación extraviada y cuánta existencia fuera de su lugar se ven por doquiera! ¡cuánto contratiempo! ¡cuánta esperanza fallida! ¡qué de talentos descaminados, de caracteres añiados, de virtudes comprometidas, de servicios y de esperanzas frustradas! Y estos jóvenes, tal como se los ve, pasan á hombres, y llegan á viejos; porque el viejo se hace del hombre maduro, el hombre maduro, del joven, y el joven, del niño; y todos,

en fin, vienen á formar la sociedad, esta sociedad que tiene muchas leyes, pero que no tiene remedio ninguno contra la mayor parte de los males que la corroen, y que ni tiene leyes ni tiene remedios contra estos males en particular.

Me equivoco: no solamente no tiene la sociedad ni leyes ni remedios contra esos males, sino que ¡cosa extraña! tiene leyes para producirlos; tiene leyes para consagrarlos; tiene leyes contra los remedios que podrían curar los susodichos males.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONCLUSIÓN

Así, pues,—porque hora es ya de resumir este libro y sus pormenores—formar al hombre y prepararle para las distintas funciones sociales que un día será llamado á desempeñar sobre la tierra;

Formar al hombre por medio de esta Educación general, que con razón deberíamos llamar Educación humana por excelencia:

Formarle por medio de una Educación especial para la vocación á donde lo llama la Providencia, su posición social, sus talentos y sus particulares aficiones;

Formar al hombre, es decir, esta nobilísima criatura, dotada de inteligencia, de razón, de voluntad libre, nacida para el bien;

Formar al hombre inteligente, al hombre honrado, al hombre con sus facultades generales y con sus cualidades individuales, tal como lo piden la sociedad y la religión;

Al hombre todo entero, inteligencia poderosa y pura, en cuerpo sano y vigoroso, *mens sana in corpore sano*;

Al hombre de razón, de juicio y de gusto;

Al hombre de corazón, al hombre de carácter;

Al hombre de imaginación regulada, de elocución fácil y clara;

Al hombre de voluntad firme y recta, con el grado de razón, de imaginación, de carácter ó de genio, que forman el sello de su individualidad;

Al hombre de fe esclarecida y de conciencia entera;
Al hombre tal y como Dios le crió y Jesucristo lo regeneró;

Al hombre tal como la marcha providencial del mundo le ha perfeccionado;

Al hombre de su siglo y de su país, en el feliz y sabio sentido de estas dos palabras;

AL CRISTIANO, en suma; porque esta palabra lo resume todo, y no llenaríamos nuestra elevada misión, si no supiéramos formar corazones cristianos y elevar hasta el cristianismo, hasta el Evangelio, á los jóvenes que la sociedad nos confía:

Tal es la obra que debe cumplir la Educación: así formará al hombre para la sociedad, sin riesgo para uno ni para la otra; así podrá producir, en todos los grados de la jerarquía social, hombres completos, á la medida y extensión que conviene á cada cual, para elevarlos desde allí hasta la vida perdurable.

Ahora pregunto yo: ¿exagero ni siquiera un ápice al decir que la Educación es obra divina, y al darle tan alta y decisiva importancia para la grandeza y felicidad de los individuos, de las familias y de la sociedad entera?

Comprendo que dicha teoría se halla expuesta á ser testigo de más de una muestra de extrañeza y de más de una maliciosa sonrisilla, viviendo como vivimos en un siglo que parece no haber comprendido la dignidad y la grandeza de la Educación, y que quizás juzgará lo que acabamos de escribir como vana teoría y especulación imposible de llevar á la práctica.

Pues ¡no! Y permítaseme expresar aquí todo mi pensamiento: no, no hay aquí *vanas teorías*; gracias á la práctica de estas vanas teorías se ha levantado

Europa entera á la más encumbrada civilización; y si Francia marchó por algún tiempo, como reina de la Europa civilizada, al frente de las naciones modernas, más que nada, á esta hermosa y vigorosa Educación debió su gloria.

¡No, aquí no hay vanas teorías, ni especulaciones imposibles de realizar! Y añadiré sin rebozo: ¡Vergüenza y baldón para los instructores de la juventud que opinan lo contrario!

Hay, en efecto, — y existirá mientras dure este mundo miserable — una criatura digna de la elevación de la expuesta teoría, y del respeto que profesa hacia la nobleza de su ser. Y, como su práctica fuera imposible, habría que desesperar de la humanidad, de la patria, de la familia, de sí mismo, de Dios, en fin, y de la Providencia.

Instructores de la juventud, que quizás todavía no habéis comprendido estas cosas, guardaos de acogerlas con soberbio y frívolo desdén: ¿ignoráis de qué se trata y cuán graves sean los intereses que se os han confiado?

¡Nada menos que el género humano, el hombre y sus hijos, los mismos hijos de Dios han sido puestos en nuestras manos!

No; aquí no hay especulación imposible de realizar. Mientras haya sobre la tierra una de esas criaturas de las que dijo Dios: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, la Educación de los hombres será la obra mayor que puede llevarse á cabo, obra providencial y divina, tarea del todo sagrada: ¡un sacerdocio!

Mientras haya aquí bajo una de esas inteligencias que Dios hizo capaces de conocimiento y de sabiduría, capaces de verdad y de luz, capaces de ima-

ginación y de memoria, capaces de ciencia y de genio, será bello, será digno, será divino trabajar en la Educación, en la formación intelectual de tan notable criatura!

Mientras haya sobre la tierra un corazón, una conciencia, un carácter, una voluntad humana, será bello, será digno, será divino formarlos en el amor de lo verdadero y honesto, en el entusiasmo por lo noble, elevado y generoso, en la santa pasión por lo grande y por lo sublime!

Si: mientras haya sobre la tierra un hijo de hombre, inspirado por el soplo divino, que le hace rey de la creación e imagen inmortal del Dios vivo, deberá ser educado en el conocimiento y en el amor de sus últimos destinos; y para ello, deberá ser dirigido y afianzado en la integridad, en el vigor, en la plenitud y poderío de sus incomparables facultades, por medio de esta vigorosa Educación, cuya teoría nos admira, nos entusiasma y arrebató.

Mientras haya sobre la tierra uno de esos seres á quienes Dios ha hecho visiblemente para llegar á ser, por el conocimiento y amor de todas las cosas naturales y sobrenaturales, centro de la creación y contemplador de los cielos, será bello enseñarle con qué esfuerzos, con qué estudios, con qué elevación intelectual, moral y religiosa haya de hacerse superior á cuanto Dios somete á la mirada y á las investigaciones de su inteligencia; será bello enseñarle por medio de qué maravillosa ciencia, desde el imperceptible punto que ocupa sobre la tierra, puede llegar hasta los confines de su imperio, estudiar los más sublimes misterios de la naturaleza, medir con exactitud la inmensidad de los cielos, penetrar hasta las entrañas de la tierra y arran-

carle sus tesoros, contemplar todo, su imperio, desde la florecilla que matiza y alfombra los prados, y desde las hierbecicas que no viven más que un día, y antes de morir, le revelan humildemente su nombre, sus familias, sus propiedades y sus virtudes, hasta el sol que en su andar mide los siglos, cuyo camino, en los inmensos espacios del firmamento, puede el hombre seguir con sus ojos mientras el astro los recorre á ciegas y sin saberlo!

Mientras haya un hijo de hombre sobre la tierra, será cosa digna enseñarle cómo por la noble alianza del saber con la virtud, de las letras con la sabiduría, de la ciencia con la fe, de las artes con la religión, pueden llegar sus facultades hasta los ápices del genio, hasta ese poder por el cual el alma del hombre, con uno solo de sus pensamientos, abarca el universo, se coloca por encima de sus últimos linderos, y, sin ruborizarse ni palidecer, mira más allá; hasta ese poder de actividad casi divina, que se lanza á lo más alto de los cielos y vuelve á bajar con rapidez vertiginosa hasta el fondo de los abismos; que con la potente mirada de la historia abraza y domina todos los siglos, contempla y juzga el presente, que es la medida de su pasajera existencia, y se anega sin temor en los siglos de un por venir sin término.

Mientras haya en el mundo alguna de esas almas que Dios hizo tan grandes, que, llegadas á los últimos confines del tiempo, no desesperan ni de sí mismas, ni del tiempo, ni del mundo que se acaba y se hunde tras ellas, será digno, será bello, será divino enseñarle con qué fe, con qué esperanza debe lanzarse magnánima en busca de la eternidad.

En fin, si á un Obispo, prelado de la Iglesia, se le

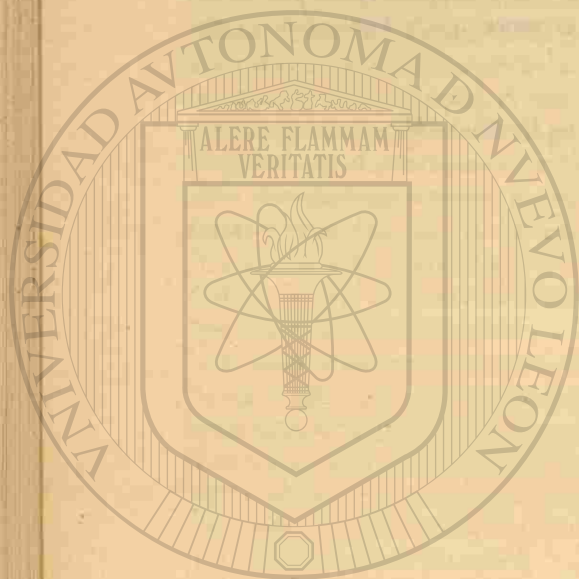
permite proclamar hasta dónde haya de elevarse la alteza de la cristiana Educación, diremos que á ella toca revelar á sus educandos, ya desde la juventud, cómo, caídos del cielo, pueden los cristianos volver á hallar con certeza su camino, y reconquistar, aunque trabajosamente, el reino de la Gloria. A la Educación cristiana toca enseñar paulatinamente á sus discípulos que el mundo entero no es nada, que deben saber menospreciar la tierra, y que, cuanto más progresaren en la vida, peor se hallarán y más á disgusto en estas regiones inferiores que los retienen como cautivos; y que, si quieren saciar la sed de felicidad, que es el fondo de su naturaleza, y el inmenso ardor de su alma, al pie los altares de la religión católica es donde hallarán alas para remontarse por encima de lo que para ellos no es sino un reino deshonorado y triste, marchito, lejos, muy lejos, hasta regiones invisibles, donde pueda con derecho cierto, pretender poseer á Dios mismo y unirse á El en los esplendores y delicias de la bienaventurada eternidad.

Y si algunos hombres del presente siglo hallan sobrado alta esta especulación, permítanme que les diga que es porque son hijos muy legítimos del pasado siglo XVIII, cuya impía ligereza despreció la dignidad humana tanto cuanto ultrajó la majestad divina, y cuyas teorías de Educación fueron hondamente subversivas y destructoras del orden social, del orden religioso, de la autoridad y del respeto.

Empero la generación que hoy se levanta ha rechazado lejos de sí con noble indignación las abyectas enseñanzas y las doctrinas de esa grosera filosofía; tengo íntima confianza de que no han de faltar entre nosotros inteligencias generosas, almas de tem-

ple de héroes, para las cuales no será vana esta hermosa teoría, ni imposible de realizar esta especulación sublime; sino que comprenderán lo que es el NIÑO y cuánto sea el respeto que la dignidad de su naturaleza se merece.

L. D. ET V. M.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Capítulos	Páginas
El niño	I
I. — El niño: sus cualidades, sus defectos, sus recursos	11
II. — El niño: mis experiencias	23
III. — El niño mimado	35
IV. — El niño: algunos consejos para su primera Educación	59
V. — El respeto debido á los niños es respeto religioso	77
VI. — De la humana naturaleza en el niño: de sus defectos: necesidad de conocerlos y de corregirlos	87
Parábola de la cizaña	89
VII. — Dos importantes observaciones acerca del mismo asunto	95
La juventud es el tiempo propicio para la corrección de los defectos	95
No basta conocer los defectos de los niños; es preciso hacérseles conocer á ellos mismos.	99
VIII. — Diferentes clases de defectos	105
XI. — El niño: clasificación de sus defectos	113

Capítulos	Páginas
X. — Causa primordial de nuestros defectos: el pecado original; la triple concupiscencia . . .	127
XI. — El orgullo, «superbia vitæ», primer principio de nuestros defectos	131
El orgullo: su naturaleza	131
Triste fecundidad del orgullo	136
XII. — De cuatro suertes de mal espíritu, cuyo padre es el orgullo	149
XIII. — Última palabra sobre el modo de tratar á los orgullosos	155
XIV. — Segundo principio de los defectos en el hombre y en el niño: la sensualidad	163
XV. — ¿Qué hacer para salvar á los niños de los peligros de la sensualidad?	183
XVI. — Curiosidad, — ligereza. — Tercer principio de defectos en el hombre y en el niño	193
XVII. — El niño: respeto debido á la libertad de su naturaleza	213
XVIII. — El niño: respeto debido á la libertad de su inteligencia	225
XIX. — Del niño y del respeto que á la libertad de su voluntad es debido	247
XX. — Del niño y del respeto debido á la libertad de su vocación.	265
XXI. — En el mundo nada sucede al azar: Luego hay para cada hombre y para cada estado, especial llamamiento de Dios.	293
Conclusión.	305

GUSTAVO GILI, EDITOR

Calle Universidad, 45.-BARCELONA

Los niños mal educados, *Estudio psicológico, anecdótico y práctico*, por FERNANDO NICOLAY, Obra premiada por la Academia de Ciencias morales y políticas, versión española por D. ANTONIO GARCÍA LLANSÓ. — Tercera edición.

La Educación de las Jóvenes, por FENELÓN, versión española por D.^a LUISA REPOLLÉS DE YUS.

A los jóvenes. Consejos del P. Olivaint, *recogidos por el P. CH. CLAIR, de la Compañía de Jesús*, versión española por el R. P. ANTOLÍN S. FERNÁNDEZ, *misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María*.

El Trabajo (Trabajo en general, Trabajo manual, Trabajo intelectual, Trabajo espiritual, Observaciones), por la CONDESA ZAMOYSKA, versión española por la SR^{ta}. CORINA DE CARLOS, con un prólogo del ILMO. Y RMO. SR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ, *Obispo de Jaca*.

Dios en la Escuela, El Colegio Cristiano, *Conferencias dominicales*, por MONSEÑOR BAUNARD, versión española por el RDO. P. DIONISIO FIERRO GASCA, *Escolapio*.

El Evangelio explicado en las Dominicas, *Breves discursos sobre las principales fiestas del año y Ejercicios espirituales*, por el sacerdote RAFAEL FRASSINETTI, versión española por el DR. D. JOSÉ IGNACIO VALENTÍ.

Los Peligros de la Fe en los actuales tiempos, Conferencias por el RDO. P. RAMÓN RUIZ AMADO, de la Compañía de Jesús.

La Censura Eclesiástica, por el ILMO. SR. D. ANTO-LÍN LÓPEZ PELÁEZ, Obispo de Jaca — Obra premiada.

Los daños del libro, por el ILMO. SEÑOR DON ANTO-LÍN LÓPEZ PELÁEZ, Obispo de Jaca.

La Educación musical, por ALBERTO LAVIGNAC, Profesor del Conservatorio de París, versión española por D. FELIPE PEDRELL, Profesor del Conservatorio de Madrid.

¿Qué es Canto Gregoriano? Su naturaleza é historia, por un PADRE BENEDICTINO DEL MONASTERIO DE SILOS (Burgos).

La leyenda del Estado enseñante, Apuntes histórico críticos, por el RDO. P. RAMÓN RUIZ AMADO, de la Compañía de Jesús.

Avisos espirituales para la santificación de las almas.

Avisos espirituales para las mujeres que viven en el mundo.

Avisos espirituales para las almas que aspiran á la perfección.

El Libro de los Aflijidos (Consuelos para el dolor), por el AUTOR DE LOS «AVISOS ESPIRITUALES», versión española por Juan de Dios S. Hurtado

Las Virtudes del Religioso, por el RDO. P. BENITO

VALUY, de la Compañía de Jesús, versión española por el RDO. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio.

Las Hijas de María, su conducta en el mundo, Conferencias traducidas del francés por el RDO. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio.—Segunda edición.

Mes de Maria, por el RDO. P. DIONISIO FIERRO GASCA, Escolapio.

Conveniencia de definir como dogma de fe la Asunción de la Virgen, por el RDO. P. FR. EUSEBIO DE LA ASUNCIÓN, Carmelita.

Abejas místicas de San Francisco de Sales ó la Vida devota bajo el emblema de las abejas, versión española por D. ENRIQUE MASSAGUER.

Yo ¿para qué nací? Para salvarme. Á las jóvenes cristianas. Recuerdo que para consolidar el fruto de los Santos Ejercicios les dedica el P. PEDRO AGUILERA, de la Compañía de Jesús.

Ministerio de Angeles, método de ayudar á Misa. Arreglado por un Padre de la Compañía de Jesús.

Los tres Mártires Húngaros. El Canónigo Marcos Esteban Crissino y los Padres Esteban Pongracz y Melchor Gródecz de la Compañía de Jesús, por el P. LUIS MARÍA ORTIZ, de la misma Compañía.

El Reverendo P. de Tournely y la Sociedad de Padres del Sagrado Corazón. Reseña histórico-biográfica.

Arte de cuidar á los enfermos, Manual teórico-práctico para uso de las familias en general y de las reli-

gias enfermeras en particular, por L. GRENET, *Canónigo, Superior de la Casa de Misericordia de Séz (Francia)*, versión española por D. JUAN DE DIOS S. HURTADO.—Segunda edición.

Enseñanza gráfica. Lecciones de cosas en 650 grabados, por G. COLOMB.—Segunda edición de 100.000 ejemplares.

Principios y problemas de Geometría, por el doctor E. FONTSERÉ, *Catedrático de la Universidad de Barcelona*.

Nuevo Diccionario Enciclopédico ilustrado de la Lengua castellana, por MIGUEL DE TORO Y GÓMEZ.—Segunda edición.

La Cueva de Hércules, *Leyenda histórica del siglo VIII*, por el RDO. P. ESTEBAN MORÉU, *de la Compañía de Jesús*.

Instrucciones para la Observación del Eclipse total de Sol del 30 de Agosto de 1905, por los RR. Padres Jesuitas del Observatorio de Física cósmica del Ebro.—Segunda edición española, en folio, ilustrada con dos mapas.

Química popular, por el DR. CASIMIRO BRUGUÉS, *Profesor de la Universidad de Barcelona*, con un Prólogo del DR. JOSÉ CASARES, *Decano de la Facultad de Farmacia en la Universidad de Barcelona*.—Edición ilustrada con multitud de grabados.

La electricidad al alcance de todos, por JORGE CLAUDE, *Ingeniero de la Compañía Thomson-Houston*, versión española por D. SANTIAGO DE TOS, *Ingeniero industrial*.

Manual práctico del Montador electricista *Guía para el montaje y dirección de toda clase de instalaciones eléctricas*. *Curso de electricidad industrial práctica*, por J. LAFARGUE, *Profesor é Ingeniero electricista*, versión española por el DR. D. MOISÉS NACENTE, *Catedrático de la Universidad de Barcelona*.—Edición ilustrada con 690 grabados y planchas en color.

Curso elemental de mecánica aplicada, por J. A. BOCQUET, *Ingeniero*, versión española hecha sobre la quinta edición francesa por EDUARDO FONTSERÉ, *Catedrático de la Universidad de Barcelona*.

El Libro de las Tierras vírgenes, por RUDYARD KIPLING, versión española por RAMÓN D. PERÉS, con ilustraciones de JOSÉ TRIADÓ.

Obras del R. P. Fr. Samuel Eiján, O. F. M.

Despertador Antoniano, *Devocionario completo de los Asociados de la Pía Unión de San Antonio de Padua*. Libro recomendado á los miembros de la Pía Unión por el Director del Centro Nacional de España.

Vida Popular de San Antonio de Padua y medios para propagar su culto entre los fieles.

El Lirio entre espinas ó el Apóstol de María Inmaculada Ven. P. Juan Duns Scoto.



NUEV
LIOTE